



Apollyon

Jennifer L. Armentrout

AUTORA BEST-SELLER DE USA TODAY Y NEW YORK TIMES

Lectulandia

No puedes encararte con el destino... y, ahora, tampoco con Álex.

Ella siempre ha temido dos cosas: perderse a sí misma en el Despertar y que le den el Elixir, pero el amor siempre ha sido más fuerte que el destino y Aiden St. Delphi está dispuesto a declararles la guerra a los dioses —y a la propia Álex— para conseguir que vuelva a ser ella.

Los dioses han matado a miles de personas y podrían destruir ciudades enteras en su intento de evitar que Seth consiga el poder de Álex y se convierta en el Asesino de Dioses. Pero romper la conexión entre Álex y Seth no es el único problema; hay algunas lagunas en la teoría de «un Apollyon no puede ser destruido» y la única persona que puede detener la destrucción absoluta está muerta desde hace siglos.

Abrirse paso a través de las barreras que guardan el Inframundo, buscar un alma entre millones y, de alguna manera, volver será bastante duro. Álex puede conseguir evitar que Seth se convierta en Asesino de Dioses... o puede terminar siéndolo ella.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Apollyon

Saga Covenant - 4

ePub r1.2

Titivillus 01.09.15

Título original: *Apollyon*
Jennifer L. Armentrout, 2013
Traducción: Verónica Blázquez
Diseño de la cubierta: Kate Kaynak

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

La sangre me hervía en busca de pelea. Los músculos me lo pedían. Todos mis pensamientos estaban envueltos en una embriagadora bruma ámbar de poder. Yo era el Apollyon. Tenía control sobre los cuatro elementos, y el quinto y más poderoso: Akasha. Alimentaba al Asesino de Dioses. Yo era su energía, su as bajo la manga. Yo era el principio y él era el final. Y juntos, lo éramos *todo*.

Sin embargo, lo único que podía hacer era andar de un lado a otro. Enjaulada y sin poder, debido a las marcas grabadas en el cemento sobre mi cabeza y a los barrotes forjados por un dios.

—Álex.

Pero, por supuesto, no estaba sola. Oh no. Mi infierno personal era una fiesta para dos. Bueno, en realidad era un trío... o un cuarteto. Sonaba más divertido de lo que realmente era. Voces... tenía muchas voces en la cabeza.

—¿Te acuerdas?

Eché la cabeza hacia atrás. Sentí cómo mis músculos se estiraban y mis huesos crujían. Luego repetía los movimientos hacia la izquierda, moviendo los dedos: meñique, corazón, índice... una y otra vez.

—Álex, sé que puedes oírme.

Miré por encima del hombro, torciendo los labios. Chico, tenía un asunto pendiente del tamaño de un T-Rex con aquel pura sangre. Aiden St. Delphi estaba al otro lado de los barrotes. Allí quieto, como una fuerza inamovible. Sin las protecciones de Hefesto o Apolo entre nosotros, se habría convertido en algo intrascendente.

No. No. No.

Mi mano voló por voluntad propia hasta la rosa de cristal. Sentí sus suaves y delicados bordes. *Él* lo era todo.

Sentí un dolor agudo en las sienes y solté un gruñido. Le miré con odio y volví la mirada hacia la pared de cemento.

—Tendrías que haber seguido dándome el Elixir.

—Nunca debería haberte dado el Elixir —corrigió—. No era la forma de llegar a ti.

Reí con frialdad.

—Oh, pues llegaste bien a mí.

Hubo una pausa.

—Sé que sigues ahí, Álex. Bajo esa conexión, sigues siendo tú. La mujer a la que amo.

Abrí la boca, pero no tenía palabra alguna, solo recuerdos de estar junto a un arroyo y decirle a Aiden que le quería, y luego un montón de pensamientos y

acciones en las que él era el protagonista. Meses, o incluso años, de recuerdos pasando por delante mío una y otra vez hasta no poder distinguir entre el pasado, el presente y lo que sería mi futuro.

Como si supiese qué estaba pensando, dijo:

—Hace unos días dijiste que me querías.

—Y hace unos días estaba completamente colocada y escondiéndome en armarios, gracias a ti. —Me giré justo a tiempo para ver cómo se encogía. Bien—. Tú fuiste quien me dio el Elixir.

Aiden respiró con fuerza, pero no apartó la mirada avergonzado o culpable. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada, viendo aquellos ojos que sabía que odiaba con toda su alma.

—Pues sí.

Respiré profundamente.

—En algún momento acabaré saliendo de aquí, Aiden. Y te mataré. Lentamente.

—Sí, y a todos mis allegados. Ya lo sé. Ya hemos pasado por esto. —Se inclinó contra los barrotes. En su rostro no había ni un atisbo de barba, se lo veía suave. Llevaba puesto el uniforme de Centinela, completamente negro. Pero bajo sus impresionantes ojos se podían ver unas oscuras sombras.

—Sé que, si consigues salir, no me harás daño —continuó—. Lo creo de verdad.

—Qué triste.

—¿El qué?

—Que alguien tan atractivo como tú sea tan estúpido. —Sonreí y vi cómo entrecerraba la mirada. Cuando vi aquel brillo plateado, supe que había dado en el clavo. Durante tres segundos me hizo muy feliz, pero luego me di cuenta de que seguía en una maldita jaula. Cabrear a Aiden ayudaba a que el tiempo pasara más rápido, pero no cambiaba nada.

Había mejores cosas por hacer.

Solo me quedaba esperar el momento oportuno. En mi cabeza había un ruido de fondo. Constante. Lo único que tenía que hacer era conectar con él, pero en cuanto Aiden sospechaba que iba a hacerlo, empezaba a hablar.

Fui hacia el colchón en el suelo, me senté y apoyé la barbilla sobre las rodillas. Me quedé mirando cómo Aiden me miraba. Mientras, intentaba apartar la voz que aparecía cuando se quedaba callado. Ni me gustaba, ni la entendía.

Aiden se pasó una mano por el pelo y se apartó de los barrotes.

—Sabes qué está pasando ahí fuera, ¿verdad?

Me encogí de hombros. ¿Tenía que importarme? Lo único que me importaba era poder salir de allí y conectar con mi Seth. Y entonces, si mi padre seguía esclavo en los Catskills, lo liberaríamos. Mi Seth me lo había prometido.

—¿Te acuerdas de lo que hizo Poseidón con Deity Island?

¿Cómo demonios iba a olvidarme de aquello? Poseidón se llevó por delante su Covenant.

—Bueno, pues todo va a ir a peor, Álex. La mitad de los Doce del Olimpo quiere declarar la guerra a Seth y a Lucian —continuó—. Y estoy seguro de que él lo sabe. Quizá es lo que *él* quiere, ¿pero es lo que *tú* quieres? ¿Sabes cuántas vidas inocentes se perderán? ¿Cuántas se han perdido ya? ¿Tanto mortales como mestizos? ¿Puedes vivir con esa carga?

La verdad era que aquella no era vida muy placentera, teniendo en cuenta que estaba encerrada *en una jaula*.

—Y es que sé que en el fondo no podrías perdonártelo, saber que has ayudado a causar la muerte de miles, incluso millones. Y especialmente la muerte de mestizos. Te cuestionaste convertirte en Centinela por la forma en que los trataban. Si Seth sigue adelante, morirán. —Me molestaba la convicción con la que lo decía y la pasión que alimentaba aquellas palabras—. Caleb. ¿Te acuerdas de cómo te sentiste cuando Caleb...?

—¡No lo menciones!

Levantó sus oscuras cejas. En su cara apareció la sorpresa, entonces se abalanzó sobre aquellos malditos barrotes, cogiéndolos con fuerza.

—Sí, Caleb, ¡Álex! ¿Te acuerdas de cómo te sentiste cuando murió? ¿Cómo te culpabas a ti misma?

—Cállate, Aiden.

—¿Recuerdas haber estado destrozada y pasar cinco días enteros en la cama? Al perderle se te rompió el corazón. ¿Crees que le gustaría ver cómo te haces esto? Murió por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, ¿pero esto? Habrá miles de Calebs, pero ellos sí que *serán* culpa tuya.

Apreté la cabeza contra las rodillas y me tapé los oídos con fuerza. Pero no sirvió para detener la creciente oleada de sentimientos que me golpeaban, ni el dolor en las sienes que comenzaba rápidamente a convertirse en un dolor agudo y punzante.

Tampoco le detuvo.

—¿Y tu madre, Álex?

—¡Cállate! —grité.

—¡Esto no es algo que ella querría! —Los barrotes se sacudieron por el golpe que dio, supongo que con los puños. *Aquello* sí tuvo que dolerle—. Murió para protegerte de esto mismo. ¿Cómo te atreves a entregarte así y permitirle hacer esto a...?

Sentí que mi cuerpo se quebraba, como cuando estiras demasiado una goma elástica.

—Calla...

El zumbido en los oídos se hizo más fuerte, ahogando a Aiden y todo lo demás. En un instante, él estaba allí, deslizándose por mis venas como dulce miel.

Escúchame. Aquellas palabras sonaban en mis pensamientos, calmando mi ánimo como una suave brisa de verano. *Escúchame, Álex. Acuérdate de lo que haremos juntos cuando conectemos. Liberar a los mestizos y a tu padre.*

—Álex —soltó Aiden.

Por todos los dioses, ¿acaso no tiene nada mejor que hacer? Seth suspiró cabreado, sacudiendo mi cuerpo. *Ignóralo. Él no es importante. Nosotros sí.*

Me agarré el pelo con fuerza.

—Lo tienes ahí, ¿verdad? —La ira hizo que la voz de Aiden sonase más grave. Los barrotes volvieron a temblar. A aquel ritmo, se iba a hacer papilla los nudillos. Igual que mi cerebro—. No le escuches, Álex.

La risa de Seth era como escamas del hielo. *¿Está entrando ahí? Deshazte de él, Ángel. Y luego echa a correr. Nadie podrá pararte.*

Me tiré del pelo hasta que sentí agujas diminutas clavándose en mi cabeza.

—Álex, mírame. —El tono desesperado de la voz de Aiden alcanzó una parte de mí que no conocía. Abrí los ojos y los clavé en los suyos. Eran plateados, como la luz de la luna. Unos ojos preciosos—. Juntos podemos romper vuestro vínculo.

Dile que no quieres romperlo.

Era increíble... y escalofriante, cuánto podía ver y oír mi Seth cuando estábamos conectados. Era como tener a otra persona viviendo en mi interior.

—Álex —dijo Aiden—. Aunque lograses volver con él, te drenaría como un daimon. Quizá no lo haga conscientemente, pero lo hará.

Mi corazón se puso a mil. Ya fui advertida antes —por mi madre, meses atrás—. Era una de las razones por las que quiso convertirme en un daimon. Una razón retorcida y llena de falacias, pero aún así...

Yo nunca te haría eso, Álex. Solo quiero mantenerte a salvo, hacerte feliz. Quieres liberar a tu padre, ¿verdad? Pues podemos hacerlo, pero solo si estamos juntos.

—No voy a darme por vencido —dijo Aiden. Durante unos pocos segundos se extendió un hermoso silencio—. ¿Me oyes, Seth? No va a ocurrir.

Este chico es insoportable.

Los dos sois insoportables. Entonces dije en voz alta:

—No hay nada por lo que rendirse, Aiden.

Entrecerró los ojos.

—Hay mucho.

Aquellas palabras me sonaron extrañas. «Mucho» era un fantasma de lo que fue y nunca podrá ser. Mucho era lo que había cambiado desde el momento en que conecté con mi Seth. Era difícil explicarlo. Recordaba meses atrás, cuando me costaba dormir y nuestra conexión me calmaba cuerpo y mente. Bueno, pues aquello era igual, pero cien veces más potente.

Allí no había sitio para *mí*. Igual que no lo había para Seth antes de Despertar. Ahora lo entendía. Por cuánto había pasado por estar a mi lado, luchando para no ser arrastrado por todo lo que me pasaba. Ahora solo había sitio para nosotros, un único ser separado en dos cuerpos. Un alma dividida. Solaris y el Primero.

Un dolor agudo me estalló por detrás de los ojos.

No lo hagas. Un susurro viajaba por mis venas. *No pienses en ellos.*

Fruncí el ceño.

Y entonces mi Seth empezó a hablar. Y Aiden también. Pero no era tan estúpido como para entrar en la celda. Aunque estuviese cansada y las marcas de las paredes me contuvieran, estaba segura de que podría con él. Y fueron pasando los minutos, quizá hasta las horas, mientras los dos seguían aniquilando mis neuronas.

Cuando todo acabó, me eché en el colchón. La cabeza me dolía horrores. Aiden se fue, pero solo porque alguien —¿mi tío?— abrió la puerta de arriba, y aquello solía significar que sucedía algo. Me tumbé de lado, estirándome lentamente.

Por fin. Seth soltó un suspiro.

Abrí las manos. Me dolían las articulaciones. *No estará fuera mucho tiempo.*

No necesitamos una eternidad, Ángel. Solo tenemos que averiguar dónde estás. Y entonces estaremos juntos.

Una tenue sonrisa curvó mis labios. Si me concentraba lo suficiente, podía sentir a mi Seth al final de aquel cordón siempre presente. A veces se escondía de mí, pero no en aquel momento.

Su imagen comenzó a formarse en mi memoria. Su tez dorada y sus cejas ligeramente arqueadas fueron apareciendo en mis pensamientos. El perfil de su mandíbula pedía ser acariciado, y su particular sonrisa chulesca comenzó a aparecer en sus labios. Dioses, era sobrenaturalmente hermoso; sus facciones eran frías y duras, como las de aquellas estatuas de mármol que rodeaban el edificio del Covenant.

Pero... ya no había estatuas en Deity Island. No había nada. Poseidón había acabado con todo y se lo había llevado al fondo del océano. Edificios, estatuas, arena, y gente: todo había desaparecido.

Perdí la imagen de mi Seth.

Empecé a sentir un cierto malestar en la boca del estómago. Aiden tenía razón en lo que me dijo, al menos un poco. Había algo acerca de toda aquella situación que me molestaba, me hacía sentir indefensa, y no lo estaba.

Yo era el Apollyon.

Dedícate a pensar otra vez en lo guapo que soy. Me gusta.

Algunas cosas nunca cambiaban. El ego de mi Seth era tan grande como siempre.

Pero la imagen de mi Seth volvió a aparecer frente a mí. El pelo dorado se le rizaba sobre las sienes. Me recordaba a las pinturas de Adonis. Pero Adonis no era rubio. Gracias a las memorias de los anteriores Apollyon, sabía que tenía el pelo marrón.

¿Dónde estás? Le pregunté.

Yendo hacia el norte, Ángel. ¿Estás en el norte?

Suspiré. *No sé dónde estoy. Hay bosque alrededor. Un riachuelo.*

Eso no me ayuda demasiado. Hubo una pausa, y me imaginé que me tocaba la mejilla, siguiendo la curva del hueso. Me estremecí. *Te echo de menos, Ángel. Estas semanas en las que has estado oculta me han vuelto loco.*

No respondí. No había echado de menos a Seth. Mientras estuve bajo la

influencia del Elixir no sabía ni que existía.

Seth se rio entre dientes. *Haces maravillas con mi autoestima. Se supone que deberías decir que tú también me has echado de menos.*

Me puse boca arriba y me masajee el tirón que me había dado en la pierna. *¿Qué pasará cuando te transfiera mi energía?*

Hubo una pausa y empecé a ponerme nerviosa. *No te dolerá, dijo en un susurro. Será como cuando nos tocamos, cuando aparecieron las runas. Aquello te gustó.*

Pues sí.

Hay que decir algunas palabras, poca cosa, y entonces tomaré tu energía. No te voy a drenar, Álex. Nunca lo haría.

Y yo le creí, así que me relajé.

¿Cuál es el plan, Seth?

Ya sabes cuál es el plan.

Quería acabar con los Doce del Olimpo antes de que encontrasen la forma de acabar con nosotros. La leyenda decía que solo éramos vulnerables a otro Apollyon, pero ninguno de los dos lo teníamos claro. Había algunas lagunas y mitos menos conocidos que todos los Apollyons habían intentado descubrir. Pero una vez los dioses desaparecieran del mapa, reinaríamos nosotros. O Lucian. Ni lo sabía ni me importaba. Solo quería estar cerca de mi Seth. Estaba teniendo un grave caso de ansiedad por separación.

No. ¿Cuál es el plan para poder estar juntos?

El visto bueno de Seth me envolvió, como si hubiese salido al sol de verano. Disfruté de ello, como un cachorro con la tripa llena.

En algún momento, mostrarán debilidad. Siempre lo hacen. Sobre todo St. Delphi. Tú eres su debilidad.

Me retorcí. *Lo soy.*

En cuanto se te presente la mínima oportunidad para escapar, hazlo. No te detengas, Ángel. Eres el Apollyon. Una vez libre, no te podrán parar. Confía en eso. Y en cuanto sepas dónde estás, ahí estaré.

Confiaba en mi Seth.

De nuevo volvió a invadirme aquella neblina agradable, embriagadora. *¿Has visto a Apolo o a algún otro Dios últimamente?*

No. No desde que se me había ido el colocón del Elixir, y era extraño. Tuve a Apolo pegado a mi culo desde que Desperté, pero no le había sentido ni visto, ni a él ni a ningún otro dios.

Abrí los ojos y miré los barrotes. *¿Haría falta que Hefesto reforzase los barrotes dentro de poco? Dioses, lo esperaba. Si se debilitaran, pasaría lo mismo con las marcas. Y podría salir.*

Seth dijo algo y volví a prestarle atención. *¿Dónde te habías ido?*

Le enseñé los barrotes y le conté qué pensaba. Él lo dudaba. El trabajo de Hefesto no solía debilitarse, pero yo seguía teniendo esperanzas... por un segundo. Aquel...

aquel vínculo no era tan genial. Aunque mi Seth estaba dentro de mí, no estaba aquí de verdad. Yo estaba sola, sola en una celda.

Él nunca me liberará. Aiden nunca me dejará acercarme a ti. Las lágrimas me ardían en los ojos, como si se hubiese abierto en mí un abismo interminable de desesperación. *Nunca volveré a ver a mi padre.*

Claro que sí. Da igual lo que intente hacer Aiden. Llegaré a ti. Los dioses dicen que solo puede haber uno de los nuestros, pero se equivocan. Un extraño remolino me inundó por completo, y luego se relajó. *Eres mía, Álex, siempre lo has sido y siempre lo serás. Fuimos creados para esto.*

En respuesta, una parte de mí se sintió mejor. Y la otra parte —escondida y oculta de mi Seth— de donde salía otra voz cuando Aiden estaba cerca, retrocedió en mi interior mientras yo jugueteaba con la rosa de cristal que colgaba de mi cuello.

Capítulo 2

Más tarde —no tenía ni idea si era de noche, de día, o cuánto tiempo había estado durmiendo— me encontré sola. Aiden no estaba sentado en la silla mirándome. Seth no estaba al final del cordón ámbar. Era como un regalo.

Tenía la mente un poco más clara.

Me puse de pie y caminé hacia los barrotes. Parecían normales —de titanio plateado—, pero el problema era la fina malla que los rodeaba.

La cadena de Hefesto era un auténtico fastidio.

Respiré profundamente, agarré los barrotes y apreté. Un destello de luz azul recorrió los barrotes y, como si fuese humo brillante, subió hasta el techo y se movió hasta la marca.

—Maldición —murmuré mientras me apartaba.

Intenté recurrir a akasha. Nada se movió en mi interior, ni un poquito. Levanté la mano y opté por algo más pequeño. Bueno, pequeño para mí.

Lo intenté con el fuego.

Yyyyyyyyyyyyyyy... nada.

Al Despertar, la energía que brotó en mí y fluía por mis venas me provocó un enorme subidón. Tanto que podía haberme puesto a lamer el techo, un subidón inigualable. Entendí por qué los daimons se morían por conseguir éter. No había probado más que un poco. No volví a sentirlo hasta que Apolo me lanzó un rayo divino a la semana siguiente.

Imbécil.

Él también estaba en mi lista de gente que debía matar.

Fui al baño y me asee. Recién duchada y vestida, me preparé para volver a poner a prueba los barrotes. Aquella luz azul era hasta bonita. Por lo menos tenía algo que mirar.

Suspiré. Tenía ganas de atravesar la pared de un cabezazo. Busqué a mi Seth al otro lado del cordón —seguía sin estar—. Podría llamarlo en voz alta y respondería, pero seguramente estaba ocupado intentando liberarme. Como no tenía nada mejor que hacer, seguí probando con los diferentes barrotes.

Tras lo que me parecieron un montón de horas, la puerta de arriba se abrió. Escuché voces. Una era la de Aiden, pero la otra...

—¿Luke? —Grité.

—Vete —contestó Aiden con dureza.

La puerta se cerró y unos pasos firmes bajaron las escaleras. Juro por todos los dioses que el gruñido que salió de mi garganta fue un gruñido propio de un animal.

Vi a Aiden con un plato de plástico lleno de huevos y panceta. Arqueó una ceja.

—¿De verdad crees que voy a dejar que un mestizo se acerque a ti?

—Una tiene sus esperanzas. —Los mestizos eran más susceptibles a las compulsiones, y yo estaba a tope.

Sujetó el plato a través del hueco entre los barrotes, la última vez que hice el numerito de no comer no funcionó. Casi me muero de hambre y encima me acabaron dando el Elixir. Ahora, la comida era mi amiga.

Levanté la mano para coger el plato.

Aiden me agarró el brazo con la mano que le quedaba libre. Tenía la mano tan grande que me cogía la muñeca entera sin problemas. No dijo nada, pero sus ojos de tormenta me pedían que hiciese *algo*. ¿El qué? ¿Recordar cuando estábamos juntos? ¿Recordar cómo había ocupado todos mis pensamientos? ¿Lo que me dolía estar con él? ¿Quería que recordara lo que sentí cuando me habló de la noche en que los daimons atacaron y masacraron a su familia? ¿Que recordara lo que sentía al estar entre sus brazos? ¿Al amarme?

Lo recordaba todo con detalle.

Pero las emociones que pertenecían a aquellos momentos ya no existían. Habían desaparecido por completo. Se había marchado junto con todo mi pasado... Aiden era mi pasado.

No. No. No. Ya estaba la vocecilla otra vez. *Aiden era el futuro.* Por alguna razón me acordé de aquel maldito oráculo: la Abuela Piperi. «Tendrás que saber diferenciar entre la necesidad y el amor», me dijo. No había ninguna diferencia. ¿No podría haberme intentado explicar cómo escapar de aquellos barrotes?

Aiden me soltó, con una mirada tan dura como aquellas paredes de cemento. Se apartó mientras yo me llevaba la comida hasta el colchón. Sorprendentemente, me dejó comer en silencio.

Después, no tanto.

Hoy, Aiden quería hablar sobre nuestra primera sesión de entrenamiento y lo mucho que yo le había enfadado porque no paraba de hablar. Cuando llegó a la parte en que me puse a imitar su voz, sonreí. Se enfadó un montón y no supo bien cómo tratar conmigo.

En cuanto torcí los labios, los ojos de Aiden brillaron.

—Me dijiste que hablaba como un padre.

Lo hice.

—Y cuando te enumeré las reglas del Covenant también me dijiste que ibas a tener que dejar el *crack*. —Aiden sonrió.

Mis labios casi le responden igual. Y no me gustó. Era hora de cambiar de tema.

—No quiero hablar de eso.

Aiden se recostó en la silla plegable de metal. Tenía que ser superincómoda.

—¿Y de qué quieres hablar, Álex?

—¿Dónde está Apolo? Es mi tata-algo, así que me siento poco querida.

Cruzó los brazos.

—Apolo no está por aquí. —Oh, interesante. Mis viejas orejitas se levantaron.

—¿Y por qué no? —Me miró fijamente. ¿En serio crees que voy a contártelo para que vayas y se lo digas a Seth?

Me levanté, pisando con los pies descalzos sobre el frío suelo.

—No diré ni una palabra. —Aiden me miró con displicencia.

—Llámame loco, pero no te creo.

Según me iba acercando a los barrotes, me fijé en su expresión. Según me iba acercando, dejaba de parecer tan neutro. Su mandíbula comenzó a tensarse como si estuviese apretando los dientes. Su mirada se afiló y apretó los labios. Cuando toqué los barrotes, la luz estaba debilitada. Parecía diferenciar cuándo simplemente las estaba tocando y cuándo intentaba escapar. Qué cadenas más listas.

—¿Qué estás haciendo? —Preguntó Aiden.

—Si me dejas salir ahora, te juro que tú y todos los que te importan no saldréis heridos.

Estuvo en silencio por un momento.

—Me importas, Álex. —Incliné la cabeza hacia un lado.

—Pero a mí no me harán daño.

—Sí. No estarás a salvo. —Justo antes de bajar los párpados, sus ojos se llenaron de tristeza.

El estómago me dio un vuelco, como dándome una advertencia. Recordé pedazos de información que había ido recogiendo mientras estaba con el Elixir, así que sabía que había algo más en sus palabras.

—¿Qué sabes, Aiden?

—Si te vas de aquí y sigues conectada a Seth... morirás. —Le costó decir la última parte.

Me reí.

—Mientes. Nada puede hacerme da...

Mitos y Leyendas, Álex. Buah. ¿Qué era lo que me vino antes a la mente? Siempre había control y equilibrio. Para eso mismo se había creado el Apollyon, en principio.

—¿Qué sabes?

Levantó los párpados, mostrando unos brillantes ojos plateados.

—Eso no importa. Solo tienes que saber que es verdad.

Abrí la boca, pero volví a cerrarla de golpe. Aiden intentaba enfadarme. Y ya está. Si Tánatos y su Orden llevaban siglos intentando encontrar el talón de Aquiles de los Apollyons y no lo habían conseguido, era imposible que un pura sangre lo hubiese conseguido. La Orden no había...

¿O quizá sí?

Me daba igual. Mi Seth y sus Centinelas los habían eliminado sistemáticamente de la faz de la Tierra.

Levanté la mirada y vi que Aiden me miraba fijamente. Era difícil negar el deseo inexplicable de sacarle la lengua.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Aunque te dijera que no, me preguntarías de todas formas. —Me encogí de hombros.

—Tienes razón. —Sonrió ligeramente—. Cuando estuviste con Lucian, antes de la reunión del Consejo, te llevó a su casa en contra de tu voluntad, ¿verdad?

—Sí —dije lentamente, empezando a ponerme incómoda.

—¿Cómo te hizo sentir?

Apreté los barrotes.

—¿Qué pasa? ¿Ahora eres psicólogo?

—Tú solo responde a la pregunta.

Cerré los ojos y me apoyé contra los barrotes. Podría mentir, pero realmente no tenía sentido hacerlo.

—No me gustó nada. Intenté matar a Lucian con un cuchillo. —Obviamente no salió como había planeado—. Pero era porque entonces yo no lo entendía. Y ahora sí. No tengo nada que temer.

Silencio, y entonces Aiden se puso frente a mí, pegando su frente contra la mía a través de los barrotes. Puso sus manos sobre las mías y, al hablar, podía notar su cálido aliento. No me aparté, y no entendía por qué. Por muchas razones, estar tan cerca de él no era lo correcto.

—No ha cambiado nada —dijo en voz baja.

—Yo sí.

—No. —Aiden suspiró. Abrí los ojos.

—¿Te vas a aburrir en algún momento de hacer esto? Tarde o temprano tendrás que cansarte.

—Nunca —dijo.

—Porque no te vas a dar por vencido conmigo te diga lo que te diga.

—Exacto.

—Eres un cabezota.

—Yo solía decir lo mismo de ti. —Los labios de Aiden se curvaron en una media sonrisa. Arrugué la frente.

—¿Y ahora ya no?

—A veces no sé ni qué decir. —Pasó la mano por los barrotes y me acarició la mejilla con la punta de los dedos. Un momento después, me puso la mano entera sobre la mejilla. Me sobresalté, pero no apartó la mano—. Y hay momentos en los que dudo de todo lo que hago. —Inclinó mi cabeza hacia atrás para que le mirase a los ojos—. Pero no dudo ni por un segundo que hago lo correcto.

Se me ocurrieron muchas cosas que contestarle, pero se desvanecieron en cuanto la vocecilla de mi interior volvió a aparecer. *Lo dejaría todo por ti...*

Se me formó un nudo en la garganta. De repente, la celda se me hizo demasiado pequeña. El sótano era demasiado estrecho y me ahogaba la corta distancia entre Aiden y yo. Con el corazón en un puño, busqué el cordón.

—No lo hagas —susurró Aiden—. Sé lo que estás a punto de hacer. No lo hagas. Me aparté, rompiendo el contacto.

—¿Cómo sabes lo que estoy haciendo? —Seguía con la mano extendida, como si pudiese seguir sintiendo mi mejilla.

—Simplemente lo sé.

La cólera empezó a aflorar en mí, avivada por una cierta frustración y una mezcla de pero-qué-demonios.

—Vaya, qué especial eres, ¿no?

Aiden sacudió la cabeza y bajó la mano. Me miró mientras me dirigía hacia el colchón y me tiraba sobre él. Le devolví la mirada, deseándole todos los males que se me ocurrían. Sabía que podía decirle ciertas cosas que le harían daño, que le dejarían fuera de control y le romperían en pequeños pedazos. Cosas que mi Seth me había susurrado y cosas que yo le había dicho que quería hacer. Podría arremeter contra él —oh sí, podría *destruir* a Aiden—. Pero cuando abrí la boca, todas aquellas cosas hirientes y destructivas se quedaron enganchadas en el nudo que tenía en la garganta.

Allí sentada, no estaba cómoda en mi piel, como si no formase parte de mi cuerpo. Solo me sentía cómoda cuanto estaba conectada con mi Seth. Sin él, no quería más que quitarme la piel, arrancármela hasta sangrar.

Quería golpear algo. Con fuerza.

Respiré con suavidad y me fijé en la marca del techo. Había dibujadas dos lunas que se entrelazaban. Como muchos dioses estaban ligados a la luna, no sabía qué representaba o por qué tenía la capacidad de arrebatarme mis poderes.

—¿Qué es eso? —Le pregunté, señalando hacia el techo. Una parte de mí no esperaba que Aiden fuese a contestar, pero lo hizo.

—Es el símbolo de Phoebe.

—¿Phoebe? Obviamente no te refieres a la de *Embrujadas*.

Él soltó un gruñido.

Guau, así que habían traído la artillería pesada. Me sentí superespecial mientras miraba las marcas. Tenían un extraño color rojo azulado.

—Así que, una titánide...

—Sí.

—Y eso es sangre de Titán, ¿verdad? —Incliné la cabeza hacia Aiden—. ¿Te importaría explicarme cómo ha acabado esa sangre de Titán en el techo? ¿Es que los dioses del Olimpo guardan botes de sangre? —Aiden soltó una risa seca.

—Cuando los dioses del Olimpo derrocaron a los Titanes, la mayoría fueron encarcelados en el Tártaro. Phoebe no fue uno de ellos. Y le tiene cariño a sus vástagos. —Me estrujé el cerebro pensando en a quiénes había engendrado, pero no se me ocurrió nada.

—¿A quién?

—Leto —respondió—. Que a su vez engendró a Apolo y Artemisa.

Gruñí.

—Por supuesto. Cómo no. ¿Así que Apolo le pidió a su abuela un poco de sangre? Genial. Pero no entiendo cómo funciona. —Hice un gesto a mi alrededor—. ¿Cómo es que anula mis poderes?

—La sangre de Titán es muy poderosa. Ya sabes que cualquier cosa afilada bañada en sangre de Titán puede matar a un Apollyon. —Le lancé una mirada en plan *pues vale*—. Mezcla eso con sangre de tu propio linaje y ya está, tiene la capacidad de evitar que te hagas daño.

—O de hacerte daño a ti —le dije furiosa.

Aiden se encogió de hombros.

La ira comenzó a recorrerme la sangre como si fuese veneno. Sin forma de expulsarla, apenas me faltaban unos segundos para volverme loca. Estiré las piernas y los brazos. En mi mente, me imaginé corriendo hacia Aiden y dándole una patada en la espinilla.

Oí un suspiro al otro lado de los barrotes.

A veces me preguntaba si podía leerme la mente.

—Odio todo esto —admitió Aiden en voz baja; tan baja que ni siquiera estaba segura de haberle escuchado. Se dio la vuelta, dándome la espalda—. *Odio* que Seth no haya hecho nada más que jugar contigo, mentirte, y que tú confíes en él. Odio que esa conexión sea más importante que todo lo que está ocurriendo ahí fuera.

Estaba a punto de rebatirle, pero mi Seth me *había* mentido. Seguramente me estuvo engañando desde que descubrió que yo era el segundo Apollyon. Lucian sí que lo había hecho sin duda.

Un cierto malestar comenzó a recorrerme la espalda, provocándome escalofríos por el camino.

—Eso... eso ahora da igual —dije. Aiden se giró hacia mí.

—¿El qué? —Le miré fijamente.

—Que Seth me hubiese mentido. Da igual. Porque lo que él quiera, yo lo quiero. Si yo...

—Cállate —gruñó Aiden.

Sorprendida, parpadeé. No recordaba que Aiden me hubiese mandado callar antes. Vaya. Y no me gustó, por muchas razones.

Los ojos de Aiden brillaban de un plateado intenso.

—*Tú* no quieres lo mismo que Seth porque no estás incluida en nada. Solo está él.

Me dejó conmocionada, y me robó cualquier respuesta que se me pudiese ocurrir. Yo no contaba. Solo contaba él —nosotros—. Aquella horrible vocecilla de mi interior rugió con fuerza y se lanzó.

Yo no contaba.

Capítulo 3

Cuando mi Seth se decidió a aparecer al otro lado del arco iris yo estaba mosqueada, y él... bueno, estaba tenso. Había, uh, cosas que había dicho en la conexión que no estaban bien.

¿Que me distraían? Pues sí.

¿Que eran aceptables en mi estado de ánimo? No.

Quiero salir de aquí, le dije mentalmente intentando echarle. *Ya no lo aguanto más. Aiden... él...*

Sentí el descontento de Seth como cuchillas golpeándome en el cráneo. *¿Aiden qué?*

¿Qué podía decirle a mi Seth? ¿Que Aiden me hacía pensar? *Aiden habla mucho.*

Su risa me hizo cosquillas detrás del cuello. *Pues sí. Ángel, no por mucho más tiempo. Lucian nos ha hecho un gran favor.*

¿Con quién? ¿Con el Club Túnica Blanca del Mes?

Otra risa agradable me recorrió el cuerpo. *Digamos que me dio cebo y apalanche para el resto mi vida.*

Mentalmente, puse los ojos en blanco. Ya, pues no lo pillo.

Hubo una pausa y a través de nuestra unión pude sentir qué quería Seth. Estaba en plan jugueteón, pero aquella conversación era demasiado importante como para andar perdiendo el tiempo. Al final, contestó. *Los puros que se levantaron contra nosotros han acabado siendo de utilidad.*

¿Cómo?

¿Te acuerdas de cómo Telly se negó a aceptar que los daimons podían unirse y trabajar juntos para realizar un ataque coordinado contra los Covenants?

Sí... y que Marcus no creyó que fuesen los únicos que venían a por nosotros.

Y yo tampoco. En la reunión de emergencia del Consejo que Lucian había convocado antes de que Seth acabase con sus miembros, sospeché que Lucian podía estar, de alguna forma, tras de los ataques daimon, pero no tenía ninguna prueba. Además, seguramente habría sido mi odio por Lucian lo que me había conducido a esa idea.

Vale, pues obviamente Telly tenía parte de razón. Sin una buena motivación, como por ejemplo un suministro interminable de éter, seguramente se conformarían con cualquier Puro al que pudiesen ponerle las manos encima.

Hubo otra pausa, y la intensidad de lo que él sentía, lo que deseaba, vibró a través de nuestra conexión. Por un momento, realmente creí que podía sentirle, y esa emoción me embriagó, vaciándome la mente y llenándome de aquella felicidad que me proporcionaba la conexión.

Álex. Me reprochó, orgulloso. ¿Me estás escuchando?

Sí. Daimon... éter... cosas...

Vale. Déjame hacerte una pregunta, Ángel. ¿De verdad crees que los daimons orquestaron los ataques sin ayuda?

Parte de aquella estúpida neblina que mi Seth creó en mi mente se desvaneció, como viento helado azotando mi cuello. *¿Cómo? ¿A qué te refieres?*

Ni siquiera los daimons más inteligentes podrían haber hecho lo de Catskills. Alguien les ayudó, ¿no crees?

Mi pulso comenzó a acelerarse, apenas podía pensar. *¿Así que estaba en lo cierto? Sentí un sabor amargo subiéndome por la garganta.*

No te enfades, Ángel. Lucian necesitaba meter cizaña para que pasara todo.

Recordando de nuevo el ataque en los Catskills, intenté recordar dónde estuvo Lucian durante aquel caos. Asumí que estaría en el salón de baile con el resto de los puros, pero la verdad era que no le había visto. Solo sabía que mi Seth contactó con él...

Todos aquellos sirvientes mestizos, Guardias y Centinelas muertos... todos inocentes...

Me levanté sobresaltada, a punto de perder la conexión con mi Seth.

Ángel, para empezar, ¿cómo crees que los daimons entraron en Catskills? Ya viste cómo era la seguridad. ¿Y el salón de baile? Solo había dos entradas, y las dos estaban vigiladas. En una de las puertas estaba la guardia de Lucian.

Sospechar que Lucian estaba detrás de aquellos ataques era una cosa —podía imaginarme cualquier cosa del hombre—, pero ¿mi Seth? No podía estar de acuerdo con todo aquello. Creer que él tomó parte en las muertes de todos aquellos inocentes era aceptar algo horrible. Lo que quería mi Seth, lo quería yo también, pero los daimons... fueron y serían siempre el enemigo.

En la guerra, los enemigos pueden convertirse en aliados, Ángel.

Oh, por todos los dioses. Una parte de mí, una enorme, gigante, del tamaño de un cráter no era capaz de procesar lo que mi Seth me estaba diciendo. Luché contra la fuerza de sus emociones, saliendo a la superficie como si me estuviera ahogando y tuviese que tomar aire.

Había muchísima gente inocente, dije. Fueron apareciéndome horribles imágenes de la matanza, una tras otra: sirvientes con el cuello abierto, Centinelas y Guardias eviscerados y lanzados por las ventanas...

No importan, Ángel. Solamente importamos nosotros, lo que nosotros queremos.

Pero aquella gente sí importaba.

Nos podrían haber matado, Seth. Podrían haber matado a mi padre.

Pero no le mataron, y nunca habría dejado que te pasara nada. No te pasó nada.

Durante el ataque estuvimos separados. Y, si no me equivocaba, estuve cerca de ser aplastada hasta morir. Sin mencionar que tuve que luchar contra las Furias yo sola. No tenía muy claro cómo hubiese conseguido evitar mi muerte en medio de aquello.

Ángel, necesitamos que esto suceda. Los daimons me ayudarán a llegar a ti. ¿No es eso lo que quieres? ¿Que estemos juntos?

Sí, pero...

Entonces confía en mí. Buscamos lo mismo, Ángel.

Volvieron a mi mente las palabras de Aiden, y me retorcí bajo mi propia piel. *¿Seth? Tú... ¿no me estarás haciendo querer algo, verdad? No me estarás influenciando, ¿verdad?*

Que no me respondiera de inmediato hizo que el corazón me diese un vuelco. *Podría, Ángel, si quisiera. Lo sabes, pero no lo hago. Simplemente queremos lo mismo.*

Me mordí el labio. Queríamos lo mismo, excepto aquello de los daimons... dejé de pensarlo. Seguía sobre mi espalda, sentía como si dos fuertes brazos me estuvieran empujando sobre los hombros. Y entonces volví a sumergirme en lo que Seth sentía.



Aiden volvió con algo que comer, y esta vez trajo también compañía, mi tío Marcus. La verdad era que en aquellos momentos se portaba conmigo de una forma más o menos decente. Qué irónico. Comí y bebí mi agua como buena prisionera.

Ni siquiera les grité algo insultante.

Pensé que, al no hacerlo, me merecía una recompensa, como pasar un rato fuera de la celda o algo así, pero al parecer era pedir demasiado. En vez de eso, Marcus se fue a ver qué hacían los otros. Tan pronto la puerta se cerró al final de las escaleras, Aiden se sentó con la espalda contra los barrotes.

Qué tío más valiente... o estúpido; estaba bastante igualada la cosa. Sin muchos problemas podría hacer un nudo corredizo con la sábana y atárselo al cuello antes de que pudiese reaccionar.

Pero me senté, con mi espalda casi contra la suya. El brillo azul de las cadenas parecía más débil. El silencio se extendió por la habitación. Era extraño, pero bastante reconfortante. Después de unos minutos, los músculos tensos de mi espalda comenzaron a relajarse. Sin darme cuenta, estaba apoyada contra los barrotes... y la espalda de Aiden.

La reciente conversación con Seth me había dejado un extraño sabor de boca y un nudo en el estómago. ¿Quizá era por eso que no estaba satisfaciendo mis instintos asesinos con la sábana y el cuello de Aiden? Una oportunidad perdida, supongo.

Bajé la barbilla y suspiré. Lo que Seth quería, lo quería yo también, pero... ¿daimons? Me froté las manos en las rodillas y volví a suspirar, más fuerte, como un niño buscando atención.

La espalda de Aiden se movió cuando giró la cabeza.

—¿Qué pasa, Álex?

—Nada —murmuré.

—Te pasa algo. —Se echó hacia atrás, inclinando la cabeza contra un barrote—. Tienes ese tonito. —Fruncí ceño mirando hacia la pared.

—¿Qué tonito?

—El tono de «hay algo que quiero decir, pero no debería». —En su voz se notaba un poco de humor—. Lo conozco muy bien.

Vaya... mierda. Me miré las manos. Mis dedos no tenían mal aspecto, supongo. Pero las uñas sí las tenía astilladas y cortas. Manos de Centinela, de un Centinela que mata daimons. Me levanté la manga del jersey. Unas pálidas mordeduras de color blanco me cubrían el brazo derecho. Aquellas marcas en forma de media luna eran difíciles de ocultar y las tenía en brazos y cuello. Eran horribles, un cruel recordatorio de que me habían atrapado.

Y por más que lo intentase, no podía borrar de mi mente las caras de todos aquellos mestizos que fueron masacrados en los Catskills... ni olvidar la cara que puso Caleb cuando vio la hoja clavada en su pecho, empuñada por un daimon.

Si no decía nada, Caleb estaría tan... la palabra *decepcionado* sería poco.

Pero mi Seth se enfadaría. Acabaría husmeando en mis recuerdos, y yo solo quería que fuese feliz conmigo. Quería...

No quería *trabajar* con daimons. Aquello era como una bofetada en la cara de todos los que habían muerto en sus manos —mi madre, Caleb, aquellos sirvientes inocentes— y mis cicatrices.

Mi Seth... tendría que entenderlo. Y lo entendería, porque me amaba.

Me decidí y respiré hondo.

—Que sepas que no te digo esto por nada que tenga que ver contigo, ¿vale? —Serio.

—Nunca pensaría una locura así.

Le hice una mueca.

—Solo te lo digo porque no creo que esté bien. Va en contra de algo... que llevo dentro de mí, Tengo que decir algo.

—¿El qué, Álex?

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—¿Te acuerdas de que Marcus pensaba que había algo más detrás de los ataques de los daimons, sobre todo del de los Catskills?

—Sí.

—Yo pensaba que era cosa de Lucian, sobre todo por su reunión del Consejo. Tenía sentido. Crear caos y lo que fuera que hiciese más fácil derrocar y tomar el control. —Me pasé un dedo sobre la marca que tenía en la carne sobre el codo—. Y eso, al parecer los ataques daimon fueron orquestados por Lucian y... Seth.

Sentí cómo se tensaba su espalda. No dijo nada. Estuvo tanto rato callado que me giré.

—¿Aiden?

—¿Cuántos? —dijo con voz ronca.

—Todos, creo —dije mientras la culpa me carcomía por dentro. Estaba traicionando a mi Seth, pero no podía quedarme callada—. Han encontrado una manera de controlar a los daimons.

Bajó la cabeza y los hombros.

—¿Cómo?

Me puse de rodillas y agarré los barrotes, ignorando el débil brillo azul.

—Pues ellos... usan a los puros para motivarlos. A los que están en contra de ellos, bueno, de nosotros.

Aiden se giró tan rápido que solté los barrotes y me aparté. Sus ojos ardían como la plata.

—¿Sabes dónde tienen escondidos a esos puros?

Negué con la cabeza.

Bajó los párpados.

—¿Sabes por qué harían algo así?

La indignación en su voz era comprensible. Me froté las manos sobre los muslos. ¿Por qué lo estaban haciendo? Para crear discordia, era obvio. Con daimons atacando a diestro y siniestro, habían distraído al Consejo. Los dioses dudaron de la habilidad de los puros para controlar las hordas de daimons y, como resultado, mandaron a las furias. Y ahora, les serviría como distracción para que yo me escapara. Pero no sabía cómo iban a hacerlo. Y si la luz azul que seguía debilitándose significaba algo, no sería necesario.

—No. No sé.

Sus ojos se encontraron con los míos y nuestras miradas se juntaron.

—¿Por qué me lo has contado? Estoy seguro de que a Seth no le gustará.

Aparté la mirada.

—Ya te lo he dicho. Porque no está bien. Esos puros...

—¿Son inocentes?

—Sí, y Caleb... fue asesinado por un daimon. A mi madre la convirtió uno. —Se me disparó la respiración y me puse de pie—. Quiero lo que Seth quiere, pero no puedo pasar por esto. Lo entenderá.

Aiden inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Lo hará? Sabes que voy a informar de esto. Dificultará sus planes.

Me abracé la cintura.

—Lo entenderá.

Su expresión se llenó de tristeza y bajó la mirada.

—Gracias.

Por alguna razón, una fuerte ira empezó a brotar en mí, y me entraron ganas de atacar.

—No quiero tus gracias. Es lo último que quiero.

—Pues las tienes. —Se levantó con un movimiento elegante—. Y te doy las

gracias por muchas más cosas de las que crees.

Confundida, volví a mirarle.

—No lo entiendo.

Aiden esbozó una sonrisa tensa, teñida de esa tristeza que siempre tenía cada vez que me miraba, como si fuese un ser desgraciado que provoca tristeza allá donde va. Sin embargo, tras esa tristeza se escondía una férrea determinación.

—¿Qué? —dije, al no obtener respuesta.

—Me has dado las esperanzas que necesitaba.



Mi Seth no estaba enfadado porque me hubiese ido de la lengua. Ni siquiera había intentado ocultárselo. En cuanto nos conectamos, le dije lo que había hecho. En todo caso, parecía como si lo hubiese esperado. Y *aquello* sí que no lo entendía. De todos modos, él no quería hablar del tema.

Me estuvo hablando de su infancia, parecía un Seth totalmente distinto; era una parte de él que casi nunca había visto. Cuando empezó a hablar sobre su madre, empezó a filtrarse una cierta fragilidad a través de la unión, como si hablar de su madre lo pusiese nervioso.

¿Cómo se llamaba? Le pregunté.

Callista.

Qué bonito.

Era muy guapa. Alta y rubia, majestuosa como una diosa. Sus palabras se apagaron unos segundos. Al hablar en pasado, supuse que estaba muerta. Pero no era buena, Ángel. Era fría y distante y lo peor de todo era que cuando me miraba, siempre veía odio en sus ojos.

Puse una mueca de dolor al confirmar mis sospechas, y traté de hacerle sentir mejor. *Estoy segura de que no te odiaba. Ella...*

Me odiaba. Esa respuesta cortante me sentó como un jarro de agua helada. *Yo no era más que un recordatorio constante de su vergüenza. Había probado la fruta prohibida y ahora se arrepentía.* Los puros y los mestizos no podían mezclarse. Yo descubrí recientemente la razón de ello. El descendiente de un mestizo y una pura sangre era un Apollyon.

Cuando volvió a hablar, su voz ya se había suavizado. *No era como tu madre, Ángel. No había ninguna gran historia de amor. Me decía que la única razón por la que me había tenido fue porque un dios la había visitado después del parto. El hombre más hermoso que jamás había visto, o eso me dijo. Ese dios le dijo que debía protegerme a toda costa, que algún día acabaría recibiendo un gran poder.*

Mientras hablaba, recordé las visiones del pasado de Seth que había visto cuando Desperté. Visiones de Seth de pequeño, con su piel dorada y rizos rubios, jugando

junto a un arroyo o sobre un juguete en una enorme habitación llena de muebles de aspecto incómodo. Siempre estaba solo. De todas aquellas noches en que se despertaba llorando tras una pesadilla y nadie iba a consolarlo. De todos aquellos días en los que la única persona a la que veía era una niñera tan insensible como su madre. Nunca conoció a su padre. A día de hoy, ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Mi corazón lloró por él.

Entonces, a los ocho años, le trajeron ante el Consejo para determinar si tenía que entrar en el Covenant. Su experiencia no fue para nada como la mía. No le pincharon ni le tocaron. No le dio una patada a un Patriarca. Solo con mirarle ya parecieron saber en qué iba a convertirse.

Era por los ojos.

Aquellos ojos rojizos, ambarinos, que contenían una sabiduría que no era la propia de un niño, eran los ojos de un Apollyon.

Las cosas fueron a mejor cuando le enviaron al Covenant de Inglaterra, y luego al de Nashville. Era raro que hubiésemos estado tan cerca durante tantos años y que nunca nos hubiésemos cruzado.

Pero algo no iba bien. Al Despertar, supe todo lo que los anteriores Apollyons habían descubierto durante sus vidas, como si me hubiesen conectado a un ordenador y lo hubiesen encendido. Ninguno de ellos había nacido con ojos de Apollyon. Los ojos de todos ellos se habían vuelto dorados *después* de Despertar.

Mi Seth era diferente.

Pero ahora, aquel enorme dolor en su pecho lo estaba carcomiendo por dentro. *¿Dónde naciste?* Le pregunté, esperando apartar el tema de su madre. *Nunca me lo has dicho.*

Se rio y yo sonreí. Un Seth feliz era un Seth mejor. *No te lo vas a creer, pero ya sabes cómo le gusta al Destino jugar con la gente, ¿verdad?*

Vaya si lo sabía.

Nací en la isla de Andros.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. *Qué... irónico.* No era descabellado pensar que mis antepasados provenían también de esa isla, ya que muchos tomaban el apellido del lugar donde nacían. O, en algunos casos, a las islas se les ponía el nombre de las familias que las fundaban.

Sea como fuere, era irónico. Y entonces se me ocurrió algo gracioso. Andros tenía la friolera de 235 kilómetros cuadrados. *¿Crees que podemos estar emparentados?*

¿Qué? Seth echó a reír. *No.*

¿Cómo puedes estar tan seguro? Porque si nos estamos marcando un Luke y Leia creo que voy a vomitar.

Mi familia y la tuya no están para nada relacionadas. Además, tu linaje es el de Apolo.

¿Y el tuyo? Como respuesta, un silencio arrogante. *¿Por qué me lo ocultas?*

Seth suspiró. *Te lo diré cuando estemos juntos. Te lo enseñaré todo, Ángel. Y*

todas tus preguntas, encontrarán su respuesta.

Capítulo 4

Al día siguiente, después de la comida, estuve vagando sola por mi celda. Algo sucedía arriba, abrían las puertas y se cerraban de un portazo, oía pisotones y gritos de alegría.

Curiosa, fui hacia los barrotes y me apreté para oír mejor. Las palabras estaban demasiado amortiguadas como para adivinar quién era, pero sabía que alguien había llegado. Y no era un dios. Lo sabía. Su esencia era fuerte, podría sentirla en mi *interior*.

Toqué los barrotes, observando su respuesta. El brillo azul se estaba debilitando. ¡Toma ya, Seth! ¿Significaba que la marca del techo también se debilitaría? Por todos los dioses, lo esperaba. Busqué el cordón, quería comentarle las novedades. Seth estaba allí pero no hablaba. Estaba con Lucian, lo notaba. No podía escuchar de qué estaban hablando.

Me fastidió la simple presencia de Lucian. Obviamente tenía que acabar superándolo, pero me iba a costar. Nunca sería fan de mi padrastro.

Me desconecté y me pregunté qué estaría haciendo Aiden. Solía pasar buena parte del día sentado en aquella silla plegable, pensativo.

«Me has dado las esperanzas que necesitaba».

¿Esperanzas de qué? ¿De que tuviésemos un «y vivieron felices para siempre»?

Me encontré en el enano cuarto de baño blanco, mirando hacia el espejo cutre de plástico que colgaba sobre el lavabo. Aquella cosa estaba prácticamente incrustada en la pared, y era de plástico ligero para que no pudiese hacer con él ningún tipo de arma.

Me incliné en el lavabo y acerqué la cara al espejo. El reflejo era como ondulado, distorsionado por la mala calidad, pero aquellos eran mis ojos.

Eran de color ámbar, igual que todos los demás Apollyons tras Despertar. Era bastante raro verme con los ojos así, pero la verdad era que me sentía bien. Como si hubiese llegado a convertirme en algo a lo que estaba destinada. Lo cual, eh, era cierto.

Incliné la cabeza hacia un lado. ¿Qué pensaría Seth cuando me viese, cuando me viese de verdad, convertida en Apollyon? Estaría contento, todo lo contrario que Aiden, que odiaba mis ojos...

Una sensación repentina me atravesó el pecho. *Demonios...* Me dio un mareo y me agarré al lavabo. No era un dolor físico, era más bien como cuando el mundo se derrumba a tus pies. O cuando te dan noticias realmente malas.

Era como sentir que te aniquilan el corazón sin posibilidad de repararlo.

Respiré soltando un sonidito agudo. Aquella sensación no tenía sentido. No tenía el corazón roto. Estaba entero y pertenecía a mi Seth. Y él me amaba también. Nunca

me lo había dicho, pero estaba segura de que sí. Estábamos destinados el uno para el otro y, una vez juntos, seríamos perfectos. Gobernaríamos sobre el Olimpo y el mundo mortal.

—Seremos dioses —susurré.

—Oh, Álex, me sorprende cómo se ha inflado tu ego. Dioses, si pudiera, te daría una patada en el culo ahora mismo.

Me di la vuelta, esperando que Caleb estuviese allí de pie, en el baño, porque aquella era *su* voz. Pero no había nadie. Con el corazón a mil, eché un vistazo a mi alrededor. Vacío.

—¿Caleb?

No hubo respuesta.

Me moví por la celda, deseando que Caleb se personificara, si realmente estaba allí. El silencio se extendió por el espacio y, justo cuando estaba a punto de admitir que se me había ido la pinza, sentí algo cálido que me atravesaba.

¿Caleb acababa de... *atravesarme*?

—Eh...

Sentí una risita detrás mío. Me giré de golpe y... no pude hacer nada más que mirar.

Caleb estaba allí mismo, con sus cejas rubias arqueadas de esa manera tan familiar. Llevaba una camisa en plan túnica y unos pantalones de lino blancos. Era Caleb, pero... no.

Podía ver los barrotos a través suyo. Era muy raro.

—¿Caleb?

Se miró a sí mismo.

—Sí, ese soy yo, en forma de sombra, para deleitarte la vista.

—¿Estás aquí de verdad o se me ha ido la pinza?

Una sonrisa lenta surcó sus labios.

—Estoy aquí. Bueno, tanto como puedo.

Intenté respirar, pero no podía.

—¿Puedo tocarte?

Las piernas me llevaban hacia él a espasmos. No parecía un Apollyon muy ágil.

—¿Te puedo abrazar?

Bajó las cejas.

—No, Álex, no puedes. Me atravesarías —sonrió—. Aunque parece que la primera vez te ha gustado.

Me reí, parándome justo antes de tocarlo.

—Dioses, tengo tantas ganas de abrazarte...

—Lo sé. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero no tenemos mucho tiempo.

Nunca lo tuvimos. Me balanceé sobre los talones, sonriendo.

—Estás aquí para sacarme, ¿verdad?

—Ah, no, no estoy aquí para sacarte.

La sonrisa me desapareció de la cara.

—¿Por qué? No lo entiendo. Necesito salir de aquí. Mi Seth me necesi...

—Estoy aquí como último recurso, Álex. —Levantó un brazo como si fuese a tocarme, pero paró—. Me envía Apolo.

Crucé los brazos y fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Tenía la esperanza de que pudiese contactar contigo, Álex.

—¿Sabes que me lanzó un rayo divino?

Caleb hizo una mueca de dolor.

—Sí, eso he oído. Lo hemos oído todos en el Inframundo, pero Álex, es que te lo merecías. —Cuando abrí la boca, me hizo callar—. Apolo estaría aquí si pudiera.

—¿Y por qué no puede? —Me alejé, intentado calmar mi enfado, pero era como sujetar la tapa de una caja con tornillos, no funcionaba—. Me tiene miedo, ¿verdad? Pues debería. Apolo está en mi lista negra.

—¿Te estás escuchando? ¿Un dios asustado *de ti*? —Parecía asombrado—. Apolo no está aquí porque Aiden, el amor de tu vida, le ha prohibido entrar.

Me di la vuelta, con los ojos entornados.

—Aiden no es el amor de mi vida.

Caleb sacudió la cabeza.

—Siempre ha sido tuyo, Álex. Y tú siempre has sido suya.

Arrugué la boca como si hubiese comido algo amargo.

—¿Y para esto vienes del más allá? ¿Para hablar de mi vida amorosa?

—A ver, el amor de tu vida ha prohibido la entrada de Apolo a esta casa porque tiene miedo de que Apolo te haga daño. —Oh, sí, Caleb pudo ver bien mi asombro—. Y Apolo hizo que una de sus ninfas viniera al Inframundo y me sacase de allí delante de las narices de Hades para poder ayudarte. Los dos, Aiden y Apolo, están haciendo locuras para salvarte.

—Pero... yo no necesito que nadie me salve.

—¡Exacto! —Caleb levantó los brazos—. ¡Eso es lo que le dije!

Vale, en aquel momento ya no estaba siguiendo la conversación.

—¿Entonces por qué no me estás ayudando a escapar? Podrías escabullirte y aparecer justo donde estén las llaves. Estoy segura de que las tiene Aiden.

Puso los ojos en blanco. Argh.

—Puedes salvarte. Solo tú puedes hacerlo. Y tienes que empezar a meterle caña ya.

Apreté los labios. Caleb era mi mejor amigo —mi mejor amigo *muerto*, pero bueno—, hacía una eternidad que no le veía y estábamos discutiendo. No quería discutir con él.

—¿Qué estás haciendo, Álex? Esta no eres tú. Nada de esto es lo que siempre habías querido.

Respiré profundamente.

—Es lo que quiero ahora.

Caleb gruñó. Parecía que quería estrangularme.

—Lo que intentáis conseguirá que os maten a ti y a Seth. Sí, como lo oyes, no sois invencibles. ¡Ninguno de los dos! Hay una guerra forjándose en el Olimpo y van a acabar creando un infierno en la Tierra. ¿Quieres ser la responsable?

Apreté los puños y le miré.

—¡Queremos cambiar las cosas, Caleb! ¡De entre todos, precisamente tú deberías entenderlo! Juntos, Seth y yo podremos liberar a los sirvientes, ¡a mi padre! Podemos derrocar al Consejo. Podemos...

Soltó una risa loca. Una que solía significar que estaba a punto de empujarme contra una esquina.

—¿En serio crees que eso es lo que pasará cuando logréis erradicar a todos los Consejos? ¿Que Lucian liberará a los mestizos y que todo el mundo se va a querer? —Abrí la boca, pero él siguió hablando—. Vamos a fingir que no es algo totalmente absurdo y que iremos ciegos de felicidad. Los dioses no lo permitirán. Se arriesgarán a exponerse ante el mundo mortal con tal de pararos. Morirá mucha gente inocente. *Tú morirás.*

El corazón se me aceleró un poco.

—¿Entonces debería quedarme sin hacer nada?

—No. ¿Acaso no lo sabes? El arte supremo de la guerra es someter al enemigo sin luchar.

—Y al que se le ocurrió eso no era más que un completo idiota. Para ganar la guerra, hay que despellejar al enemigo y destruirlo.

Entrecerró los ojos.

—Eres idiota.

Torcí la boca.

—Cállate.

Caleb se movió hasta mí.

—Álex, tienes que romper el vínculo con Seth. Rómpelo y lo entenderás todo.

—No. —Me aparté y me puse las manos en las caderas—. Me dijiste que no me rindiera con Seth. ¿Y ahora quieres que lo haga?

—No quiero que te rindas —dijo con voz suplicante—. Sigue habiendo esperanzas en él, pero solo si eres capaz de llegar a él de verdad. Y siendo la presidenta del club de fans de Seth no vas a lograrlo.

Entonces me reí.

—Eso lo eras tú cuando estabas... ya sabes, cuando estabas aquí. Estabas flipado por él.

—Y todavía lo estoy. Mola un montón, pero ahora mismo está cegado por el poder. Como un adicto a la metanfetamina. No. Mejor aún. Como un adicto a la metanfetamina y al *crack*, todo en uno. Está fuera de control. ¡Por todos los dioses, está trabajando con los daimons! Y si sales de aquí, conectas con él y le transfieres

toda tu energía... Se habrá acabado todo, Álex. Te drenará del todo, inconscientemente.

Me quedé boquiabierta.

—Él nunca haría eso.

—No lo haría queriendo, Álex. Pero lo haría. Y cuando lo haga, se convertirá en el asesino de dioses, y nadie te necesitará. —Movi6 la cabeza con tristeza—. Y eso si es que logras llegar a 6l. Apolo te detendr6. *Todos* los dioses vendr6n a detenerte.

Sacud6 la cabeza. Me negaba a creerlo. Mi Seth nunca me drenar6. 6l me necesitaba, igual que yo le necesitaba a 6l. Y juntos, ser6amos imparables. Podr6amos cambiar las cosas. Siendo el Apollyon no perder6 a m6s gente, como me pas6 con Caleb y mam6.

Negué con la cabeza.

—Álex —rog6 suavemente.

—No. ¡No! ¡Porque ser6 tan poderosa que nunca m6s volver6 a morir alguien a quien amo!

—Álex...

Unas est6pidas l6grimas d6biles me ard6an en los ojos.

—¡Si hubiese sido el Apollyon cuando nos atacaron, habr6a podido salvarte!

Su cuerpo tembl6.

—No, Álex, no habr6as podido.

—No digas eso. Nunca vuelvas a decirlo. —El pecho me dol6a. 6l se desvaneci6 un poco—. ¿Qu6 est6 pasando?

—Tengo que irme. —Caleb parec6a triste—. Rompe la conexi6n, Álex. Es la 6nica forma de que os salv6is los dos.

Sacud6 la cabeza tan r6pido que el pelo me golpeaba en las mejillas. Antes de que pudiese decir una sola palabra, tembl6 y desapareci6. Me qued6 all6 quieta unos cuantos minutos, quiz6s incluso horas, mirando hacia donde hab6a estado Caleb, luchando contra las l6grimas y todo lo que me hab6a dicho. No, no me pod6a creer lo que hab6a dicho.

Caleb no lo entend6a. 6l nunca hab6a perdido a nadie, como me hab6a pasado a m6, que le hab6a perdido a 6l. Mientras 6l estaba en el Inframundo jugando al Mario Kart, yo estaba aqu6, hundida en el dolor y la angustia de perderlos, a mi madre y a 6l. Lidiando con el hecho de que mi padre fuera un maldito sirviente.

¡6l no lo entend6a!

Estar conectada con mi Seth era la 6nica forma de salvarnos. Cuando Seth y yo hub6semos acabado, ya no habr6a m6s dolor.

Capítulo 5

Me dio la impresión de que Caleb había fallado en su misión, esperaba que no le fuesen a castigar por ello. No creo que Apolo fuese a hacerle nada, pero ¿yo que sabía?

La visita de Caleb me dejó destrozada. Alterada y sin forma de quitarme de encima los nervios, paseé por la celda. Una parte de mí quería enfadarse y gritar. La otra quería sentarse y llorar como un bebé. Ver Caleb había sido como un regalo, pero no habíamos hecho más que discutir. Me había dejado un peso en el estómago que me desanimaba cada vez más.

Cuando Aiden apareció con una bolsa de comida para llevar, casi se la tiro de vuelta, pero me estaba muriendo de hambre. Y... tenía unas ganas enormes de contarle lo de Caleb.

—¿Quién ha venido? —Le pregunté mientras comía con ansia una carne misteriosa y panecillo húmedo.

No respondió.

Puse cara de fastidio y me acabé la hamburguesa. Hurgando en la bolsa, saqué una ración extra grande de patatas fritas. Con la de ejercicio que estaba haciendo, escapar de allí sería más bien salir rodando.

—Sé que ha venido alguien.

Me metí en la boca un puñado de patatas, y luego otro más. Tenía los dedos llenos de grasa y sal. Ñam.

—¿No vas a hablarme? ¿Solo vas a quedarte ahí mirándome como un acosador?

Aiden esbozó una media sonrisa.

—Eso ya me lo has llamado antes.

—Claro, porque *eres* un acosador.

Fruncí el ceño al ver el cartón medio vacío. Nunca había suficientes patatas.

—En realidad, te vigilaba para asegurarme de que no salieses de la isla.

Me acordé de todo. Fue la noche de la fiesta en casa de Zarak, cuando las cosas parecían más simples. Zarak... Me preguntaba qué habría pasado con Zarak. No pensaba que estuviese en la isla cuando Poseidón lanzó su ataque, pero no podía saberlo.

Me acabé las patatas fritas y me chupé la sal de un dedo mientras levantaba la mirada.

Los ojos de Aiden era de color plata brillante. Comencé a sentir algo cálido en mi estómago. Me llevé otro dedo a los labios.

Por todos los daimons, ¿qué narices estaba haciendo? Cogí una servilleta y me limpié los dedos con furia. Frente a mí, sentía cómo Aiden despedía calor.

Cuando volví a mirarle, estaba completamente tranquilo, el maestro de la

impasibilidad. Hasta me levantó una ceja. Bien por él. Pues vale. Me había dejado en jaque mate, pero sabía quienes estaban arriba: Laadan y Olivia. Me acordé de que estando bajo los efectos del Elixir, Deacon le dijo a Aiden que iban a venir. Y justo entonces me escondí en el armario porque Aiden había levantado la voz.

Me había escondido *en un armario*.

—Pareces feliz —comentó Aiden mientras desenvolvía un sándwich de pollo.

Tío, ¿quién quitaba la mayonesa y se comía el sandwich solo con una de las rebanadas? Aiden. Él lo hacía.

—Oh, me ha venido a la cabeza cómo aprendí a jugar al ajedrez y a esconderme en los armarios.

Le había dado solo dos mordiscos y tiró el resto en la bolsa. Tensó la mandíbula.

—Álex, odiaba verte así. Igual que odio verte así ahora. Así que, si querías que me sintiese culpable, lo has conseguido. Si quieres que me odie por haber tomado esa decisión, también.

Tenía que haber hecho un baile de celebración o algo, porque había logrado un buen golpe, pero me calmé. Tenía algo en la punta de la lengua, cosas que no debía decir. Así que no dije nada. Nos pasamos el resto de lo que quedaba del día en silencio. Cuando se fue, no contacté con Seth. Entre la visita sorpresa de Caleb y lo de Aiden, no me apetecía nada.

Algo después, quizá unas cuantas horas, oí la puerta abriéndose y cerrándose rápidamente, demasiado rápido y silencioso para ser Aiden, que siempre bajaba las escaleras como si fuese un guerrero preparándose para la batalla.

Salté del colchón y aguanté la respiración.

Comenzaron a aparecer dos delgadas piernas enfundadas en unos vaqueros, y luego una camisa blanca metida por delante de los pantalones. Las botas altas delataron a mi visitante. Eran unas botas *geniales*.

Olivia.

La oportunidad acababa de llegar a mi puerta.

Se paró al final de las escaleras. Se había apartado los rizos de la cara. La piel color caramelo de Olivia era preciosa, aun estando pálida. En aquel momento parecía que estuviese viendo una horda de daimons.

—Álex —susurró, tragando saliva.

Despacio, para no hacerla salir corriendo hacia las escaleras, me acerqué a los barrotes. Supe el momento exacto en que me miró a los ojos, porque dio un paso atrás, dándose contra el último escalón.

—No te vayas —dije, agarrando los barrotes. La pálida luz azul tembló—. Por favor, no te vayas.

Su garganta volvió a funcionar y rápidamente echó un vistazo a su espalda antes de volver a mirarme.

—Por todos los dioses, es cierto. Tus ojos...

Sonreí.

—Cuesta un poco acostumbrarse.

—Seguro. —Respiró hondo y se acercó más—. Aiden... me matará si descubre que estoy aquí abajo, pero tenía que verlo por mí misma. Él... todos dicen que tienes que quedarte aquí abajo, que eres peligrosa.

Por primera vez, que alguien fuese impulsivo era una ventaja para mí.

—No soy peligrosa.

—Dicen que has amenazado con hacerte una corona con las costillas de Deacon. Diablos...

—No he hecho nada.

Parecía dudar.

—Vale. Ya me conoces. Digo cosas malas cuando estoy enfadada.

Arrugó los labios.

—Sí, la verdad es que sí. Álex... —Su mirada vagó por los barrotes—. Mierda...

Tenía que proceder con cautela, pero rápidamente. ¿Quién sabía cuánto tiempo teníamos antes de que Aiden se diese cuenta de que Olivia estaba aquí y me fastidiase la diversión? Usar una compulsión sería fácil y lo más rápido para acabar con aquello, pero... pero una parte de mí, aquella parte *estúpida*, quería hablar con ella... con mi amiga.

Y hay algo que no había tenido la oportunidad de decirle, algo importante.

Olivia se acercó más.

—Estás... estás horrible.

Fruncí el ceño.

—¿Ah sí?

—¿Has podido dormir algo? —Me miró de arriba a abajo—. Has perdido peso.

Me alivió un poco escuchar que no había cogido kilos de más, y me encogí de hombros.

—Pues tú estás genial.

Se tocó la mejilla.

—Pues no me siento tan genial. No tienes ni idea de lo que está pasando ahí fuera. Todo el mundo está asustado...

—De nosotros.

—¿Nosotros?

—Seth y yo. —Apoyé la cabeza sobre los barrotes—. Has estado en Nueva York, ¿verdad?

Olivia sacudió la cabeza. —Fuimos hacia ahí, pero las cosas están fatal. No dejan entrar a nadie. El sitio está como en cuarentena, pero he oído que hay una enorme pelea dentro.—

El Elixir ya no funcionaba ahí dentro, cortesía de Lucian y mi padre... mi padre estaba ahí.

—Los dioses, tienen esas cosas rodeando los Covenants. —Se estremeció y se abrazó la cintura.

Despertó mi interés.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Son como mitad toro, mitad hombre, pero son máquinas. Nos los encontramos de camino a Nueva York. Mi madre siguió hacia allí, pero no quería que yo fuese. Así que me envió aquí con Laadan.

Se me apareció un recuerdo borroso de Apollo y Aiden hablando sobre aquellas criaturas. Me preguntaba si mi Seth lo sabía. Probablemente. Solté los barrotos y me aparté el pelo. Las puntas se me rizaban por debajo del pecho. Seguramente me hacía falta un corte. Teniéndola al lado, no podía evitar compararme con Olivia.

—Álex, las cosas van a empeorar. Tú...

—He visto a Caleb.

Abrió la boca de par en par, y se le olvidó el discursito que iba a darme.

—¿Qué?

—He visto a Caleb dos veces desde que... murió. —Tenía que sacármelo primero, y luego haría lo que tenía que hacer. Mi Seth diría que aquella necesidad era una debilidad, y lo era, porque estaba malgastando un tiempo precioso, pero Olivia tenía que saberlo. Le prometí a Caleb que se lo diría y, después de escapar, no tenía ni idea de si volvería a verla—. La Orden me atacó mientras estaba en el Covenant. Uno de sus miembros me mató. Fui al Inframundo...

—¿*Moriste*?

Gritó tan agudo que hice una mueca.

—Sí, estuve muerta, y luego ya no. Es una larga historia. Pero vi a Caleb.

Se llevó una mano al pecho.

—¿Te estás quedando conmigo? Porque si es así, juro por todos los dioses, Álex, que te *haré* daño.

Qué mona, teniendo en cuenta que no podía ni tocarme... pero sonreí.

—Caleb está bien. Está muy bien. Se pasa casi todo el tiempo jugando a la Wii, se le veía genial. No como... —Me ardía la garganta—. Está muy bien.

Sus ojos brillaron bajo la tenue luz.

—¿De verdad lo has visto?

Asentí.

—Quería que te dijese algo. No había podido hacerlo antes, con todo lo que está pasando.

—Lo entiendo. —Soltó una risa ahogada—. Y qué... ¿qué te dijo?

Olivia siempre se había cuidado mucho las manos, pero tenía el esmalte de uñas descascarillado y viejo. Mantuve la mirada sobre sus manos.

—No sé qué significa, pero me pidió que te dijese que él habría elegido Los Angeles.

Tomó aire y el silencio duró tanto rato que al final tuve que mirar. Cuando lo hice, casi deseé no haberlo hecho.

Por las mejillas de Olivia comenzaban a correr las lágrimas, saltando sobre los

dedos con los que se tapaba la boca. En mi garganta comenzó a aflorar un sentimiento como respuesta, y me mordí el labio. Los Ángeles debía significar algo importante de verdad. Deseé estar al otro lado de los barrotes, no para escapar, sino para abrazarla. Pero tenía que estar al otro lado, y tenía que escapar. No había más tiempo.

—Olivia —dije, y mi voz era diferente, incluso a mis propios oídos; más suave, lírica. En mis palabras vibraba energía.

Se puso rígida y se apartó las manos de la boca mientras me miraba fijamente a los ojos. De sus tupidas pestañas aún colgaban lágrimas, pero no eran las lágrimas lo que hacían que tuviese los ojos brillantes. Era la compulsión en mi voz, una habilidad que me había resultado natural desde que Desperté. Una parte de mí odiaba lo que estaba haciendo. Olivia era mi amiga. Estaba mal usar una compulsión en ella, pero no tenía más remedio. Tenía que llegar a mi Seth. Seguro que en algún momento me entendería.

—¿Sabes dónde están las llaves, Olivia?

Asintió lentamente.

—Bien. Muy bien. —Estiré un brazo a través de los barrotes y la atraje hacia mí. Cuando puso su mano fría sobre la mía, apreté suavemente—. ¿Dónde están?

—Las tiene Aiden. —Hablabas despacio.

Mierda. Aquello no era bueno.

—¿Y dónde está Aiden?

—Está con tu tío y Laadan. —De sus labios se escapó un suave suspiro.

Mierda. No iba a poder conseguir las llaves de ninguna forma. Miré hacia la puerta de la celda y se me ocurrió algo. Le solté la mano, agarré los barrotes y miré el brillo luminoso. Era débil y no llegaba a la marca de Titán del techo.

—Olivia, ¿me ayudarías? —Lancé toda la energía que pude en mi voz y abrió los ojos aún más—. Me vas a ayudar, ¿verdad?

—Sí.

—Genial —sonreí y me dirigí hacia la puerta. El punto más débil era donde la cerradura. Si las dos lo hacíamos al mismo tiempo, podría bastar—. Necesito que tires de la puerta, Olivia, tan fuerte como puedas.

Fue hacia la puerta como en un sueño, poniendo las manos sobre la manija, obediente.

—Esfuézate todo lo que puedas —insistí suavemente—. Tira. Tira fuerte.

Y lo hizo. Los mestizos eran increíblemente fuertes. Los barrotes de metal se movieron. Olivia se inclinó hacia delante y clavó las botas en el suelo para hacer más fuerza. Me aparté y deseé tener zapatos, porque aquello iba a doler a base de bien.

—Sigue tirando —le ordené, y respiré profundamente.

A medio camino me giré y estampé el talón contra los barrotes que rodeaban la cerradura. El dolor me fue subiendo por todo el pie. La luz azul brilló y se desvaneció en seguida. Entre la puerta y los barrotes se abrió un hueco de unos dos centímetros.

—Tira muy fuerte, Olivia.

Gruñó y tiró con fuerza.

Caleb me iba a matar.

Me eché hacia atrás y volví a pegarle a la puerta. Apareció otro hueco. Tenía el pie entumecido, pero volví a darle una patada más. El metal gimió y cedió. Aquella fuerza repentina lanzó a Olivia por los suelos y la puerta... estaba abierta.

Sin tiempo que perder, salí disparada por el agujero, medio esperando que una fuerza oculta me lo impidiese, pero sin darme cuenta ya estaba al otro lado.

Me dieron ganas de hacer un bailecito de la victoria, pero me agaché y puse las manos sobre las mejillas de Olivia. Ella me miró a los ojos, totalmente bajo mi control.

—Quédate aquí, ¿vale? Quédate aquí hasta que alguien venga a por ti.

Olivia asintió con la cabeza.

Empecé a marcharme, pero me paré.

—No te vas a culpar por esto. Me culparás a mí.

—Vale —dijo con voz suave, somnolienta.

Me aparté y comencé a subir las escaleras. Empecé a sentir un sabor amargo cuando miré hacia atrás. Olivia seguía en el suelo, con la mirada fija sobre mí.

—Gracias —le dije, aunque no importaba. Ni me oía ni me entendía. No haría nada hasta que no viniese alguien y entonces sentiría como si se despertase de un sueño.

La volvería a ver. En cuanto mi Seth y yo cambiásemos las cosas, volvería a verla y me disculparía.

Aquello me tranquilizó, así que seguí subiendo las estrechas escaleras y me paré frente a la puerta. No oía voces al otro lado. Me tomé un segundo para comprobar mi unión con Seth. Él no estaba al otro lado, y yo no tenía tiempo para esperar a que apareciese. En cuanto estuviese fuera y supiese dónde estaba, contactaría con él.

Abrí la puerta un poquito y miré por el pasillo. Vacío. Era estrecho y colgaban un montón de cuadros de las paredes. Se dividía en dos. Hacia la derecha, un haz de luz natural se filtraba a través de una pequeña ventana, atrayéndome. Me deslicé por la puerta y la cerré en silencio mientras miraba a mi alrededor. La última vez que había estado arriba —bueno, la única vez, de hecho— estuve bajo los efectos del Elixir, y recordaba vagamente que el pasillo llevaba hasta la cocina y una sala de estar. Después de la cocina estaba la terraza acristalada, que daba al exterior. En mi interior se comenzó a desarrollar una extraña sensación. Me vino un *flash* de Aiden y yo en aquella terraza.

Lo aparté de mi mente y caminé por el pasillo con cuidado. Estaba deseando que alguien se hubiese dejado olvidada por allí una daga o algo. Pero no hubo suerte. Ahora que lo pensaba, tenía que haberle preguntado a Olivia dónde estaban. Puse cara de fastidio. Dios, a veces se me daban fatal aquellas cosas, pero es que estaba muy ocupada en conseguir salir.

Según me acercaba a una de las puertas cerradas, me pareció escuchar a Deacon reír, y luego a Luke. Me mordí el labio y comencé a subir en silencio por las escaleras.

Entonces la puerta se abrió y me vi frente a frente con Lea. Mierda.

Con la boca de par en par, Lea parpadeó y dio un paso atrás hasta darse contra la pared.

—No...

Soltó un chillido tan agudo que se me clavó en los oídos, y me atacó. Me atacó, en serio. Dioses. Sin tiempo para una compulsión, desvié su ataque con un fuerte golpe que le dio de lleno. Se estampó contra la pared y soltó un gruñido. Antes de que pudiese recuperar el equilibrio, le hice un barrido para tirarla al suelo. Justo entonces, apareció por la puerta la cabeza de Deacon, con cara de sorpresa.

—Oh, mierda —dijo Deacon, y retrocedió rápidamente, mientras que Luke salió disparado hacia adelante.

Luke fue a agarrarme, pero yo fui más rápida.

—Álex, no quieres hacer nada que...

Al otro lado del pasillo, la última puerta salió volando y se estampó contra la pared. Pude ver unos pantalones negros. *Centinela*. Sin pensármelo dos veces, levanté el brazo y el que estaba más cerca de mí se llevó todo el brutal impacto del elemento aire.

Luke se echó hacia atrás, con los ojos como platos y aturdido. Se chocó contra Lea, que se había puesto frente a Deacon para protegerlo. Oí varios gruñidos, un grito de dolor y alguien que gritaba mi nombre.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia la cocina. Mis pies descalzos golpeaban el suelo al rodear la mesa y entrar a la terraza. Llegué a la puerta en apenas unos segundos, tiré de ella y me di cuenta de que estaba cerrada. Maldije entre dientes, abrí la cerradura y empujé la puerta de un golpe.

Aiden entró a la cocina apresuradamente.

—¡Álex! ¡No!

Demasiado tarde. Ya estaba fuera. Era libre.

Capítulo 6

En cuanto el sol me tocó la piel, sentí que las fuerzas me fallaban. Era como si hubiesen pasado varios años desde la última vez que sentí el calor del sol sobre mí. Mis sentidos cobraron vida. Sentí la hierba fría y húmeda bajo los pies. Vi unos olmos gruesos y altos, un tanto borrosos, según me dirigía a toda velocidad por el caminito de tierra para rodear el Hummer y adentrarme en el tupido bosque que rodeaba la cabaña.

Sentía cómo me palpitaban los brazos y las piernas, y seguí corriendo. El pelo ondeaba a mis espaldas, y yo seguía corriendo cada vez más, prestando atención para ver alguna señal que me dijese dónde estaba. No había nada.

Comencé a sentir miedo. Salté por encima de un árbol caído. Los pies me patinaban sobre las afiladas agujas de pino. ¿Cómo iba a decirle a mi Seth dónde estaba si no había nada más que malditos árboles...?

—¡Álex! ¡Para!

La respiración se me entrecortó y me atreví a mirar hacia atrás.

Era él. Aiden.

—Mierda —escupí y cogí más velocidad.

Un poco más adelante había un arroyo, el arroyo. Me acordé de eso. Sentí miles de años de Apollyons y sus habilidades recorriendo mi interior. Usar aquella habilidad era muy fácil, igual que meterse en unos vaqueros desgastados, y me cabreaba, teniendo en cuenta los horribles entrenamientos que tuve cuando me preparaba para el Despertar y que, por supuesto, mi Seth ya sabía. Idiota.

Extendí un brazo y llamé el agua, esperando que me respondiera.

El agua comenzó a agitarse y un chorro salió disparado hacia arriba, formando un arco por encima de mí. El muro de agua continuó saliendo, secando el pequeño arroyo en cuestión de segundos. Comenzó a girar sobre sí mismo y se estampó contra el suelo detrás de mí. Oí una maldición ahogada. Aquello debía haberme dado algo más de tiempo.

Eché a correr sobre el lecho del arroyo. El barro me salpicaba los pies y los vaqueros. Las ramas bajas se me engancharon en el pelo, arrancándome algunos mechones, y en la camiseta. La tenía bastante rota, pero yo seguía corriendo. La luz del sol comenzó a asomar a través de las ramas según me iba adentrando más en el bosque, lejos de la cabaña... lejos de él.

Sin previo aviso, el vínculo se activó. ¿Álex?

Estoy fuera. Salté desde una roca para salvar un pequeño barranco y aterricé agachada. Me levanté, y volví a arrancar. *No sé dónde estoy, pero estoy fuera. Seth, estoy...*

Oí a Aiden. Estaba cerca e iba rápido, impulsado por algo más fuerte que el éter y

yo sabía que, a pesar de lo rápida que era, no habría sido capaz de alejarme tanto de él si no le hubiera detenido con una pared de agua. Tendría que luchar. Pero no estaría sola. Mi Seth estaba aquí.

Derrapé para detenerme y me di la vuelta. El viento me sacudía el pelo y me daba en la cara. Aiden pasó sin problemas el barranco, aterrizando ágilmente sobre el suelo, a unos cuantos metros de mí. El agua le caía desde las oscuras ondas de pelo pegadas a su cabeza, y la camiseta negra se le pegaba sobre los duros músculos de su pecho y los abdominales. Bajo la fina tela empapada, sus hombros se pusieron tensos.

Nos miramos a los ojos.

Se levantó con facilidad, con las manos abiertas junto al cuerpo.

—No quieres hacerlo —le advertí—. Date la vuelta.

Aiden caminó hacia delante.

—No voy a dejarle. Nunca lo haré.

Sentí un cosquilleo en el pecho que no debía haber sentido. Di un paso atrás. Sentía que me salía calor de los dedos.

La voz de mi Seth vibraba a través de nuestra unión. Sabía lo que Seth quería que hiciese y, por eso, sabía también por qué debía hacerlo.

Tomé aire y levanté la cabeza.

—Entonces será tu funeral.

—Que así sea.

Me lancé a por Aiden.

Él ya estaba preparado. Se echó hacia la izquierda y esquivó mi ataque. Era rápido y muy ágil. Yo ya lo sabía, porque me había entrenado él, pero también sabía que yo era mejor que él. Era algo más.

Rápidamente, me agaché y fui a por sus piernas. Aiden saltó y yo me eché hacia arriba, estampándole el puño en el estómago. Se tambaleó un poco hacia atrás, pero rápidamente recuperó el equilibrio. Desvió mi siguiente puñetazo. El tercero le dio en la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás del golpe.

La luz del sol reflejó sobre las dagas que llevaba pegadas al muslo, y fui a por ellas.

Aiden giró hacia la izquierda en el último segundo y solo pude agarrar con los dedos el mango de una. Me agarró la muñeca y la retorció lo justo como para hacerme gritar y soltarla. Levanté la cabeza ante el repentino estallido de dolor, y lo vi en sus ojos grises. Por alguna razón, no me esperaba que me fuese a hacer daño. Supongo... no sabía en qué estaba pensando.

Me empujó hacia atrás y, como si pudiese leerme la mente dijo:

—No quiero hacerlo.

La furia me atravesó como un misil.

—No puedes hacerme daño.

Aiden se apartó rápidamente del camino en cuanto salí disparada a por él. Me di la vuelta y le lancé una patada giratoria a los riñones. Me moví para lanzarle otra,

pero Aiden me cogió la pierna y me tiró hacia atrás. Caí contra el suelo y me levanté rápidamente. Eché la cabeza hacia atrás y me sentí rebosante de energía. Akasha vibraba en mi interior, esperando ser llamada, pidiéndolo.

Volé hasta Aiden y nos pusimos a ello, con violencia. Sobre todo por mi parte, porque Aiden estaba más en plan defensivo que ofensivo, pero nos intercambiamos un montón de golpes, uno tras otro.

Recordé nuestros entrenamientos juntos. No tenía claro si aquello daba ventaja a alguno de los dos, porque anticipábamos los movimientos del otro y ninguno de los dos lograba ir por delante. Iba a por él y allí estaba para desviar mi golpe. Se movió para agarrarme, pero escapé antes de que pudiese inmovilizarme. Seguimos golpe tras golpe y, en el fondo, sabía que podía usar los elementos, pero no lo hice. Igual era que, después de contener tanta rabia por haber estado tanto tiempo encerrada, necesitaba una lucha más física. O igual era por otra cosa.

Del labio de Aiden comenzó a brotar sangre. Una marca roja comenzó a aflorar en su mandíbula. Tenía la camiseta rota a la altura de la cintura, mostrando una tensa fila de abdominales, pero no mostró ningún signo de debilidad.

Frustrada, me aparté del árbol, tomé un poco de aire y me giré. Me di cuenta del error justo cuando era ya demasiado tarde. Según me daba la vuelta, Aiden vino hasta mí, me agarró de la cintura y me empezó a dar vueltas. En los entrenamientos nunca había sido capaz de zafarme de él cuando lo hacía. No debí haberlo hecho.

Eché todo mi peso hacia delante y los dos caímos al suelo de rodillas. La boca me sabía a sangre pero Aiden no me había pegado. Ni una sola vez. Aunque me había dado bastantes golpes contra él.

—Ríndete —gruñí mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Apretó los brazos alrededor de mí.

—A estas alturas deberías de saber ya que no voy a rendirme. No eres tan estúpida.

—No puedo decir lo mismo de ti. —Separé las piernas y reuní fuerzas—. No puedes ganar.

Su aliento me rozaba la mejilla.

—¿Qué te apuestas?

Apreté los dientes.

—No puedes tenerme. No soy...

—No eres suya, Álex. ¡No le perteneces a nadie! Solo a ti misma.

Estaba equivocado, muy equivocado. Pertenezco a mi Seth. Me crearon para él y solo para él, y Aiden se interponía en nuestro camino.

Me balanceé hacia delante, creando un espacio entre nosotros y lancé las piernas hacia delante, soltando su agarre. Lancé el brazo hacia atrás y le di en la cara con el puño cerrado. El impacto me hizo daño en los nudillos.

Aiden cayó sobre una rodilla y escupió un montón de sangre.

—Dioses.

Me di la vuelta y empecé a correr, ignorando todas aquellas piedrecillas afiladas que se me clavaban en la planta de los pies.

No pude avanzar más de dos metros antes de que me placasen por la espalda.

Aiden me levantó y me apretó la espalda contra su pecho.

—¿Ya te vas? Justo ahora que empezábamos a divertirnos.

—¡Te odio! —Luché violentamente, intentando agarrarme al suelo. Mientras luchaba por soltarme, empezó a levantarse polvo. Cada vez parecía más un animal atrapado en una red. Todas las horas de entrenamiento parecían en vano—. ¡Te odio!

—Ódiame todo lo que quieras, pero eso no cambia nada. —Se puso de pie y empezó a arrastrarme hacia atrás, sabía que me llevaría hasta la cabaña, de vuelta a la celda—. No voy a dejar que te hagas esto.

Me moví, lanzándome de un lado a otro, pero en unos pocos segundos estábamos de vuelta en el mismo sitio.

—¡No puedes detenerme! ¡No puedes hacerlo!

—No lo entiendes, Álex. No puedes estar aquí fuera.

Le di un codazo.

Gruñó pero no me soltó.

—Te van a matar. ¿Lo entiendes? —Me sacudió—. ¡Vendrán a matarte!

—¡Me da igual! —grité con voz ronca—. Tengo que irme. Necesito estar con él.

Aiden cogió aire con fuerza y aflojó un poco el agarre.

Usando mi centro de gravedad, levanté las piernas y, de la fuerza, caímos al suelo. Aiden cayó primero y rodó antes de que me pudiera soltar, me apretó la espalda con las manos, impidiendo que me levantara. Solo conseguí llenarme la boca de barro y hierba.

—¡Para! —me siseó al oído—. No va a funcionar, Álex. Puede que no te importe morir, pero ya me preocupo yo por ti.

—¡Me da igual! Lo único que importa es Seth. Si no puedo estar con él, prefiero estar muerta.

—¿Pero te estás escuchando? —Me apretó los hombros con las manos—. ¿Que preferirías morir a no estar con él? ¿Sabes lo débil que es eso? ¡La Álex que yo conozco nunca diría algo así!

Aquello que dijo me caló hondo y desató *algo* en mi interior. Cabreada, planté las manos en el suelo y sentí cómo la tierra temblaba. Por abajo se oyó un gran rugido y el suelo comenzó a agitarse bajo nuestros pies, como el mar embravecido. Salimos despedidos por los aires. Yo me di contra un árbol y caí al suelo con las manos y las rodillas.

Un rayo atravesó el cielo, cegándome por un instante. Comenzaron a aparecer unas nubes que bloquearon el sol, y la oscuridad lo inundó todo. El cielo se abrió y nos golpeó una lluvia torrencial.

No sabía si era cosa mía o no. Ni me importaba. En el estómago tenía una enorme bola de emociones que se iba desatando a una velocidad demencial. Ira. Frustración.

Miedo. Todo aquello me apremiaba.

El aire se agitó debajo de mí y me levanté del suelo. Había electricidad estática en el aire. Chispas. El mundo era de color ambarino. No era yo. Yo ya no era nada.

Aiden seguía de pie a unos cuantos metros, con sus ojos plateados fijos sobre mí. Su expresión estaba marcada por el horror y el asombro.

Yo era un dios, tal y como Seth había dicho. Éramos dioses.

Hazlo. La voz de Seth penetró en mi sangre. Es la hora.

Apoyé los pies en el suelo y di un paso al frente, uno y luego otro. Y Aiden no se movió. Esperaba. Podía ver el final en sus ojos. No iba a ganar, no podía hacerlo, y lo sabía. Aiden lo aceptaba.

Cuando llegué a su lado, dejó de llover y las nubes se alejaron. El sol iba siguiendo mis pasos.

—Álex —dijo Aiden con la voz rota.

Como si fuese una cobra atacando, aparté las piernas de debajo suyo y antes de que pudiese volver a respirar ya lo tenía en el suelo. A horcajadas sobre él, le puse las manos sobre los hombros. Las marcas del Apollyon brillaban de un color azul eléctrico y correteaban por mi piel.

Me incliné, puse mis labios sobre los suyos y las palabras que salieron de mi boca fueron mías... pero no.

—Todos los momentos acaban, St. Delphi. Y ahora ha llegado el tuyo. —Junté mis labios contra la comisura de los suyos y se estremeció—. Tú eres débil porque amas.

Aiden levantó la mirada hacia mí, sin pestañear.

—Amar no es débil. El amor es lo más fuerte que existe.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Idiota.

Akasha comenzaba a salir a la superficie. Tenía la piel ardiendo, yo estaba ardiendo. Una luz azul brillante comenzó a aparecer sobre mi brazo derecho, rodeándolo según iba descendiendo hasta los dedos. La luz brilló, tan intensa y hermosa como destructiva.

La luz del sol cayó sobre nosotros, y me eché hacia atrás. Akasha ya me cubría la mano derecha. Cuando la soltase, acabaría con toda vida que encontrase a su paso. Aquella belleza estaba llena de muerte. Y Aiden no hizo un solo movimiento por defender su vida.

Sus ojos seguían fijos en los míos y fue levantándose poco a poco. Con las yemas de los dedos, encalladas de tantos años de entrenar y luchar, me acarició la mejilla con ternura.

—Te quiero, Álex. Y siempre te querré.

Parpadeé. El corazón me traqueteó. No entendía cómo podía decir eso, cómo podía acariciarme... con tanto amor, a unos segundos de morir.

Hazlo, Álex, y entonces podremos estar juntos. Liberaremos a los mestizos, a tu padre. Cambiaremos el mundo. Tú y yo, Ángel, estaremos siempre juntos.

Bajé la mirada. El collar de la rosa estaba fuera de mi camiseta, se había salido por la raja del cuello. Un rayo de luz cayó sobre los bordes de color rojo oscuro de la rosa. Un objeto muy delicado, hecho a mano por un verdadero guerrero.

Me quedé sin aire y el brazo me empezó a temblar.

Estamos juntos en esto, Alex, hasta el final. Aquellas palabras no eran de Seth, pero aquello sí que era el final. Los ojos me ardían como si estuviese lloviendo ácido, pero el cielo estaba despejado. Estaba a unos segundos de la libertad... pero muchas cosas, muchos recuerdos, comenzaron a aparecerme por la mente.

No podía dejar de mirar la rosa.

Imágenes de la primera vez que vi a Aiden mientras entrenaba con Caleb, otra de cómo apareció a través del muro de fuego y me salvó, me salvó la vida. Recuerdos de su paciencia, su apoyo e incluso de su frustración por mí.

Seth me llamó, pero yo lo aparté lejos. Aquellos recuerdos eran importantes. Eran algo para mí, lo eran todo, ¿verdad? Antes no hubo ningún sentimiento relacionado con ellos, pero ahora estaban repletos. Me centré en ellos, recordando cómo me había cuidado después de Gatlinburg, cómo había estado allí para mí cuando me hice añicos después de lo de Mamá... *mi madre*. La primera vez que me abrazó, que me besó. Los ojos de Aiden nunca me juzgaban, como si fuese su igual.

Siempre había sido así.

El pecho comenzó a batirme con fuerza. Entonces me vino a la mente el día del zoo y el de San Valentín. El amor que habíamos compartido. Tenía que significar algo.

No podría respirar.

Yo lo dejaría todo por ti.

Seth me llamó de nuevo, pero me estaba rompiendo en pedazos. Me estaba haciendo añicos. Todo comenzaba a deshacerse. Los trozos de la persona que era antes no podían mezclarse con la que era ahora. Pasado y presente no podían coexistir con el futuro.

Estaba dividida en dos.

Seth me gritaba, su voz rugía en mi cabeza y no había forma de escapar de él. Él estaba en todas partes, en cada célula y en cada pensamiento, tirando de mí. Pero yo no podía respirar y debajo de mí, *él* estaba debajo de mí, y no podía pensar con claridad. De nuevo volvía tenía muchas voces en la cabeza. Muchas voces distintas, algunas eran mías... y no podía ni *pensar*.

Me concentré en los escudos mentales que Seth me había enseñado. Necesitaba un momento, un momento de silencio para pensar en aquello, para entender por qué no se estaba defendiendo y cómo podía quererme.

Seth estaba furioso. El dolor me atravesó la cabeza como si alguien hubiese cogido un picahielos y hubiese empezado a darme con él en la cabeza. Sabía que él lo odiaba, pero necesitaba *tiempo*. Él me gritó, pero yo comencé a imaginarme los muros. Eran una paredes de color rosa fosforito, deslumbrantes, que se elevaban cada

vez más y más. Los hice gruesos y llenos de titanio por todas partes, los rematé con alambre de púas y le puse una bonita valla eléctrica por encima y todo ello apoyado por la energía de los dioses. Una película de la luz azul brillaba sobre las paredes.

El cordón se rompió en mi interior como un latigazo y luego desapareció.

A excepción de un zumbido grave, había silencio, y entonces solo estaba yo, sola con todo lo que había hecho.

Incliné la cabeza hacia atrás y grité.

Comenzó a salir de lo más profundo de mi alma, y no paraba. No podía detenerlo. No podía comprender en qué me había convertido, las cosas que había hecho. Cuando paré, fue solo porque tenía la garganta en carne viva.

Me aparté de Aiden, incapaz de mirarle a los ojos, porque... las cosas que... Temblando, me arrastré por el suelo lleno de barro y me hice un ovillo junto a un árbol. Apoyé la cara contra las rodillas e intenté respirar, pero me dolía el pecho y la presión no paraba de aumentar.

—¿Álex? —Gritó Aiden con voz ronca.

Traté de evitarlo, quería que se fuera. Tenía que dejarme, salir corriendo tan rápido como pudiese.

Unas manos fuertes se posaron sobre mis hombros y bajaron por mis brazos hasta agarrarme con suavidad las muñecas. Me separó las manos y, aunque no podía soportar mirarle, abrí los ojos.

Era como ver a Aiden tras estar separados durante meses. Él estaba allí. La curva de sus pómulos, aquellos hoyuelos tímidos y su fuerte mandíbula —unos rasgos que me había aprendido de memoria eones atrás—. Rizos oscuros caían sobre su piel morena... estropeada por moratones y rayas color carmesí. Moratones provocados por mí, pero seguía teniendo aquella belleza masculina que siempre me había cautivado.

Aiden se estremeció, y después me cogió de las mejillas. Sus ojos plateados buscaban los míos. Estaban cubiertos por un tenue brillo, como lágrimas, pero Aiden nunca lloraba.

—Álex... oh, dioses, Álex, ¿estás aquí?

Rompí a llorar.

Capítulo 7

Sí, y no iba a dejar de llorar pronto. Aquel era uno de esos lloros enormes, vergonzosos, que te hacen temblar todo el cuerpo. Esos con los que no podía pensar ni ver, ni siquiera respirar.

Aiden me aguantó todo el rato. Sus brazos eran mi punto de apoyo. Murmuró algunas palabras en griego antiguo. Entendí *agapi mou* varias veces, y el resto tenía tanto sentido como lo que yo trataba de decir entre sollozos. Sabía que podría entenderlo si no me estuviese ahogando en mis propias lágrimas, pero la verdad es que en aquellos momentos apenas entendía mi idioma.

Empapé la camisa de Aiden.

Y aun así, él siguió sujetándome contra su pecho mientras se apoyaba contra el árbol y me acariciaba el pelo, con la mejilla apoyada sobre mi cabeza. Comenzó a acunarnos. Creo que los dos lo necesitábamos.

En algún momento sentí pasos y voces acercándose, y me puse tensa bajo sus brazos. No sabía quién estaba viniendo, pero sentí que Aiden negaba con la cabeza y los pasos se fueron retirando.

Dioses, por fin, después de lo que me pareció una eternidad, podía pensar de verdad. Pero todos mis pensamientos estaban eclipsados por el dolor que sentía en mi interior. Ahora entendía aquella puñalada que sentí en el baño. Mi corazón y mi alma estuvieron gritándome, intentando llegar a mí. Ahora aquel dolor se había extendido por todo, paralizándome por completo.

No podía escapar de todo lo que había dicho y hecho desde que había Despertado. Desde que conecté con Seth me había convertido en el vivo ejemplo de mi mayor miedo, y ni siquiera me había dado cuenta. Seth y lo que él deseaba me habían estado consumiendo hasta que no quedaba nada, y eso que yo pensaba que era fuerte.

Oh, dioses, las cosas que le había dicho a Aiden me horrorizaban y me ponían enferma. Las cosas que Seth me había dicho que quería hacerme, lo que yo quería que hiciese cuando estábamos conectados... Me entraban ganas de salir de mi cuerpo, darme una ducha eterna y, aun así, nunca volvería a sentirme igual.

No podía entender cómo Aiden podía seguir a mi lado. Recordaba claramente haberle amenazado con matar a Deacon como veinte veces. Mi comportamiento le había llevado a hacer lo impensable —darme el Elixir—. Sabía que tenía que haberle matado por dentro.

Me acordé de todas las cosillas. *¿Mi Seth?* Oh, qué asco. Ojalá pudiese limpiarme el cerebro con detergente. Y todo aquello que había gritado al pelear contra Aiden. *¿En serio me había peleado contra Aiden? ¿Limpiarme el cerebro? Tenía que añadir la boca y el alma a la lista de la colada.*

—Shh —murmuró Aiden mientras me acariciaba la espalda—. No pasa nada.

Todo está bien, *agapi mou*. Ahora estás aquí y yo te tengo.

Agarré el cuello de su camisa rota con mis manos doloridas.

—Lo siento mucho. Lo siento, Aiden. Lo siento.

—Para. —Se echó hacia atrás, pero yo fui con él, manteniendo la cara contra su pecho—. Álex.

Sacudí la cabeza mientras mi cuerpo me pedía volver a llorar.

—Mírame.

Las lágrimas corrían por mi cara y, con cuidado, me cogió de las mejillas para obligarme a mirar hacia arriba. Quería cerrar los ojos con fuerza, pero también necesitaba verlo, aunque solo pudiese verle la cara borrosa.

—¿Cómo puedes mirarme? —Le pregunté—. ¿Cómo soportas tocarme?

Arrugó la frente y se puso muy serio.

—¿Cómo podría no hacerlo, Álex? No te culpo por lo sucedido. Las cosas que has hecho y dicho no han sido culpa tuya. Lo sé. Siempre lo he sabido.

—Pero sí que era yo.

—No. —Su voz era firme, sus ojos plata pura—. No era más que una sombra de ti, Álex. Tú estabas ahí, en el fondo, pero no eras tú. No era la Álex a la que quiero, pero ahora ya estás aquí, y eso es lo único que importa. Solo eso, nada más.

Su fe ciega en mí, su aceptación y perdón, me volvieron a llevar al llanto. Lloré tanto que pensaba que no podría volver a llorar nunca más, y cuando por fin paré, no podía levantar la cabeza de su pecho.

El sol comenzaba a ponerse y la temperatura estaba bajando. Entonces Aiden me puso los labios sobre la frente.

—¿Estás lista?

«No», quería decir, porque no estaba segura de poder volver a ver a todos. Además de convertirme en la Malvada Álex, también estuve drogada, la Álex que se encierra en armarios.

Pero respiré hondo y me sentó bien, incluso genial.

—Venga.

—Venga —repitió y se levantó, manteniéndome cerca de su pecho, con la barbilla sobre su hombro.

Aiden dio un paso y un ráfaga de energía antinatural me bajó por la espalda, energía divina. Las marcas del Apollyon rugieron al salir a la superficie, corriendo por mi piel. Sus brazos se tensaron al darse la vuelta mientras levantaba la cabeza hacia el cielo. Los dioses podían ocultar su presencia si querían, Apolo lo había hecho durante meses, pero los dos habíamos sentido la descarga de energía.

—Esto no es bueno —dije moviéndome entre sus brazos.

Me puso de pie, y colocó sus manos sobre mi cadera. Solo tuve que mirar un segundo sus ojos gris tormenta para saber que estábamos pensando lo mismo.

Antes de que pudiese abrir la boca, un gemido agudo sacudió las ramas sobre nuestras cabezas. El aire a nuestro alrededor comenzó a moverse y, entonces, el batir

de unas alas me dejó sin aire de un plumazo.

Aiden me empujó detrás suyo, literalmente *me* empujó detrás *suyo*.

—Vuelve a casa ahora mismo, Álex. Las marcas las mantendrán alejadas.

¿Cómo? ¿Y dejarle allí? Estaba loco. Con el corazón en la garganta, negué con la cabeza.

—No. No...

Otro chillido me heló la sangre. Entonces un enorme aullido salió de entre los árboles, apartándome el pelo de la cara.

Llegaron las Furias, bajando en picado hacia la tierra como misiles termo dirigidos con «Álex» escrito sobre ellos. Cada una de ellas aterrizó en el suelo agachada, soltando plumas y piedrecitas.

Eran hermosas —las dos Furias—. Tan pálidas y brillantes, con sus largos y sedosos rizos rubios ondeando al levantarse las dos a la vez. Sus cuerpos se movían sinuosos al dar un paso al frente, con sus pies desnudos hundiéndose en el suelo.

Un trueno agitó el aire y soltó un destello de luz cegadora. Levanté un brazo, tropecé hacia atrás y busqué a Aiden. Con el pulso a mil, me agarré con fuerza a su grueso antebrazo.

Cuando la luz se fue desvaneciendo, había un dios entre las dos furias, y entonces sentí cómo el corazón se me paraba allí mismo. Lo había visto antes. Oh, dioses, lo había visto.

El pelo color miel hasta los hombros, enmarcando un mentón desafiante y cuadrado y unos rasgos angelicales y puros, incluso pacíficos.

Tánatos.

De sus ojos blancos salían chispas de electricidad.

—Quizá no pueda matarte, Apollyon, pero puedo asegurarme de que no llegues al Primero.

—¡Espera! —gritó Aiden mientras cerraba una mano sobre la empuñadura de una daga—. Ha roto...

Las furias echaron a volar hacia delante. Su piel luminosa se fue quebrando para revelar su apariencia real, aquella horrible piel gris que parecía la de un cadáver que llevase mucho tiempo flotando en el agua. Su pelo largo y brillante comenzó a enrollarse hasta convertirse en apretados rizos que lanzaban mordiscos al aire con unos colmillos fatales. Ya les habían salido las garras, tan fuertes que podían romper huesos y carne como si fuesen papel.

Y venían directas a por nosotros.

Aiden se echó hacia un lado y se giró hacia mí.

—¡Álex! —Me lanzó una de las dagas.

Di un salto y cogí la daga justo en el momento en que la primera Furia llegaba hasta Aiden, con sus afiladas uñas directas a por su garganta. Se dio la vuelta y sacó la daga con forma de hoz. Con un movimiento suave y elegante bajó el arma y le cortó un brazo a la Furia.

Mientras se arqueaba sujetando su muñón sangrante, soltó algo que parecía una mezcla entre el grito de un bebé y el de una hiena.

Maldición.

Sin tiempo para ir hasta Aiden a chocarle los cinco, giré sobre mí misma y me agaché cuando vi que la segunda Furia intentaba agarrarme del pelo. Salté en el mismo momento en que la Furia se tiraba en picado hacia mí y le clavé la daga en lo profundo del vientre.

Con la cara desencajada a unos pocos centímetros de la mía, la Furia abrió la boca, dejando ver una fila de dientes como una sierra y se rio.

Tuve que aguantarme las náuseas.

—Dioses, tu aliento es mortal. —Saqué el arma, un poco asqueada por el ruido que hizo—. Literalmente.

Inclinó la cabeza hacia un lado y pestañeó.

—¿Mortal?

—En efecto. —Giré y le planté una enorme patada con el pie izquierdo en todo el estómago. Salió disparada hacia atrás y se estampó contra un árbol.

—¿Has visto? Mortal.

La otra Furia iba a por Aiden con su brazo bueno, haciéndole retroceder mientras evitaba su arma. Me miró un segundo, y ese minúsculo momento le costó caro.

Ella le quitó el arma de la mano de un golpetazo.

—Hermoso pura sangre...

Me olvidé del dios y de la otra Furia, me olvidé de todo lo demás excepto de Aiden, y salí corriendo, ignorando lo mucho que me dolían las piernas.

Aiden se agachó por debajo del brazo de la Furia y apareció detrás de ella, pero se giró rápidamente y le dio a Aiden en el pecho con su enorme brazo.

Él cayó de rodillas, un poco aturdido por el golpe.

Cogí la daga del suelo, grité su nombre y le devolví el favor tirándosela. Aiden la cogió al vuelo y rodó, evitando a la Furia por muy poco. Echó a volar sobre él y estiró el brazo, agarrándole del pelo. Le dio un tirón hacia atrás.

—¡No! —El corazón se me paró, el mundo entero se paró a mi alrededor.

Akasha comenzó a salir bajo mi piel y las marcas comenzaron a brillar más. Todas y cada una de ellas me quemaban y cosquilleaban con la energía del quinto elemento.

Algo se rompió en mi interior; se me nubló la vista y luego se me aclaró. Tan solo podía oír mi propio corazón retumbando y un zumbido en el fondo de mi cabeza.

Estiré el brazo. Un rayo de luz azul intenso salió disparado desde mi mano y formó un arco. No acerté bien, porque en realidad iba a por la cabeza de aquella zorra, pero el rayo de energía le cortó un ala y la hizo girar sin control.

Entonces estalló la locura absoluta.

Tánatos rugió de rabia. La Furia echó a volar a duras penas con solo una ala y volvió a bajar girando en picado. Aiden se echó rápidamente a un lado, pero no fue lo

suficientemente rápido. Cansada de luchar contra mí, igual que lo estaba yo, la Furia se estampó contra Aiden y salieron rodando en una maraña de brazos, armas y garras mortalmente afiladas.

Por el rabillo del ojo, vi unos cuerpo subiendo por el valle. Solos y Marcus, con armas curvadas. ¿*Marcus*? ¿Pero qué...?

Me lancé hacia los dos cuerpos que se peleaban frente a mí.

Tánatos se giró y extendió un brazo. No tocó a Solos físicamente, pero tío, salió volando como si le hubiesen pegado un cañonazo. El Centinela mestizo chocó contra un árbol soltando un gruñido ronco y cayó de rodillas.

El dios dirigió sus terroríficos ojos hacia mi tío y levantó la otra mano.

—Retírate, pura sangre, o tendrás un final prematuro.

Marcus bajó la cabeza.

—Lo siento, pero esa es mi sobrina, así que no lo haré.

Algo con unas garras afiladas y un aliento fétido me cogió del pelo y tiró con fuerza. Caí al suelo y en un segundo me quedé sin aire en los pulmones. Me puse de rodillas como pude y, en un segundo, el pie descalzo de la Furia impactó contra mi barbilla.

Un sabor metálico inundó mi boca. La daga salió volando de mis manos y un dolor sordo comenzó a brotar de mi espalda.

Comencé a entrar en pánico, un miedo crudo, desenfrenado.

A mi alrededor, comenzó a haber más ruido de pelea. Se oían gruñidos y aullidos de dolor. La Furia que me había dado el patadón se levantó y extendió los dedos. Me quedé mirando fijamente, paralizada, mientras la muerte...

¿Muerte? Entonces me acordé. No podían matarme. Sí, claro, podían herirme de gravedad, ¿pero matarme? No. Yo era el Apollyon. Tenía control sobre los cuatro elementos, y el quinto y más poderoso: akasha. Alimentaba al Asesino de Dioses Yo era su energía, su as bajo la manga. Yo era el principio y él era el final. Y juntos... Juntos nada.

Solo estaba yo.

Clavé mis ojos en los de la Furia y sonreí.

Ella vaciló.

Me puse en pie de un salto.

—Vamos, zorra.

La Furia abrió la boca, entonces invoqué al elemento viento y lo solté contra ella. Un viento huracanado golpeó contra la Furia y la lanzó volando entre los árboles, como si hubiese estado atada a una cuerda y el propio Zeus hubiese tirado de ella.

—Una menos —dije dándome la vuelta—. ¿A quién le toca ah...?

Tánatos tiró a Marcus al suelo, desvió el ataque de Solos y vino hasta mí en un nanosegundo. Fue bastante genial.

De la mano de Tánatos salió un rayo de luz blanca. No había nada en el mundo que se moviese tan rápido como para poder esquivarlo. Seguro que ni siquiera Seth

podía.

Me dio justo debajo del pecho y las piernas me fallaron. Un dolor abrasador como el fuego me recorrió toda la piel y caí de bruces contra el suelo. Ni siquiera lo sentí. Tan solo sentía ese dolor terrible atenazándome los músculos.

Los rayos de los dioses eran un asco.

Aiden gritó mi nombre, y entonces me pareció que volvían a llamarme, pero esta vez era dentro de mi cabeza, con fuerza y muy enfadada... y sonaba como Seth.

Sin previo aviso, el suelo comenzó a temblar bajo mi cuerpo. Un destello de luz dorada fue descendiendo desde el claro. Una ola de calor me recorrió el cuerpo. Débil, levanté la cabeza.

Delante de mí tenía dos piernas cubiertas por cuero.

—Es suficiente, Thanatos. —La voz de Apolo era tranquila, pero de esa tranquilidad espeluznante que no te gustaría recibir.

—G-g-gracias por v-v-venir —jadeé.

—Cállate, Álex. —Apolo caminó hacia el frente. Un rayo de luz seguía sus pasos. Tánatos seguía a lo suyo.

—Si no podemos matarla, hay que neutralizarla. Yo me encargo de esto, Apolo. Debemos hacer algo para evitar la guerra.

—Ha roto el vínculo, idiota.

El otro Dios resopló.

—Como si eso importara. Pasará un tiempo y volverá a conectar con él.

—¡Claro que importa! —rugió Apolo—. ¡Si no está conectada con el Primero no debemos hacerle daño! Tú... —Apolo gruñó al escuchar un siseo acercándose—. Retira tus dos Furias o se reunirán con su hermana. Te lo prometo.

—Tenemos que...

Estaba demasiado débil como para mantener la cabeza levantada, así que apoyé la frente en el suelo. De todas formas no necesitaba ver qué estaba pasando para saber que Apolo había perdido la paciencia. El viento comenzó a soplar y el suelo tembló. Los dos dioses chocaron con un estruendo.

Cerré los ojos y rogué porque hubiese sido Apolo el ganador de aquel asalto, porque de ninguna manera iba a volver a ponerme a luchar. Ni de coña.

Alguien cayó de golpe contra el suelo, seguido de unos rápidos estallidos. El aire crepitó por la electricidad y luego silencio, bendito silencio.

Unas manos fuertes me cogieron de los brazos y con cuidado me pusieron de espaldas. Me quedé mirando a esos ojos plateados.

—¿Álex?

—Estoy bien. Solo... un poco nerviosa. ¿Y tú?

Aiden había tenido días mejores. Un hilillo de sangre le corría por la comisura de la boca. Un moratón le ensombrecía la mandíbula y tenía la camiseta rota por delante, pero estaba vivo, y estaba bien.

Me analizó con la mirada y me levantó sin ponerme de pie. Me agarró fuerte

contra él, se giró y pude ver el resto de los daños.

Solos y Marcus estaban de pie al lado de Apolo, que tenía una daga del Covenant en la mano. La miré, ya que goteaba sangre de la hoja.

Apolo la miró y se encogió de hombros.

—Ya lo superará.

Aparté la mirada y le miré a él.

—Pero voy a tener que responder por esto, supongo. —Apolo le dio la daga al maltrecho Solos—. Y puede que me lleve unos días...

Apolo echó a andar, se paró frente a nosotros, Aiden me soltó y se puso entre los dos. El dios sonrió.

—Sé que ha roto el vínculo. Me alegro de tenerte de vuelta, Álex.

—Sí —tomé aire.

Se giró hacia Aiden.

—Deja las marcas en la casa hasta que pueda volver. Mientras tanto, preparaos para luchar.

¿Luchar? ¿Qué narices pensaba que acabábamos de hacer?

Aiden asintió con la cabeza.

El dios tomó aire y juntó las manos.

—Y tenías razón. Estaba equivocado.

—Lo sé —dijo Aiden, y yo miré hacia arriba, confusa.

Apolo se giró hacia los otros hombres y les hizo un gesto con la cabeza. Empezó a desvanecerse.

—¡Espera! —grité. Tenía muchas preguntas, pero simplemente miró hacia atrás y me sonrió.

Capítulo 8

No recuerdo demasiado de la vuelta a la cabaña. En un momento dado, me retorcí para soltarme y andar yo sola, pero iba tan despacio y tan mal que al final Aiden se paró y, gruñendo entre dientes, me volvió a coger.

Ya no volví a moverme. De pie era más bien un obstáculo.

A nuestra vuelta la casa estaba tranquila. Marcus y Solos se retiraron cojeando, sin duda para curarse las heridas. De alguna forma, el resto de los ocupantes sabía que no era el momento de darme la bienvenida al mundo de la lógica y los cuerdos. Aiden me subió por las escaleras y por el pasillo hacia la habitación donde estuvo durmiendo mientras yo estaba bajo los efectos del Elixir. Me acordé de que, a pesar de ir ciega de aquella bebida, iba buscando a Aiden y me acurrucaba contra él en el sofá. El corazón se me puso a mil.

Aiden se dirigió hacia la cama, pero le hice parar.

—Ducha —dije con voz ronca—. Necesito una ducha.

—Pues sí, la verdad es que sí. Los dos, de hecho. —Dio media vuelta y fue hacia el baño. Allí me dejó de pie, algo preocupado al ver que me tambaleaba un poco.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy cansada. No me pasa nada malo, de verdad. —Y era verdad. Estaba magullada y dolorida, pero eso era todo. Y había tenido suerte, teniendo en cuenta que acababa de librar una lucha a muerte contra un dios de la muerte y dos Furias—. ¿Estás...?

—Estoy bien. —Se quedó mirándome y me dio un beso en la mejilla—. Ahora vuelvo.

—Vale. —Yo parecía un zombi andante.

Me miraba con tal cara de alivio que me tuve que agarrar al lavabo.

—No acapares todo el agua caliente, ¿vale? —Dijo.

Aquello me puso una pequeña sonrisa en los labios. En cuanto se fue, me volví lentamente hacia la ducha y giré los grifos. Quitarme la ropa hecha jirones fue una experiencia dolorosa. Me dolían todos los músculos, y me costó un buen rato. Cuando entré por la mampara, el baño ya estaba lleno de vapor.

Seguramente acabaría usando el agua caliente de una semana entera mientras Aiden debía estar reuniendo a todos para convencerles de que ya no era una sociópata.

Temblé bajo el chorro de agua y me llevé las manos a la cara. Me temblaban. Yo temblaba. Me las llevé hacia la cadena que tenía alrededor del cuello y cogí la rosa con los dedos. Algo así de pequeño fue lo único capaz de romper la conexión.

Pero no había sido la rosa en sí misma, sino lo que simbolizaba: el amor de Aiden por mí y lo que sentía por él, algo puro y natural, un sentimiento no forzado. Ver

aquello rompió el vínculo entre Seth y yo.

Me llevé el cristal a los labios y besé la rosa.

El vínculo *estaba* roto, pero Seth seguía allí... al final de aquel cordón que descansaba en la boca de mi estómago. Dioses, estaba muy enfadado, con ganas de matar, pude notar su sorpresa a través del vínculo justo un segundo antes de terminar con él. Y luego, de nuevo, cuando Tánatos me dio con el rayo, *allí* estaba él, como un acosador con billete de ida a mi mente.

Seth no creía que fuese capaz de romper el vínculo. ¿Hasta dónde habría llegado si no lo hubiese hecho?

Vendrán a matarte. Y aunque Tánatos no tuvo narices de hacerlo, seguro que no habría tenido problemas en hacerme daño, o hacerle daño a cualquiera que me defendiese. Hoy podía haber muerto gente por mi culpa.

Contuve el aliento.

¿Por qué había bloqueado Aiden la entrada de Apolo a la casa? ¿Qué le había pasado a su relación?

Dioses, había demasiadas preguntas y ahora estaba demasiado débil. Necesitaba un tiempo para recomponerme. Necesitaba ir a la cama después de la ducha.

El agua iba cayendo por mi cuerpo, sobre una piel tan magullada como mi interior, me aparté el pelo hacia atrás. Cerré los ojos, levanté la cabeza y dejé que la ducha hiciera su trabajo, eliminando las lágrimas que se habían agarrado a mis pestañas, despejándome la mente de todo.

Ya habría tiempo de preguntar todo aquello, de planear la dolorosa muerte de Seth y de encontrar a mi padre, pero en aquellos momentos no podía. No podía pensar en nada que no fuese el presente, aquel momento, porque todo era demasiado fuerte y demasiado reciente como para ahondar en ello.

Oí que la puerta del baño se cerraba y mantuve los ojos cerrados, el corazón me comenzó a latir a una velocidad desorbitada. Me abracé a mí misma y contuve la respiración.

Sentí un leve movimiento detrás de mí. Piel contra piel. Un escalofrío me recorrió la espalda. Una chispa infinita saltó entre los dos, algo que no podía replicarse o forzarse. ¿Cómo podía haber olvidado algo así al estar conectada con Seth? El corazón me dio un vuelco.

Aiden me puso el pelo sobre un hombro y rozó con sus labios el espacio entre mi cuello y mi hombro. Sus manos fueron deslizándose sobre la fina piel de mis brazos, agarrándome primero los codos y luego las muñecas. Suavemente, lentamente, me bajó los brazos.

Me mordí el labio y las piernas comenzaron a temblarme. Pero él estaba allí. Como siempre, sujetándome cuando no podía aguantarme y dejándome ir cuando sabía que lo necesitaba. Era más que un apoyo. Aiden *era* mi otra mitad, mi igual. Y no necesitaba ninguna extraña conexión de Apollyon.

Aiden esperó, inmóvil como una estatua, paciente como siempre, hasta que mis

músculos fueron destensándose, uno a uno. Entonces me puso las manos sobre la cintura y me atrajo hacia él. Un instante después, posó los dedos sobre mi barbilla y me inclinó la cabeza hacia atrás.

Abrí los ojos, parpadeando para quitarme el agua de las pestañas, y el aire se congeló en mi garganta. Unos moratones ligeramente violetas marcaban toda su mandíbula. Tenía un corte en el puente de la nariz. Sin duda eran heridas provocadas por mí.

—Lo siento mucho, Aiden —dije con la voz rota—. No puedo decirlo suficientes veces. Lo sé, pero lo sien...

Bajó la cabeza y rozó sus labios con los míos, silenciando mis palabras. Mis labios se abrieron para los suyos, igual que mi corazón y todo el resto. Aquel beso dulce y tierno, bueno, logró aligerar un poco el peso que sentía, parte de la culpa y de la vergüenza. Mi piel, mi interior, me dolía, pero su roce me calmaba. Imaginé que a él le pasaba lo mismo. Dioses, seguramente era mucho peor para él, teniendo en cuenta todo lo que le había hecho y dicho. Lo que había tenido que hacer, que sacrificar, para mantenerme a salvo.

El beso se hizo más profundo, retorciendo todas mis entrañas en algo agradable, fue como la primera vez que nos besamos. Miles de sensaciones me recorrieron la piel, mi corazón estaba exultante y lo que se estaba formando en la boca de mi estómago era mejor que sentir el akasha, más fuerte y más adictivo. Aiden no había esperado poder volver a besarme como lo hizo, como si pudiese borrar todas aquellas semanas a base de besos.

Puse las manos sobre sus brazos. Sus músculos se tensaron al levantarme y yo le rodeé con mis piernas. Lo que había entre nosotros no era solo deseo. Hubo mucho más: perdón, aceptación, alivio y lo más importante: amor.

No ese amor que se alimentaba de necesidad y que destruía ciudades y civilizaciones enteras, sino ese que las reconstruía.

Mantuvo un brazo rodeando mi cintura y enredó su otra mano entre mi pelo mojado. No dejamos de besarnos porque estaba bien y era lo único que importaba. El corazón me latía demasiado rápido, pero era perfecto, era como volver a casa cuando piensas que nunca lo vas a lograr.

No sé cómo llegamos a la cama o si cerramos el agua de la ducha. Pero estábamos juntos, nuestros cuerpos resbaladizos, nuestro pelo mojado empapando las sábanas enredadas sobre nosotros. Y luego fuimos nosotros los que nos enredamos, brazos y piernas. Sus manos estaban por todas partes, honrando las cicatrices de mi cuerpo. Luego siguieron sus labios y volví a familiarizarme con los músculos de su torso, con su tacto.

Miré hacia mi cuerpo y me sorprendió ver las marcas del Apollyon brillando débilmente mientras correteaban por mi piel, formando símbolos extraños.

—¿Qué pasa? —Aiden me puso una mano en la mejilla y atrajo de nuevo mi mirada hacia sus ojos—. ¿Estoy yendo demasiado rápido? ¿Debería...?

—No. No, son solo... las marcas del Apollyon. Es como que ahora mismo están a lo suyo.

—¿Debería preocuparme?

Me reí. Era como si fuese una de esas serpientes venenosas que con colores vivos advertían de su veneno.

—Creo que les gustas.

Aiden apartó la mano de mi mejilla y fue bajando por mi cuello, hasta bajar por mi pecho. Las marcas iban siguiendo su mano, como si las atrajera. Quizá era eso. No tenía muy claro cómo funcionaban las marcas. La respuesta, seguramente, estaba enterrada entre los miles de años de recuerdos, pero era como buscar una aguja entre un montón de agujas.

—Ya las había visto —dijo con voz ronca y grave. Sus ojos eran como charcos de plata líquida—. Cuando Despertaste y cuando te dimos el Elixir. —Se puso serio y me acarició la cadera—. Eran bonitas.

—¿En serio? —Me sentía guapa cuando me miraba, incluso estando tan marcada.

—Sí. Era lo más bonito que había visto en toda mi vida.

Tras un largo y angustioso momento, comenzó a ponerse sobre mí, mirándome a los ojos y con el cuerpo tan tenso que parecía que iba a romperse en cualquier momento. Al hacerlo, sus labios se encontraron con los míos y de su garganta salió un sonido ardiente. Nuestros cuerpos se unieron y por un momento ninguno de los dos se movió. Cuando lo hicimos, nuestros suaves susurros llenaron la oscuridad de la habitación.

Un rato después, nos tumbamos uno frente a otro y me cogió de la mano. Nuestros cuerpos estaban muy pegados. El cansancio pudo conmigo al final, y con Aiden también, habían sido muchas semanas. Luchar y todo aquello nos dejó en el límite. El sueño me llegó primero a mí. Lo sé porque pude sentir la mirada de Aiden sobre mí y, unos segundos antes de caer, sentí sus labios sobre mi frente.

Le oí susurrar:

—*Eíste pánta mou...*

Lo eres todo para mí.

Capítulo 9

Por muy enrevesada que se volviese mi vida, había algo que no cambiaba: mi pelo daba la impresión de que una zarigüeya se hubiese refugiado en su interior, hubiese invitado a algunos amigos y dado una fiesta. Era lo que me pasaba por dormir con el pelo mojado.

La sujeté en una gruesa trenza y respiré profundamente.

La verdad es que tuve días mejores. Bueno, al menos mi cara. Casi todo el daño me lo había hecho yo sola. Aiden no me había levantado la mano ni una sola vez mientras peleamos. Él solo se defendió. Pero ambos teníamos suerte de seguir en pie después de enfrentarnos a Tánatos y a las Furias.

Mi reflejo hizo una mueca.

Cuando salí de la cama, Aiden ya se había ido. Yo quería quedarme bajo las sábanas, sujetando su almohada contra mi pecho e inhalando su característico olor a mar y hojas quemadas. Quería quedarme allí hasta que volviese y poder envolverle con mi cuerpo, repitiendo lo de anoche.

Pero la realidad no iba a hacer una pausa, ni a esperarnos. Había demasiado por hacer y tenía que enfrentarme a todo el mundo. Tomé aire y me aparté del espejo. Mirarme durante horas no iba a arreglar nada.

Encontré la bolsa con ropa que me llevé aquella vez que me quedé en casa de los padres de Aiden y que él tuvo el detalle de coger cuando salimos de Deity Island. Había algunas cosas que yo no había metido, o que no me había dado cuenta que estaban, como un uniforme de Centinela. Me puso una sonrisa en la cara. Me metí en un par de pantalones, sorprendida de lo anchos que me quedaban. Me puse un par de botas que no tenían nada que ver con las de Olivia y me estremecí de camino a la puerta. *Olivia*. Oh, dioses, había usado una compulsión con ella. Esperaba que no siguiese en el sótano.

Me arrastré por el pasillo en silencio mientras me frotaba el moratón de la mejilla. Ni siquiera sabía en qué mes estábamos. Cuando ayer estuve fuera hacía fresco, pero no demasiado frío. Demonios. Ni siquiera sabía dónde estaba.

Me cogí la trenza y fui bajando las escaleras mientras jugueteaba con ella. Cuando llegué abajo, vi a un Centinela con el pelo castaño recogido en una coleta baja. Solos. Hasta donde podía recordar, a él no le había amenazado con hacerle daño, al menos no a la cara.

Se giró.

—Vaya, mira quién está de vuelta.

Me puse roja y me detuve en el rellano sin saber muy bien qué decir.

Solos sonrió, deformando la profunda cicatriz que le cruzaba la mejilla.

—No te voy a morder, pequeña.

Empecé a sentir calor y levanté la cabeza. Dioses, ¿qué me estaba pasando?

—Me alegro. Porque devuelvo los mordiscos.

—Eso tengo oído. —Sus ojos azules brillaron. Me puse roja, pero por otra razón —. Seguro que tienes hambre. Llevas durmiendo casi un día entero. Están todos en la cocina.

El estómago me gruñó al pensar en comida, pero se calmó.

—No habrá nada afilado por ahí, ¿no?

La risa de Solos era grave y divertida.

—No. Esta noche han pedido comida a domicilio, así que estás de suerte.

Encontré el valor para seguirle por el pasillo. Él entró primero en la cocina y yo me quedé mirando escondida detrás de la esquina. Deacon y Luke estaban sentados a un lado y frente a ellos había varias cajas de comida china. Laadan estaba a su lado. Marcus, Lea, y Olivia estaban al otro lado de la mesa. No tenía ni idea de dónde estaría Aiden.

—Tenemos compañía —anunció Solos mientras cogía una empanadilla y se la metía a la boca.

Todos se giraron. Y todos dejaron de comer y se quedaron mirando.

Dejé de jugar con la trenza y saludé a todo el grupo con la mano.

—Hola.

Luke dejó caer los palillos sobre sus tallarines. Tenía un moratón bastante feo en un lado de la cara, que desaparecía tras su pelo.

—¿Te lo he hecho yo? —Entré en la cocina—. ¿El moratón?

—Sí —dijo lentamente—. Cuando me estampaste contra la pared... sin tocarme siquiera.

Hice una mueca de dolor.

—Lo siento muchísimo.

—Oh, no te preocupes. —Deacon sonrió y se echó hacia atrás, poniendo la silla a dos patas—. Está bien.

—Pero mi ego no. —Luke miró enfadado al hermano de Aiden—. No llegó ni a tocarme.

Deacon se encogió de hombros.

—Bueno, pero ella es el Apollyon. Buah.

Se oyó una silla moverse sobre los azulejos y moví la cabeza hacia el sonido. Marcus rodeó la mesa y se paró frente a mí. Bueno, le había amenazado un montón cara a cara, pero aún así ayer vino a pelear, igual que Solos.

Me sentía fatal.

Marcus me puso las manos sobre los hombros. Sentía cómo le temblaban ligeramente.

—Alexandria...

Mi tío siempre se había negado a llamarme por mi apodo, y yo siempre le llamaba Decano por su puesto en el Covenant, pero ahora... las cosas eran diferentes.

—¿Marcus?

Hubo un momento largo y brusco antes de darme un fuerte abrazo. Por primera vez, no fue uno torpe y débil con los brazos pegados al cuerpo. Aquella vez yo también le abracé, igual de fuerte, y sentí lágrimas ardiendo en la garganta.

Marcus y yo... bueno, teníamos un largo historial.

Cuando se apartó, solté un resoplido ahogado. Sus ojos esmeralda solían estar en calma, pero no en aquel instante. Era como estar mirando los ojos de mi madre.

Tomó aire con fuerza.

—Me alegra tenerte de vuelta.

Asentí. Me costaba tragar.

—Me alegro de estar de vuelta.

—Demonios, creo que en eso estamos todos de acuerdo. —Luke cogió un donut—. No hay nada más espeluznante que tener un Apollyon pirado encerrado en el sótano.

—Ja —dije.

Luke me guiñó un ojo y me lanzó el donut. Lo atrapé. El azúcar salió volando por todas partes.

—O que estar esperando a que se escape y eche a correr descontrolada —añadió Deacon mientras yo le daba un bocado al donut. Miró hacia el otro lado de la mesa—. O esperar que alguien, no digo quien, no nos haga caso y se pase a saludar.

Olivia se puso roja y se levantó. Se acercó despacio, esperando a que yo acabase de masticar. Comencé a disculparme.

—Lo siento mucho...

Me pegó en el estómago. Con fuerza. Me doblé, buscando aire.

—Dioses.

Solos y Marcus dieron un paso al frente, pero les hice un gesto con la mano.

—No pasa nada. Me lo merecía.

Entonces me di cuenta de que no se habían movido para protegerme a mí, sino a Olivia. Supongo que ninguno estaba cien por cien tranquilo a mi lado. Supongo que no podía culparlos, siendo que tenía mi disposición el arma más poderosa de la tierra y apenas un día antes estuve dispuesta a usarla contra ellos.

—Te lo merecías, totalmente. —A Olivia le temblaba la voz—. ¿Sabes lo mal que me sentí cuando Marcus bajó y me encontró allí sentada como un mojón? ¡Te ayudé a escapar!

Pensé que iba a volver a pegarme, así que di un paso atrás.

Olivia se acarició los rizos.

—Pero ya estoy mejor, sobre todo ahora que te he pegado. —Entonces se lanzó hacia delante y me abrazó.

Y yo le di unas palmaditas en la espalda, deseando que no cambiase de opinión y me arrancase la médula espinal de cuajo.

—Lo siento mucho.

—Lo sé. —Se apartó, sonriendo. Tenía los ojos húmedos.

Laadan era la siguiente. Iba tan elegante como siempre, hermosa y con el pelo negro como el carbón. Llevaba un jersey de cuello alto ceñido al cuerpo y unos pantalones blancos suelto. Me envolvió en un abrazo cariñoso. Olía a rosas de primavera y, cuando se apartó, no quise soltarla.

—Luego hablamos. Te lo prometo —dijo, y supe que estaba hablando de mi padre. Me cogió de la mano y me llevó al lado de Olivia—. Siéntate. Come.

Miré hacia la mesa y vi que todo el mundo se iba pasando un plato de plástico al que le echaban comida. Hasta Lea, que aún no me había dirigido la palabra, puso algunas gambas en el plato. Cuando me llegó, la boca se me hacía agua, pero antes tenía que decir algo.

—Chicos, lo siento mucho por todo, en serio. —Miré hacia el plato, pero me obligué a volver a mirar hacia arriba—. Sé que he dado miedo y ojalá... ojalá ninguno de vosotros hubiese tenido que pasar por esto.

Marcus volvió a su sitio.

—Sabemos que no eras tú misma, Alexandria. Lo entendemos.

Junto a él, Lea se aclaró la garganta.

—Aunque, de hecho, yo prefería la versión pirada del Apollyon a la del Elixir, la verdad. —Me miró con sus ojos amatista ocultos tras unas tupidas pestañas—. Era bastante raro verte escondiéndote detrás de Aiden.

—Estabas muy diferente —dijo Luke antes de encogerse de hombros—. Tío, eso del Elixir no es ninguna broma.

—Te escondiste en un armario. —Deacon sintió la necesidad de informarme.

Hurgué en mis tallarines y fruncí el ceño mientras algunos fragmentos de la temporada que pasé bajo los efectos del Elixir comenzaban a venirme a la mente.

—Apuesto a que fue divertido de ver.

—No sé si divertido es la palabra exacta —añadió una nueva voz.

Levanté la mirada y el corazón me dio un vuelco. Aiden estaba junto a la puerta de la cocina, vestido como siempre, de Centinela. Se acercó a la mesa y cogió el bol del arroz. Se inclinó sobre la barra, con la mandíbula tensa y los ojos duros como piedras.

Se encontraron con los míos. Hizo un gesto hacia mi plato con el bol.

—Come. Tienes que comer.

Todo el mundo miró hacia sus platos mientras yo cogía el tenedor. No me había dado cuenta de que lo había soltado. Me atreví a echarle un vistazo a Aiden mientras enrollaba los tallarines en el tenedor. Estaba mirándome, siempre vigilante.

Deacon me ofreció un par de palillos.

—No deberías usar tenedor.

Le lancé una mirada vacía.

—¿Te parece que sé comer con palillos?

Sonrió.

—Flipada.

—Idiota —repliqué.

Me hizo una mueca.

—No es tan difícil. Ya verás, déjame que te enseñe.

El improvisado curso de Deacon para enseñarme a comer con palillos y mi imposibilidad para conseguirlo, logró aliviar la repentina tensión que se sentía en la mesa. Me rendí entre risas cuando Aiden finalmente le dijo a su hermano que me dejase comer tranquila.

Escuché de qué hablaban mientras escarbaba entre los fideos. No hablaban de nada importante y supuse que estarían esperando a que acabase de comer para empezar a hablar de cosas reales y necesarias.

Me acabé todo lo que me habían dado, me comí el resto del arroz que Aiden me había echado en el plato y luego acabé con los deliciosos donuts azucarados.

Con el estómago lleno, me recliné en la silla y suspiré.

—Esto era justo lo que me hacía falta.

Olivia me dio una palmadita en la tripa.

—Lo necesitabas... y seguramente también un par de Big Macs.

Abrí los ojos como platos.

—Mmmm, Big Macs... Por favor, decidme dónde hay un McDonald's. De hecho, ¿dónde estoy?

Todos se quedaron en silencio y ninguno me miraba.

—¿Qué? ¿Qué? —Me levanté y los miré a todos. Entonces me di cuenta—. No confiáis en mí, ¿verdad?

Lea fue la primera en mirarme a la cara.

—Vale. Seré yo la aguafiestas. ¿Cómo sabemos que no sigues conectada a Seth?

—No lo está —dijo Aiden recogiendo las cajas vacías y tirándolas en una bolsa de basura negra que había cogido—. Creedme, ya no está conectada.

Deacon soltó un bufido.

Le miré.

Lea se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Hay alguna otra prueba concreta a parte de que digas que te creamos?

Aiden me miró y rápidamente apartó la mirada. Seguramente Lea no quería conocer ese tipo de prueba.

—No estoy conectada a Seth. Te lo prometo.

—Las promesas no valen nada, podrías estar fingiendo —respondió.

—Lea, querida, no hay razón para hacerlo. —Laadan sonrió suavemente—. Si estuviese conectada al Primero, no estaría aquí sentada.

—Y mi hermano no estaría por aquí limpiando, ¿no? —Deacon se derrumbó sobre la silla, como si se acabase de dar cuenta de que Aiden estuvo a unos segundos de morir. Me dieron ganas de esconderme debajo de la mesa cuando Deacon sacudió la cabeza embobado—. Dioses, hubiésemos tenido que contratar a una criada o algo.

Aiden le dio una colleja a Deacon cuando pasó a su lado.

—Ya veo cuánto me quieres.

Su hermano echó la cabeza un poco hacia atrás y sonrió.

Tomé aire, me levanté y agarré el respaldo de la silla.

—No estoy conectada a él y estoy bastante segura de que no puede pasar a través de las protecciones. Pero sé que está ahí. Puedo sentirle.

Aiden se detuvo y se giró hacia mí.

Huy, quizá debía aclarar aquello.

—A ver, quiero decir que puedo sentirlo, pero él no puede llegar hasta mí. Solo siento un leve zumbido. No es como antes. No puede llegar hasta mí. Estoy casi segura.

—¿Casi segura? —Preguntó Marcus tras aclararse la garganta.

Asentí y volví a tomar aire.

—Mira, no puedo asegurar que no vaya a pasar nada raro. No sé de qué es capaz, pero tendrá que esforzarse muchísimo para saltarse las protecciones.

—No te pasará nada —dijo Aiden. Al atar la bolsa de basura se le marcaron los músculos de los brazos—. No podrá atravesarlas.

Forcé una sonrisa, a sabiendas de que Aiden lo creía de verdad.

—Y vosotros lo sabréis en cuanto ocurra. No creo que tenga la paciencia de intentar engañar a nadie.

Luke soltó una risotada corta.

—Como si no lo supiera.

—Será mejor continuar la conversación en un sitio más cómodo. —Marcus se puso de pie y cogió el vaso, lleno de lo que supuse sería vino. Miré el cristal con nostalgia—. Estoy seguro de que todos tenemos muchas preguntas.

El grupo siguió a Marcus, pero yo me quedé atrás. Cogí las latas vacías y las llevé hasta la basura, donde Aiden estaba poniendo una bolsa nueva.

—¿Tú, limpiando? —Preguntó mientras colocaba bien la bolsa en el cubo—. Esto sí que no me lo esperaba.

—Soy una chica nueva. —Tiré las latas—. ¿Estás bien?

Aiden enganchó un dedo en mi cinturón y me llevó hacia el fregadero. Después me arremangó, abrió el grifo y cogió el jabón de manos.

Puse cara de fastidio, pero metí las manos bajo el agua caliente.

—¿Aiden?

—¿Qué pasa? Vas a tener las manos pegajosas y a tocarlo todo. —Me echó un chorro de jabón con olor a manzana en las manos—. Irás dejando tus huellas por todas partes.

Vi cómo mis manos desaparecían bajo las suyas y me olvidé de lo que quería preguntarle. No sabía que lavar unas manos pudiese distraer tanto.

—¿Te preocupa que vengan los del CSI?

—Nunca se sabe.

Le dejé acabar y me sequé las manos. Quién era yo para parar su TOC ahora.

—No era a eso lo que quería decir. ¿Estás bien?

—¿Y tú?

Cerré los puños.

—Sí, estoy bien. Pero responde a mi pregunta.

Ladeó la cabeza.

—¿A qué te referías antes con que puedes sentir a Seth?

¿Así que aquello era lo que le había puesto repentinamente tenso?

—¿Sabes esa sensación de estar en una casa con la tele sin sonido? ¿Ese zumbido extraño que sientes? —Cuando asintió, sonreí—. Pues es algo así. Está ahí, pero no puede alcanzarme.

Hubo una pausa.

—¿Has tenido dolores de cabeza?

Confundida, negué con la cabeza.

—No. ¿Por qué preguntas?

—Por nada —dijo sonriendo—. Y estoy bien, Álex. Soy el último por quien deberías preocuparte.

—Pero sí que me preocupo. —Había mucho de qué preocuparse. Volví a la nevera y me estiré para coger una botella de agua. Al bajar una, vi otra detrás, pero era distinta.

La habían vaciado y habían cambiado su contenido por un líquido azul brillante.

Aiden se quedó sin aire.

—Álex...

Le ignoré, solté mi botella y fui a por la otra. Las manos me temblaban, pero cubrí la botella con mis dedos. Sabía qué era lo que había en la botella. Sabía que aquel líquido que se movía inofensivo en su interior tenía un horrible olor dulzón y que podía despojarme de mi yo en cuestión de minutos.

Aiden maldijo entre dientes.

Le miré, con la botella en la mano.

—Esto es el Elixir, ¿verdad?

Apretó los puños junto al cuerpo.

—Sí.

Miré la botella. Tenía miedo a dos cosas en la vida: perderme por culpa de Seth y perderme por el Elixir. Me habían pasado las dos cosas, y de algún modo había logrado salir del agujero en ambas ocasiones. Pero ahora que lo tenía en las manos, no podía negar que sentía cierto regusto a miedo.

Era como estar sujetando una bomba, diseñada para descomponer mi mente.

Aiden parecía querer quitármela de las manos, y le sonreí.

—¿Deberíamos guardarlo?

—¿Cómo dices? —Se puso tenso, pero sentía algo más. ¿Asco? Ninguna parte de los recuerdos de cuando estuve bajo el efecto del Elixir era agradable.

—¿Y si lo volvemos a necesitar? —Pregunté luchando contra el nudo que me cerraba la garganta—. ¿No es por eso por lo que lo estabais guardando?

—No. Es solo que lo puse ahí y me olvidé de que estaba. —Entonces me lo quitó de las manos. Tenso, se lo llevó hasta el fregadero y abrió la botella.

—¿Aiden?

Sin decir una palabra, tiró lo que quedaba del Elixir. El aire se llenó de un olor dulzón que se fue disipando al abrir el grifo. Ojalá no estuviese cometiendo un error.

Le puse una mano sobre el brazo.

Se tensó al ponerse junto a mí. Me cogió de la barbilla con la punta de los dedos, pero antes de que pudiese hacer nada, alguien se aclaró la voz detrás nuestro. Me giré y vi a Solos en el umbral.

—Solo quería asegurarme de que estabais bien —dijo levantando una ceja.

Sentí una mezcla de vergüenza y culpa en la boca del estómago.

—No voy a matarlo y meter su cuerpo en el frigorífico.

—Bueno es saberlo —murmuró Aiden.

—Uno nunca puede estar seguro del todo. —Solos se giró—. Va, va, chicos; los demás empiezan a ponerse nerviosos.

Suspiré.

—Dioses, casi echo de menos a Apolo y todo. Por lo menos él no pensaba que quisiera matarte.

—Ya, bueno, acerca de eso...

Despacio, me giré hacia Aiden al recordar que, de algún modo, le había prohibido la entrada a Apolo.

—¿Que has hecho? ¿Le has prohibido entrar, verdad? ¿Cómo? ¿Por qué?

Levantó las cejas.

—No estoy seguro de que quieras saber qué lo provocó.

Me crucé de brazos y esperé.

Aiden ladeó la cabeza y tensó la mandíbula.

—Apolo no ha sido honesto sobre muchas cosas, entre ellas cómo se puede matar a un Apollyon.

Tuve un mal presentimiento.

—Apolo puede matarte, Álex. Tenía pensado hacerlo si dejaba de darte el Elixir y volvías a conectar con Seth. Y quien sea el responsable de Seth, puede hacer lo mismo con él, pero parece que ese Dios está trabajando con ellos —se detuvo e hizo una mueca—. Así que le prohibí a Apolo que entrase en la casa.

Se me revolvió el estómago. Sí, creo que a lo mejor debía haber esperado a que se me hubiese asentado la comida.

Capítulo 10

Tras obligar a Aiden a que me soltara aquella pequeña bomba, fuimos hasta el enorme salón. Iba como atontada. ¿Que Apolo podía matarme? ¿Que Apolo quiso matarme? ¿Entonces por qué apareció para lanzarse sobre Tánatos? Dioses, ¿por qué intentaba buscarle una lógica a todo aquello? Apolo era un dios. A saber.

Me senté junto a Deacon y decidí aparcar el tema de Apolo por un rato.

—Vale, ¿puedo empezar con algo fácil? ¿En qué día estamos?

Marcus se inclinó sobre el escritorio. Entonces me di cuenta de que iba en vaqueros. No recordaba haberle visto nunca vestido así de informal.

—Es 5 de abril.

Pestañee un par de veces y me eché hacia atrás. Un mes... Básicamente había perdido un mes entero. Dioses, ¿qué estaría pasando en el mundo exterior? Me aclaré la garganta.

—Y, ¿dónde estoy? Si os hace sentir mejor, me sirve con que me digáis el Estado.

—Apple River —dijo Aiden mirando por el enorme ventanal.

Me crucé de brazos.

—Vale, seguro que te lo estás inventando.

Aiden esbozó una pequeña sonrisa.

—No miento. Estás en Illinois.

—¿Illinois? —Mi cerebro seguía pensando que aquello de Apple River no podía ser un nombre real.

—Y todo es tan aburrido y tan vacío como parece —dijo Deacon señalando a Luke con la cabeza—. Y está en el quinto pino de verdad. Salí una vez. Da miedo. Hay leñadores, no te digo más.

Solos gruñó.

—Esta es la cabaña de caza de mi padre, una de muchas, y no da tanto miedo.

Asentí despacio.

—Vale. ¿Y qué pasa con los dioses? ¿Cuántos están cabreados ahora?

—Todos. —Marcus rio agitando el contenido de su vaso. La sonrisa le desapareció en seguida de la cara—. Todos, Alexandria.

—No hemos visto a muchos, pero Hefesto estuvo reforzando los barrotes —dijo Lea mirándose las uñas—. Daba un poco de miedo.

Supongo que estaba fuera de combate cuando apareció.

—No puedo creer que Apolo me lanzase un rayo divino.

—Y yo no me puedo creer que Aiden le diese un puñetazo —dijo Marcus mientras se acababa el resto del vino.

—¿Qué? —Abrí la boca de par en par—. Imposible.

Su media sonrisa se fue haciendo más amplia hasta que le apareció un hoyuelo en

la mejilla izquierda.

—Pues sí.

—Con la de veces que me has gritado por pegarle a la gente, ¿y vas tú y le pegas a un dios? —No me lo podía creer.

Aquella media sonrisa se convirtió en una entera.

—Era una situación distinta.

Ah. Vale. Sacudí la cabeza y continué.

—Vale, y ¿ha habido algún ataque más como... como el del Covenant?

Laadan me miró.

—No... ¿no te lo ha contado?

Supuse que se refería a Seth.

—No estoy segura. Me ocultaba muchas cosas.

—Excepto lo de que estaban trabajando con daimons —dijo, y asentí. Miró hacia Marcus y suspiró—. Han pasado muchas cosas ahí fuera, querida. Y pocas buenas.

Me preparé para lo peor, agarrando la rosa de cristal entre mis dedos.

—Dímelo.

—En realidad no tenemos que decírtelo. —Lea cogió un mando a distancia y lo giró para apuntar hacia la tele que había en la pared—. Te lo podemos enseñar.

Lea escogió una de las cadenas de noticias nacionales. No pensaba que justo en aquel momento estuviese ocurriendo nada, pero al parecer, habían pasado tantas cosas que siempre estaba en las noticias.

Aparecieron imágenes de edificios destruidos y coches amontonados. Era Los Ángeles. Tres días antes, hubo un horrible terremoto de magnitud 7. Un día después, hubo otro en el Océano Índico que desató un tsunami destructivo que se llevó por delante una isla entera.

Y aún había más.

Unos incendios terribles se estaban abriendo paso por todo el medio Oeste y parte de Dakota del Sur, cerca de la Universidad. Me imaginé que los autómatas de Hefesto tendrían algo que ver en todo aquello, teniendo en cuenta que soltaban bolas de fuego o algo así. Había varias escaramuzas en Oriente Medio. Varios países estaban al borde de la guerra.

Por la parte baja de la pantalla, un rótulo iba mostrando las noticias de última hora. Se había detectado actividad sísmica bajo el Monte Santa Helena. La gente de las ciudades cercanas habían comenzado a huir por miedo a una erupción.

Por todos los daimons...

El presentador estaba entrevistando a un fanático del Juicio Final.

Me apoyé en el respaldo, digiriéndolo todo, horrorizada por todo lo que estaba pasando. Todo aquello era por Seth —y por mí—, se habían perdido ya muchísimas vidas inocentes, y muchas otras estaban en peligro. Había bastantes posibilidades de que echase todos los fideos.

Lea apagó el televisor.

—¿Los dioses han hecho todo eso? —Pregunté.

Laadan asintió con la cabeza.

Los dioses estaban *muy* cabreados.

—Aún hay más —dijo suavemente y a mí se me escapó una risotada de locura. ¿Cómo podía haber aún más?—. Muchos centinelas han muerto por culpa de Lucian... de su ejército. Y muchos pura sangre han desaparecido sin más. Los que han conseguido llegar a los Covenants aún aguantan, pero nadie está a salvo. Y luego están los incidentes con los mortales, que parecen ataques de animales, pero creemos que son cosa de los daimons. Parece que están intentando provocar a los dioses.

En algún momento, Aiden se había puesto detrás del sofá. Tenía las manos tras el respaldo. Que estuviese allí me mantenía en calma, pero por dentro estaba conmocionada. Ya podía venir Apolo, ponerse frente a mí y hacer un bailecito desnudo, que ni siquiera habría parpadeado. Seth no había mencionado nada de aquello, pero Aiden había intentado contármelo mientras estaba encerrada.

Y yo le dije que me daba igual.

Intenté levantarme, pero las piernas no me respondían.

—Hay mucho que procesar, ¿eh? —Dijo Luke mientras se miraba las botas negras—. El mundo se ha ido a la mierda en cosa de un mes.

—Aún no es demasiado tarde. Los dioses nos están enseñando lo que quieren. —Lea parecía mucho más madura, no parecía la chica a la que meses antes le había tirado una manzana a la cara—. Quieren ver muerto a Seth.

Yo sabía que no era exactamente así. Querían ver muerto a uno de los dos, preferiblemente antes de que nos acercásemos demasiado uno a otro. Me devané los sesos buscando algo útil. Tras Despertar, conocí la historia de todos los Apollyons, pero nada de aquello me servía ahora. Nada, excepto una cosa de Solaris...

—No es tan simple como matar a Seth. —Solos se rascó la incipiente barba del mentón—. Acercarse a él es un problema. Dioniso dijo que Lucian tenía muchos Centinelas y Guardias, sobre todo mestizos.

¿Dioniso? ¿Cómo narices se había metido en todo aquello? ¿No era el Dios de los borrachos o algo así?

—Y si nos acercamos demasiado; si Álex se acerca demasiado, entonces... —continuó Marcus.

Entonces me quitaría la energía, seguramente incluso me drenaría, porque ahora no tenía muy claro de que Seth pudiese parar cuando quisiera. Por mucho que hubiese dicho cuando estábamos conectados, no podía fiarme de sus promesas, de su discurso, porque la verdad es que no creía que Seth supiese lo que estaba haciendo.

Entonces me puse de pie. No aguantaba más rato sentada. Fui hacia la ventana y miré el paisaje sombrío mientras jugueteaba con el collar entre los dedos. La noche había caído y, hasta con mi nueva visión aumentada, los árboles parecían oscuros y siniestros. Mi reflejo me devolvió la mirada, estaba pálida y desconocida. Era yo: Álex, de mejillas ligeramente redondeadas y labios gruesos. A excepción de aquellos

siniestros ojos de color ámbar, estaba igual.

Pero me sentía diferente.

Había una cierta calma en mi interior que nunca antes había sentido. La verdad era que aún no sabía qué significaba.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Preguntó Luke—. ¿Tener a Álex siempre escondida?

Torcí los labios en una sonrisa triste. No funcionaría.

—Podría pasar por eso si alguien trae una DS o una Wii —dijo Deacon en broma, pero nadie le hizo caso—. O no...

Hubo una pausa y Lea dijo:

—Por todos los dioses, no me digáis que seguís estando en contra de matar a Seth.

—Probablemente este no sea el mejor momento para ir —dijo Marcus.

—¿Cómo? —Escuché que se levantaba, llena de furia—. Álex, seguro que tú lo entiendes, por todo lo que te ha hecho.

—Lea —soltó Aiden, metiéndose por fin en la conversación.

—No me vengas con «Lea». ¡Seth tiene que morir, y Álex es la única persona que puede matarlo!

Solté el collar y me giré hacia ellos.

—Lo sé... hay que hacer algo con él. Lo entiendo.

Todos, incluido Aiden, me miraban fijamente. Él empezó a hablar, pero cerró la boca. A decir verdad, en aquel momento odiaba la idea de tener que matar cualquier cosa. Aunque no quería decir que no lo fuese a hacer si me volviese a enfrentar a un daimon y, aunque Seth había sido realmente un cabrón por muchos motivos, sabía que en el fondo no era nada más que un niño sin amor que solo quería que lo aceptasen. Y sí, tenía una fuerte adicción a akasha, pero él también era una víctima de todo aquello. El único con el que disfrutaría quitándole de en medio, aunque solo fuera un poco, sería con Lucian. Sí, aquello no me importaría.

Pero no íbamos a poder llegar hasta Lucian.

—Álex —dijo Marcus.

Respiré, incapaz de encontrar las palabras necesarias para lo que había que decir.

—¿Qué hacemos? —Miré hacia Aiden y luego a Solos. Ellos eran los Centinelas expertos. Era el momento de idear alguna estrategia, y eso no era mi fuerte, porque yo era una luchadora más del tipo «ir con la cabeza por delante y estamparme contra un muro»—. Tenemos que parar a Seth y a Lucian, pero no podemos ir hasta ellos sin más. Tenemos que poder acercarnos sin que se den cuenta y tenemos, *tengo*, que saber cómo luchar contra Seth sin transferirle mi energía.

Parecía que a Aiden no le gustaba cómo sonaba eso, pero se giró hacia Solos y asintió.

—Apolo dijo que tardaría unos días en volver, pero pidió que no quitásemos las marcas hasta que pudiera venir. Las marcas evitan que nos puedan encontrar, y ahora

mismo es lo único que está evitando que los dioses nos encuentren.

—¿Cómo me encontró Thanatos? —Pregunté por curiosidad.

—Saliste fuera, lejos de las marcas —dijo Aiden—. Esperemos que Apolo pueda decirnos algo más a la vuelta.

—¿Entonces vamos a quedarnos aquí esperando sin hacer nada? —Lea se desplomó sobre el cojín y cruzó los brazos con una expresión engreída en la cara.

—No vamos a sentarnos y no hacer nada —dijo Solos mirando a la chica—. Tenemos que entrenar y prepararnos para... para lo que viene. Eso es lo que quería Apolo.

Porque *algo* se acercaba, y era una guerra.

—Con suerte, Apolo podrá convencer a los dioses para que lo dejen —dijo Aiden—. Ahora mismo necesitamos que los dioses estén de nuestro lado.

—Estoy de acuerdo —dijo la mitad de la sala.

En mi pecho la esperanza parecía vacilar.

—¿Creéis que pararán esta... locura del apocalipsis zombi que están preparando si se dan cuenta de que vuelvo a estar en el equipo de los cuerdos?

Nadie parecía tener esperanzas, pero Aiden me sonrió. Sabía que lo hacía para hacerme sentir mejor, porque era lo que quería escuchar. Me costó una barbaridad no salir disparada hacia el otro lado de la habitación y saltarle encima.

Prioridades, Alex, prioridades...

Todos estuvieron de acuerdo en comenzar con el entrenamiento lo antes posible. Tenía sentido. Luchar no era como ir en bicicleta. Los músculos se debilitan y los reflejos no son tan rápidos. Sinceramente, no teníamos más remedio. Con suerte no aparecería ningún otro dios con ganas de repartir su ira divina.

Me senté en el borde del sofá y comencé a jugar de nuevo con la rosa. Sabía que todos estaban esperando escuchar qué planes me había contado Seth. Les iba a decepcionar.

—Lo único que me contó Seth es lo de los daimons, y sabe que después se lo conté a Aiden. No pareció preocuparle demasiado. La verdad es que no me contó nada más. Los planes... los planes de los que habíamos hablado eran sobre liberar a mi padre.

Los ojos de Laadan se humedecieron. Ojalá pudiéramos hablar pronto. Tenía tantas cosas que preguntarle.

Solos ni siquiera trató de ocultar su disgusto.

—Bueno, no es que eso sea muy útil.

—No es culpa suya —espetó Aiden.

El Centinela mostró una sonrisa torcida.

—Cálmate, Don Juan.

Abrí la boca para negar que Aiden fuese mi amante o algo. La respuesta fue inmediata y natural. Me obligué a cerrar la boca antes de decir nada. Todos los que estaban en la sala ya sabían que Aiden y yo estábamos *juntos*. Maldita sea,

seguramente todo el mundo se lo imaginaba, gracias al aviso de Lucian antes de que Seth acabase con el Consejo, que convirtió a Aiden en el Enemigo Público Número Dos.

Era raro poder ser tan abierta sobre el tema, aunque no raro en un mal sentido, sino que era algo a lo que me costaría acostumbrarme. Ya no era el sucio secretillo de Aiden.

En realidad nunca lo había sido.

Deacon se rio.

—Oh, *fijo* que vas a ser el siguiente al que peguen. Me apuesto lo que sea.

—Pues añádate a esa lista. —Aiden parecía decirlo en serio.

—Y yo apuesto a *eso* —añadió Luke.

Me incliné hacia delante mientras me agarraba las rodillas.

—¡Sí que me acuerdo de algo! No es gran cosa, pero Seth iba a ir hacia el norte. Seguramente vaya hacia los Catskills.

—Tenemos algo con lo que seguir adelante. —Marcus miró su vaso, como si no fuese capaz de comprender por qué estaba vacío—. No llegará. Con los Khalkotauroi rodeando el sitio no podrá.

Olivia se estremeció.

—¿Crees que pueden detenerlo?

—Al menos le frenarán. —Marcus se apartó del escritorio y fue hacia la puerta—. ¿Alguien más necesita algo de la cocina?

—¿Un poco de lo tuyo? —Dijo Deacon animado.

Increíblemente, Aiden no le dijo nada. Quizá beber un poco de vino aun siendo menor no era la mayor de nuestras preocupaciones en aquel momento. El grupo se dispersó, algunos siguieron a Marcus a por el vino. Cuando se fueron me di cuenta de que el Decano del Covenant estaba dando alcohol a menores.

Sin duda estábamos en un universo alternativo.

Unos minutos después, Aiden y yo nos quedamos a solas. Se sentó a mi lado y exhaló.

—¿Estás bien?

Me preguntaba cuántas veces iba a decirme lo mismo en veinticuatro horas y me giré hacia él.

—Estoy bien, en serio.

Pareció que quería decir algo, pero en vez de eso se inclinó hacia delante y me dio un beso en la frente.

—Voy a comprobar los alrededores.

—Voy contigo.

—Tú quédate aquí y descansa, Álex. Aunque solo sea esta noche, ¿vale?

Sentí la necesidad de protestar.

—No deberías tener que hacerlo solo.

—No lo estoy —sonrió—. Solos vendrá conmigo.

—Pues antes no estaba contigo. Porque eso era lo que estabas haciendo cuando todos estaban comiendo, ¿verdad? ¿Estabas fuera, comprobando que no hubiera daimons acechando?

—Dudo que haya ningún daimon por aquí fuera.

Y aun así estaba patrullando, porque eso es lo que hacen los Centinelas. Pensé en cómo estaba dispuesto a dar su vida... a darla por nosotros. Apuesto a que, si viviésemos en un sitio como Apple River, seguiría comprobando el jardín todas las noches. Pensarlo me provocó una sonrisa.

—Echaba de menos tus sonrisas —dijo mientras se ponía de pie.

Miré hacia arriba, deseando cogerle de la mano y hacer que se quedase.

—Te estaré esperando aquí.

—Lo sé.

Me miró y se fue, y yo me quedé sola... bueno, estaría sola de no ser por el zumbido que sentía en el fondo de la cabeza. Intenté no prestarle atención, porque simbolizaba un montonazo de problemas potenciales. Aquel maldito zumbido significaba que Seth seguía allí. No sabía exactamente qué significaba eso en cuanto a él intentando ponerse en contacto conmigo.

Miré por la ventana. Respiré profundamente pero me quedé a medias. ¿Y si Seth llegase a mí? ¿Sería capaz de luchar en contra de sus deseos? Y si lo fuese, ¿podría razonar con él de alguna forma? ¿O simplemente volvería a perderme, sin forma de poder salvarme esta vez? Un dolor punzante me atravesó el pecho.

Como no era capaz de pensarlo sin acabar balanceándome en una esquina, estiré el brazo para coger el mando a distancia y encendí la tele. Las noticias seguían protagonizadas por el tremendo terremoto de Los Ángeles y la historia que estaba llegando desde el noroeste del Pacífico.

Al asimilar la destrucción que los dioses estaban propagando, me di cuenta de que una cosa estaba clara, y me dolía de una forma inexplicable, aunque no debiese. Seth debía morir, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo... o si realmente podría hacerlo cuando tuviese la oportunidad.

Capítulo 11

Me quedé frente a la tele toda la noche; estaba cansada, pero no tenía sueño. Hacia las tres de la mañana, Aiden se había quedado seco en el sillón que había al lado del sofá. Creo que no le gustaba la idea de alejarse de mi lado durante largos periodos de tiempo. No sabía si es que estaba preocupado por que me volviese a convertir en la Álex Malvada o es que simplemente necesitaba estar a mi lado. Sea como fuese, sus suaves ronquidos me consolaban. Creo que estaba esperando a que me diese por vencida en mi fascinación desmedida por las noticias, pero no podía.

Cada presentador tenía algo más que añadir. Cada vez aparecían más imágenes de todo el mundo. Los mortales salieron en masa por las calles de L.A., provocando disturbios y saqueos, pero en Oriente Medio se hincaban de rodillas en las calles y rezaban.

Agarré el mando con fuerza hasta que me dolieron las manos, intenté seriamente tratar de imaginar qué estaban viviendo aquellos mortales. Estar atrapado en algo que los supera y sin tener ni idea de que, en cualquier segundo, podrían arrebatarnos todo.

Tenía más cosas en común con ellos de las que pensaba.

Sí que era cierto que parecía el fin del mundo. Ningún mortal podía explicar la serie de eventos catastróficos que, dentro de su conocimiento limitado, no estaban relacionados.

Todo lo que pasaba allí fuera era más que horrible y, toda aquella destrucción, era por culpa de Seth y mía. Quizá no estaríamos en aquel punto si Seth no hubiese atacado al Consejo. Quizá los dioses nos hubiesen dejado tranquilos para seguir con nuestras vidas.

O quizá hubiesen encontrado igualmente una forma de matarnos.

No lo sabía y, la verdad era que tampoco importaba. Allí era donde nos encontrábamos en aquel momento, y todo estaba bien jodido. Aunque tenía todos los conocimientos de los Apollyon flotando por mi mente, no había nada que me sirviese para poder arreglarlo.

Laadan apareció en la puerta, vestida con unos pantalones sueltos y un jersey. Llevaba un peinado perfecto y, a pesar de llevar aquellos pantalones demenciales, era toda una inspiración.

Miró a Aiden y sonrió.

—¿Te apetece que nos tomemos un café?

¿Cómo iba a rechazar un poco de cafeína? Asentí y fui hacia la puerta, pero me di media vuelta y volví hasta Aiden para taparle bien con la manta que le había echado por encima horas antes. Debía estar agotadísimo, porque no se despertó, y eso era raro.

Seguí a Laadan hasta la cocina y la vi hacer un café rápidamente. Con nuestras

tazas humeantes en la mano, nos dirigimos hacia la terraza acristalada para tener más privacidad. Nos sentamos en el banco de la ventana, con las piernas entrelazadas. Por fin íbamos a hablar sobre mi padre, y no tenía ni idea de qué iba a salir por su boca.

Incluso estaba un poco asustada, por estúpido y débil que fuera, y el estómago me daba vueltas. No sabía nada de mi padre, solo que, pocos meses antes, había descubierto que era un mestizo y que estaba vivo.

Laadan dio un trago a su café y parpadeó varias veces.

—Antes que nada quería disculparme por lo que te pasó en el Consejo. Yo...

—No tienes que disculparte. No fue culpa tuya. —Y era verdad. Laadan fue forzada a darme la Poción por una compulsión, era una especie de Rofenol superpotente de los dioses. Había sido uno de los guardias de Telly, probablemente el que maté...

—Lo que intentaron hacerte fue horrible. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y brillaban como cristales—. Ojalá... ojalá lo hubiese sabido. Lo siento mucho...

—Laadan, en serio, que no tienes que disculparte. Te conozco y sé que nunca harías algo así voluntariamente. Y sé que no recuerdas quién lo hizo. No pasa nada. —Y dioses, no quería hablar sobre aquella noche. A parte de que aquello me hacía acordarme del Guardia al que maté, si no hubiese acabado echando la pota, Seth y yo... lo habríamos hecho y ahora, después de todo lo sucedido, no sé si habría podido superarlo.

El estómago me dio un vuelco y dejé mi café sobre la mesita de mimbre.

—Quiero que me hables sobre mi padre.

Hubo un enorme cambio en Laadan. Sus ojos se humedecieron de forma distinta. Dio otro trago mientras tamborileaba con el índice sobre el cristal. La espera me estaba matando.

—Tu padre es... un hombre increíble, Álex. Deberías saberlo.

Me estaba quedando sin aliento.

—Lo sé. —Lo sabía, tenía que serlo para romper las reglas y amar a mi madre—. El Elixir no funciona con mi padre, ¿verdad?

Laadan sonrió melancólica.

—Tu padre, Alexander, en fin, siempre ha sido muy obstinado, como tú. El Elixir le ha pasado factura, pero nunca ha caído del todo en la compulsión. No sé cómo, pero se resistió a ella desde el principio.

Junté las manos.

—Creo que un día le vi en las escaleras, y luego otra vez al final, durante el ataque. Estaba luchando...

—Sí que lo viste. —Miró por la ventana. El sol de la mañana se deslizaba sobre el cristal cubierto de escarcha—. Estaba en la biblioteca la noche que hablamos de tu madre y de él.

No podía dejar de mirarla. Sabía que había habido alguien más ahí.

—Los libros que se cayeron, ¿fue él?

Asintió.

¿Cuántas veces habría estado al lado de aquel hombre, de mi padre, sin saberlo? Me golpeó un huracán de decepción.

—Y... ¿sabe que soy su hija?

—Sí, lo sabe. —Estiró el brazo que tenía libre hacia mí y me tocó la cara con cuidado, cerca de un moratón que ya comenzaba a curarse—. Te reconocería en cualquier sitio. Te pareces muchísimo a tu madre.

La punzada de tristeza se hizo más fuerte.

—¿Entonces por qué no me dijo nada?

Laadan apartó la mirada y bajó la cabeza.

—Intenté hablar con él, Laadan. En las escaleras, pero él simplemente... se me quedó mirando. ¿Y por qué no se me acercó en la biblioteca? Ya sé que no podía llegar y sin más decir quién era, pero ¿por qué...? —Sentí que la garganta se me cerraba—. ¿Por qué no quería hablar conmigo?

Se giró hacia mí.

—Oh, cariño, hablar contigo le hubiese gustado más que nada en el mundo, pero no es tan fácil.

—Pues a mí me lo parece. Abre la boca y hablas. —Intenté quedarme sentada. ¿Sabía de mis aventuras? Los dioses saben que los rumores sobre mis problemas con la autoridad se habían extendido por todas partes. ¿Se habría sentido avergonzado como Centinela entrenado que era? Peor aún, ¿como padre?—. Es que no lo entiendo.

Tomó aire.

—Estuvo cerca de ti muchas veces mientras estuviste allí y tú no lo supiste, pero también era muy peligroso para él el que le vieses contigo. La verdad sobre qué es él y lo que era tu madre, lo que tú eres... era un riesgo demasiado alto. Ya tenías demasiados ojos puestos en ti.

Recordé la conversación que Seth y yo habíamos escuchado por encima. *Ya tenemos a uno aquí*. Sentí que la ira comenzaba a brotar en mí, lista para estallar. Marcus... Marcus lo sabía, y ahora que todo se sabía, sin duda íbamos a hablar de ello.

—¿Recuerdas lo que te dije en la biblioteca aquella noche? ¿Que estaría orgulloso de ti por quién te habías convertido y no por en qué te ibas a convertir? —Me cogió el puño con cariño—. Pues es cierto. Desde el momento en que regresaste al Covenant el verano pasado, he hecho todo lo que he podido para mantenerle informado de cómo estabas. Tu madre... no sabía qué le había pasado y Alexander quería que siguiese siendo así. De algún modo, la muerte era más fácil que la verdad.

Me tragué unas lágrimas repentinas y quise soltarme la mano, pero como siempre, Laadan era increíble tranquilizando.

—Las cosas son más difíciles de lo que piensas, Álex. Él no podía hablarte.

Sacudí la cabeza. A pesar de que lo intentaba, no era capaz de comprenderlo. Creía que un padre haría cualquier cosa para hablar con su hija, aunque solo fuese

una vez.

Laadan me apretó las manos y me soltó.

—Los Patriarcas siempre sospecharon que tu padre era distinto y que quizá estaba influyendo a otros siervos. Eran bastante crueles con él. No podía hablar contigo, Álex. Le arrancaron media lengua.

Me resistí a creerlo. Habría escuchado mal. No cabía otra opción.

—No. Le vi hablando con otro sirviente en el comedor.

Negó con la cabeza, triste.

—Como mucho verías a un sirviente hablar *con* él.

Me obligué a recordar la mañana después de que me diesen la Poción, e intenté ver a mi padre y al sirviente más joven. Parecía estar tenso y me daba la espalda la mayor parte del tiempo. Por la reacción del otro asumí que había hablado.

No le había visto hablar.

Me puse de pie en medio segundo, y hasta Laadan soltó un pequeño suspiro de sorpresa. Incluso a mí me sorprendió lo rápido que me había movido. Las marcas del Apollyon aparecieron sobre mi piel y me hacían cosquillas al moverse en todas direcciones. Ella no podía verlas, pero un sexto sentido le hizo apartarse un poco.

—¿Le cortaron la lengua? —Tenía la piel cargada de energía.

—Sí.

Ya está. Iba a acabar con el Consejo y con cada maldito Amo del planeta. Eran pensamientos malos, peligrosos, pero dioses, ¿cómo podían hacer algo así?

—¿Cómo es que me sorprende tanto? —Lo dije en alto y luego me reí como loca —. ¿Cómo es que esto me sorprende, Laadan?

No obtuve respuesta.

Me di la vuelta e intenté controlar la rabia. Ya podía escuchar las ramas golpeando contra el lateral de la cabaña. Con mi suerte, seguramente acabase causando un terremoto. Controlar los elementos era fácil, pero tras el Despertar aprendí que mis emociones los afectaban, los volvían violentos e impredecibles.

Al igual que el éter, la esencia de los dioses, que corría por mis venas.

Nuestra sociedad siempre ha sido cruel con los mestizos. Los Puros siempre han tenido un papel dominante y las cosas que sabía que ocurrían tras las puertas de algunos puros —cosas de las que nadie hablaba, cosas que me cabreaban— ocurrían día tras día. Y, como todos los mestizos, yo también estuve subordinada toda mi vida. Al crecer, me habían enseñado a aceptarlas, porque no tenía otra opción, igual que cualquier mestizo. Incluso después de vivir en el mundo mortal, cuando volví al redil, prácticamente no me afectaba el ver a los sirvientes.

Y solo intervine una vez. Me llevé un puñetazo en la mandíbula por ello, pero detener a un Amo antes de que pegase a una sirviente no era nada comparado a lo que esos mestizos tenían que soportar.

En realidad era más que aceptar la Orden de Razas. Me había insensibilizado porque no me afectaba.

Y aquello no tenía excusa.

Me aparté y me froté las manos contra las piernas. Me costaba respirar. Era mucho más importante que yo y mis problemas de si convertirme en Centinela y seguir adelante mientras otros iguales que yo seguían esclavizados. Iba más allá que mi padre. Era la Orden de Razas.

—Tiene que cambiar —dije.

—Estoy de acuerdo, pero...

Pero ahora, en aquel preciso momento, no podía hacer nada. Aunque no lo pareciese, teníamos otros problemas peores. La Orden de Razas y la forma en que trataban a los mestizos daría igual si acabábamos todos muertos.

Cuando miré a Laadan me di cuenta de algo increíble, al menos para mí. La antigua Álex seguramente habría salido disparada hacia algún sitio para pegarle a un Amo una patada en sus partes. Una parte de mí quería hacerlo, pero la nueva Álex, esta chica/mujer/lo que sea en que me he convertido, sabía que algunas batallas había que planearlas.

La nueva Álex esperaba.

Me había quedado sin palabras.

Laadan, más observadora de lo que pensaba, sonrió y dio unas palmaditas en el sitio que quedaba a su lado.

—Te estás haciendo mayor.

—¿En serio? —Parecía un poco tarde para aquello. Me senté y, cuando asintió, solté un suspiro que me hizo parecer diez años mayor—. Entonces es una mierda hacerse mayor.

—Hay una cierta inocencia en el egoísmo de la juventud.

Levanté las cejas. Me picaba todo, como si me hubiese metido en una piel más madura y responsable y a una parte de mí no le gustase. Me olvidé de ello y volví al tema de mi padre.

—¿Hablas mucho con él?

—Tanto como puedo. A veces la comunicación va en una sola dirección, pero obviamente también puede escribir. Sé que le llegó tu carta, pero por desgracia, con todo lo que ha pasado, no conozco su respuesta ni si ha podido leerla.

Asentí.

—¿Y sabes dónde está ahora?

Se acarició el encaje del borde de su jersey.

—Alexander está en el Covenant de Nueva York.

—¿Aún sigue ahí? —Cuando asintió, me dieron ganas de levantarme y buscar la manera de llegar a Nueva York, pero la lógica prevaleció. Sería casi imposible llegar hasta él. ¿Y con Seth por allí, buscándonos? Sería estúpido salir disparada hacia allá.

—Cuando el elixir dejó de funcionar, hubo mucha confusión entre los sirvientes. Hay muy pocos como él, capaces de resistir las compulsiones. Los que están pasando por su propio despertar necesitan, de alguna forma, un líder, y ese es tu padre. Hay

mucha confusión, todo está muy agitado desde el reciente ataque y con lo que está haciendo el primero.

Quería gritar que lo necesitaba allí conmigo. ¿Acaso no era yo más importante? ¿Su hija desaparecida tanto tiempo? Fruncí el ceño. Bueno, no estaba mal ver que aún tenía algo de ese «egoísmo inocente».

—¿Aún sigue queriendo a mi madre? —Le pregunté mirándola de reojo.

Era muy cauta.

—Creo que una parte de él siempre la querrá.

—¿Y tú le quieres? —Espeté.

Laadan tragó saliva y siguió una larga pausa. En aquel momento, oí que alguien se movía por la cocina.

Comencé a sonreír.

—Te gusta.

Apartó la mirada y apretó los labios.

Le di golpecitos con el codo.

—Te gusta *mucho*.

Se puso de pie.

—Tu padre...

—¿Es el amor de tu vida?

—Alexandria —dijo con brusquedad, aunque no lo dijo de malas.

Me reí mientras me apoyaba contra el cristal frío. Sabía que mis padres tuvieron aquella asombrosa historia de amor prohibido, que empezó mucho antes de que el Padrastro Imbécil entrase en juego. Y si no llega a ser por la Orden... por la maldita Orden de Razas, aún estarían juntos. Dioses, tantas cosas serían distintas. Concretamente mi madre... seguiría viva, porque apuesto a que mi padre era como Aiden. Nunca habría dejado que le pasara nada.

Los labios de Laadan se curvaron por las puntas.

—Te pareces tanto a tu padre... Igual de tozuda y tenaz. —Miró hacia la puerta cerrada. Cada vez olía más a café recién hecho—. Y justo igual que tu padre, has osado amar a un pura sangre.

Abrí la boca. *Touché*.

—Bueno, la verdad es que yo me lo he buscado.

Me pareció que soltó una risilla, pero tenía que estar equivocada, porque eso sería muy poco apropiado para una señorita como ella.

Por alguna extraña razón, desapareció parte del peso que sentía sobre los hombros y, en menos de dos segundos, pasé de ser aquella Álex vengativa pero más madura a una niña inocente.

—Le quiero. De verdad. Más de lo que... más de lo que debería.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—No se puede querer a alguien más de lo que se debería.

Yo no estaba tan segura.

—Él te quiere igual. Me pareció obvio desde el principio.

—¿En serio?

—El Aiden que yo conocía, antes de que se fuera a Atlanta a buscarte, siempre había respetado y visto a los mestizos como iguales, pero nunca se habría ausentado de su trabajo como Centinela para ayudar a ningún mestizo.

Sabiendo lo que le habían hecho a sus padres delante suyo cuando era pequeño, podía entender que lo pensase. Convertirse en Centinela y vengar a sus padres lo era todo para él.

—Y luego vi también la forma en que estaba a tu lado en Nueva York. —Volvió a sonreír melancólica—. Es por como te miraba, la forma en que te miraba constantemente. Eras todo su mundo incluso antes de que ninguno de los dos lo supierais.

—¿Y todo eso solo por la forma en que me miraba? —Quizá sonaba un poco escéptica, pero guau, mi niña interior estaba saltando y chillando.

Entonces Laadan se rio y sonó como campanitas de cristal.

—Te miraba como si fueses la única cosa que pudiese saciar su hambre.

—Oh, vaya...

Eso era demasiada información. ¿Cómo es que no se había dado cuenta mucha más gente? Entonces me di cuenta. Laadan lo sabía porque así era como ella miraba a mi padre... y seguramente habría visto a mi padre mirar de ese mismo modo a mi madre.

De repente sentí mucha pena por ella.

Me acerqué más a ella y pasé los brazos sobre sus delgados hombros. Al principio fue un tanto incómodo, porque doy los peores abrazos del mundo.

—Gracias.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Lo mínimo que podía hacer era hablarte sobre tu padre. Si quieres, hay muchas historias que puedo contarte. Será... estupendo poder hablar abiertamente de ellas.

—Me encantaría —susurré.

Laadan apoyó la mejilla encima de mi cabeza, y en ese momento, me recordó tanto a mi madre que me costó trabajo mantener las lágrimas a raya, pero no podía evitar la pregunta que se me comenzaba a formar en la punta de la lengua.

—¿Crees que llegaré a conocerle algún día?

Me abrazó con más fuerza.

—Claro que sí. Los dos sois tan resueltos que lo podréis lograr. No lo dudo.

Cerré los ojos y me recreé en sus palabras. Quería creérmelas, lo necesitaba, pero mis dudas crecían como espirales de humo amargo. Muchas cosas se interponían entre mi padre y yo, había años de reglas y secretos, un ejército de hombres medio toros y, sobre todo, Seth.

Capítulo 12

Una hora después me encontraba en el claro protegido al lado de la cabaña, cubierta de barro y helada hasta los huesos. A mi alrededor solo se oían gruñidos y caídas resonando a través del bosque, que normalmente permanecía silencioso.

Bajé la mirada hacia mis manos sucias y suspiré. Estaba hecha un asco. Seguramente luego me volvería a dar una ducha. Con la mirada encontré la figura ágil de Aiden. Estaba peleando contra Luke. Mejor dicho, estaba pegándole paliza tras paliza.

No creo que le dejase ir a la ducha pronto.

En el fondo de la garganta sentí una punzada de descontento. La verdad es que pensaba que, ya que se suponía que tenía que entrar, acabaría haciéndolo con Aiden y sería como en los viejos tiempos, pero con más toqueteo entre agarres. Y no veas lo equivocada que estaba.

Solos resopló.

—¿Cuánto rato más vas a estar mirándote las manos? Que me van a salir canas.

No, resulta que en cuanto salimos fuera, Aiden se puso con Luke y Olivia, y Lea con Marcus. Deacon y Laadan estaban dentro, supuestamente haciendo la cena.

Y yo estaba lloriqueando por dentro.

Avancé haciendo una mueca al sentir los vaqueros helados contra la piel.

—Creo que este no era el entrenamiento que Apolo tenía pensado.

Solos se apartó un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Cuándo fue la última vez que entrenaste?

La verdad era que ni me acordaba.

—Luché hace dos días.

—Un día entre tantos no sirve de nada. —Las ramas rotas crujían bajo sus botas—. Hay que usar nuestros músculos todos los días.

Vi cómo Luke acaba aterrizando en el suelo con el culo.

—Creo que ellos podrían necesitar más tu ayuda. Ahora podría estar entrenándome para usar akasha. Seth me lleva años de práctica.

—Lo trabajarás, pero no ahora. —Solos no era ni de lejos tan paciente como *alguno* de mis anteriores entrenadores. Estaba al nivel de Romvi.

Entrecerré los ojos y levanté la mano.

—También podría simplemente usar el elemento aire y darte...

—Álex —soltó Aiden mientras paraba una fuerte patada de Luke con una mano. Lo empujó hacia atrás y me clavó sus ojos tormentosos—. También dudo que Apolo se refiriese a que tu boca fuese lo único que necesitaba algo de ejercicio.

Tenía en la punta de la lengua un montón de comentarios poco apropiados, pero cerré la boca y me lo quedé mirando.

—Está intentando ayudarte. —Aiden sacó una daga de titanio que estaba bien clavada en la tierra—. Lo mínimo que podrías hacer es continuar sin torturar a los que te están ayudando.

Estaba avergonzada y furiosa. Me faltaba un pelo para descargar toda mi ira sobre Aiden, pero me paré. Aiden tenía razón. Estaba siendo una llorica, enfadada e irritante.

Nuestras miradas se cruzaron y, aunque sus palabras no decían mucho, sabía que estaba frustrado conmigo y yo eso lo odiaba porque, sin duda, estaba siendo una maleducada. No sabía qué me pasaba. Desde que Laadan y yo hablamos, mi estado de ánimo había caído en picado. ¿Falta de sueño, tal vez?

Aún me picaba la bronca de Aiden y me sentí obligada a volver con Solos, quien por cierto, estaba lleno de salpicaduras de barro, como si fuera la horrible escena de un crimen. Nadie en este mundo podía lograr que hiciera lo que debía tan rápido como Aiden.

Una parte de mí lo odiaba. La otra parte lo respetaba y se lo agradecía.

Me puse en posición, con las mejillas ardiendo. Solos se lanzó hacia mí. Nos pusimos a ello, golpe tras golpe. Se agachó. Giré. La mayor parte de las veces acababa tirado en el suelo lanzándome tierra y hierba. Mis músculos estaban un poco desentrenados, pero aun así era rápida, incluso más de lo que recordaba. Cuando el otro día estuve luchando con Aiden, no me di cuenta de lo que estaba haciendo ni de cómo lo estaba haciendo. ¿Pero ahora? Vaya, me sentía como Superwoman.

Solos se levantó del suelo soltando aire por la nariz. Pasamos a trabajar los desarmes, que se me solía dar fatal.

Me lancé bajo el brazo que Solos tenía estirado, le agarré los dos codos y retrocedí, pasando a agarrarle las muñecas mientras le plantaba un pie en la espalda. Lanzó las cuchillas y las atrapé.

Las agité frente a su cara y sonreí.

—La verdad es que soy la leche.

Se giró, frunciendo el ceño.

—Ni siquiera sé qué tipo de movimiento ha sido ese.

Hice girar la daga sobre mi mano derecha.

—Se llama molar mucho, y ha funcionado.

—Hay diferencia entre habilidad y velocidad. —Me arrebató la daga de la otra mano—. No siempre tendrás velocidad.

—Pero tengo los elementos —le recordé.

—Eso es cierto. —Me dedicó una sonrisa ladeada que no estiró su cicatriz. Era hasta guapo cuando sonreía así. Qué narices, era guapo incluso con la cicatriz, le daba un aire como de pirata—. Pero corrígeme si me equivoco: ¿No te cansa mucho usar los elementos?

—Eso es lo que he oído. —Olivia se dejó caer sobre un tocón y lentamente estiró sus largas piernas—. Bueno, eso le oí decir a Seth una vez.

Apunté a Solos con la única daga que me quedaba.

—Puede que usar los elementos nos canse, pero no tanto como akasha. Por eso no lo usa todo el rato. Le agota, nos agota, supongo.

Aiden entrelazó los dedos y se estiró, arqueando la espalda. Con la mirada seguí sus movimientos de forma obsesiva. Todo lo que hacía parecía fluir de forma elegante.

—Por eso es importante no depender exclusivamente de esas habilidades.

Desde que conocía a Aiden podía contar con una mano las veces que había usado el elemento fuego. Cada puro tenía inclinación por un elemento en concreto, pero el Apollyon podía controlar todos ellos. A Aiden le gustaba pelear cuerpo a cuerpo.

O titanio-a-titanio.

Lea, con el pelo hecho una maraña, estaba apoyada sobre un enorme roble mientras Marcus iba recogiendo las cuchillas con las que habían estado practicado. Mi tío las manejaba con destreza. A veces se me olvidaba que había sido entrenado como Centinela, hacía mucho tiempo.

Nuestro pequeño descanso se acabó y, bajo el cielo nublado de abril, continuamos hasta que el sol comenzó a descender por el oeste. Solo entonces volvimos hacia la cabaña. Supuse habían dejado para el plan de mañana la práctica con akasha. El olor a carne asada me hizo la boca agua. Tenía tanta hambre que podría comerme un daimon, pero antes tocaba darse una ducha.

Y como ya había supuesto antes, iba a ser yo la única en hacerlo.

Nos sentamos todos en la mesa de la cocina y empezamos a comer. Alguien le dio las gracias a Laadan por la comida y a Deacon casi le da un infarto.

—¿Quién ha ablandado la carne? ¿Quién la ha marinado y la ha estado vigilando? —Frunció sus cejas rubias y agarró el tenedor igual que Luke hacía con las dagas—. He sido yo.

Laadan asintió con la cabeza.

—Yo he pelado las patatas. Nada más.

—No sabía que se te daba bien cocinar —dije sorprendida.

Recién duchado, Aiden se sentó junto a su hermano. Llevaba el pelo mojado y echado hacia atrás, mostrando sus pómulos. Le dio una palmada en el hombro.

—Deacon es un cocinero de estrella.

—Ammmm. —Olivia sonrió mientras trataba de pinchar una patata—. Cada día se aprende algo nuevo, ¿no?

Deacon ni siquiera intentó esconder su sonrisa orgullosa cuando miró a Luke.

—Estoy lleno de sorpresas.

Arqué una ceja, pero preferí meterme en la boca un trozo de aquella carne deliciosa a decir nada. Durante un rato, estando allí sentada con todo el mundo, todo parecía estar bien y tranquilo.

Aiden permaneció callado casi todo el tiempo, mientras todos intercambiaban historias, mostrando una sonrisa de vez en cuando, pero ligeramente apartado de

aquel grupo bullicioso. Más de una vez, se cruzaron nuestras miradas. Algo se agitaba en sus ojos grises. Antes de que apartase la mirada pude ver sin problemas una punzada de dolor mezclada con remordimientos.

Tras la cena, con la tripa llena, el grupo se fue dividiendo por la casa. Lea desapareció con uno de los libros que había traído Laadan. Olivia y los chicos se quedaron en el salón con una baraja de cartas. Solos y Marcus salieron con Aiden a revisar el perímetro. Se estaba haciendo tarde y yo intenté quedarme despierta hasta que volvieran, pero al final le di las buenas noches al grupo y me fui arriba.

Me paré frente a la habitación de Aiden. De repente, no estaba segura de dónde me tocaba dormir. Había otro dormitorio al lado del baño, que se suponía que debía ser mío, pero no recordaba haber llegado a dormir allí. ¿Se suponía que aquella era mi habitación? ¿Y si me fuese a la de Aiden, estaría pasándome de la raya?

Cambié el peso de pierna y, dudando, me mordí el labio inferior. Dioses, no debería ser tan difícil. *Venga, Álex, no seas estúpida.* La verdad es que me sentía estúpida.

De camino hacia mi habitación, me di cuenta de que no tenía pijama ni nada que ponerme para dormir. Volví sobre mis pasos y encontré unas cuantas de las camisetas más largas de Aiden separadas del resto de su ropa, como si las hubiese dejado a parte deliberadamente.

Me puse una de aquellas finas camisetas de algodón que me llegaban hasta mitad del muslo y me di cuenta de que no quería volver a aquella habitación fría y vacía que debía ser la mía. Me deslicé bajo las sábanas, acurrucándome mientras olía aquel aroma terroso que cubría la cama.

No tardé en quedarme dormida. Seguramente fueron apenas unos minutos, ya me encontraba flotando como en una nube cuando algo me hizo abrir los ojos. Y al hacerlo, me vi mirando fijamente a un par de ojos ambarinos.

Capítulo 13

Seth.

Oh dioses, estaba mirando a Seth. Estaba allí. Imposible, pero estaba allí conmigo.

El corazón me latía a un ritmo frenético mientras intentaba apartarme. Tenía tanto miedo, estaba tan aterrorizada por su repentina aparición, que no era capaz de tomar aliento.

Me atrapó entre sus brazos. No me atrevía a moverme, porque su piel estaba demasiado cerca a la mía, sus labios a un centímetro de distancia. Sus ojos ámbar brillaban bajo aquellas tupidas pestañas rubias. Las marcas del Apollyon corrían por su cuello y se le extendían hacia las mejillas, en un brillante color azul que destacaba sobre su tez dorada. Mis propias marcas respondieron a su proximidad, provocando un hormigueo por toda mi piel. El cordón chasqueó con vida propia.

La fuerza de la presencia de Seth estaba por todas partes, invadiendo mi cuerpo y mis pensamientos, pero cuando finalmente pude respirar, el olor no encajaba. Era terroso con un toque a sal marina. *Aiden*.

Los labios de Seth se curvaron en una sonrisa satisfecha y acercó la boca a mi oído.

—Te lo dije, Álex. Te encontraría en cualquier parte.

Abrí la boca, pero mi grito se ahogó en la garganta, cerrada por el miedo. Mientras me apartaba hacia un lado, sacudiéndome y despertándome... *despertándome*.

Con el pulso a mil, me incorporé y poco a poco la habitación comenzó a dejar de verse borrosa. Recorrí todo el cuarto con la mirada nerviosa, buscando entre las sombras cualquier rastro de Seth. Un rayo de luz de luna se filtró bajo las persianas, extendiéndose por el suelo y acariciando el antiguo aparador. Bajo la puerta del baño brillaba una rendija de luz amarillenta. Aparte de las marcas y el hormigueo, no había rastro de él.

Solo había sido un sueño, una pesadilla. Nada más que eso, pero la adrenalina que me corría por dentro parecía discrepar.

La puerta del baño se abrió y Aiden apareció bajo el umbral. Iluminado por una suave luz desde atrás, era un conjunto de sombras, sin camiseta y con unos pantalones de pijama sujetos bajos en la cadera.

Aquello no ayudaba a mis problemas de corazón, ni a los de respiración.

La luz se apagó.

—¿Álex? —Se movió en silencio hasta la cama y se metió junto a mí—. No te habré despertado, ¿no?

Negué con la cabeza.

Inclinó la cabeza hacia un lado y un mechón de pelo oscuro le cayó sobre la frente.

—¿Estás bien?

—Sí —grazné. Me sentía ridícula por haber exagerado de aquella forma ante una estúpida pesadilla.

Aiden levantó la mano y me apartó de la mejilla un mechón de pelo. Se apartó para apoyar la espalda atrás. Estiró un brazo, haciéndome señas. Me tendí a su lado, puse la cabeza sobre su hombro y una mano en el pecho, justo sobre el corazón. Su piel era cálida, reconfortante.

Estuve un rato en silencio escuchando sus latidos mientras se iban calmando. No sabía por qué le iba el corazón a mil. Me acurruqué más cerca, acomodándome pegada a él con su brazo alrededor de mi cintura. Sentí su mandíbula sobre la cabeza y luego sus labios sobre la frente.

Cerré los ojos con fuerza. Deseaba contarle lo del sueño, pero en vez de eso me salió otra cosa.

—A mi padre le cortaron la lengua, Aiden. No puede hablar. *Ellos* se lo hicieron.

Pareció aguantar la respiración durante un segundo.

—¿Porqué harían algo así? —pregunté. Mi propia voz sonaba increíblemente frágil.

—No lo sé. —Levantó una mano y la puso entre mis hombros haciendo un reconfortante movimiento circular—. No hay justificación para algo tan horrible —hizo una pausa—. Lo siento, Álex.

Asentí con los ojos cerrados. Había que hacer algo respecto a la Orden de Razas, y sabía que Aiden estaría de acuerdo, pero las dos de la mañana no parecía ser el momento adecuado para discutir de política.

Me estiré y posé mis labios sobre los Aiden, pero el beso acabó siendo más casto de lo que esperaba —yo quería algo más de acción caliente y húmeda—. Su brazo se tensó y un suave temblor recorrió su cuerpo, como si estuviese luchando contra la atracción.

Confundida, dejé de intentar seducirle, ya que en realidad no estaba funcionando, y volví a tumbarme con el corazón a mil. ¿Por qué no me había devuelto el beso? ¿Seguía enfadado por mi mala actitud durante el entrenamiento con Solos? Si fuera eso, entonces no podía hacer nada para arreglarlo. ¿O era otra cosa? ¿Igual que aquel remordimiento y tristeza que brillaban tras sus ojos grises?

Rompiendo el silencio que había envuelto la habitación de nuevo, Aiden dijo:

—Te quiero.

Era imposible no fijarse en el tono emocionado de su voz. Me quedé sin aliento. A pesar de mi fallido intento de seducción, oírle decir aquellas dos palabritas era algo de lo que nunca me cansaba.

—Yo también te quiero.

Muy poco tiempo después, el constante subir y bajar del pecho de Aiden se fue

tranquilizando. Me quedé bajo su abrazo durante horas, mirando a través de la oscuridad hacia la pared vacía de enfrente. Luego, con cuidado, me desenredé de sus brazos y salí de la cama.

No podía dormir ni quedarme quieta, así que me puse un par de pantalones de chándal que encontré entre la oscuridad y me enrollé los bajos. Mis pies descalzos retumbaban en silencio sobre los suelos de madera al tiempo que salía por la puerta para bajar al otro piso.

La casa estaba en silencio y fría como una tumba. Con los brazos cruzados, me dediqué a dar vueltas por la cocina, aunque no tenía hambre ni sed. Estaba inquieta y muy despierta. Como no tenía ni idea de qué hacer, me dirigí hacia la terraza cubierta.

Allí hacía más frío, pero era raro. Rodeada de todas aquellas plantas y ventanales, sin nada más que oscuridad acechando fuera, me sentía en paz.

Me senté en el banco de la ventana, apreté las piernas contra el pecho y me quedé mirando por una de las ventanas. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, mi padre, volver a entrenar, la Orden de Razas, Aiden y su repentina resistencia a mí, todo lo que estaba pasando al otro lado de aquellas paredes.

Y también estaba pensando en Seth, gracias a aquella visita de pesadilla.

Una punzada aguda de miedo me atravesaba las entrañas. Lo sucedido tuvo que ser una pesadilla. Algo totalmente comprensible, teniendo en cuenta que Seth estaba haciendo de Doctor Maligno. No podía ser otra cosa, así que tenía que parar de obsesionarme. Pero aquel zumbido sordo en el fondo de mi cabeza seguía allí y significaba que, hiciera lo que hiciese o por muy fuerte que fuera, siempre estaría conectada a él.

Y que probablemente podría llegar a mí.

Volví a sentir una punzada de ansiedad que se expandió por mi pecho. Cerré los ojos con fuerza. Sentí el miedo como un sabor amargo en el paladar. ¿Aquella pesadilla podría haber sido realmente Seth tratando de llegar a mí?

Comprobé mis escudos mentales. Casi como cuando tuve que pasarme la lengua por los dientes después de que Jackson me diese una patada en la cara durante la clase, empujé y di unos golpecitos contra el escudo, asegurándome de que nada estuviera fuera de sitio ni suelto. El escudo era robusto, pero las alarmas no se apagaron.

Cuando conecté con Seth después de Despertar, podía escuchar sus pensamientos tan claros como los míos.

Me balanceé un poco y me abracé las piernas con fuerza hasta que me dolieron los brazos.

Parecía totalmente cierto que Seth hubiera estado allí aquella noche, inclinándose sobre mí y susurrándome aquella advertencia. Ni siquiera las pesadillas que tenía sobre lo de Gatlinburg fueron nunca tan reales, y habían sido jodidamente realistas.

Oí unos pasos acercándose y levanté la cabeza de inmediato.

Marcus.

Seguía vestido como en la cena, con unos vaqueros y una camisa de franela hecha a medida, lo que me dejaba claro que aún no se había ido a la cama.

—¿Despierta a estas horas? —Preguntó apoyado en el marco de la puerta.

Me encogí un poco de hombros, con los brazos aún alrededor de las rodillas.

—No tengo sueño.

—Estabas muerta por la tarde. Pensaba que te pasarías durmiendo todo el día.

Como no podía contarle la verdad, no dije nada.

Marcus vaciló en la puerta y luego avanzó hacia adelante, seguro y fuerte. Miré desganada cómo se sentaba a mi lado, en el mismo sitio que Laadan cuando estuvimos hablando. Pasaron unos cuantos minutos tensos e incómodos y, aunque Marcus y yo habíamos pasado por muchas cosas, seguía habiendo un profundo abismo que cruzar para que las cosas entre nosotros dejaran de ser tan incómodas.

Puso las manos en el regazo y suspiró.

—¿Te encuentras bien, Alexandria?

Siempre tan formal...

—Sí, como ya te he dicho, simplemente no tengo sueño. ¿Y tú?

—Estaba fuera, patrullando, acabo de cambiar con Solos. —Me echó un vistazo de reojo—. Yo tampoco tengo sueño.

Me giré hacia la ventana.

—¿Creéis que es necesario patrullar?

—Puede que por una parte sea costumbre, sobre todo para Aiden y Solos, pero cosas más raras han pasado.

Me sorprendió que contestara sinceramente y le miré a la cara. Con mi vista de Apollyon, era capaz de reconocer sus facciones en la oscuridad. También me sorprendió ver su expresión afable y abierta.

—Y aunque puede que los dioses no nos estén atacando ahora mismo, la cosa puede cambiar en cualquier momento —dijo—. Así que vigilamos... y esperamos.

No dije nada durante un buen rato.

—Cómo odio eso.

—¿El qué? —Dijo con curiosidad.

Puse las manos junto a las piernas y cerré los puños.

—Que la gente daría su vida por protegerme, voluntariamente. Lo odio.

Marcus se giró hacia mí y apoyó la cabeza contra la ventana.

—No te lo tomes a mal, pero no eres tú la única que protegemos, Alexandria. Están también Lea y Deacon, Olivia y Luke. Tres están entrenados hasta cierto punto, pero no contra dioses o una horda de daimons. Aunque parezca improbable un ataque daimon aquí...

Cosas más raras habían pasado. Asentí.

Cerró sus ojos brillantes.

—No siempre se trata de ti.

Traté de buscar cómo negarlo. No pensaba que siempre se tratara de mí, pero

espera... la verdad es que había asumido que todo el mundo se estaba tirando al vacío por mí. Me ardían las mejillas.

—No... no quería decir eso. —Respiré profundamente—. Bueno, sí, pero ya sé que también los protegéis a ellos. Y eso... es bueno.

Relajó los hombros.

—Y yo tampoco quería decir así las cosas.

Me reí, y el sonido me sorprendió. No era una risa forzada ni sarcástica, solo divertida.

—Pero lo has hecho, y lo entiendo. Llevo demasiado tiempo en modo Álex-Es-Importante.

Arqueó una ceja.

Me volvieron las ganas de reír, pero paré y apoyé la mejilla contra las rodillas.

—He sido... eh... bastante problemática. Lo sé. Y la mayor parte del tiempo fue a propósito.

—Lo sé. —Fue todo lo que dijo.

—¿En serio?

Marcus asintió con la cabeza.

—Eres como cualquier niño...

—Ya no soy una cría.

Sus labios se curvaron.

—Eras como cualquier niño buscando un lugar donde encajar. Es especialmente duro para vosotros, los mestizos. Muchos venís de hogares tristes o ni siquiera tenéis un hogar. El entorno en que os criáis es violento y agresivo. He visto tantos... —Sacudió la cabeza levemente—. De todos modos, tú eras distinta.

Le miré al lanzarle la pregunta.

—¿Por qué?

—Para empezar, eres mi sobrina.

—Vaya. —Parpadeé y dejé de agarrarme las piernas con tanta fuerza—. Me sorprende que lo primero no sea que sabías que yo era el Apollyon.

Marcus abrió los ojos y me miró de frente.

—Eso nunca fue lo primero, lo segundo, ni lo tercero. Eres mi sobrina. Eres la hija de mi hermana. Y te pareces tanto a ella... —Soltó aire por la nariz y apretó los dientes—. Te parecías tanto a ella cuando volviste al Covenant... y todavía me cuesta mirarte sin ver a mi hermana.

Algo... algo se me revolvió en el pecho. Marcus nunca había sido tan abierto conmigo. Me parecía más probable bailar con un daimon por todo el salón que oír a Marcus hablándome sobre mi madre, pero lo estaba haciendo.

Vaya, parecía que estábamos cruzando aquel abismo.

Sentí que me raspaba el respirar.

—Querías un montón a mi madre.

—Rachelle era mi hermana pequeña y yo... la quería muchísimo. —Cerró los

ojos de nuevo—. Rachele estaba llena de vida, brillaba. Éramos totalmente opuestos. Ella atraía a la gente y yo más bien los repelía.

Esboqué una leve sonrisilla.

—Creo que era la única persona que era capaz de lograr que me relajase. —De repente se incorporó y dejó las manos sobre las rodillas—. Cuando eras muy pequeña, solía traerte a mi casa y, si te portabas bien, que no siempre pasaba, luego te llevaba a comer un helado. —Sonrió, pensativo—. Eras una pequeñaja, pero dioses, inmediatamente supe que serías igual que ella. Excepto por los ojos...

Busqué entre mis recuerdos, pero me di cuenta de que no recordaba nada de él de cuando era niña, solo alguna visita de más mayor, siempre frías e impersonales. Marcus se comportaba como todos los demás puros.

—Ella siempre decía que tu padre era un mortal, pero había un Centinela que siempre estaba con ella, siempre la seguía... y a ti.

—¿Qué? —Levanté la cabeza.

Marcus se centró en algo que no podría ver.

—Eras demasiado pequeña, Alexandria, para acordarte de tu padre.

Oír a Marcus hablando sobre mi padre hizo que mi mundo se parara.

—No eras más que un bebé. Tu madre ni siquiera podía salir sin que Alexander estuviese siguiéndola no muy de lejos, sobre todo si ibas con ella. Ahora que lo pienso, era bastante obvio, pero siempre había Centinelas y Guardias por allí. Y los dos iban juntos al Covenant, dos años por detrás mío. Pensaba que solo eran amigos. Pero creo que siempre lo supe, en el fondo, y no podía ver más allá. Cada vez que te miraba, veía la perdición de mi hermana.

Abrí los ojos de par en par.

—Au.

—Sí —suspiró—. Suena horrible, pero tú sabes mejor que nadie qué les pasa a los mestizos y a los puros cuando se juntan. Estaba muy enfadado con mi hermana por haberse puesto en esa posición e incluso engendrar un hijo. —Marcus se detuvo brevemente, pensativo—. La tomé contigo. Y no debía.

Vale, definitivamente a los cerdos les habían salido alas y estaban volando junto a los aviones. En vez de saltar y señalar lo que acababa de admitir, actuando como una cabronceta, me centré en otra cosa. A veces me sorprendía mi propia madurez.

—Tu... ¿conociste a mi padre en persona?

Apretó los labios.

—Yo entrenaba con tu padre antes de decidirme por llevar un camino más político. Era un Centinela genial. Como tú.

Me lo quedé mirando fijamente. Tiempo atrás, escuchar algo así me habría llenado de placer, pero ahora no era el elogio lo que me había llegado dentro, sino escuchar que *mi padre* había sido un Centinela genial.

—Creo que tu madre esperaba que no la emparejaran con nadie. A mí no me pasó. A Laadan tampoco. Pero cuando emparejaron a tu madre con Lucian, Alexander...

entonces, si conocías al hombre detrás del uniforme, sabías qué pasaba.

Una vez más, no sabía qué decir.

—Él no podía hacer nada más que mantenerse apartado y dejar que la mujer a la que amaba se casase con otro. Y tuvo que vivir con que otro estuviese criando a su hija. —Marcus se aclaró la garganta—. Y estoy seguro de que Alexander sabía que Lucian no te trataba bien, pero no podía hacer nada. Si hubiese dicho algo os habría puesto a las dos en peligro. Estaba indefenso.

Mis músculos no dejaban de tensarse y relajarse a la vez.

—¿Qué pasó? ¿Cómo acabó siendo un sirviente?

Marcus me miró de frente.

—Cuando tenías tres años, Alexander desapareció. No era raro. Nos dijeron que un daimon lo había matado.

Sacudí la cabeza y fruncí el ceño.

—¿Cómo no podíais saber dónde estaba? Estaba en los Catskills, controlado por Telly.

—No lo vi allí hasta aproximadamente un año antes de que volviésemos. —Me impactó la sinceridad de sus palabras—. Creía que estaba muerto, y no sabía que un mestizo y una pura engendraran a un Apollyon. Incluso cuando Rachel vino a verme antes de llevarte consigo, no sospechaba lo que significaba de verdad. No hasta que vi a Alexander en los Catskills, y entonces, ¿qué podía hacer yo?

—¿Podrías haberle ayudado!

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que iba a hacerlo? ¿Qué crees que hubiera pasado si todo el mundo supiera que tu padre era un mestizo? Ya se han mezclado puros y mestizos en otras ocasiones y les han pillado. Sus hijos no sobrevivieron.

Asqueada, tragué saliva.

—Es horrible.

—No digo que no. —Levantó un brazo y acarició las hojas de una planta—. Tu padre pareció no reconocerme. Desde hace poco sé por Laadan que debía estar disimulando.

Entonces caí en ello —me dio justo en toda la cabeza—. Volví a recordar la conversación que oí por casualidad entre él y Telly. Marcus estaba cabreado con Telly.

—Telly quería que me entregases, ¿verdad? Incluso te ofreció un puesto en el Consejo.

Me miró.

Sonreí con chulería.

—Os escuché sin querer.

Se me quedó mirando y movió la cabeza.

—En efecto.

—Y te negaste.

—Sí. —Con la mirada decía «¿qué otra cosa podía hacer?».

Vaya. Ahora parecía que todo cobraba sentido, después de tanto tiempo. Yo le recordaba a mamá y él la echaba de menos, quizá por eso le resultaba incómodo estar cerca de mí. Y además tampoco es que Marcus fuese muy sociable. No supo lo de mi padre hasta que no era demasiado tarde. Y le creía. Y además no me había entregado a Telly. Recordé que me había recogido y me había sacado de allí cuando Seth atacó el Consejo y yo estaba enferma.

Cómo, igual que Aiden, no había perdido la fe en mí.

Marcus... yo le importaba. Y eso significaba mucho. A parte de mi padre, que era inalcanzable para mí, Marcus era el último que quedaba de mi familia, mi sangre.

—Gracias —dije. Y entonces, de forma impulsiva, aunque no le gustaban los abrazos, me abalancé antes de que se diese cuenta de lo que iba a hacer y le abracé. Aunque fue rápido, tampoco quería asustarle.

Volví a mi sitio mientras sentía cómo me miraba con los ojos de par en par. Supongo que sí le había asustado.

—¿Por qué me das las gracias? —Preguntó lentamente.

Me encogí de hombros.

—Eres rara.

Me reí y me apoyé en los cojines del banco de la ventana.

—Seguro que mamá también era un poco rara.

—Pues sí.

—¿Puedes contarme todo lo que sabes sobre mi padre? Bueno, si no estás cansado ni nada...

—Tengo algunas historias que podría contarte. —Se colocó en mi misma posición—. Y no estoy cansado. Para nada. —Su sonrisa era un poco insegura, pero auténtica, no era capaz de recordar si le había visto sonreír así antes.

Mis labios respondieron del mismo modo.

—Estaría genial.

Cuando llegó el amanecer y el sol comenzó a salir, ahuyentando las oscuras sombras, pensé en lo feliz que estaría mi madre al saber que Marcus y yo habíamos arreglado las cosas.

Y no podía evitar pensar que lo estaría. Y quizá ahora mismo estaría sonriendo por nosotros. Cálida, igual que el sol que se filtraba por las ventanas.

Capítulo 14

Durante los siguientes tres días, nuestro pequeño grupo cayó en la rutina. Las cosas se habían calmado. Ya no había habido más desastres naturales y el Monte Santa Helena parecía haberse calmado. Apolo seguía sin aparecer y la cabaña en mitad de la nada se había convertido en una zona libre de dioses. Y aquello era bueno, pero suponía que uno de ellos aparecería, tipo en la cama de Deacon o algo así, donde menos nos lo esperásemos. Pero a pesar de que había interferencias divinas, era como ver la cuenta atrás en una bomba de relojería. Y no hacíamos más que esperar.

Todos los días no había más que entrenamientos, entrenamientos y más entrenamientos. Y eran peores que cualquier día en el Covenant, porque todos se paraban a mirar cuando me tocaba usar akasha.

Marcus y Solos alineaban unas cuantas rocas enormes que encontraban por ahí tiradas, y a mí me tocaba convertirlas en pequeños guijarros. Y funcionaba, de cerca. Digamos que a pocos metros de distancia. Cuanto más me alejaba, peor era mi puntería.

Estaba sudando por la camiseta térmica de Aiden. Gruñí mientras tiraba de akasha, justo por debajo de las costillas. La marca de los dioses hormigueó cuando el quinto elemento chisporroteó entre mis nudillos.

Protegidos bajo unos árboles, Aiden y Olivia dejaron de pelear para mirar.

Me centré en el elemento y sentí que se me agudizaban los sentidos. Usar akasha era como estar directamente conectado con la Tierra, tan conectado como estar abrazado a un árbol. Podía sentir el suelo y la hierba vibrando bajo mis pies, igual que las decenas de olores diferentes que arrastraba el débil murmullo del viento, y podía sentir el aire deslizándose sobre mi piel con sus fantasmales dedos.

Akasha soltó un chasquido al extender la mano derecha hacia delante. Desde la palma de la mano salió disparado un rayo, cruzando los más de diez metros que había hasta impactar contra la esquina derecha del pedrusco. Se astilló tras un fuerte *crack*.

Luke se apartó, pero aun así le cayeron restos de cascotes. Se dobló de dolor, casi besando el suelo.

—Uuuuups. —Hice una mueca—. ¿Lo siento?

Se frotó la espalda, hizo un gesto con la mano como que no pasaba nada y fue cojeando hasta Deacon, que intentaba aguantar la risa.

—Cállate —se quejó Luke.

—No tenías que haberte quedado tan cerca —respondió Deacon.

Suspiré y me giré hacia Solos.

—Tengo una puntería horrible.

Solos asintió con la cabeza.

—Vas un poco desviada.

—¿Un poco? —Levanté las cejas.

—Has dado en el blanco, supongo que eso es lo que importa.

Miré a Aiden por el rabillo del ojo y vi que estaba atento al combate entre Lea y Olivia. Las dos eran excelentes luchadoras y estaban bastante igualadas. Aiden estaba en modo instructor, soltando órdenes con su voz profunda pero extrañamente musical. Me di cuenta de que echaba de menos esa atención tan personal.

Narices, echaba mucho de menos tener tanta atención.

Sin duda una cosa había quedado clara en estos tres últimos días: definitivamente a Aiden le pasaba algo. No es que me evitara. Cada noche se metía en la cama conmigo, me acercaba a él y me abrazaba. Nada más que eso, aunque podía sentir que él quería más. Simplemente no iba más allá, y no tenía ni idea de por qué. Por la forma en que acababa enredada sobre él, creo que quedaba bastante claro que yo estaba dispuesta a una alegría.

Me mordí el labio mientras me giraba hacia la última roca, sacudiendo los hombros. No había vuelto a tener pesadillas con Seth, gracias a los dioses. Una parte de mí sospechaba que tenía algo que ver con no me iba a dormir hasta que Aiden no venía. Quizá ayudaba saber que él estaba allí, pero se iba a dormir bastante tarde, lo que significaba que tenía que esperar unas cuantas horas antes de dormirme y, cuando él se despertaba al romper el maldito alba, yo también. Como usaba akasha a diario, estaba más seca que la víctima de un daimon.

Pero trataba de alejar el cansancio. Tal y como dijo Marcus un día, yo podía ser muchas cosas, pero no era estúpida. Sabía por qué Apolo quería que trabajase akasha. Me estaba preparando para luchar contra Seth. Y necesitaría todo mi arsenal para evitar la transferencia de energía que acabaría con todo.

Pero había un problema de base al entrenar ante un cara a cara con Seth. ¿Cómo iba a poder luchar contra él si no necesitaba más que tocarme y susurrarme unas palabras en griego?

Sí, estábamos condenados al fracaso.

El pánico me golpeó en el pecho al mirar a todos los que estaban a mi alrededor. Si algo salía mal, que era lo más probable, todos peligraban. Lea podría acabar como su hermana, Olivia como Caleb, Luke y Solos como todos esos Centinelas que habían sido masacrados por Lucian y su ejército. Marcus podría acabar como mi madre.

Clavé los ojos en Aiden.

Deacon se había levantado y estaba al lado de su hermano mayor. Sus rizos rubios brillaban como el platino bajo la luz del sol. Los hermanos compartían aquel mismo color de ojos llamativo, pero era todo. Uno al lado del otro eran como el yin y yang, como el día y la noche.

Deacon tenía algo entre las manos y, al levantar la cabeza, apareció una enorme sonrisa en sus labios y sus ojos grises brillaron. Aiden se rio por lo que Deacon había dicho.

Podrían acabar como sus padres.

El miedo me tensó la piel y sustituyó al pánico. Me froté la sien y obligué a mi respiración a retomar el ritmo. Nadie iba a morir. No habría ninguna muerte más. No podía. Todos habían sufrido ya bastante.

Pero allí estaba el Destino. Cuando las cosas dependen del destino no existe eso de saldar deudas. Simplemente o le daban igual, o no reconocía las experiencias pasadas.

Darme cuenta de aquello me dio ganas de tirarme sobre la hierba fría y húmeda y llorar como un bebé gordinflón enfadado.

—¿Álex? —La voz suave de Solos me sacó de mis pensamientos turbios.

Asentí y me centré en la última roca. Lo que no me gustaba de usar akasha era que el zumbido en mi cabeza se volvía más fuerte, como si acceder al elemento más poderoso afectase al vínculo de alguna forma. Ningún Apollyon lo había pensado, ni había hablado de ello en el pasado, así que no sabía si era verdad.

Lo dejé pasar y me centré en akasha. El rayo de luz azul era increíblemente intenso, destruía todo con su energía. Silencio, y luego otro ruidoso *crack*. Esta vez le dio a la roca en todo el centro y no explotó, sino que acabó reducida a un montón de polvo.

Solos soltó un silbido grave mientras observaba el polvo y el suelo chamuscado.

—Recuérdame no cabrearte nunca.

Sonreí mientras me apartaba y dejaba que el zumbido de akasha se tranquilizase. Me doblé sobre mí misma y levanté la mirada. Vi a Olivia dar una patada giratoria que mandó a Lea unos cuantos metros atrás.

Aiden aplaudió.

—Perfecto, Olivia. —Y luego a Lea—. Has dudado. Si no lo hubieras hecho, habrías bloqueado la patada.

Lea asintió con la cabeza, se puso de pie y se quitó el polvo. Rápidamente se puso en posición y volvió a ello.

Me comenzó a aparecer un dolor leve pero molesto en la sien, que me provocó un tic nervioso en el ojo derecho. Tiré la botella al suelo y me dirigí hacia Solos. Como me había quedado sin rocas que destruir, tenía que ir con Marcus a trabajar los elementos.

Levantó las manos, un poco apartado de todo el grupo. Se levantó una ráfaga de viento. Las ramas comenzaron a sacudirse y pequeñas hojas comenzaron a arremolinarse en el aire mientras el viento se dirigía con fuerza hacia mí.

Levanté la mano y, a diferencia de antes de Despertar, me enfrenté al elemento aire con el mío propio. El suyo palideció bajo la fuerza del mío. Era increíble cómo el elemento aire llegó a ser mi peor enemigo, pero ahora solo era una leve molestia.

Deacon y Laadan participaron a última hora del día. Laadan estuvo trabajando con el elemento aire y Deacon se dedicó a crear pequeños fuegos y controlarlos. No me imaginaba a aquellos dos peleando, pero llegados a aquel punto, todos nos

habíamos convertido en guerreros.

Aiden miró a su hermano con los ojos entrecerrados y la mandíbula tan tensa que llegué a pensar si le quedaría alguna muela sana. Al final, dejó a los mestizos y se fue hacia Deacon, que tenía varias pilas de ramas ardiendo.

—¿Qué haces? —Preguntó Aiden.

Deacon levantó la mirada bajo una maraña de rizos.

—Me estoy volviendo pirómano.

Aiden no estaba de humor.

—Sé en qué estás pensando.

—Ah, mierda, si es así, qué vergüenza.

Aiden se puso tenso.

—A no ser que estés practicando para encender fogatas, estás perdiendo el tiempo.

—Pero...

—No tienes que hacer esto. —Aiden agitó la mano sobre las hogueras y apagó las llamas—. No quiero que te involucres.

Deacon se estiró todo lo que pudo, aunque solo le llegase a Aiden hasta los hombros.

—No puedes detenerme, Aiden.

Ah, eso no se dice.

—¿Qué te apuestas? —Aiden gruñó bajando la cabeza hasta estar casi al mismo nivel que su hermano.

Impertérrito, Deacon se mantuvo en su sitio, pero bajó la voz.

—¿De verdad esperas que me quede sentado jugando a cartas mientras todo el mundo hace algo importante?

—Pues la verdad es que sí.

Deacon se rio sin gracia.

—Puedo ayudar.

—No estás entrenado. —Cerró los puños, pegados al cuerpo—. Y antes de que lo digas, tú no eres todo el mundo.

—Sé que no me han entrenado, pero no soy un maldito inútil, Aiden. Puedo ayudar. —Estaban librando una pelea de miradas épica, nunca les había visto así, especialmente a Deacon, que siempre era agradable—. Y pedirme que me mantenga al margen viendo cómo todos los demás, gente que me importa, gente como *tú*, se preparan para arriesgar sus vidas mientras yo no hago nada, no es justo.

Aiden abrió la boca, pero su hermano se le adelantó.

—Ya sé que tu comportamiento sobreprotector tiene una buena razón, hermano, pero no puedes protegerme siempre y no puedes seguir tratándome como a un niño. Es una pérdida de tiempo, porque aunque no quieras que me involucre, da igual. No puedes pararme.

Deacon respiró profundamente.

—Tengo que ayudar, Aiden.

Algo de lo que dijo Deacon hizo que Aiden empezase a soltar juramentos sin parar. Levanté las cejas, sorprendida. Aiden no solía soltar tacos ni perder la calma, pero en aquel instante era una granada a punto de explotar.

Dio un paso atrás y puso los brazos en jarras. Casi me esperaba que llevase a Deacon a rastras hasta la cabaña y lo encerrase allí dentro, pero en vez de eso asintió de forma brusca.

—Vale. Si esto es lo que... necesitas, entonces vale.

Me quedé petrificada en silencio. Y Deacon también. Sin mediar palabra, Aiden volvió hacia donde estaban las mestizas.

Deacon y yo nos miramos y se encogió de hombros.

Seguí a Marcus hacia donde estaba el resto del grupo, sorprendida de que Aiden se hubiese dado por vencido, pero también satisfecha por que viese a Deacon como algo más que su hermano pequeño el fiestero.

Seguimos practicando el resto del día e incluso llegué a usar el elemento aire contra los demás mestizos, obligándoles a zafarse de mí. Odiaba hacer aquello porque sabía lo indefensa que me había sentido cada vez que alguien usaba el elemento aire para sujetarme contra el suelo, pero los de aire eran los más comunes, lo que significaba que más de la mitad de los daimon usaban aire. Aquella era una de las razones por las que tantos mestizos morían al luchar contra ellos.

Así que teníamos que trabajarlo.

Fuego y tierra eran difíciles de ver en los puros. Aiden y Deacon eran los únicos que conocía que manejaban fuego y aún no había conocido a nadie que controlase tierra, aunque lo vi usar una vez en el Covenant de Nueva York. El elemento agua era útil si estabas al lado del agua o bajo la lluvia. Algunos pensaban que tenían el peor elemento, pero yo sabía que no era verdad. Podían sacar el agua de las tuberías, de *cualquier cosa*.

Me tocaba contra Lea. Hacía no mucho, hubiese sentido una cierta satisfacción retorcida por poderla derrotar, pero ahora... ahora todo era distinto.

Nos miramos durante unos segundos hasta que ella asintió con la cabeza.

Despacio y a regañadientes, levanté las manos e hice que el aire se moviese a mi alrededor. Tras mis dedos se formó una violenta corriente de aire, y después pasó a través de ellos. Igual que pasaba con akasha, no tenía muy buena puntería, pero le dio a Lea debajo del pecho y la tiró al suelo de espaldas.

Me acerqué a ella, con los brazos temblando por mantener el elemento sobre ella. Me costaba mirarla, era difícil no verme a mí misma luchando y pataleando contra el suelo, incapaz de ponerse de pie.

Aiden se agachó a su lado, soltándole órdenes de forma suave, a su manera, pero como máximo Lea era capaz de levantar las piernas, y ya.

Todo su cuerpo tembló y un gruñido se escapó de sus labios. Luchaba para al menos lograr sentarse, y yo quería que lo hiciese porque desde allí era más fácil

soltarse, pero el elemento le mantenía los hombros pegados contra la hierba.

La golpeaba con una ráfaga de aire detrás de otra. Lea echó la cabeza hacia atrás y gritó mientras levantaba una mano, clavando los dedos sobre el enemigo invisible.

—Lea, vamos. Usa los músculos centrales —dijo Aiden a la vez que levantaba las pestañas y me clavaba sus ojos grises—. Tú puedes...

Odiaba todo aquello, lo odiaba muchísimo. Mi cuerpo entero se estremeció.

Volvió a gritar al clavar las manos sobre la hierba. Enterró los dedos en la tierra, abriéndose hueco. Algunos montoncitos de hierba comenzaron a soltarse de la tierra cuando luchó por incorporarse y quedarse sentada. Empecé a sonreír, pero Lea cogió fuerzas y rápidamente vino hacia mí.

Atravesó el elemento y me rodeó la cintura con los brazos, lanzándose sobre mí. Caímos al suelo, enredadas entre brazos y piernas. Me pegué con la cabeza contra el suelo. Comencé a ver estrellitas. De golpe, me quedé sin aire en los pulmones.

El ruido de los aplausos era ensordecedor, y creo que incluso escuché a Deacon gritar:

—¡Pelea de chicas!

Y luego se hizo el silencio, nadie se movía. Creo que todo el mundo se estaba preparando para un mega golpe de Apollyon por mi parte.

—Mierda —dije en un gruñido parpadeando varias veces. A través del cabello cobrizo de Lea, podía ver que el cielo tenía un color azul claro.

Lea se apoyó en sus brazos para levantarse y me sonrió.

—Digamos que ha sido un poco por venganza. —Dio una vuelta y se puso de pie de un salto, sin dejar de sonreír.

—Bueno, ha sido divertido.

Yo me quedé tendida en el suelo. El palpitar que sentía en la sien derecha comenzaba a extenderse por la parte posterior de la cabeza. Igual me había soltado algo de un golpe, espero que no fuese nada importante.

Una mano fuerte y bronceada apareció frente a mí.

—¿Arriba?

Puse mi mano sobre la de Aiden y dejé que me levantase. Me quedé allí quieta mientras me limpiaba algunos trozos de tierra que tenía sobre los hombros doloridos. Pensándolo bien, me dolía todo el cuerpo. En sus labios carnosos, una sonrisilla juguetona. Nuestras miradas se cruzaron y, aunque todos estaban a nuestro alrededor, en aquel momento éramos solo él y yo.

Aiden se inclinó sobre mí, podía sentir su aliento cálido sobre la curvatura de mi cuello. Un suave escalofrío me recorrió todo el cuerpo y el dolor de cabeza comenzó a aminorar. Tomé aire profundamente, recreándome en su aroma terroso y masculino. Todo el mundo a nuestro alrededor desapareció.

—Sé lo que has hecho —susurró.

Me aparté hacia atrás, sobresaltada y estrechando la mirada sobre él. No eran las dulces palabras que esperaba que fuese a susurrarme.

—¿Qué?

Arqueó una ceja y se dio la vuelta para unirse al grupo que se había formado alrededor de Lea para felicitarla. Puse los brazos en jarras y sacudí la cabeza. No había forma de que pudiese saberlo. Era imposible.

Capítulo 15

Aquella misma noche, algo más tarde, fui de caza. Aiden era mi presa. Había *desaparecido* después del entrenamiento. Después de cenar, desapareció otra vez y, desde entonces, ya habían pasado horas. Era medianoche pasada, sabía que a él no le tocaba hacer ronda. Le tocaba a Solos y simplemente pensar que Aiden me evitaba me estaba volviendo paranoica.

Me dediqué a dar vueltas por la planta de abajo esperando soltar los nervios y mitigar el comienzo de un dolor de cabeza. En aquellos instantes no era más que un dolor sordo detrás de los ojos, pero tenía el presentimiento de que se acabaría convirtiendo en un tormento.

Tenía otra noche larga por delante, que había empeorado por la situación de mis pensamientos. De todo lo que me podría preocupar en aquellos momentos, sabía que no era lo más importante, pero odiaba aquel muro que había salido de la nada. Y era un muro bien extraño...

Me asaltó de repente el horrible recuerdo de Aiden mirando la botella de Elixir que tenía en mi mano después de mi primera cena de vuelta en el país de los cuerdos. ¿Ver aquel Elixir le había recordado lo que había hecho? No podía seguir... sintiéndose culpable por haberme dado el Elixir, ¿no? Estaba bastante segura de que todo el mundo estaría de acuerdo en que fue necesario.

—Pareces enfadada. —La voz de Lea me sacó de mis pensamientos.

Me había quedado junto a la puerta de un pequeño estudio que solo tenía un sofá y un escritorio. Había un montón de estanterías por las paredes, pero la mitad estaban vacías. La única luz que había salía de la pequeña lámpara que asomaba tras el respaldo del sofá.

—No estoy enfadada. —Estaba confundida, frustrada y paranoica, cansada y... bueno, quizá también un poco enfadada.

Se apartó un mechón de pelo de la cara. Tras unos segundos en silencio dijo:

—Sé lo que has hecho.

Era la segunda vez que alguien me decía lo mismo en apenas unas horas y, sinceramente, ninguno de los dos podía saberlo. ¿O sí? No lo llevaba tatuado en la frente.

Me quedé mirándola con cara de tonta.

—No sé de qué hablas.

Lentamente, cerró el libro y lo puso a un lado. Evité soltar un gemido mientras entraba en la sala y me apoyaba sobre el escritorio.

—¿Qué pasa? —Pregunté mientras cruzaba los brazos.

Mi archienemiga me devolvió la mirada sin pestañear. No importaba cuántas veces hubiese ido a por ella durante todos aquellos años, ella siempre volvía a por

más. En cierto modo, nos parecíamos mucho. Éramos dos hembras alfa, tirándonos a la yugular de la otra constantemente.

Pero era más que eso.

En un momento de claridad, me di cuenta de por qué nos habíamos vuelto enemigas acérrimas hacía tanto tiempo. Cuando era más pequeña, antes de que Mamá me sacase del Covenant, antes de que Lea y yo nos odiásemos, éramos bastante normales. Bueno, hasta que un día le dije algo horrible.

Incluso con diez años, Lea quería mucho a su madrastra y a su hermana pura sangre, la quería hasta el punto de que el resto de los mestizos pensábamos que le pasaba algo raro. La mayoría de los puros ignoraban a sus hijos mestizos, sobre todo los que no les habían parido o criado. En nuestro mundo, los padres adoptivos eran más bien monstruos adoptivos. Pero en el mundo de Lea, su madrastra debía quererla muchísimo. Cada lunes, después de pasar el fin de semana con su madrastra, Lea nos contaba todas las cosas estupendas que habían hecho juntas: ir de compras, ver películas y tomar helado. Ninguno de nosotros tenía aquello con nuestros monstruos adoptivos. Lucian me encerraba en mi cuarto cuando Mamá no estaba en casa.

Así que, por supuesto, estábamos celosos.

No parábamos de castigarla por el amor que le tenía a su madre adoptiva, Le destrozamos el vestido que le había comprado tirándole zumo de arándanos por encima. Le escondimos el miniálbum de fotos que llevaba a todas partes. Lo había decorado con puntitos y rayas rosas, y estaba lleno de fotos de ella y Dawn, su hermanastra pura sangre. Un día encontré entre uno de sus libros una tarjeta que le había escrito a Lea su madrastra.

La rompí a trocitos delante suyo, riéndome mientras ella lloraba.

Luego, un día, mientras corríamos, Lea se paró y se quedó mirando a un pura sangre miembro del Consejo que había venido de visita. Su cara se iluminó de aquella forma que ninguno podíamos entender. Parecía respeto y asombro. Pero no podía ser verdad. Porque, siendo mestizos, no veíamos a los puros como algo admirable, como si fuésemos a cortarnos un brazo por ser como ellos.

Después de clase me encontré a Lea sentada en el patio con sus amigas. Seguida por Caleb y otros, irrumpí en su grupo y me puse en medio. Y le dije lo peor que le podría haber dicho nunca a otro mestizo.

—Eres más pura sangre que mestiza.

Lo mismo que Seth me dijo tiempo atrás.

Ahora que lo pensaba, quizá hasta la escupí y todo.

Lea, después de aquello, como que me ya me odiaba, y no sé cómo se me pudo haber olvidado. Por otra parte, supongo que preferí olvidar los motivos por los que comenzó nuestro odio mutuo. Siempre había achacado la hostilidad de Lea hacia mí debido a su mala leche, cuando en realidad era yo la que me había comportado como una abusona.

Ahora era demasiado tarde para disculparse y, conociendo a Lea, no iba a cambiar

nada, tampoco lo esperaba.

Lea me miraba con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si supiese por dónde iban mis pensamientos. Sonrió un poco.

—Aflojaste el elemento aire mientras luchábamos.

Abrí la boca pero ella continuó.

—No habría podido escapar si no te hubieses dejado. Sentí cómo disminuía la presión y, en ese preciso instante no me di cuenta de que lo habías hecho, pero lo supuse —dijo como si quisiera probar que era tan lista como para haberse dado cuenta—. Lo que no entiendo es por qué lo hiciste. Podrías haberme empujado por todo el suelo. Los dioses saben que nunca te ha costado ir a por mí. ¿Qué ha cambiado ahora?

Descrucé los brazos y agarré el borde del escritorio. No sabía qué decir. Lea tenía razón. Aflojé el elemento aire y aquello no era lo único por lo que me había llamado la atención. Meses atrás, de haber podido controlar el elemento, la habría lanzado hacia el bosque porque sí, quizá hasta le habría tirado otra manzana a la cara. Todo era posible.

Me cogí el pelo y me eché la gruesa trenza por encima del hombro. Lea esperaba una explicación y sentí cómo me ponía roja.

Entrecerró sus ojos color amatista.

Solté un leve resoplido, mire hacia arriba con cara de fastidio y me aparté el pelo hacia atrás de nuevo.

—De acuerdo. Me has pillado. Aflojé un poco, y lo hice porque recordaba lo mucho que odiaba el que me sujetasen así y estar indefensa. *Odiaba* cuando Seth me lo hacía a mí.

Palideció bajo su piel morena.

—Él... ¿te hacía eso?

—Entrenando —dije, apartando su mente del camino que estaba tomando—. En fin, simplemente no puedo hacerle eso a otra persona, aunque sea una zorra estirada y bronceada.

Lea me miró durante un segundo y sonrió.

—Y eso me lo dice Álex, el Apollyon psicópata que dejó el Covenant.

Torcí la boca.

—Au. Eso duele.

Giró la cabeza y trató de esconder la sonrisa, pero la recuperó al mirarme a la cara.

—Has cambiado muchísimo, Álex.

Una parte de mí quería negarlo, pero era cierto. Mirando a esa chica de pelo cobrizo me di cuenta de que las dos habíamos cambiado irremediablemente. No había vuelta atrás, nunca volveríamos a ser las mismas que el pasado verano.

Lea suspiró y arrugó la nariz.

—Bueno... esto es un poco raro.

Me reí.

—Pues sí. Siento que tengo que insultarte un poco más.

Se echó hacia atrás y se estiró sobre el sillón, levantando las manos.

—Haz lo que puedas.

—Es demasiado fácil —dije mientras soltaba la mesa y volvía a sentir la sangre fluyendo por los dedos—. Mejor espero a que hagas algo que me moleste. Seguro que no tardas demasiado.

—Seguramente no —respondió—. Me sorprende que no estés todo el día encima de Olivia.

Levanté una ceja.

—¿Ya estás intentando molestarme? Me sorprende que seas tan rápida.

Lea se encogió de hombros. Hubo una pausa.

—Olivia me ha dicho que viste a Caleb dos veces. Eso... ¿es verdad?

Asentí con la cabeza.

—Lo vi cuando bajé al Inframundo, y él me visitó justo antes de que escapara.

Bajó sus gruesas pestañas.

—¿Estaba bien?

Y entonces me vino. No estaba preocupada por Caleb, la razón por la que me preguntaba era por su hermana adoptiva.

—Sí, estaba más que bien. Estaba más feliz que antes de morir. —Sentí un nudo en la garganta y me concentré en las estanterías vacías—. Me dijo que mi madre también estaba allí, así que seguro que tus padres y Dawn también están... y están bien.

Soltó un suspiro medio ahogado y, como yo, de repente se quedó mirando fijamente los bordes deshilachados del brazo del sofá. Los mestizos estábamos entrenados para no mostrar dolor, y los dioses nos tenían prohibido llorar. Costaba dejar atrás todo ese mantra de no mostrar debilidad.

Me dejé caer sobre el asiento al lado de Lea y cogí el libro que había estado leyendo. Le di la vuelta y alcé las cejas al ver el tío bueno que aparecía en la portada.

—Espera. ¿Este libro va sobre extraterrestres?

Me lo quitó de las manos.

—Sí.

—¿En serio?

—Pero son extraterrestres buenorros. —Le tocó la cara con un dedo.

—Él podría ser mi E.T. algún día.

Me reí de verdad, y me pareció un poco extraño estar riéndome con Lea, pero ella sonrió. Lea y yo nunca seríamos mejores amigas, pero me pregunté si, algún día, podríamos llegar a considerarnos amigas.

Una punzada aguda de dolor estalló tras mis ojos y se expandió por toda la cabeza. Dolorida, me puse de pie y respiré profundamente.

—¿Tenemos Paracetamol por ahí? —Otra oleada de dolor me hizo sentir náuseas,

como si tuviese fuego recorriendo las venas de mi cerebro—. O un martillo. Lo que sea.

—Estoy segura de que algo hay. Hey... hey... ¿Estás bien? —De repente, la voz de Lea sonaba muy lejos, pero sentía su mano sobre el brazo.

—Sí, estoy... bien. —Di un paso hacia delante y sentí que me temblaban las piernas. Sentí un espasmo y los músculos cedieron.

Un destello de luz blanca iluminó toda la sala cegándome por unos segundos. Creo que grité. Pensaba que me daba la vuelta para ponerme frente a Lea, pero cuando la luz blanca fue bajando de intensidad, ya no estaba en esa pequeña habitación.

La sala circular estaba construida en piedra y llena de columnas de mármol. Unos glifos extraños cubrían las paredes, eran las mismas runas que se deslizaban sobre mi piel. No había nada en la sala —ni sofá, ni estanterías, ni Lea—, pero no estaba sola.

—¿Qué demonios? —Pregunté.

Había un dios frente a mí, uno que no parecía ser mucho mayor que yo. La capa que llevaba le tapaba casi todo el pelo, pero por debajo le asomaban algunos mechones de color castaño claro. Llevaba puesta una clámide blanca.

El dios sonrió.

—No mates al mensajero.

Y entonces desapareció.

—Pero qué coj...

Y entonces le vi. Estaba apoyado en una de las columnas, de espaldas a mí. Aquel atuendo negro, el pelo rubio, ahora un poco más largo... Reconocerle me provocó una horrible sensación de incredulidad.

—¿Seth? —Dije en voz baja.

Pasó un segundo antes de que girase la cabeza.

—No estoy muy contento contigo, Álex.

De repente sentí un miedo atroz e involuntariamente di un paso atrás. Nunca antes le había tenido miedo, incluso nos habríamos reído ante la idea. Pero en aquel instante estaba aterrada, no de él, sino de lo que podía hacer.

Seth se giró hacia mí y su cara era tal y como la recordaba —la mandíbula fuerte y unos labios expresivos, los ojos como ámbar líquido y una belleza demasiado perfecta—. Siempre me había recordado a las esculturas hechas a imagen de los dioses.

Levantó una ceja, burlón.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado sin palabras? Sería la primera vez.

—¿Cómo? —Dije en un graznido, con el corazón a mil.

—Aún seguimos conectados, y he estado esperando el mejor momento para... ¿cómo podría decirlo? ¿«Hacer una llamada de larga distancia a través de nuestro vínculo»? —Dibujó una media sonrisa engreída—. Con escudo de protección o sin él sigo pudiendo llegar a ti... con un poco de ayuda de amigos importantes.

El dios...

—¿Hermes?

Seth asintió con la cabeza.

—Siempre ha sido uno de mis favoritos. Que te haya traído hasta mí seguro que le hace enfadar a algunos de los otros dioses. Algo que, por otra parte, fue lo único que necesité para convencer a Hermes de que lo hiciera. Y antes de que saques una conclusión equivocada, Hermes no es el dios responsable de mí.

Que Seth hubiese logrado que Hermes se inmiscuyese me cabreaba, pero no tenía sentido. ¿Cómo me había encontrado Hermes? Estaba totalmente desorientada, detrás de todo aquello había algo que no me olía bien.

—No lo entiendo. ¿Dónde estoy?

—Estás donde quiero que estés. —Dio un calculado paso al frente.

Yo retrocedí un poco.

—Eso no es una respuesta.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado y estrechó los ojos mientras avanzaba hacia mí.

—¿Crees que te mereces una respuesta?

Ahora sabía que aquello era lo que no me olía bien y me sabía como a sangre. Ira.

—¿Estoy soñando, Seth?

Se rio; mientras estábamos conectados se reía mucho, pero ahora me daba cuenta de que había diferencia entre el Seth real y su versión fantasma. Su presencia era potente; su voz tenía un deje musical y ronco con un mínimo acento. Y su risa... su risa era grave y engreída.

—No estás soñando, Álex. Como ya he dicho antes, he usado nuestra conexión y la ayuda de Hermes. Esto... —Extendió los brazos. Su piel dorada estaba cubierta de símbolos serpenteantes—. Esto está aquí. —Se dio unos golpecitos en la cabeza con un dedo—. Es como hablar por Skype.

La mano me pedía quitarle aquella sonrisa de la cara de un golpe.

—¿Así que esto no es real?

—Oh, es real hasta cierto punto.

Me di cuenta de que había seguido echándome hacia atrás y ahora estaba contra la pared de piedra.

—No puede ser real.

Seth se detuvo delante de mí y se inclinó, poniéndose tan cerca que tuve que girar la cabeza. Tenía los dedos agarrotados de nervios. Su aliento correteó sobre mi mejilla.

—Si te preocupa que pueda quedarme con tu energía en este estado, no puedo. Tampoco puedo conseguir nada de nuestro vínculo. Tus escudos... —dijo con cara de fastidio—. Siguen intactos. Quizá no debí haberte enseñado a hacerlo, pero bueno, de todas formas no estás aquí. Hermes creó una conexión hasta su subconsciente y te arrastró hasta el mío.

Dioses, aquello sonaba fatal.

—Te echaba de menos. Así que relájate.

¿Relajarme? ¿Cómo iba a relajarme estando allí, fuese donde fuese, con Seth el pirado? Eché la cabeza hacia él. Nuestras caras estaban a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Me has echado de menos?

—Echo de menos a la Álex que vivía para hacerme feliz. —Estaba segura de que se rio por la cara de «voy a matarte» que puse—. Vale. Quería ver si funcionaba, y parece que sí.

—Así que, si te toco, ¿no pasará nada?

—Correcto. —Sus ojos ambarinos destellaron—. Espera. ¿Quieres tocarme? Me gusta hacia donde vamos.

Sonreí, y un segundo después le estampé el puño en la tripa con todas mis fuerzas. Seth se dobló sobre sí mismo soltando una maldición. Me eché hacia delante, levanté una rodilla y le di en el mismo punto que antes.

—Joder, Álex, que puedo *sentirlo*. —Seth se puso recto mientras se frotaba la tripa.

La satisfacción fue tan dulce como el azúcar.

—¡Bien! ¡Porque aún me queda más, cabronazo pirado! —Volví a golpearle.

Seth reaccionó con rapidez y me agarró la mano. Se echó hacia atrás y me sujetó la otra muñeca, que se dirigía directa a su cara. En menos de un segundo tenía las dos manos sujetas sobre mi cabeza.

Hizo fuerza, sonriendo como si no le acabase de pegar en todo el estómago, lo cual me cabreó.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Álex? No está bien pegar.

Me aparté de la pared, pero lo único que conseguí fue acercar más nuestros cuerpos. Vi cómo la rabia se filtraba en sus ojos, igual que algo más: interés y lujuria. Y aunque aquello me puso la piel de gallina, me di cuenta de algo importante. El cordón no se movía intranquilo como solía hacer cuando estábamos cerca, sobre todo cuando estaba prácticamente encima de mí. Descansaba latente en la boca del estómago.

Aquello era real... pero no era real. Aun así, no me gustaba lo que estaba sucediendo.

—Invades mi espacio personal. —Me dolía la mandíbula de apretar tanto los dientes—. Suéltame.

—No. —Abrió más los ojos—. Podrías volver a pegarme.

—¡Cuenta con ello! —Sentía la rabia bullendo en mi interior, tragándose la confusión y el miedo que antes me atenazaban—. ¿Cómo pudiste hacerme eso? —Golpeé la pared con una patada, pero Seth me sujetó firmemente—. Me prometiste que no usarías nuestro vínculo contra mí, ¡y lo hiciste! Me convertiste en la presidenta del Club de Fans de Seth.

Hizo una mueca.

—No le veo nada malo.

Estaba que echaba humo.

—¡Me refería a ti como *mi* Seth!

—Otra vez, no le veo nada malo.

Cerré los puños y le miré.

—¡No está bien, Seth! ¡Lo que haces está mal! ¿No lo entiendes? ¡Maldita sea! —
Eché una mano hacia atrás y me pegué contra la pared. Un dolor muy real se expandió por mi brazo.

—¡Mierda!

—Ahora, cálmate. Vas a hacerte daño. —En sus ojos dorados brilló una chispa traviesa y, por un instante, me acordé de Seth, del Seth existente antes de volverse loco por el éter, aquel que me cabreaba tanto como me hacía reír, el chico que me había robado un pedazo de mi corazón.

Le miré a los ojos y sentí que parte de la ira que sentía se desvanecía.

—¿Qué te pasó?

Pestañeó.

—¿Qué?

Me dejé caer contra la pared y bajé la mirada.

—Siempre has sido increíblemente arrogante y un poco loco, pero...

—Gracias —dijo secamente, pero aflojó la presión sobre mis muñecas.

—Pero nunca me habrías hecho esto a mí, usar el vínculo en mi contra. —
Levanté la mirada—. Nunca habrías atacado el Consejo ni te habrías puesto del lado de Lucian. ¿Qué te pasó?

Seth tensó la mandíbula.

—Me volví más inteligente, Álex. La pregunta es qué te pasó a ti. La chica a la que conocía habría ido contra el Consejo sin pensárselo dos veces. Todavía odiaría a Lucian, pero habría visto que está intentando hacer lo correcto.

—No. —Giré la cabeza, me costaba tragar.

—¡Sí! —Me agarró las dos muñecas con una mano y me cogió de la barbilla con la otra, obligándome a mirarle. Odiaba aquel brillo casi febril de sus ojos—. Quiere cambiar el mundo.

—¡Quiere gobernarlo, Seth! Hay una gran diferencia. Y tú no eres más que un peón. —Me aferré a aquella rabia que sentía en mi interior—. Te está usando, Seth. Tú antes eras fuerte, pero ahora eres débil, el poder te ha debilitado y cegado.

Me agarró la barbilla con más fuerza mientras la ira brillaba en su cara.

—No soy débil.

—¡Claro que sí! ¡Eres tan débil que ni siquiera puedes ver lo que te está haciendo Lucian! ¿No te importa lo que está pasando en el mundo? Gente inocente está muriendo, Seth. —Le aguanté la mirada, intentando hacerle entender, que viera dónde había empezado todo a ir mal—. ¿Cómo puedes estar de acuerdo? Tienes que

pararlo.

Su silencio era duro.

—¿Entiendes lo que voy a tener que hacer? —De mis ojos comenzaron a brotar lágrimas en el mismo instante en que oí susurrar mi nombre a kilómetros de distancia.

Seth también lo oyó, y reconoció la voz. Soltó un gruñido.

—Voy a tener que matarte, Seth. —Me quedé sin voz.

Se apartó de golpe, soltándose tan rápido que casi me caigo. En su cara vi un atisbo de incredulidad, pero aún había más. Una expresión que no podía descifrar, y luego se quedó en blanco.

—No puedes matarme...

La voz de Aiden llamándome tiraba de cada célula de mi cuerpo.

—Encontraré una manera, porque no puedo dejar que hagas esto.

Seth cruzó los brazos.

—Fracasarás.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué tengo que hacer para que pares? ¡Dímelo!

Torció los labios en una sonrisa cruel.

—No puedes hacer nada, Álex. Tienes que aceptar lo que está pasando, aceptar nuestro destino. Estás hecha para mí y yo te encontraré. Y si alguien se pone en mi camino, no me lo pensaré antes de destruirlo.

Me quedé boquiabierta, asqueada, triste y bastante trastornada al oírle decirlo. Había hecho muchas cosas horribles, pero escuchar aquello, ver hasta dónde había llegado, me estaba matando.

—Seth...

Salió disparado hacia delante y me agarró la cabeza.

—Sigue así y bloquéame todo lo que quieras. Como puedes ver, todavía puedo llegar a ti. —Puso su frente contra la mía y tomó aire—. Nos volveremos a ver muy pronto.

Seth se movió de nuevo y sentí sus labios contra mi frente justo un segundo antes de sentir una explosión de luz a mi alrededor.

Capítulo 16

Con los pulmones ardiendo como si hubiese estado bajo el agua, respiré profundamente y mi cuerpo se sacudió. Aquella vez, al desvanecerse la luz, unos ojos grises como el metal se clavaron en los míos.

—¿Álex? —El alivio teñía la voz de Aiden, haciendo que su voz pareciera más profunda y fuerte. Sus ojos estaban ensombrecidos por la preocupación, pero en el fondo de sus ojos había un punto de enfado—. Dios, Álex, pensé...

Parpadeé un par de veces hasta que el pequeño cuarto empezó a enfocarse. Estábamos donde Lea y yo estuvimos antes. Los brazos de Aiden me rodeaban; la mitad de mi cuerpo estaba en el suelo y la otra mitad sobre su regazo. Intenté sentarme bien, pero puso su mano sobre mi mejilla, presionando mi cabeza hacia la suya.

—Quédate aquí un momento —dijo cambiando de posición, de modo que su espalda se apoyara en el sofá—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me aclaré la garganta intentando que los violentos latidos de mi corazón se calmaran—. Eso... ha sido extraño. ¿Dónde está Lea?

—Fuera, con el resto. —Su pulgar trazó un círculo tranquilizador sobre mis pómulos—. Vino a buscarme nada más desmayarte. Dijo que te quejaste de un dolor en la cabeza antes de desmayarte. Estaba... estaba asustada. ¿Seguro que estás bien?

¿Me desmayé? Dios, Seth no solo podía alcanzarme y tocarme, ¿también podía hacerme caer como a un pollo?

—Sí, el dolor de cabeza ya se ha ido. Solo me siento un poco desorientada.

Al impulsarme para sentarme bien, me di la vuelta para estar cara a cara con Aiden mientras me sostenía.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Un rato —dijo mientras sus ojos buscaban los míos—. Álex, tú... dijiste el nombre de Seth. Pensé... —Movié la cabeza negando y bajó la mirada, ocultando sus ojos.

—¿Qué? —Con suavidad, coloqué mi mano sobre su mejilla y entonces me di cuenta. Se me cortó la respiración—. ¿Pensaste que había conectado con Seth de nuevo?

Le llevó unos segundos responder.

—Lo pensé, sí, especialmente cuando te escuché decir su nombre. Saqué a todos fuera de la habitación. —Aiden levantó la vista y nuestras miradas se encontraron—. No tenía ni idea de qué iba a hacer...

El Elixir sería una opción. Tiró lo último que quedaba por el desagüe. ¿Qué hubiera hecho? La mirada en sus ojos me destrozó. Me incliné, presionando mi frente contra la suya. Al hacer aquello recordé a Seth, pero era tan diferente, significaba

mucho más.

—Sí, vi a Seth, pero no me conecté con él. —Aiden puso sus manos en ambos lados de mi cara. Sus poderosos brazos temblaron levemente. Luego guardamos silencio durante unos segundos. Mi corazón se aceleró, latiendo fuertemente, pero aquella vez era diferente.

—¿Qué pasó? —preguntó finalmente.

—Hermes... Maldito Hermes —dije—. No entiendo cómo lo hizo, pero siguió la conexión entre Seth y yo y me llevó al subconsciente de Seth, o algún tipo de tontería por el estilo.

Estaba segura de que Aiden estaba callado porque su furia no le dejaba formar palabras.

Respirando hondo, envolví mis manos alrededor de sus muñecas y se lo conté todo. Con cada palabra, la furia de Aiden crecía, hasta que se volvió en algo tangible en la habitación; espesa como el humo.

Terminé bajando sus manos, manteniendo las mías alrededor de las suyas.

—Era real... pero no lo era. No sé si será capaz de hacerlo de nuevo, si Hermes lo ayudará de nuevo, o si fue algo que hice o no hice, lo que ha facilitado las cosas.

—¿Tenías dolor de cabeza antes de que pasara? —Cuando asentí sus ojos se volvieron tan fríos como el acero—. Cuando tomabas el Elixir, ¿recuerdas haber tenido algún dolor de cabeza?

Negué con la cabeza.

Aiden soltó una maldición en voz baja.

—Te daba dolor de cabeza cuando el efecto del Elixir empezaba desaparecer. Además, también empezabas a escuchar la voz de Seth. Era él intentando conectarse contigo. Creo que es lo mismo que está sucediendo ahora con Hermes.

—Maldición —dije sorprendida. Luego pensé en la pesadilla. Moviéndome más rápido que Aiden, me levanté y retrocedí—. Tuve una pesadilla hace unos días.

Él se levantó fluidamente.

—Sí, me acuerdo.

—Soñé que Seth estaba en la habitación, pero tal vez no era una pesadilla. ¿Crees que tal vez estaba probando con Hermes nuestra maldita conexión a larga distancia? —Maldije, tratando de controlarme para no tirar algo—. Bueno, no pudo obtener nada a través del vínculo. No puede ver ni controlar mis pensamientos.

—Eso no es nada bueno —dijo Aiden casi gritando.

—Solo *intentaba* ser positiva.

Sus manos se cerraron en puños.

—Pudiste golpearlo, eso significa que él puede devolverte el golpe, Álex. No puede saber dónde estás, pero es una gran violación.

Asentí algo entumecida. Aiden tenía razón. No había forma de saber si Seth lo haría de nuevo.

—Y no hay nada que pueda hacer si lo intenta de nuevo. Juro por los dioses... —

Girando rápidamente, levantó una estatuilla y la lanzó al otro lado de la habitación. Estalló contra la pared, causando una explosión de yeso y vidrio.

La puerta de la habitación se abrió al segundo y Solos se asomó, con las cejas levantadas.

—¿Está...?

—¡Déjanos! —ordenó Aiden bruscamente, luego suspiró hastiado—. Álex está bien. Ambos estamos bien.

Parecía que Solos estaba a punto de discrepar, pero al volver a mirar a Aiden decidió no hacerlo y cerró la puerta.

Miré a Aiden.

—¿Te sientes mejor ahora?

—No —respondió a secas, respirando hondo mientras señalaba el hueco en la pared—. Desearía que esa fuera la cabeza de Seth.

Ver a Aiden perder el control me dejó con la boca abierta y sorprendida, principalmente porque él nunca perdía el control. A veces olvidaba que estaba lejos de ser perfecto o un santo. También tenía su carácter, no como Seth o yo, pero el fuego corría por su sangre.

Me crucé de brazos sintiendo escalofríos recorrer mi cuerpo.

—Tiene que haber alguna razón por la cual solo ha sido capaz de hacerlo ahora. Y, y, te escuchó decir mi nombre. —Sentí un poco de esperanza—. No me estaba sujetando muy fuerte.

—Apuesto a que le hacía feliz.

Recordé la cara que puso Seth cuando escuchó la voz de Aiden, estaba segura de que estaba a punto de matar a alguien.

—Tiene que haber algo, Aiden. Solo tenemos que averiguarlo.

Aiden me lanzó una mirada sombría mientras cruzaba la habitación hasta llegar a la ventana.

Me mordí el labio.

—Lo averiguaremos. Siempre lo hacemos.

No dijo nada. Estaba rígido, de una forma poco natural.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —dije exasperada—. ¿Puedes dejar de preguntarme eso? Estoy bien. En serio, estoy bien. Fue un pequeño contratiempo, pero...

—Lo sé. —Miró sobre su hombro con la voz ahora más suave y tranquila—. Lo sé, Álex, lo siento.

—No tienes que disculparte por nada. —Dejó escapar una pequeña risa.

—Hay mucho por lo que debo disculparme, Álex.

Lo observé fijamente. Esto iba más allá de lo que acaba de ocurrir con Seth. Estaba enfadado porque se preocupaba por mí y le quería por ello, pero aquello era algo más. Recordé el distanciamiento que había ido apareciendo durante los últimos días.

La irritación corría por mis venas.

—¿Cuál es tu problema?

—No sé de qué estás hablando.

—¿No lo sabes? —Me enfrente a él y extendí mi mano hacia su cara. Él se apartó y al segundo sentí una punzada en mi pecho—. ¡Esto! De esto es de lo que estoy hablando.

Él frunció el ceño.

Como en cualquier otra situación de mi vida, cuando estaba molesta o asustada por algo, enfocaba toda aquella energía en otra cosa.

—Has estado actuando raro durante los últimos días; te has estado escondiendo de mí.

—No me he estado escondiendo de ti, Álex. —Un músculo en su mandíbula se tensó mientras miraba por la ventana—. ¿De verdad piensas que es el momento adecuado para hablarlo?

Respiré hondo y sentí mi famoso temperamento listo para salir.

—¿Habrá un momento mejor?

—Tal vez cuando Seth no te acabe de secuestrar a dios sabe dónde y no estemos planeando salir ahí fuera para encontrarnos cara-a-cara con dios sabe qué. —Me observó por encima del hombro; sus ojos eran de un color gris helado—. Tal vez entonces.

Estaba a un instante de saltarle sobre la espalda y estrangularlo por detrás... con amor, por supuesto.

—¿Crees que vamos a tener mejor momento para hablar de esto? ¿Que en algún momento en el futuro todo se detendrá para que tengamos una pequeña charla? —Aiden se había girado hacia la ventana de nuevo, pero no necesitaba verle para imaginar su cara de tristeza—. No lo entiendo. Estabas bien cuando regresamos. Nosotros...

—No tendríamos que haberlo hecho.

El dolor me atravesó el pecho como si me hubiera dado un puñetazo. De repente sentí las heridas arder, como si estuvieran sangrando sobre mi piel.

Aiden bajó la cabeza y maldijo.

—No quería decirlo. Esa noche... fue la mejor noche de mi vida. No me arrepiento, pero tendría que haber esperado hasta que hubieses tenido tiempo de entenderlo todo. Perdí... perdí el control.

Di un paso hacia adelante.

—Me gusta cuando pierdes el control. —Él sacudió su cabeza silenciosamente—. Estaba bien, Aiden. No estaba herida. Y no estoy herida ahora. ¿Por qué te estás escondiendo de mí?

—No me estoy escondiendo de ti.

—¡Mentira! Evitas pasar tiempo a solas conmigo, excepto por la noche.

Aiden me miró, pasándose los dedos a través del pelo.

—Por la noche, mientras duermo, es el único momento en el que no pienso en eso... En lo que hice. Tú... no lo entiendes. Y lo que te hice... ¿Hacerte tomar el Elixir...?

—No merecía menos.

—No tendría que haberlo hecho, Álex. Fui demasiado débil. No confiaba en que rompieras el vínculo con el tiempo. ¿Y ver lo que te hizo? No puedo perdonarme.

Me quedé con la boca abierta.

—¡No puedes culparte! Hiciste lo correcto.

La ira destelló en sus ojos.

—No fue correcto.

—Aiden...

—¡El Elixir era uno de tus mayores miedos, Álex! ¡Y yo te lo hice! — Sorprendida, di un paso hacia atrás. Era raro que Aiden alzara la voz, pero sabía que su ira y frustración no estaban dirigidas a mí. Era su propio remordimiento; remordimiento que no debería estar sintiendo.

—¿Cómo...? —Se acercó, bajando el tono de su voz mientras sus ojos se encontraban con los míos—. ¿En qué se diferencia lo que yo te hice a lo que Seth te hizo... lo que te sigue haciendo?

De nuevo me quedé con la boca abierta.

—¡Hacerme tomar el Elixir no es lo mismo. Seth me retorció hasta arrastrarme dentro de un Apollyon psicótico!

—Pero te quité lo que te hacía ser tú, Álex. Es lo mismo. —El calor se desprendía de su cuerpo, intensificándose a medida que pasaban los segundos. La mayoría de la gente hubiese estado aterrorizada solo de verlo así.

Yo estaba, más que nada, molesta... y triste.

—Te sujeté y te forcé a abrir la boca mientras Marcus te daba el Elixir. —Movía la cabeza de lado a lado desaprobando lo que hizo, como si estuviese estupefacto ante sus propias acciones—. Me rogaste que parara y no lo hice. Vi el Elixir hacerte efecto, y fui yo quien se convirtió en tu amo. No puedo... —Paró de hablar y se alejó.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Solo quería apartar la culpa, pero no sabía cómo hacerlo. Me puse detrás suyo, queriendo abrazarlo hasta que entendiera que no lo culpaba. Si existía alguien más terco que yo en este mundo, era Aiden. Si aquello fuera al revés, Aiden hubiera sabido las palabras exactas que debía decir para apoyarme. Usaría una elocuente mezcla de palabras que se convertirían en un mensaje de apoyo y, si eso no funcionaba, me hubiera dicho las cosas tal cual eran.

—Tú...

No tenía palabras elocuentes o bonitas, así que me decidí por la segunda opción, bueno... la única que tenía.

—Mira, odio tener que parar tu momento de «qué desgraciado que soy», pero aquí va una gran dosis de madurez...

Girándose hacia mí, las cejas de Aiden se levantaron y abrió la boca dispuesto a

hablar.

—No. —Puse un dedo sobre sus labios, cálidos. Todo mi brazo se estremeció ante el contacto—. Tuviste que tomar una decisión difícil. Todos lo hicisteis. Me convertí en la Malvada Álex. Y recuerdo que amenacé con sacarle la caja torácica a Deacon. Puedo entender por qué lo hiciste.

Puso sus dedos alrededor de mi muñeca y gentilmente apartó mi mano, pero no la soltó. ¡Lo había logrado!

—Álex, no se trata de que tú me perdones a mí.

—Entonces ¿de qué se trata? —Me acerqué. Mis muslos rozaron sus rígidas rodillas—. Te perdono. Diablos, no hay nada que perdonar. Y en todo caso, debería estar agradeciéndotelo.

Dejando caer mi mano, miró hacia otro lado y, mientras caminaba hacia el sofá, movía la cabeza de lado a lado, como si negara todo lo que había dicho, hasta sentarse.

—*Nunca* me agradezcas que te hiciera tomar el Elixir.

¡Ugh! Me estaba exasperando, estaba *muy cerca* de darle una patada.

—No te estaba dando las gracias por eso. Te estaba agradeciendo por no darte por vencido conmigo. Por seguir ahí cuando estaba actuando como una psicótica. —Me miró, su mirada más dura de lo normal—. Quiero estrangularte... —Aiden arqueó una ceja. Dejé salir un largo suspiro—. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos. Yo vivo con el hecho de que amenacé a todas las personas que me importan. No tienes idea de las cosas que pensé... las cosas que creí... cuando estaba conectada con Seth. O tal vez sí lo sabes, pero no es lo mismo. Y si yo puedo superarlo, entonces, por los dioses, tú tienes que superarlo.

Su boca estaba abierta, pero yo no había terminado.

»Te necesito ahora, más que nunca. Y no solo necesito que me sostengas por las noches. —Hice una pausa, frunciendo el ceño—. Aunque esté genial, necesito que estés realmente aquí conmigo.

El dolor destelló en sus ojos plateados.

—Estoy aquí para ti.

—No lo estás —negué—. No puedes estarlo, mientras andas llorando por las esquinas, culpándote por algo que tenías que hacer. Necesito que actúes como un hombre, Aiden.

—¿Actuar como hombre? —Se echó hacia atrás en el sofá de manera perezosa y arrogante, pero se notaba la tensión en cada músculo de su cuerpo—. Agradece que te quiera como lo hago o encontraré ese comentario algo insultante.

—Si me quisieras, lo superarías. Lidia con esto, acepta que tuviste que hacerlo, y supéralo. —Me quedé sin aire—. Porque estoy más que asustada, Aiden, y no sé cómo vamos a sobrevivir a lo que está pasando. Ahora te necesito; te necesito *a ti*, Aiden. Nosotros... *nosotros* somos más importantes que tu culpabilidad, o por lo menos eso pensaba, pero creo que estoy desperdiciando mis fuerzas.

Estaba a punto de volcar el sillón y tirarlo al suelo, pero entonces se levantó y se situó frente a mí antes de que pudiera parpadear. Envolvió un brazo alrededor de mi cintura y nuestras miradas se encontraron. Nuestros cuerpos se rozaron y el calor subió a la superficie. No había olvidado qué se sentía al estar en sus brazos, simplemente no estaba preparada.

Nunca podría estar preparada.

Aiden tampoco lo estaba. Sus ojos ardían como plata líquida y sus brazos me apretaron aún más.

—*Nunca* me daría por vencido contigo, Álex. Nunca.

—Entonces ¿por qué estas siendo tan...?

—¿Qué? —Su voz se volvió más ruda—. ¿Siendo tan qué?

—Exasperante. Terco. Tonto. Malditamente sexy. Por los dioses, ¿podemos dejar de discutir y simplemente besarnos? —Una risa profunda y ronca retumbó a través de su cuerpo y del mío—. ¿Es lo que quieres?

—Más que nada en este mundo —le susurré—. ¿Qué te parece?

Se acercó aún más, acorralándome contra la puerta.

—Me parece que estoy seriamente enamorado de tu forma de pensar, de la manera en la que te gusta enfocarte en solo una cosa. —Abrí la boca para señalar que mis habilidades multitarea habían mejorado drásticamente, pero Aiden aprovechó el momento; su boca se acercó a la mía y me besó; oh, el beso mató mi recién adquirida habilidad.

Lancé aquella habilidad por la ventana; ya no me importaba. Cuando levantó la cabeza tan solo por un segundo, suspiré.

—Está bien. Es posible que tengas razón en algo —dijo.

—¿En algo? Pensé que tenía razón en más que algo.

—Es difícil, Álex, recordar cómo eras —admitió Aiden en voz baja. Deslizó una mano a través del enredo de pelo en mi nuca, enviando escalofríos por toda mi piel—. Lo odié. Odié cada momento.

Puse mi mano sobre su mejilla.

—Lo sé.

—En lo único que pensaba era en tenerte de vuelta. —Apretó sus labios contra mi sien y luego en mi mejilla—. Pero tienes razón. No he estado *aquí*, no completamente.

—¿No me digas que te sentirás culpable de eso también?

Sonrió, su boca contra mi cuello; sus labios moviéndose sobre mi pulso, que en aquel momento galopaba salvajemente.

—¿Siempre tienes que ser una sabelotodo?

Asegurando mi brazo alrededor de su cuello, sonreí.

—Tal vez... —Algo de esperanza se atrevió a encenderse en mí—. ¿Estás bien ahora? ¿Estamos bien?

—Estamos bien. —Aiden me besó suavemente y siguió haciéndolo mientras me

levantaba con un solo brazo y me daba vueltas. En cuestión de segundos, mi espalda estaba presionada contra un cojín y él estaba encima de mí completamente vestido y cubierto de armas—. Estoy bien.

—¿En serio?

Sonrió revelando sus hoyuelos.

—Lo estaré.

Fui a hablar, pero su mano bajó lentamente, siguiendo la línea de mi caja torácica y luego subió de nuevo; me olvidé por completo de lo que iba a decir. Me sentía mareada ante la expectativa de quererle y necesitarle, además de un centenar de cosas que sentía en aquel momento, mientras mi corazón latía con fuerza y la respiración se entrecortaba.

—Gracias —susurró, antes de juntar sus labios con los míos, apretándome aún más cerca, hasta que nuestras caderas encajaron firmemente. Una locura de sensaciones recorrieron mi cuerpo—. Gracias.

No estaba segura de cómo habíamos pasado de discutir a aquello, o por qué me estaba dando las gracias, pero no tenía intención de quejarme y, en cierta manera, algo retorcida, aquello parecía algo muy normal. Aiden me adoraba como si hubiese nacido digna de un hombre tan hermoso y complicado y, en el transcurso de la noche, realmente me demostró que *estábamos* bien, que *él* estaba bien y, por el momento, eso era lo que necesitaba para enfrentar el día de mañana.

Capítulo 17

Durante el día siguiente tuve una sonrisita estúpida dibujada en mi cara todo el día. A pesar del frío, de estar cubierta de barro por haber estado entrenando y cansada por usar akasha y los elementos, cualquiera diría que me habían grabado la sonrisa a fuego.

Solo desapareció un par de veces, y fue cuando pensaba en Seth y el susto que me dio el día anterior. Después que Aiden y yo... bueno, cuando volvimos a usar nuestras bocas para hablar en vez de para otras cosas, acordamos no contarle a nadie más lo que había pasado y mantenerlo en secreto entre nosotros y Marcus. No había razón para asustar a los demás y, viendo cómo había reaccionado Marcus, creo que fue una buena decisión.

Marcus no tiró ni rompió nada, pero también se enfadó bastante, igual que Aiden.

Sabía que aquella era la razón por la cual Marcus había cambiado turnos con Solos durante el entrenamiento de hoy. Pegarme con mi tío fue algo raro.

Cada vez que nuestro variado grupo se tomaba un descanso, Aiden se ponía a mi lado. Había momentos en los que estaba insoportablemente silencioso y yo era un manojo de nervios por culpa de la preocupación, sabía que estaba pensando en lo que había hecho con el Elixir. Sin embargo, lo estaba intentando y eso era lo que importaba.

Al terminar el día entramos arrastrándonos y fuimos recibidos por el aroma del guiso que Laadan había preparado. Subí a lavarme toda la suciedad del día y Aiden me siguió.

Una vez dentro de la habitación me giré y le lancé una mirada coqueta. Bueno, creo que fue algo coqueta, pero probablemente parecería que tenía algo metido en el ojo.

Aiden sonrió.

—¿Me estás siguiendo? —le pregunté, mientras me quitaba las botas.

Caminó lenta y sigilosamente hacia mí, como una de esas panteras enjauladas que habíamos visto en el zoológico.

—Estoy aquí por ti, creo que ahora mismo me necesitas.

—Ja. Ja. —Me había quitado las botas y, cuando Aiden se inclinó sobre mí, me sentí como un Hobbit de pie ante él.

Aiden compuso una pequeña sonrisa que brilló sobre su cara sacando a la luz el hoyuelo en su mejilla izquierda. Colocó un mechón de mi pelo detrás de mi oreja. Sus manos cayeron y tiró de mi camisa sacándola de los pantalones de entrenamiento.

—Creo que lo llamaste «actuar como un hombre».

Aquel no era la clase de actos a los que me refería cuando hablamos la noche anterior; incluso con mis limitados conocimientos, estaba segura de que él sobresalía

en ese campo, sin embargo no dije nada, solo me quede mirándolo.

Al bajar su cabeza, sus labios rozaron los míos. Estaba segura de que sabía a suciedad y a manzana ácida, cortesía del caramelo que había estado comiendo hacía un rato, pero él hizo un sonido contra mi boca, parte gruñido, parte algo más profundo, a medida que el beso se volvía más apasionado, como si pudiera devorar el sabor y la sensación. Me derretí contra su cuerpo.

—En verdad me gusta tu forma de actuar como hombre —murmuré, apretando la parte delantera de su polo.

Aiden soltó una pequeña risa mientras las puntas de sus dedos se deslizaban sobre mi estómago. El calor aumentó, ahuyentando el frío en mi piel. Extendí mi mano, queriendo más, siempre necesitando más...

—Por mí no paréis.

Chillé al oír la voz de Apolo y di un salto hacia atrás, tropezando con mis pies. Aiden me cogió por el brazo antes de plantar mi culo en el suelo.

—Por dios —murmuré, poniendo una mano sobre mi corazón, que palpitaba violentamente. Estuve tan hipnotizada por Aiden que ni siquiera había sentido la presencia de Apolo.

Apolo se sentó en el borde de la cama, su cabeza inclinada hacia un lado, con una pierna cruzada sobre la otra. Su cabello rubio estaba suelto, enmarcando su incomprensiblemente perfecto rostro. Unos vibrantes ojos azules me devolvieron la mirada en vez de los ojos espeluznantemente blancos de los dioses. Me sorprendió que hubiera recordado lo mucho que me asustaban.

Aiden se recuperó primero, caminando para pararse delante mío. Se puso tenso al oír una pequeña carcajada entretenida de Apolo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Las protecciones de la casa se desvanecieron ya hace unas tres horas. Por suerte, ninguno de los otros dioses se ha dado cuenta y, la mayoría de ellos, no quieren matar a Álex. —Y luego agregó—. Por ahora...

Lo miré algo molesta.

—Genial.

—¿Quizá la próxima vez quieras llamar a la puerta? —sugirió Aiden, relajándose. Apolo se encogió de hombros.

—¿Qué tiene eso de divertido? —dijo, y luego se levantó, manteniendo su cabeza inclinada hacia un lado—. Tenemos que hablar, pero parece que habéis estado jugando en el barro.

—Hemos estado entrenando —aclaré—. Como sugeriste.

Si estaba agradecido de que hubiéramos seguido sus instrucciones, no lo demostró.

—Estaré esperando abajo. Intentad no tardar una eternidad.

Y con eso, desapareció. Un momento después, oí un grito que venía de abajo. Por lo menos no éramos los únicos a los que les hacía eso.

Me dejé caer contra la pared.

—Creo que acaba de quitarme un par de años de vida.

La frente de Aiden se arqueó.

—Sigo creyendo que hay que ponerle un cascabel.

Sonreí.

—Y yo sigo pensando que es una gran idea.

Aiden echó un vistazo a la puerta y luego tomó mi mano, llevándome hacia el baño.

—Solo tenemos unos minutos. Hagamos que valgan la pena.



Tras algo más que unos minutos, Aiden y yo entramos en la gran sala de estar donde estaban todos los demás. Apolo estaba ocupado con un tazón del guiso que Laadan y Deacon habían preparado.

—¿Tenías hambre? —Le pregunté, después del largo e incómodo silencio que se había adueñado de la sala.

Él levantó la vista.

—En realidad no, pero está delicioso. —Laadan casi saltó de felicidad desde el sofá—. Gracias.

—Nosotros no lo sabemos aún —dijo Aiden. Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados.

Los labios de Apolo se extendieron para formar una sonrisa.

—Lo siento. La próxima vez intentaré venir después de la cena. —El tazón desapareció de sus manos, y me pregunté a dónde habría ido—. Bueno, me alegra ver a la pandilla de Scooby sana y salva. Muy conmovedor y todo eso, pero vamos a al grano.

—Sí, vamos a ello —murmuré mientras me subía encima de la mesa, dejando que mis pies colgaran del borde—. Dijiste que teníamos que hablar de algo.

—Sí. —Apolo desvió la mirada hacia donde Olivia y Deacon estaban sentados, junto a Laadan. Los miró un largo rato, como si pudiera ver algo más allá de lo que nuestros ojos eran capaces de ver y, luego, se dio la vuelta—. Primero, necesito que me cuentes todo lo que te ha dicho el Primero.

Moviendo mis piernas colgantes a un lado de la mesa, le di la versión rápida y corta de lo sucedido. No había mucho que contar, y Apolo no lo pasó por alto.

—¿Eso es todo? —Ni siquiera intentó ocultar su irritación y decepción—. ¿Quieres decir que vosotros dos tenéis un vínculo inquebrantable que casi destruye al mundo entero, y lo único que puedes decirme es que crees que irá hacia el norte, que es algo que ya sé?

Fruncí mis labios. Qué manera de hacerme sentir como un fracaso de Apollyon.

—No es culpa suya —dijo Aiden, molesto. Sus ojos brillaban amenazadores—. No compartía muchos de sus planes.

—Probablemente porque temía que Álex pudiera romper el vínculo en algún momento —dijo Marcus—. De todas formas, la pregunta sigue siendo, ¿qué hacemos con la información que tenemos?

—Espero que tengas algún tipo de información que puedas compartir con nosotros. —Puse cara de niña inocente—. Nos ayudaría bastante.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Puedes explicarnos cómo nos encontró Tánatos? —preguntó Marcus.

—Sí, es sencillo. La pequeña demostración de akasha que dio Álex, mientras peleaba con Aiden, atrajo a Tánatos.

Fruncí el ceño ante el recuerdo.

—Pero lo he estado usando para practicar.

—Practicar con akasha es muy diferente, Álex. Ni siquiera se registra en nuestra escala, especialmente si te quedas dentro de los límites. —Sus ojos se deslizaron hacia Aiden—. Muy diferente es usarlo para intentar matar a alguien; es prácticamente como si les hubieras mandado una invitación.

Mi cuerpo se echó para atrás y aparté la mirada.

—¿Entonces, me estás pidiendo que no use akasha?

—Algo así, hay una forma de solucionar ese pequeño problema. —Apolo tendió la mano y el aire a su alrededor brilló en un azul eléctrico. Un segundo después, un pequeño medallón apareció en la palma de su mano junto a una cadena del que colgaba. Una presumida sonrisa de satisfacción apareció en su rostro—. Cogí el casco de Hermes, derretí su esencia y aquí tienes: tu propia capa de invisibilidad.

Apolo dejó caer el collar en mi mano. Era de un color dorado rojizo, y tenía un ala bruscamente grabada.

—Ja —dije—. Es como Harry Potter y su capa de invisibilidad.

Todos me miraron. Fastidiada puse los ojos en blanco.

—En fin. ¿Si uso esto seré invisible? —Apolo se rio como si hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo—. No. Tu energía será invisible para los dioses, todos menos yo, incluso si utilizas akasha.

—Oh —dije, sosteniendo el collar—. Qué útil.

Mientras Aiden se acercaba para ayudarme a cerrar el collar, preguntó.

—¿Qué más has podido averiguar?

—Ah, ya sabes, no he estado haciendo mucho —dijo Apolo sarcástico y algo fastidiado—. He logrado convencer a mis hermanos y hermanas para que detengan su destrucción el tiempo suficiente como para tener la oportunidad de arreglar este lío, pero no se mantendrán así por mucho tiempo. Cada segundo que pasa, Lucian y el Primero están más cerca de derrocar al Consejo. Y con masas de daimons atacando a seres humanos, arriesgarán millones de vidas inocentes para ponerle fin a todo.

—No les preocupan los mortales. —Metí el collar bajo mi camiseta, sin darle

mucha importancia a lo tibio que estaba el metal. Colgaba unos centímetros por debajo de la rosa de cristal de Aiden—. Lo hacen por si Lucian y Seth derrocan al Consejo en los Catskills. Si sucede, estarán a solo un paso de derrocar a los dioses, ¿verdad? Quien controle esos puestos será el que gobierne.

Apolo no dijo nada.

—Eso es lo que no entiendo. —Deacon estiró sus largas piernas, moviendo los dedos de sus pies—. Sé que, si Seth y Lucian derrocan al Consejo, será un gran problema para nosotros, pero no creo que los dioses estén tan asustados.

Sin decir ni una palabra, Apolo se giró y miró al hermano de Aiden. Sabía que le estaba dando una de sus Leon-Apolo miradas, como diciendo: «¿En serio quieres que te lo explique?».

Deacon se puso nervioso.

—Me refiero a que vosotros solo tenéis que ocultaros en el Olimpo y ya está.

—Tiene razón —dijo Luke con cautela—. Técnicamente Seth no puede asaltar el Olimpo, supongo.

Rebusqué entre los recuerdos de los otros Apollyons y una ola de nervios me inundó, rápida y veloz como una serpiente.

—Bueno... —suspiró Apolo—. Hay *una* manera de llegar al Olimpo.

Mi mandíbula golpeó mi rodilla.

—¿Portales? —Él asintió.

—Portales que llevan al Olimpo. Así es como nos movemos entre el Olimpo y el mundo de los mortales.

—Sabes... —dijo Aiden—. Ese tipo de información hubiera sido útil hace semanas. Podríamos haber tenido centinelas de confianza que protegieran los portales.

—¿Y cuáles son los centinelas en los que realmente confías? —Preguntó Apolo tranquilamente—. La oferta de Lucian es lo suficientemente atractiva como para arrastrarlos a su lado. La mayoría se han puesto en contra del Consejo y de los dioses. Además, no era necesario que supierais eso.

Aiden fue a decir algo más, pero, prudentemente, se mantuvo callado.

—Y por suerte hemos podido mantener su ubicación en secreto, incluso de los Apollyons anteriores. —La mirada de Apolo brilló en mi dirección—. ¿Qué has aprendido del Despertar?

La confianza y fe que Apolo tenía en mi capacidad de bloquear a Seth me sorprendió un poco. Dudaba de que su fe se mantuviera si le contaba lo que pasó con Seth y Hermes.

Me encogí de hombros.

—Mucho sobre sus vidas, y son demasiadas. Es como ver cada episodio de una serie de televisión que ha estado en antena durante mil años. Es difícil poner todo en orden. A veces, se dice algo y eso hace que un recuerdo salga a flote.

Una mirada indiferente cruzó las facciones de Apolo.

Bueno, tampoco era que esperara un abrazo por su parte.

—Prácticamente todo va sobre cómo utilizar akasha y hablar griego, ahora entiendo el griego.

Los que estaban en la habitación no parecían impresionados, pero Aiden me miró y sonrió de forma reconfortante. Le devolví la sonrisa. Leer griego era un éxito total para mí.

—Bueno, está genial y todo eso... —dijo Apolo, dejando escapar un exagerado suspiro.

—¿Y entonces, qué hacemos ahora? Es evidente que los dioses esperan que hagamos algo.

—Los dioses esperan que *ella* haga algo. —Apolo hizo un gesto, apuntando su barbilla hacia mí.

—Pero ¿cómo va a poder luchar contra él sin tocarlo? —Aiden se impulsó y se dirigió al centro de la habitación—. Los dioses tienen que entenderlo.

—Sí, lo entienden. —Los ojos de Apolo se estrecharon antes de fijarse en mí—. Pero tenía la esperanza de que hubiera algo flotando por su cerebro que nos diera la respuesta a ese pequeño problema. Sin embargo... —Apolo dejó caer su mano sobre mi pierna—. ¿Siempre tienes que estar moviendo alguna parte de tu cuerpo?

Lo miré fijamente mientras quitaba su mano de una forma no muy delicada. El contacto de su piel contra la mía sacó a relucir las marcas de Apollyon más rápido que nunca. Me di cuenta de que él también las había visto, por la forma en que sus ojos se movieron velozmente por mi cara.

—No te hace ningún daño —le dije.

—Lo sé, pero es molesto.

—*Tú* eres molesto —respondí bruscamente.

A nuestra izquierda, Aiden nos observaba con cara de fastidio.

—Muy bien niños, regresemos a los temas importantes.

—Piensa, Álex, tiene que haber algo que nos pueda ayudar, posiblemente en la vida de Solaris. —Apolo se inclinó hacia adelante, plantando las manos a ambos lados de mis ahora rígidas piernas. Por encima de su hombro, vi a Aiden acercándose a nosotros, pero Apolo movió su cabeza y lo bloqueó—. Álex.

—¿Qué? —Me agarré al borde de la mesa—. Mira, no es que esté siendo terca o estúpida. Si pudiera recordar algo útil, lo haría. No estoy pasando de todo... —*Pasando de ver o recordar algo muy importante*, aquello era lo que iba a decir, pero al igual que ocurría con otras cosas, una ola de familiaridad se apoderó de mí, poniendo de punta los pelos de mi nuca.

Cuando estuve conectada a Seth, hubo algo que no había querido que yo pensara, y tenía que ver con Solaris. Probablemente todo el morbo sobre el final de los dos Apollyons. Pero, recordando un poco más, existía algo que yo había visto, algo que Solaris había hecho o... intentado hacer.

Unos segundos antes de que me conectara con Seth, había visto a Solaris con el

Primero.

—Alexandria —dijo Apolo.

Levanté mi mano, resistiendo el impulso de callarlo.

—Hay algo que tiene que ver con Solaris, pero es extraño. Es como si no debiera saberlo, pero no puedo...

Deslizándome de la mesa pasé al lado de Apolo. Sin darme cuenta de lo que hacía, había ido a refugiarme en los brazos de Aiden. Completamente a gusto, pasó su brazo por encima de mis hombros y, por la expresión en su rostro, nadie iba a atreverse a decir ni una sola palabra.

Levanté mi mirada hacia él, recordando lo mucho que Solaris se había preocupado por el Primero. El amor que veía en los ojos plateados de Aiden se había reflejado en el Primero. Y sentí —recordé haber sentido—, la terrible decisión que Solaris tomó: proteger a los demás mediante la destrucción del Primero. Pieza por pieza, todo fue encajando.

—Solaris intentó detener al Primero y hubo algo que hizo... o que intentó hacer. Algo que hubiera funcionado, pero la Orden de Tánatos actuó antes de que pudiera completarlo —solté, con un suspiro de frustración—. Sabía cómo detener al Primero; matarlo, de alguna forma, pero no sé cuál era su plan. Es como si esa información estuviera bloqueada o borrada. —Frustrada, ahogué un gruñido—. Qué rabia que no pueda hablar con Solaris...

Laadan aclaró su garganta.

—Pero algo es algo, querida. Por lo menos sabemos que hay algo que podemos hacer.

—Esperad —dijo Marcus—. Solaris está en el Inframundo, ¿verdad?

De pronto los ojos de Apolo se centraron en él.

—Sí, debería estar allí, pero no puedo viajar al Inframundo. Hades sigue molesto.

Solos mostró una pequeña sonrisa mientras se inclinaba sobre el respaldo del sofá.

—Bueno, creo que de nuevo estamos estancados.

—No lo creo —dijo Apolo.

De pronto tuve un mal presentimiento sobre todo aquello.

—¿A qué te refieres con «no lo creo»? —preguntó Aiden, mientras estrechaba su brazo sobre mi hombro.

Apolo se movió para situarse frente a la ventana. La luz de la luna pálida proyectaba un extraño resplandor a su alrededor.

—Bueno, si Álex piensa que Solaris puede ayudarnos, entonces es un camino que tenemos que tomar. ¿Y quién mejor que Álex?

Sentí cómo todo el cuerpo de Aiden se tensaba.

—¿Qué?

—Podrían tener una charla de Apollyon-mujer a Apollyon-mujer —dijo Apolo, sus ojos azules brillaban divertidos—. En realidad, no estoy sugiriendo que Álex...

—Espera. —Salí por debajo del brazo de Aiden—. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos llegar a Solaris?

Cuando Apolo asintió, el optimismo me inundó. La ola se sintió igual que la sensación que te viene cuando te has bebido el minibar entero; inofensiva al principio, pero se vuelve un infierno a la mañana siguiente.

—¿Y yo puedo llegar al Inframundo?

La mirada de Apolo se deslizó desde mí hasta caer encima de Aiden. Se quedó mirándolo durante un instante; sabía que si yo iba allí, Aiden también iría. Si aquello hubiese sucedido antes, hubiese protestado, pero ahora entendía por qué Aiden no me dejaría hacerlo sola, y yo no estaba suficientemente loca como para intentarlo. Necesitaría ayuda.

—Sí que puedes —respondió Apolo.

Apenas podía contener la emoción. La pequeña Álex, que aún residía en mí, quería hacer volteretas por toda la sala de estar. Sabía que Solaris conocía cómo detener al Primero, lo sentía en mis huesos. Sabía que tenía el conocimiento para ponerle fin a todo aquello; ya había planeado hacerlo antes.

Pero luego surgió la gran pregunta de cómo iba a entrar al Inframundo.

—¿Tengo que volver a morir? —Añadí rápidamente. Estaba bastante segura de que en aquel momento Apolo iba a estar encantado con la idea de matarme—. Porque toda esa parte de tener que morir para entrar al Inframundo fue realmente horrible.

Apolo giró los ojos hacia arriba, mirándome con cara de fastidio.

—Morir no es el único modo de entrar al Inframundo, pero sí el más seguro.

Vaya forma de contradecirse.

—Hay varias entradas al Inframundo en el reino de los mortales —continuó Apolo—. La más cercana a nosotros sería la que está en Kansas.

—Si dices que es el Cementerio Stull, creo que tendré que abrazarte —dijo Luke, y luego se encogió en plan bicho bola cuando el Dios del Sol lo miró—. O no... abrazarte no es necesario.

—¿El Cementerio Stull? —Pregunté, echando un vistazo alrededor de la habitación. Algo en aquel nombre me sonaba—. No me digáis que soy la única persona que no sabe qué es... bueno sé que es un cementerio.

Aiden movió la cabeza.

—No eres la única.

—Qué tierno —murmuró Apolo.

Lo ignoré.

—¿Y bueno...?

—Adelante —le dijo Apolo a Luke—. Diles qué es, ya que obviamente es tan importante que hasta quieres darme un abrazo.

Un color rojizo tiñó las mejillas de Luke.

—La leyenda dice que una de las puertas del infierno está en el Cementerio Stull, en Kansas.

—Oh, por los dioses —murmuré, recordando dónde había escuchado aquello antes—. ¿Eso no estaba en la última temporada de *Sobrenatural*? —Cuando asintieron, rodé los ojos—. ¿Es en serio? ¿Creéis que Sam y Dean están allí?

Luke y Deacon parecían estar supercontentos con la idea. Después de un rato, Deacon soltó.

—Luke tiene una teoría.

—Así es —dijo Luke, revelando una sonrisa—. El Cementerio Stull es un lugar extraño y un montón de cosas inexplicables suceden allí todo el tiempo, al igual que todos los otros lugares que dicen que son «puertas al infierno». Creo que esas supuestas «puertas al infierno», en realidad, son las puertas al Inframundo.

—Es cierto. —Una bola de luz dorada apareció en la mano de Apolo y la empezó a lanzar al aire, una y otra vez, recordándome a Seth—. En realidad la puerta de entrada al Inframundo estaba en una iglesia, pero Hades pasó a través de ella una noche de Halloween y todos pensaron que el idiota era el diablo. Aquello reveló nuestra identidad, y tuvimos que derribar la iglesia.

—Interesante —dije, mientras miraba la bola. Estaba a solo centímetros de hacer caer una lámpara.

—Pero la puerta sigue donde antes estaba la iglesia. —La bola de luz dorada giró hacia arriba—. Algunos mortales la han encontrado accidentalmente, pero ya hemos tomado algunas precauciones.

Mis cejas se elevaron.

—Pero ¿qué les sucede a los mortales cuando encuentran una de las puertas? —Preguntó Aiden.

Apolo atrapó la bola de luz.

—Bueno, ya sabes. Normalmente se convierten en juguetes masticables para los perros de Hades. De todos modos, ahora las puertas solo se muestran a alguien con ascendencia divina.

—¿Puros? —Preguntó Marcus.

—Ah... no. —La bola se desvaneció y Apolo me clavó su mirada—. Las entradas solo serán visibles para los dioses, los semidioses originales, los que son creados al tomar ambrosía, o para un Apollyon.

Le di un codazo a Aiden.

—Me siento tan especial...

—Así es, eres muy especial. —Sonrió cuando le lancé una mirada avergonzada—. Entonces, encontramos la puerta y pasamos por ella. Suena fácil.

Apolo rio.

—No es tan fácil. La puerta tiene guardias. Hasta para aquellos que pueden verla.

Mi estómago se hundió.

—Creo que no quiero saber a qué te refieres con guardias.

Apolo esbozó una sonrisa, y sentí cómo se me contraía el estómago. Odiaba cuando Apolo sonreía así.

—Están los sabuesos infernales y los guardias.

—Oh, genial...

—Y bueno, también están los espíritus; la mayoría no logran pasar a los espíritus.

—Apolo dio un paso hacia atrás—. Pero si lo logras, la puerta aparecerá y entrarás al Inframundo; aunque entrar sin guía no es solo peligroso, también es estúpido.

¿Así que tenía que jugar con varios perros, vencer una compañía de guardias y llamar a los Cazafantasmas?... ¿Y necesitaba un guía? Vale. No sonaba tan mal.

Sonreí.

—Tengo en mente alguien perfecto para el trabajo.

Capítulo 18

—Caleb —susurró Olivia, hablando por primera vez. Cuando asentí, ella rápidamente se puso de pie—. Yo quiero ir.

Apolo arqueó una ceja.

—Dos personas entrando a escondidas al Inframundo, tratando de encontrar un alma entre los millones que hay, es algo demente y peligroso, no irá nadie más.

Olivia volteó sus enormes y suplicantes ojos hacia mí.

—Entonces iré yo. Debo ser quien vaya. Necesito...

—Y por ese mismo motivo es por lo que no debes ir tú —respondió Apolo antes de que pudiera decir algo—. Te concentrarás en encontrar a Caleb, en vez de en la misión que tenemos.

Sus manos formaron dos puños a sus costados.

—¿Dime en qué se diferencia eso con que Aiden vaya? ¡Él estará concentrado en Alex!

Miré a la persona en cuestión, pero Aiden tenía la misma expresión que Apolo. Era posible que hubiera muchas lágrimas y súplicas, pero el tema no estaba abierto a debate.

—Y eso es lo que necesitamos —dijo Apolo, de manera casi gentil. Por un momento, estuve segura de que sentía lástima por ella. No de mala manera, más bien parecía que simpatizara con ella, lo cual sería asombroso ya que a los dioses les faltaba, sobre todo, empatía—. No hay garantía de que encuentren a Caleb, pero de cualquier manera, necesitamos que Alex regrese del Inframundo con la información que necesitamos. Y viva.

Estaba segura de que muchos de los otros dioses no pensaban igual que él.

Apolo volvió la vista hacia Aiden de nuevo.

—¿Darías tu vida por ella?

No me gustó aquella pregunta, abrí la boca para hablar, pero Aiden respondió sin vacilar.

—Sí.

El dios asintió con la cabeza.

—Sé que también lo harías, Marcus, pero Aiden...

Marcus no estaba contento, pero asintió.

—Sí, te entiendo.

Un sabor amargo se deslizó por mi garganta y el corazón me dio un vuelco. Ir al Inframundo sería superpeligroso, y la idea de que Aiden arriesgara su vida por mí me aterraba, pero mientras mi mirada escaneaba la habitación, me di cuenta de que de todos los que estaban allí, él era el más hábil.

Dándose cuenta de que no podría hacerlos cambiar de idea, Olivia se retiró de la

habitación sin decir nada, con la cabeza en alto. Un fuerte dolor me golpeó en el pecho, tan fuerte como el miedo. No era justo. Me hubiera gustado que Olivia y Caleb hubieran podido tener tan solo un momento juntos, antes de que todos sus futuros momentos les fueran robados.

Tras marcharse Olivia, los planes para nuestra partida se cerraron de forma veloz. El grupo se quedaría atrás, ya que era lo más seguro, y Aiden y yo partiríamos por la mañana hacia... Kansas. A parte de dicha puerta al Inframundo. No tenía ni idea de qué había en Kansas. ¿Bolas de heno? ¿Dorothy?

—Hay algo más —le dije a Apolo antes de que el grupo se dispersara. Aiden se quedó detrás de mí, cerrando la puerta; al parecer sabía qué le diría a Apolo.

—No puedo esperar a que me lo cuentes —dijo Apolo secamente.

Respiré profundamente.

—Vi a Seth, ayer.

Las cejas de Apolo se unieron en la frente, mientras abría la boca, pero no salió ni una sola palabra. Tal vez debería haberlo explicado con más detalles.

—Lo que quiero decir es... —dije rápidamente—. Bueno... algo así.

—¿Algo así?

Asentí.

—Él llegó a meterse... dentro de mi propia cabeza. Parecía real, como si estuviera soñando... pero no era un sueño.

Sus cejas comenzaron a levantarse.

—Eso no tiene sentido, Álex.

—Estaba hablando con Lea y le comenzó a doler la cabeza justo antes de que pasara, como antes, como cuando tomaba el Elixir —explicó Aiden, ya que obviamente yo no podía formar una frase coherente—. Álex se desmayó...

—No me desmayé —gruñí, sintiendo cómo mis mejillas enrojecían.

Un lado del labio de Aiden se torció hacia arriba.

—Está bien. De la nada dejó de hablar y ya no podía caminar. Durante el lapso de ese tiempo, vio a Seth. Según él, usó a Hermes para atraerla dentro de su subconsciente.

—¿Hermes? —Apolo siseó... bueno, en realidad siseó como un león enojado—. Ese maldito pedazo de mierda.

Mis cejas se levantaron.

—No puedo creer que me haya sentido mal por robarle el casco y fundirlo. —Apolo parecía indignado—. Nunca más volverá a ayudar a Seth.

Era difícil no reírse al ver a Apolo tan alterado como un niño sin su piruleta, pero de alguna manera me contuve.

—Por cierto, ¿cuándo le robaste su casco?

Apolo se encogió de hombros.

—Hace un par de días.

—¿Crees que tal vez esa pudo haber sido la razón por la cual ayudó a Seth?

—Hmm... —Apolo arrugó la cara—. Puede ser. Y bueno, ¿Seth te dijo algo? Dioses.

—La verdad es que no dijo nada importante. Tengo el presentimiento de que solo lo estaba probando; pero, si puedes evitar que Hermes le ayude, ya no será un problema.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Apolo.

—¿Puede transferir poder en ese estado?

—No. Y tampoco puede leer mis pensamientos. —Me apoyé contra la pared, sofocando un bostezo—. Es solo una molestia más que nada.

—Es más que solo una molestia. —Los ojos de Aiden brillaron como plata fundida.

—Él lo ve como una «violación» —le expliqué, al notar la mirada desconcertada de Apolo—. Pero podría ser peor.

—¿Te refieres a peor en el sentido de que pueda hacer algo así mientras estés en medio de una batalla o en el Inframundo? —preguntó Apolo.

—Bueno... —Fruncí el ceño—. He estado pensando —continuó Aiden—. Sabemos que Hermes lo ayudó, pero tiene que ser algo más que eso, si no Seth lo hubiera hecho desde el momento en el que rompiste el vínculo. Cuando tomaste el Elixir, podía conectarse contigo cuando los efectos comenzaban a desaparecer y, cuando lo hacían, estabas supercansada. Tal vez tiene algo que ver... tal vez depende de cuán cansada estés.

—Tiene sentido. Supongo que solo necesito echarme más siestas.

Aiden no parecía impresionado.

—Esa es la mejor teoría que se me ocurre.

—Puede que tengas razón. —Apolo ladeó la cabeza; su llamativa cara estaba tensa y llena de enfado—. Vosotros dos seguís conectados y, aunque hayas bloqueado la mayor parte de esa conexión, tal vez puede llegar a ti cuando estás débil, con o sin Hermes.

—Como una conexión defectuosa —murmuré.

—Exacto. Y ahora aún más, si Hermes ha abierto una vía para llegar a ti.

No me gustaba cómo sonaba aquello.

Apolo le sonrió a Aiden.

—No hace falta decirlo, pero creo que ya sabes cuán importante es que permanezcas cerca de Álex, en todo momento.

—No hace falta ni mencionarlo —respondió Aiden.

Apolo sonrió satisfecho.

—El viaje al Inframundo no será fácil, sin tener en cuenta las nuevas tendencias narcolépticas de Álex.

Lo miré con cara de fastidio.

—¿Qué parte de «no estaba dormida» no habéis entendido?

—Y si vuelve a suceder, aunque creas que no puede sacarte información

importante, debes ser cuidadosa y no le permitas saber qué estás haciendo, especialmente lo de la nueva misión.

—Lo sé —dije, mirando la silla desgastada al lado del dios—. Estoy bastante segura de que él no sabe lo que Solaris planeaba hacer con el Primero, pero sí sabía que había *algo*. Y tal vez tengamos suerte. Puede que Seth no sea capaz de hacerlo otra vez.

Ninguno parecía convencido.

—Bueno, volviendo a lo importante. El problema con el que tal vez pueda ayudarte. —Apolo se dirigió a la mesa tomando una hoja y un lápiz—. El portal Stull debería dejaros un poco más allá de la entrada al Inframundo, al principio de los Campos de Asfodel. Es posible que no sean campos de verdad, o tal vez sí. —Hizo una pausa y miró por encima de sus hombros—. Todas las veces que he ido han sido diferentes. A veces está vacío, otras no. Las almas con las que os encontréis allí serán... relativamente inofensivas.

Me acerqué lentamente, mirando por encima de su hombro. Estaba dibujando un mapa. Pude reconocer el río Estigia. Y hubiera reconocido el resto si hubiera prestado más atención en clase.

—Entraréis por los túneles. Allí podréis descansar unas horas, ya que las almas no pueden viajar a través de ellos. Llegad antes de que sea de noche y quedaos hasta que el cielo esté dorado. Si no lográis llegar antes de que caiga la noche, entenderéis el motivo por el cual las almas no viajan por ahí.

Esperé a que diera más detalles y, al no hacerlo, intercambié una mirada con Aiden.

—Creedme, lo último que queréis es estar en cualquier parte del Inframundo de noche. —El lápiz de Apolo se arrastró sobre el papel—. De ahí cruzaréis el Valle del Lamento.

—Oh, suena divertido —dije.

Apolo sonrió.

—Después llegaréis a un cruce. Un camino os llevará al Tártaro, el otro os llevará a los Campos Elíseos. Ahí estará la Llanura de la Justicia. Querréis haceros lo más invisibles que podáis. Y no me refiero a la invisibilidad del collar...

Puso el lápiz sobre la mesa y le entregó el mapa a Aiden.

—Podría conseguir que avisen a Caleb, para que se encuentre con vosotros allí. Pero a partir de ese momento...

—Ya no nos podrás ayudar. —Cuando Apolo asintió, me mordí el labio—. Está bien.

—Espera —dijo Aiden, con los ojos estrechándose en el mapa—. ¿La Llanura de la Justicia no está cerca del palacio de Hades?

—Como os dije, debéis haceros invisibles. Tengo fe en que Hades estará en el Olimpo, pero tiene bastantes ojos vigilando el palacio. —Los brazos cruzados de Apolo parecían grandes troncos—. Debéis entender que ir al Inframundo será muy

peligroso. Caleb podría estar en cualquier lugar, y no será como la última vez, que tu llegada fue notoria. Veréis cosas que no podréis entender. Cosas en las que querréis intervenir, pero no podréis.

Tragué saliva al escuchar la seriedad de su voz.

—Entiendo.

—¿Segura? Porque por lo que he visto, en el pasado no has mostrado mucho control sobre tus impulsos. Álex, las cosas serán diferentes allí. Y no es solo el Inframundo. —Su dura y fría mirada pasó a Aiden—. Las puertas están muy bien protegidas.

—Lo entendemos —respondió Aiden con tranquilidad.

Una aguda llama de sabiduría estalló en los ojos del dios.

—Sed cuidadosos. La mayoría de los que entran en el Inframundo no logran salir, y los que sí, quedan irrevocablemente cambiados por las cosas que les pasan allí dentro.

Apolo empezó a desvanecerse mientras lo mirábamos, sin duda, nuestras expresiones reflejaban la seriedad de lo que acababa de decir. Justo antes de que su cuerpo fuera envuelto por un brillante polvo azul, dijo:

—Os debo una por esto, y también por todo lo demás.



Era demasiado temprano para andar despierta, pero allí estaba, de pie al lado del Hummer, mirando hacia el sol de la mañana.

Aiden se estaba despidiendo de su hermano y yo intentaba darles un poco de intimidad, mientras intentaba mantener el equilibrio sobre un solo pie. Era lo único que me impedía caerme de cara. La noche anterior, Aiden dijo que debíamos acostarnos temprano y literalmente me forzó a meterme en la cama, como si fuera mi niñera.

—Tienes que descansar —argumentó, y se quedó sentado esperando que me durmiera. Y aun habiendo dormido más de ocho horas, no quería levantarme a esas horas de la mañana. Iba a ser un largo camino, casi nueve horas y cerca de ochocientos kilómetros. En avión hubiera sido más rápido, pero no había forma de pasar todas nuestras armas por la seguridad de los mortales sin tener que usar compulsiones con todo el que nos encontráramos. Y hubiera sido difícil explicar por qué Aiden pintaba jeroglíficos egipcios con sangre de Titán dentro de un 747. Con eso y el talismán que Apolo me había dado, seguramente sería un viaje tranquilo.

—¿Alexandria?

Me volteeé al escuchar la voz de mi tío y me dirigí hacia donde él estaba, justo al lado del porche.

—Hola —dijo, forzando una sonrisa—. Sé qué vas a ser cautelosa, pero... por

favor, ten cuidado. ¿Vale?

—Siempre lo tengo.

La expresión de Marcus se tornó suave.

Incapaz de detenerme, sonreí.

—Tendré cuidado, lo prometo.

Al escuchar los pasos de Aiden acercándose, retrocedió y fijó su oscura mirada en el otro puro.

—Si le pasa algo, estás jodido.

Mi boca se abrió de par en par.

—¿Acabas de decir un taco? Nunca te había escuchado maldecir. Wow.

En vez de responderme, Marcus me dio un abrazo. Me soltó rápidamente y miró hacia otro lado, tragando saliva. En cuestión de segundos nos habíamos despedido del resto del grupo.

—Intentad no dejar ningún alma suelta —dijo Luke sonriendo.

—¿A menos que sean las almas de Sam o Dean, verdad? —Cuando se rieron, les di un rápido abrazo y corrí donde estaba Aiden, metiendo las cosas en el Hummer.

Fui a coger la pesada bolsa con las provisiones y las armas.

Aiden rio.

—No te preocupes, yo lo hago. —La levantó con una mano. Impresionante. La metió en el maletero—. He guardado algunas dagas en la parte de delante. ¿Estás lista?

—Sí. —Miré por encima de mi hombro a los que esperaban en el porche y un extraño dolor inundó mi pecho, pero al mismo tiempo, sentí cierta paz. Los pájaros silbaban. Lo rayos de luz se deslizaban a través de los árboles. Era como si Aiden y yo nos estuviéramos yendo de vacaciones o algo así.

No al Inframundo.

Aiden colocó su mano sobre mi brazo.

—Los volveremos a ver.

—Lo sé. —Sonreí, pero no fue natural—. Es solo que...

—¿Qué? —Cerró el maletero.

Moví la cabeza de lado a lado y luego dirigí mi mirada a mis amigos... mi familia. Mientras me giraba hacia Aiden, un destello me llamó la atención. Cerca del borde de los árboles había una cierva de finas y elegantes piernas, y juraría que me miró directamente a los ojos. Había un brillo de inteligencia en su mirada... algo extraño. Luego salió disparada, desapareciendo entre el abundante follaje.

—¿Crees que estarán bien? —pregunté, encontrándome con su mirada.

—No dejaría a mi hermano ahí si no lo creyera.

Había franqueza en sus palabras. Asintiendo, me dirigí hacia el asiento del copiloto mientras miraba el lugar en el que había estado la cierva. Pensé en Artemisa. Los dioses no podrían encontrarnos, pero era muy probable que Apolo le hubiese dicho a su gemela dónde estábamos. Mis labios formaron una pequeña sonrisa

mientras subía. Estarían bien. Más de la mitad estaban entrenados y eran unos malditos genios con una daga. Deacon había mejorado un montón con el fuego. Y Laadan y Marcus podían controlar el aire, estaba segura de que podrían protegerse. Y si Artemisa realmente estaba rondando por allí, tendrían a una diosa pateando traseros de su lado.

Después de ponerme el cinturón de seguridad, puse mis manos en mi regazo. Se convirtieron en puños. Miré a Aiden mientras encendía el motor. El Hummer retumbó al cobrar vida.

—¿Sabes que soy muy mala en los viajes largos, verdad?

Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Lo recuerdo.

—Tendrás que entretenerme. Y mucho.

Se rio mientras guiaba el vehículo para que atravesara el estrecho camino de tierra que para mí era algo totalmente nuevo.

—A propósito —dijo Aiden, observándome de una forma que me hizo olvidar por un momento la seriedad de la misión—. Estás impresionante con el uniforme de Centinela.

Sentí una oleada de calor recorrer todo mi cuerpo.

—Tú también.

—Lo sé.

Reí.

—Guau. Qué gran ego.

Los ojos de Aiden brillaron, salpicados de un gris claro mientras se concentraba en el camino.

—Revisa la guantera.

Curiosa, me incliné y tiré del seguro. Dentro había dos objetos negros y brillantes. Saqué uno con cuidado, volteándolo. Era una pistola semiautomática, especialmente diseñada. Sintiéndome totalmente ruda e invencible miré el cargador; balas de titanio.

Sin embargo, me notaba rara al tenerla entre mis manos.

—La única vez que sostuve una de estas fue cuando estaba fuera del Covenant.

Aiden se quedó callado mientras esperaba que continuara. Por supuesto él supo cuándo.

—No la usé. Dudé.

—Estabas enfrentándote a tu propia madre, Álex. Es entendible.

Asentí, ignorando el nudo en mi garganta mientras ponía el arma de vuelta en la guantera.

—¿Qué más hay escondido?

—Mira debajo de los asientos —murmuró mientras los neumáticos del Hummer se nivelaban con el suelo.

Debajo del asiento había dos dagas, y una hoja de hoz.

—¿Tienes lo mismo debajo del tuyo?

Él asintió.

—¿Qué estás esperando? ¿Un ataque de daimons?

—Mejor prevenir que curar, Álex. No tenemos ni idea de con qué o quién nos vamos a encontrar.

Me enderecé.

—Seth ni siquiera está cerca y estamos protegidos. —Di un pequeño golpe con un dedo señalando el talismán que llevaba, y luego hice un gesto hacia la marca encima de nuestras cabezas.

Aiden gruñó algo inteligible.

Mis cejas se alzaron, pero las dejé caer. Tampoco es que me molestara todo lo diseñado para apuñalar, disparar o matar.

—Vaya, tengo ganas de un café.

—Como si necesitaras más cafeína.

—Ja, ja. —Miré por la ventana, mordiendo mi labio inferior—. La cafeína es mi amiga.

—Y la carne roja, no podemos olvidarnos de la carne roja.

Sonreí ante su tono de burla.

—No molestes y come tus pechugas de pollo sin sabor, pero pronto... muy pronto, te voy a convencer, y vendrás al lado oscuro de la carne roja.

Bromeamos un rato para distraernos y funcionó. Mis músculos se relajaban con cada kilómetro que recorríamos y, cuando llegamos a la civilización, también conocida como interestatal, no fuimos bombardeados por daimons cayendo del cielo. Cuando tomamos un desvío para comer algo, me pedí una hamburguesa; Aiden se pidió un sándwich de pollo a la parrilla... y le quitó el pan de encima.

Me reí.

—¿Por qué haces eso? Es como si tuvieras algo contra los sándwiches de dos panes.

—Un solo trozo de pan es suficiente. —Bajó la mirada a su regazo, una mano en el volante y la otra cubierta de condimentos—. ¿Has utilizado todas las servilletas?

Lo miré tímidamente.

—Tal vez, pero te he guardado... la mitad de una. —Excavando dentro de mi bolso, saqué una servilleta y la partí en dos. Luego limpié su mano, con menos gracia que cuando me lavó las manos la noche de la cocina.

Creo que fui tan brusca que la dejé roja.

Arrebatándole la bolsa de su regazo, saqué el otro pan, y empecé a moverlo cerca de su boca.

—Álex —dijo inclinándose hacia la ventana, evadiendo el peligroso segundo pan—. Vamos.

—Cómetelo —ordené, sosteniéndolo con las dos manos; haciéndolo bailar en el aire—. Te lo está rogando «cómeme».

Él arqueó una ceja.

—Pervertido —murmuré.

Aiden apretó sus labios, pero cuando me vio con el pan bailarín, estalló en carcajadas.

—Está bien. Dame el pan. —Sonriendo, lo observé comerse el pan, y luego saqué las patatas fritas—. ¿Quieres una?

Sorprendentemente, no las rechazó. Pero cuando la comida se acabó y no encontramos nada que valiera la pena escuchar en la radio, empecé a mover la pierna, luego los dedos; estaba inquieta. Tras unas cuatro horas, encontramos una pequeña tienda, a unos kilómetros de Des Moines; llenamos el depósito y nos abastecimos de lo que parecía comida para hámster. Teniendo en cuenta mi último encuentro con Hades en una tienda, decidí quedarme en el coche y le pedí a Aiden que me comprara Doritos, pero aparentemente los nachos de queso no eran comida apropiada en el Inframundo.

—¿Quieres conducir?

Sacudí la cabeza mientras me ponía el cinturón.

—Me da que no, si no quieres que mate a una familia inocente.

—¿Qué? —dijo riendo.

—Solo he conducido una vez, creo. Y era un insecto comparado con esta cosa. Es decir, sé conducir, pero no creo que quieras verme haciéndolo en la interestatal.

Aiden estiró su mano y envolvió la mía entre las suyas.

—Cuando todo esto termine, podrás practicar conmigo. Terminarás conduciendo uno de esos camiones.

Me reí mientras le echaba un vistazo al camión que estaba un poco más adelante.

—Tal vez quieras agregar «pueblo pequeño» a la lista de víctimas.

—Lo harás bien, mejor que bien —dijo, mientras deslizaba el Hummer entre dos camiones—. Siempre tienes éxito en cualquier cosa que te propones. Así que no te preocupes.

Echando mí cabeza hacia atrás contra el asiento de cuero, sonreí.

—Siempre sabes qué decir.

Aiden arrugó las cejas.

—Hmm, no, no siempre.

—Sí, en serio —dije en voz baja, apretando su mano—. Creo que ni siquiera lo haces conscientemente, te sale natural.

Dos puntos en sus mejillas se enrojecieron, me pareció terriblemente tierno. No pude resistir inclinarme sobre la consola central y besar una de sus rojas mejillas. Luego me volví a sentar, sonriendo ante la mirada perpleja que tenía dibujada en su cara.

El resto del viaje fue tranquilo y no pasó mucho. Cuando estuvimos a una hora de Stull, me quedé dormida. Al principio no me di cuenta de que estaba soñando. Todo estaba nublado, como si estuviera mirando a través de un angosto tubo lleno de niebla. Poco a poco se fue aclarando y comencé a vislumbrar imágenes, el cuarto

circular y las paredes areniscas eran vagamente familiares. Pero el lugar no fue lo que capturó mi atención.

Fue lo que había en el suelo.

Apolo estaba sobre sus rodillas, sus manos estaban extendidas y no estaba solo. Aiden estaba allí, dándome la espalda mientras sostenía algo —*alguien*— contra su pecho, su cuerpo se inclinó sobre la forma inmóvil mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás, sus amplios hombros temblando. Había otra persona en la habitación, pero todo estaba demasiado borroso, y no podía distinguir su forma o su imagen.

Nervios e inquietud se deslizaban por todo mi cuerpo como una turbia niebla mientras miraba a Aiden. Traté de llegar a él. Lo llamé, pero no tenía voz. La ansiedad crecía y me sentía fría; demasiado fría. Algo no iba bien. Sentía que estaba allí pero alejada, como si estuviera viendo lo que sucedía desde una gran distancia.

Aiden estaba diciendo algo, pero era muy bajo y no conseguía escucharlo. Lo único que oí fue la respuesta de Apolo.

—Lo siento.

De la nada, Aiden se enderezó y tiró su cabeza hacia atrás soltando un grito lleno de furia y dolor.

Desperté de un salto golpeando mi rodilla contra el salpicadero del coche. Podía escuchar el bajo sonido de la voz de Aiden cantando la canción de *Saving Grace*, the The Maine.

—¿Estás bien? —preguntó.

Respirando profundamente, asentí mientras empujaba un mechón de pelo hacia atrás para despejar mi cara. Mi corazón martilleaba contra mi pecho. Vi el cuerpo sin vida que Aiden estaba sosteniendo y entendí aquel grito que había salido desde el fondo de su alma.

Era a mí a quien sostenía en sus brazos.

Me dejé caer contra el asiento, mirando por la ventana. Solo había sido un sueño, nada más que un sueño. ¿Debería estar sorprendida de tener aquel tipo de sueños... algo retorcidos? Era de esperar que todo el estrés y todo lo que estaba sucediendo llevaran a aquellas horribles pesadillas, pero...

Había algo en aquel sueño que lo hacía difícil de olvidar, un escalofrío recorrió mi cuerpo ante la sensación. Me costó mucho sacar el sueño de mi cabeza. Me recosté contra el asiento, observando a Aiden a través de mis pestañas, imaginando que estábamos yendo a otro lugar; cualquier lugar menos al maldito cementerio. Como si nos dirigiéramos a Disney. Vale, tal vez a Disney no. Más bien a una playa, para un soleado y romántico fin de semana, casi podía verlo. Podía saborearlo.

Siendo normales, viviendo entre mortales, como cuando hablábamos de eso; teniendo un futuro donde no estuviéramos haciendo locuras como aquella, donde no estuviera conectada al psicópata de Seth. Tendríamos una casa, pues no puedo imaginarme a Aiden viviendo en un apartamento o compartiendo. Él querría espacio —un patio—, y aunque estaba segura de que no tendríamos un perro debido al poder

que los daimons ejercían sobre los animales, aquel era mi futuro perfecto, así que tendríamos un labrador que correría a lo largo de la valla.

Y yo tendría un gato que se acurrucaría en mi regazo, un enorme gato atigrado que se comería los trozos de pan que Aiden dejara. Tendríamos una terraza donde nos sentaríamos todas las tardes. Aiden leería un cómic o algún aburrido libro de Historia escrito en latín y yo haría todo lo posible para distraerlo.

No tendría ningún problema con un futuro como ese.

—¿En qué piensas? —La suave voz de Aiden me hizo saltar.

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

Hubo una pausa.

—Simplemente lo sabía. Así que, dime...

Sintiéndome un poco tonta, le expliqué mi futuro de fantasía. Aiden no se rio. No se burló o preguntó por qué un gato comería pan. Se quedó mirándome; el momento duró tanto que pensé que tendríamos un accidente. Después miró hacia otro lado. El músculo de su mandíbula se tensó resaltando sobre el resto de su rostro.

—¿Qué? —pregunté, inquieta en mi asiento—. ¿He hablado demasiado?

—No. —Una simple palabra que sonó demasiado brusca.

—Entonces, ¿qué?

Al encontrarse con los míos de nuevo, los ojos de Aiden tenían en aquel momento un color brillante y luminoso; radiante y fuerte como las dagas de titanio que llevábamos.

—Es que... te quiero.

Capítulo 19

Kansas era... llano y verdoso.

Por lo que pude ver, todo lo que había eran campos llanos con hierba amarillenta y altos juncos. A lo lejos, el horizonte parecía encontrarse con la tierra; gris azulado, oscuro y siniestro al acercarse la noche, desangrándose y cubriendo la hierba alta de color marrón y las flores silvestres blancas.

La tierra de las grandes praderas, según la improvisada clase de historia de Aiden, pero lo único que vi fue a nosotros conduciendo directamente hacia el condado de los tornados. Teniendo en cuenta lo ocurrido durante los últimos meses, no era el mejor lugar en el que estar, especialmente tras ver la destrucción causada por los dioses.

Ciudades enteras arrasadas. Campos y calles llenas de escombros. El futuro de tantas vidas arrancadas y, sabiendo que era en parte por mi culpa; era la respuesta a mi incapacidad de combatir la influencia de Seth sobre mí.

Resultaba difícil ver más allá de todo aquello, pero sabía que no podía hundirme en la culpa y tampoco era el momento de analizar el sueño que acababa de tener. Era como si estuviera desarrollando un trastorno obsesivo compulsivo. Necesitaba dar lo mejor de mí. Estábamos demasiado cerca del Cementerio Stull.

La energía fluía entre nosotros. Aun teniendo la información que Apolo nos había proporcionado sobre las puertas y el Inframundo, no sabíamos a qué nos enfrentábamos en realidad.

Unos diez kilómetros al oeste de Lawrence, encontramos la pedanía de Stull. Me senté más erguida, con la vista fija en el exterior.

Al anochecer, la calle principal, que parecía ser la única calle, estaba completamente abandonada. No había nada abierto. No había gente caminando por las aceras. No había nada. Dios, definitivamente estábamos en la zona rural de Kansas.

—Qué espeluznante —susurré.

—¿Qué?

—No hay ni un alma por la calle. —Me estremecí y el vello se me erizó.

—Tal vez están todos en el cementerio. —Cuando le lancé una mirada molesta, se rio—. Álex, estamos a punto de entrar en el Inframundo. Una ciudad aparentemente vacía no debería asustarte tanto.

Llegamos a un cruce con tres direcciones y Aiden giró a la derecha.

—Sabes, Luke me comentó que solo vivían unas veinte personas y que no eran de este mundo —dije, mirando a Aiden—. ¿Crees que son dioses?

—Tal vez. Quizás Stull es su casa de veraneo.

Miré de nuevo las casas abandonadas, que parecían bastante antiguas.

—Qué extraño lugar para pasar las vacaciones, bueno, los dioses también son

extraños.

—Sí, lo son. —Aiden se inclinó hacia el volante, entrecerrando los ojos para poder ver mejor—. Ahí está.

Siguiendo su mirada, me detuve a medio suspiro. A más o menos unos tres metros, al lado derecho de la carretera, se encontraba el Cementerio Stully. No era una entrada al infierno, pero sí una entrada al Inframundo.

Y con el sol ocultándose mientras la oscuridad crecía, parecía más espeluznante que el mismo infierno.

—Espero que nadie intente echarnos de aquí —murmuré, mientras Aiden guiaba el Hummer a través de la estrecha entrada de la cerca de alambre. El plan era dejar el Hummer dentro del cementerio. No estaría allí mucho tiempo; el tiempo en el Inframundo transcurría de forma diferente. Horas allí eran apenas medio segundos en la Tierra. Días serían minutos. Semanas serían horas.

—No sé por qué, pero la verdad es que no creo que vayamos a tener ningún problema. —Aiden aparcó el coche a un lado de la entrada y apagó el motor. Las luces se apagaron.

Me quedé observando las lápidas durante un segundo, mientras un escalofrío recorría todo mi cuerpo.

—¿Vas a bajarte? —Aiden ya había abierto su puerta.

Una bola de paja rodó por un camino que, definitivamente, no estaba en su mejor estado y mis ojos se agrandaron mientras la seguía hasta que se detuvo al llegar cerca.

—¿Es necesario?

Aiden soltó una pequeña risa, desapareciendo por la parte trasera del Hummer. No queriendo recrear una escena de *La Noche de los Muertos Vivientes*, me bajé rápidamente y lo seguí. Lo encontré deslizando sus brazos por las correas de la mochila.

Tras cerrar el coche y activar el sistema de seguridad —¿quién diablos iba a robarle el coche allí?—, nos sumergimos en las sombras del cementerio. Densas nubes, oscuras como petróleo, taparon la luna, pero mis ojos se adaptaron rápidamente; casi deseé que no hubiera sucedido.

A través de la maleza, que se movía con el viento, y la hierba de la pradera, se podía ver más de un centenar de lápidas. Dispersas entre las más recientes estaban las más antiguas, cuyas inscripciones habían desaparecido hacía mucho tiempo. Algunas eran cuadradas, varias me recordaban a Monumentos de Washington en miniatura y otras que eran viejas cruces inclinadas hacia un lado u otro.

En la misma cúspide del cementerio había una base de piedra hecha pedazos que estaba rodeada por algunos árboles. Dos montones de ladrillos de arena marcaban dónde había estado la iglesia, antes de que los dioses la destruyeran debido a la inoportuna caminata de Hades.

El camino no era más que un sendero de tierra de unos treinta centímetros. Estaba casi segura de que caminábamos sobre tumbas sin nombre.

—Dios, odio los cementerios.

Aiden puso su mano en mi espalda.

—Los muertos no pueden hacerte daño.

—A menos que sean zombis.

—Dudo mucho de que haya zombis por aquí.

Resoplé, dándole al botón del filo de la hoz. Se extendió; un extremo era una punta afilada y el otro una hoz algo espeluznante.

—Uno nunca puede estar lo suficientemente protegido.

Aiden asintió, pero siguió caminando por el estrecho camino. Poco a poco, se fue desvaneciendo, invadido por la maleza y la hierba que se pegaba a mis pantalones. A medida que nos acercábamos más a los cimientos de la iglesia una sensación extraña me recorría la espalda y el cuello. Quería girar la cabeza para ver qué había detrás de mí, pero estaba segura de que encontraría una multitud de zombis come-cerebros siguiéndonos.

Bordeé una lápida algo solitaria y sin nombre, y me puse al lado de Aiden. Estábamos a pocos metros de las piedras derruidas.

Aiden enderezó las correas de la mochila mientras inclinaba la cabeza hacia un lado.

—Hmm... ¿Puedes ver algo?

Repentinamente, el viento paró.

Una quietud antinatural impregnaba el aire, poniendo de punta los pelos en mi nuca. Bajo el traje térmico negro, pequeños bultitos invadieron toda mi piel. Y de la nada, un olor rancio y almizclado se deslizó por mi nariz. Exhalé lentamente, formando una pequeña y espumosa nube blanca.

—Bueno —susurré, sujetando mi cuchillo más fuerte—. Eso no es normal.

El aliento de Aiden también permaneció en el aire. Cogíendome de la mano, hizo un gesto con la cabeza hacia la espesa arboleda amontonada cerca de los restos de la iglesia. Dos sombras oscuras estaban de pie a unos metros; apenas se distinguían entre el follaje.

Mis músculos se tensaron. ¿Guardias? ¿Fantasmas? No estaba segura de cuál era peor.

—Llegó la hora —dijo Aiden, quitándose la mochila sin mucho ruido. La colocó cerca de una pequeña cruz de piedra que se veía algo inestable.

Asentí.

—Sipi.

Las dos sombras flotaron hacia nosotros. Estaban encapuchadas y no tenían forma; me di cuenta de que sus pies —si es que tenían pies— no tocaban el suelo. Sus túnicas de color rojo oscuro se arrastraban unos centímetros por encima del suelo.

Sus brazos se levantaron lentamente y el material de sus mangas se deslizó hacia atrás. Un extraño sonido, como un crujido, sonó tras aquel movimiento. Delgados,

pálidos y blancos dedos alcanzaron las capuchas, echándolas hacia atrás.

Oh... oh, vaya.

Debajo solo había huesos. Huesos blancos, pálidos y vacíos; con inmensos y oscuros huecos donde deberían estar las cuencas de los ojos y la nariz. Las bocas... las mandíbulas dependían de articulaciones desprendidas, quedando abiertas al no tenerlas. No había piel, ni carne ni pelo. Eran esqueletos, unos malditos esqueletos flotantes.

No tan aterradores o peligrosos como los zombis, pero aun así, eran escalofriantes.

Me quedé observándolos; quería mirar hacia otro lado, pero no pude. Sus ojos eran espeluznantes, apenas unos huecos, pero cuanto más los miraba, algo... algo se movía en el fondo de aquellos huecos, pequeñitos puntitos de una luz que parpadeaba.

Mis dedos se aferraron a la hoz.

—Podría... hacer que estallaran con akasha.

—Tu idea ha sido tenida en cuenta y descartada automáticamente.

—Vamos.

—Usar akasha te quita energía, ¿no? —dijo tranquilamente, con sus ojos fijos en las cosas—. ¿Por qué no lo usas para otra cosa, en vez de en un saco de huesos?

—Oh. Tienes razón.

Aquellos sacos de huesos metieron sus huesudas manos dentro de sus túnicas al mismo tiempo. Arqueé una ceja.

—Espero que no se quiten las túnicas. No quiero ver un esquelético p... —Y entonces sacaron dos objetos parecidos a unas varitas mágicas. Me pregunté si nos iban a lanzar las varitas; estaba bastante decepcionada con aquellos guardias. Ahora entendía por qué los mortales habían descubierto la entrada tan fácilmente, cuando lo único que se interponía entre ellos y el portal eran dos decoraciones de Halloween andantes.

—Álex —murmuró Aiden.

Alcé la vista a tiempo para ver cómo unas chispas salían disparadas de su varita, brillando de forma intensa en la oscuridad. El fuego se extendió rápidamente, un rojizo vivo y potente, tomando la forma de una larga y letal cuchilla.

—¿Qué demon...? —Mis ojos se abrieron.

Volaron hacia nosotros. Sus huesos se sacudían, golpeándose en un horripilante coro. Aiden esquivó una ardiente cuchilla, girando sin ningún problema y plantando su pie en la espalda de uno de los esqueletos.

El otro se lanzó hacia mí, deslizando la cuchilla tan cerca de mi cuello que sentí el calor. Echándome hacia un lado, levanté la hoja de hoz realizando un semicírculo. La afilada y mortal cuchilla cortó tanto la túnica como el hueso.

Con un destello de luz, la espada de fuego se esfumó y los huesos se convirtieron en un montón humeante de polvo y huesos. Dando un paso hacia atrás, pude ver

cómo el oponente de Aiden terminaba igual. La espada de fuego desapareció y no quedó nada excepto huesos y humo.

Esperaba que volvieran a levantarse e hicieran algo, incluso un entretenido baile, pero no pasó nada. Bajando la hoja de hoz, fruncí el ceño.

—Esto ha sido muy, muy fácil.

Aiden se acercó con andares bruscos hasta situarse ante mí.

—Dímelo a mí. Mantente cerca. Tengo el presentimiento de que solo ha sido una distracción.

Un gruñido sordo se extendió en el silencioso cementerio y la sangre se me fue a los talones. Aiden y yo nos giramos a la vez. No sé quién reaccionó primero, si Aiden al maldecir o mi gemido, no importaba.

Agachado entre los escombros de la iglesia había uno de los perros del infierno y, por lo que parecía, estaba bastante enfadado.

La piedra se deshizo bajo las patas del animal, del tamaño de las manos de Aiden.

Las garras, tan afiladas como los cuchillos que sosteníamos, brillaban como el ónice. El cuerpo era enorme, pero las cabezas eran las tres cosas más grandes y feas que había visto nunca. Era como mezclar una rata de alcantarilla mutante con un pitbull. Y los dientes... pertenecían a la boca de un tiburón: blancos, mojados y muy, pero que muy asquerosos. Baba espumosa se formaba bajo las encías rosadas y goteaban sobre el suelo, donde la tierra ardía como si le estuviera cayendo ácido.

Seis ojos macabros y amarillentos se fijaron en nosotros.

—Maldición —murmuré, cayendo de cuclillas—. No le quites las cabezas. Debemos llegar al corazón.

—Entendido. —Aiden giró el puñal en su mano, como si de un camionero rudo se tratara.

—Deja de pavonearte.

Aiden sonrió.

—Me pregunto... ¿Cómo se llamará este?

Las orejas del sabueso infernal se enderezaron mientras su enorme cuerpo se agachaba, preparándose para el ataque. Deslicé mi mano hasta la mitad de la cuchilla, sintiendo mi corazón latir y la adrenalina apoderándose de mi cuerpo, alterando todo mi sistema. En la boca de mi estómago, el cordón empezó a desmoronarse.

Tragué saliva.

—Vamos a llamarlo... Toto.

Tres bocas se abrieron en un gruñido que envió escalofríos por todo mi cuerpo, mientras una ola de su caliente y fétido aliento nos abofeteaba. Sentí la bilis hacerse hueco en mi garganta.

—Supongo que no le ha gustado ese nombre —dije, moviéndome lentamente hacia la derecha.

El poderoso cuerpo de Aiden se tensó.

—Aquí, Toto... —Una de las cabezas giró bruscamente en su dirección—. Así es,

bueno, Toto.

Me deslicé alrededor de la antigua cruz, sorprendiéndolo por la derecha. La cabeza del medio y la de la izquierda se centraron en mí, gruñendo, listas para morder.

Aiden chasqueó la lengua.

—Vamos, Toto, soy muy sabroso.

Casi me reí, pero la maldita cosa se apartó del montón de escombros, aterrizando entre Aiden y yo. El suelo tembló por el impacto. Detrás de nosotros, algunas lápidas temblaron y se derrumbaron. Durante un instante, parecía que Toto venía directamente hacia mí, pero en el último segundo, se lanzó sobre Aiden.

Lo cogió desprevenido. Retrocedió un paso, pero su pie se enganchó en una piedra. El corazón subió hasta mi garganta y estiré mi mano libre. Hubo una chispa, un fuerte olor a ozono quemado y, tras ello, una bola de fuego salió disparada, más violeta que roja, antinatural e intensa, golpeando el estómago del perro del infierno.

Toto dio un paso atrás, sacudiendo sus tres cabezas, tan afectado como si una abeja le hubiera picado en la pata.

Bueno, por lo visto, el elemento fuego no le hacía daño. Genial.

Luego Toto dio un salto, moviéndose por el aire. Solo tenía un segundo, si no menos, antes de que cayera sobre mí. Di una patada al suelo, gimiendo de dolor — estaba segura de estar encima de una tumba—, rodé, empujando la punta de la hoja de hoz hacia arriba.

Le di en el estómago, pero fallé. Faltó poco para darle en el corazón.

—Maldición. —Quitando la cuchilla de su estómago, me levanté rápidamente. Las garras de Toto se clavaron en la tierra entre mis piernas, me di la vuelta tan rápido que casi perdí el equilibrio. Me lancé hacia atrás, pero el sabueso infernal era enorme. Su putrefacto aliento me echó el pelo hacia atrás. Baba ácida goteaba, salpicando sobre mi hombro. Ropa quemada, y el dolor agudo penetró mi piel. El pánico era como un viento helado que corría por mis venas.

El grito ronco de Aiden pronunciando mi nombre fue advertencia suficiente.

Al diablo con aquello.

Tomando conciencia del cordón, sentí que cobraba vida, desatando un bajo y constante zumbido que se esparció por todo mi cuerpo. Las marcas del Apollyon corrían sobre mi piel, transformándose en jeroglíficos. Un destello se encendió en los ojos del sabueso infernal, como si pudiera ver las marcas y entender lo que eran.

Toto gruñó. En cuestión de segundos las tres cabezas estaban sobre mí con la precisión y letalidad de una cobra real. Llevando mi mano hacia arriba, mis dedos se enroscaron en el pelo grueso y enmarañado del animal. El poder corrió a lo largo de mi brazo y una luz azul apareció.

Sin previo aviso, las cabezas de Toto se echaron hacia atrás en un aullido. El grandullón se tensó y luego tembló cayendo hacia un lado, con las piernas aún moviéndose. La punta de la hoja de hoz sobresalía de su pecho, cubierta de una

oscuridad pringosa. Tras un instante, Toto no era más que un montón de brillante polvo azul.

En *shock*, miré hacia arriba mientras akasha volvía a asentarse en el cordón, sin haber sido usado.

Aiden estaba de pie ante mí, con las piernas abiertas y los hombros hacia atrás; el pelo le caía desordenado sobre la cara y los ojos eran del color del acero e igual de fuertes. Poder —poder natural procedente de años de dedicación—, irradiaba de él. Era una fuerza imponente que había que tener en cuenta, y allí estaba yo, el Apollyon, tirada, con mi trasero en el suelo mientras él estaba de pie.

Era un guerrero, y yo estaba impresionada.

Aiden extendió su brazo.

—¿Estás bien?

—Sí —dije con voz ronca y quebrada, colocando mi mano sobre la suya. Cuidadosamente, me ayudó a levantarme—. Gracias.

—No...

Sujetando ambos lados de su cara, lo besé. Largo. Profundo. Fuerte. Cuando me eché hacia atrás, sus ojos eran pozos de plata fundida.

—Solo di, de nada. No es difícil. Dilo.

Durante unos segundos, Aiden no dijo nada. Finalmente admitió.

—De nada.

Mis labios formaron una gigante sonrisa.

—Ves, no ha sido tan difícil, ¿o sí?

La mirada de Aiden se deslizó de mi cara hacia abajo. Dio un profundo suspiro.

—Estás herida.

—No es nada. —Esquivé la mano que se acercaba a mi hombro. La quemadura ya se había entumecido—. Estoy bien. Solo es baba de perrito. No te acerques mucho, huelo a sabueso infernal mojado. Estoy realmente...

—Lexie.

El nombre —el sonido de la voz—, no era la voz de Aiden, pero la reconocí en mi corazón y en mi alma. No podía ser, pero lo era. Mi respiración quedó atrapada en mis pulmones. En un segundo, y con las piernas que apenas me sostenían, aparté la mirada de un Aiden atónito. *Mi corazón* conocía la fuente de aquella maravillosa, suave y hermosa voz.

Di un pequeño paso hacia atrás, inundada por una emoción que me oprimía el pecho y me quitaba el aliento. La confusión siguió mientras movía la cabeza de lado a lado, como si estuviera en un sueño. Lágrimas llenaron mis ojos. El pecho, cerrado en aquel momento, se abrió llenándose de emoción.

—¿Mamá?

Capítulo 20

No era como la recordaba.

La última vez que la vi —cuando la maté—, era un daimon, con huecos oscuros donde sus ojos deberían estar y una boca llena de dientes afilados, con la piel tan pálida y traslúcida que se le veían sus oscuras venas.

Aquella imagen manchó mis recuerdos de ella. Era algo que me avergonzaba tanto que intentaba no pensar en ello. El hecho de no poder recordar lo hermosa que era me horrorizaba, pero ella...

En aquel momento, estaba preciosa.

Tenía el cabello castaño oscuro cayendo por debajo de los hombros, enmarcando su rostro ovalado. Su piel era un poco más oscura que la mía, de tono oliváceo. Se parecía a mí, pero mejor —más refinada y hermosa—. Sus ojos eran de un color esmeralda brillante. Podía verlos hasta en la oscuridad, el calor que irradiaba de ellos me llamaba.

Me tambaleé dando un paso hacia adelante, librándome de las manos de Aiden.

—¿Mamá?

—Mi niña —dijo, y un pedazo de mi mundo se destrozó con solo escuchar su voz—. No deberías estar aquí. No puedes estar aquí.

No me interesaba el aquí o lo que fuera. Lo único que me importaba era que era mi madre y que yo la *necesitaba*; necesitaba sentir uno de sus abrazos, de aquellos que conseguían que todo fuera mejor, y lo necesitaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

Tropecé por la pendiente, dejando caer la hoja de hoz en la maleza espinosa.

—Mamá. *Mami*...

—¡Álex! —Gritó Aiden, su voz sonaba dolida y no podía entender por qué.

Él debería sentirse feliz por mí. Poder ver a mi madre de nuevo era algo que esperaba que ocurriera mientras estuviéramos en el Inframundo y, verla tan pronto, incluso antes de atravesar las puertas, era tan...

Y de pronto recordé la advertencia de Apolo. Habría espíritus, ¿pero qué hacia mi madre allí? Me detuve en seco, de pie a unos metros de ella. Aquello... aquello era demasiado cruel, hasta para los dioses.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras una pequeña y triste sonrisa se formaba en sus labios.

—No deberías estar aquí. Regresa antes de que sea demasiado tarde.

Parpadeé, sin poder moverme. ¿Era realmente ella? ¿O era algún tipo de truco? Con el corazón acelerado, abrí mi boca, repentinamente seca, pero antes de que dijera algo su forma titileó, al igual que la de Caleb cuando estaba en la celda. Era una sombra —bueno, no habría abrazos—, ¿pero era ella?

Aiden subió la colina detrás de mí, parando antes de llegar a donde estaba.

—Álex, es...

—No lo digas. —Sacudí la cabeza; no podía lidiar con aquello. No podía verlo de forma objetiva por más que lo intentara—. Por favor, no lo digas. —La forma de mi madre titileó de nuevo.

—Tienes que volver. Vete de este lugar antes de que sea demasiado tarde. No vayas. No podrás regresar. —A mi garganta le costó soltar un sollozo. Al bajar la vista, cerré los ojos con fuerza. Era ella, pero... no lo era. *Déja vu*, pensé amargamente. Ya podía verlo, mi madre y yo de pie; yo sosteniendo un arma apuntándola directamente a ella, mi brazo temblando, incapaz de hacer lo que debía hacer.

Podríamos haber muerto en aquella ocasión o mientras estábamos en Gatlinburg. Caleb podría haber muerto en aquel momento y no meses después, en la falsa seguridad del Covenant. Fallé aquella vez y estaba a punto de fallar de nuevo. Y esta vez, ¿sería Aiden quien moriría por culpa de mi incapacidad para ver más allá de lo que era realidad?

No era mi madre. Aquello era solo una cosa; una forma de guardia para que no llegáramos a las puertas. Con mi pecho comprimiéndose, levanté mis húmedas pestañas.

—Tú no eres mi madre —dije con la voz ronca.

Sus delicadas cejas se fruncieron y sacudió ligeramente su cabeza.

—Nena, no lo hagas. Cualquiera que sea la razón por la que piensas que tienes que hacerlo, no lo hagas. Aléjate, antes de que lo pierdas todo.

En cierta forma ya sentía que lo había perdido todo.

Aiden puso su mano sobre mi espalda y saqué fuerzas de aquel simple gesto. Aspiré profundamente y exhalé de forma pausada.

—No va a funcionar. Tú no eres mi madre, así que... no sé, ve a hacer lo que se supone que debes hacer.

Soltó un exasperado suspiro; parecía un gesto que mi madre hubiera hecho. Durante un instante, dude de mí misma. Tal vez era ella y yo estaba actuando como una estúpida, pero en aquel instante cambió.

Cara pálida, venas traslúcidas sobre la piel que parecía de papel. Sus ojos estaban hundidos como pozos negros y, cuando abrió la boca, dientes afilados como cuchillas la llenaban.

—¿Así está mejor? —preguntó con aquella dulce voz que solía tener.

—Por los dioses —susurré, horrorizada—. Eso ya es ser retorcido de verdad.

Sus labios formaron una sonrisa torcida.

—Tendrás que matarme si quieres pasar, y nena, ambas sabemos que no está en ti, no podrás hacerlo de nuevo.

Se me revolvió el estómago al comprenderlo.

—Mierda...

Aiden fue a ponerse delante de mí. Vi cómo levantaba la daga y supe que iba a hacerlo, a hacerlo por mí. Sin embargo, por mucho que apreciaba el gesto y por mucho que deseaba que lo hiciera, no podía.

Puse mi mano sobre su brazo, deteniéndolo.

—Yo... yo lo hago.

La áspera risa de mi madre fue como una onda sísmica.

—¿Estás segura? —preguntó Aiden.

Podía ver su sombría determinación y algo me decía que no quería hacerme caso, pero cuando asentí, retrocedió y me entregó la hoja de hoz que se me había caído. Sentí frío cuando mis dedos sujetaron el mango. Odiaba el sutil temblor de mi brazo y el gran peso del arma.

Pero más que nada, odiaba lo que tenía que hacer.

Mamá me miró con curiosidad.

—Ay, nena. ¿En serio quieres hacerlo? —Dio un paso a través de los escombros, deteniéndose frente a mí. Se rio otra vez—. ¿Matar a tu madre dos veces? Espera. En realidad serían tres veces.

—Cállate —gruñó Aiden.

Pero aquella cosa —fuera lo que fuera—, estaba determinada a no parar.

—Morí, al menos en todos los sentidos que importaban, en Miami. Y fue para mantenerte a salvo. Por lo tanto, eso también fue culpa tuya. A la tercera va la vencida, ¿verdad? ¿Crees que puedes hacerlo? ¿Y qué? No significa nada. Aún no has visto nada.

La parte posterior de mi garganta quemaba mientras daba otro tambaleante paso hacia delante, levantando mi brazo.

—No traes nada más que muerte a los que te rodean —continuó—. No deberías haber nacido, porque matarás a todas las personas que quieres, de una u otra manera.

Aquellas palabras se clavaron muy adentro, en las profundidades de mi corazón. Sin decir una palabra, pues sabía que no importaba, moví la cuchilla.

Lo había hecho. Hubo un destello opaco de luz, y luego su forma se desvaneció como si no fuera nada más que un truco de humo. En cuestión de segundos, fue como si nunca hubiera estado allí, y solo permanecieron las crueles y castigadoras palabras.

—Bueno —dije un poco insegura—. No puede ponerse peor que eso.

Pero sí lo hizo... en menos de un segundo.

Dos formas aparecieron al lado del montón de escombros, tomando cuerpo rápidamente. No tenía ni idea de qué sucedería ahora. Me quedé al lado de Aiden y esperamos mientras las sombras fantasmales se convertían en dos personas. Aiden respiró profundamente y se irguió. A principio no me di cuenta de lo que significaba. Las dos sombras eran dos desconocidos para mí, un hombre y una mujer. Ambos eran altos y de aspecto elegante; tenían un aire a puros. La mujer tenía el pelo rizado del color de la seda del maíz hilado y el hombre tenía el pelo oscuro con unos ojos plateados sorprendentemente familiares...

Los había visto antes... en un marco de una foto en una habitación en casa de Aiden, en casa de sus padres.

El hombre y la mujer eran su padre y madre.

—Oh, dios —susurré, bajando la hoja de hoz.

Al ver a los padres de Aiden —la aparición de nuestros seres queridos fallecidos—, de pronto todo tuvo sentido. No era una pelea física lo que protegía las puertas, no como los guardias y el sabueso infernal. Aquello era una prueba emocional y mental; una táctica diferente para que no siguiéramos y volviéramos, porque si no volvíamos tendríamos que enfrentar lo impensable.

Aiden no dijo ni una palabra, solo los miraba fijamente. Nunca lo había visto tan quieto, ni siquiera la primera vez que me había visto arreglada después de haberle dado un puñetazo en la cara y luego un beso. Ni siquiera cuando las furias atacaron el consejo o cuando se enteró de que yo había matado a un puro. Ni siquiera cuando estaba parado al lado de mi cama esperando a que me despertara después de que Linard me hubiera apuñalado.

Nunca lo había visto así; tenía la cara completamente carente de emociones, pero sus ojos eran de un color entre gris y plateado. Tensión irradiaba de todo su cuerpo, todos sus músculos parecían petrificados. Tras ver lo que me acababa de pasar, él sabía que aquello no iba a ser nada bueno.

Quería detener todo aquello antes de que empezara, para que no tuviera que sentir el dolor brutal, las hirientes palabras que cortarían hasta abrir viejas heridas. Pero cuando me acerqué, él volvió a la vida.

—No lo hagas —dijo, con la voz cargada—. Quiero escucharle.

Le miré como si estuviera loco.

—Por supuesto que quiere escucharnos —dijo el padre de Aiden—. Mi hijo no es ningún cobarde. Será tonto, pero no es cobarde.

Di un salto al escuchar el sonido de su voz. No podía creer que su voz fuera tan parecida a la de Aiden.

La sonrisa de su madre parecía lo suficientemente cálida.

—Hijo mío, no quieres hacerlo. Las respuestas que buscas no existen en los lugares a los que quieres ir.

—Debo hacerlo —respondió Aiden fríamente.

El padre alzó su barbilla.

—No. Lo que tienes que hacer, lo que debes hacer, es dar la vuelta y salir de este lugar.

Al ver que Aiden no respondía, su padre se acercó y su voz se volvió más severa, implacable.

—Tienes que hacer lo correcto, Aiden. Nosotros te enseñamos que siempre debes de hacer lo correcto.

Aiden asintió con rigidez.

—Sí, lo hicisteis, y es por eso que tengo que hacerlo.

Los ojos del hombre se estrecharon y supe que estaba a punto de presenciar un drama familiar épico.

—Lo correcto hubiera sido que ocuparas tu lugar en el Consejo, como habíamos planeado.

Oh no...

Un músculo se tensó en la mandíbula de Aiden.

—¿Crees que puedes lograr lo que sea que esperas como Centinela? —preguntó su padre, me pregunté si su padre siempre había sido así. Frío, disciplinado. ¿De ahí venía el casi rígido control de Aiden? Pero Aiden nunca se había dejado vencer por ese control.

Su padre aún no había terminado.

—Estás desperdiciando tu vida y, ¿para qué? ¿Para vengarte? ¿Justicia? ¿Eludes tus deberes mientras que el puesto de nuestra familia permanece vacío?

—Es que no lo entiendes —dijo Aiden—. Y... nada de eso importa ahora.

El cambio que se apoderó de su madre fue totalmente dramático. Se fue la calidez y la elegancia.

—Nos avergüenzas, Aiden. *Nos avergüenzas.*

Parpadeé.

—Un segundo...

—No tienes control. —La voz de su padre destilaba repugnancia—. Te enseñamos a no aprovecharte de los que están bajo tu cargo. Mira qué has hecho.

La madre chasqueó la lengua.

—Pones en riesgo su vida, sabiendo que podría pasarle algo por tu falta de control. ¿Cómo puedes ser tan irresponsable? ¿Cómo puedes hacerle esto a alguien a quien dices amar?

Mi boca se abrió.

—Oh, pero eso no es...

—No puedes protegerla. —Su padre hizo un gesto hacia mí—. No pudiste protegernos a nosotros. Eres un fracaso. Solo que aún no lo ves, seguirás empujándote hacia delante hasta que ya no puedas seguir.

Su madre asintió.

—Estoy sorprendida de que Deacon haya llegado tan lejos. Pero bueno, solo míralo; mi bebé, un borracho y adicto, y ni siquiera tiene dieciocho años. Estoy tan orgullosa.

Me giré hacia Aiden y le supliqué.

—¡No tienes que escuchar todo esto! Puedes detenerlo.

Ella sonrió fríamente, continuando como si ni siquiera hubiera hablado.

—Y ella, mira qué le has hecho. Dándole el Elixir, quitándole su voluntad. Eres menos que un hombre.

—*Perra* —le escupí, lista para lanzarle mi cuchillo, al estilo ninja.

—Vete, ahora —dijo su padre—. Vete de este lugar. O su sangre estará en tus

manos.

Nunca en mi vida quise exorcizar fantasmas, nunca tanto como lo deseaba en aquel momento. La ira zumbaba como veneno a través de mí cuerpo.

—Aiden, no les hagas caso. No son reales. Lo que están diciendo son estupideces. Tú...

—Lo que están diciendo es real. —Aiden tragó saliva, lanzándome una breve mirada—. Pero no son ellos quienes lo están diciendo.

Al principio no lo entendí, porque dudaba de que sus padres fueran tan imbéciles en la vida real, pero después me di cuenta.

—Lo que mi madre dijo... somos nosotros. —Giré hacia él lentamente—. Todo lo que están diciendo, ¿es lo que de verdad piensas?

Al no contestarme, me sentí más aterrorizada, más aterrorizada de lo que había estado de todo lo demás que había sucedido hasta ahora. ¿Pensaba aquellas horribles cosas de sí mismo? ¿Y cuánto tiempo había estado con aquella carga? ¿Años?

—¿Y tu hermano? —dijo su padre, sacudiendo la cabeza mientras la preocupación aparecía en su rostro.

Iba a destripar a sus padres.

—Está desprotegido —agregó la madre—. No deberías estar aquí, deberías de estar con él, no aquí, siguiendo esta inútil búsqueda. Él también morirá, como nosotros, y tú serás el...

—¡Basta! —rugió Aiden, lanzándose hacia delante.

Ni sentí ni vi que hubiera cogido la hoja de hoz de mi mano, pero lo había hecho. La hoja se movió en la oscuridad reinante.

—Te arrepentirás —dijo su madre, tan solo un segundo antes de que la cuchilla cortara a través de sus padres.

Al igual que con mi madre, se deshicieron en finas y tenues hebras de humo de colores, y luego desaparecieron, dispersándose en el aire a su alrededor. Y al igual que con mi madre, sus palabras permanecieron.

Aiden estaba de espaldas a mí. Sin decir ni una palabra, golpeó el botón de la hoja de hoz y con un suave sonido de succión desapareció en el tubo del mango. Ya no había peligro. Ya habíamos visto a los tres que custodiaban las puertas: los guardias, el sabueso infernal y los espíritus.

Pero no podía controlar mi acelerado corazón.

—¿Aiden...?

Sus hombros se tensaron y miró hacia otro lado. Su perfil era sombrío, la línea de su mandíbula dura.

—Hace tiempo que pienso esas cosas. Ser Centinela era lo correcto para mí, lo que quería y lo que necesitaba. Pero ahora no sé si fue la decisión acertada.

No sabía cómo responderle.

—Pero no estás eludiendo tus deberes ni nada de eso. Aún estás haciendo algo muy importante, Aiden. Y algún día, si es que quieres ocupar tu puesto... aún podrás.

—Me dolió decir aquellas palabras más de lo que debería y fue por una razón puramente egoísta. Si Aiden tomaba aquel puesto, no habría ninguna posibilidad de estar juntos. No habría un futuro con una casa, un perro o un gato.

Pero si él sentía que debía ocupar su lugar, no lo detendría. Podía ser que sus padres o su voz interior tuvieran razón, en cierta forma. Con un puesto en el Consejo, podría hacer más. En el sentido de cambiar las cosas, pero...

Demonios, nada de aquello importaría si Seth lograba ganar.

—Podría —dijo, casi para sí mismo, y mi cara hizo una pequeña mueca de dolor—. Mi hermano...

—No es un adicto. —Hice una pausa—. Está bien. Es un poco borracho y toma drogas, pero no es un adicto. Seth es un adicto. Un daimon es un adicto. Deacon está en la cabaña haciendo filetes marinados.

Aquello trajo una leve sonrisa a su rostro.

—Está a salvo.

—Sí.

Me miró y exhaló bruscamente.

—No morirás por mi culpa... no es lo que de verdad pienso.

—Qué alivio.

Aiden cerró los ojos brevemente. Cuando los volvió a abrir, eran de un gris muy suave.

—La verdad es que ha sido bastante agradable callar esas malditas voces, aunque fuera por una vez.

Dando un paso hacia adelante, puse mi mano sobre su brazo y apreté.

—¿Estás bien?

—Sí. —Inclinó su cabeza, poniendo sus labios sobre mi frente—. Déjame traer la mochila y luego entramos a la iglesia juntos. ¿De acuerdo?

Asentí, esperando fuera. Aiden regresó con la mochila y se arrodilló. Metiendo su mano, sacó un oscuro material sin forma y me lo ofreció. Mientras lo cogía, sacó otro igual.

—¿Una capa? —Me la puse—. ¿Dónde la conseguiste?

Aiden se levantó, poniéndose la mochila de nuevo.

—Te sorprenderías de lo que el padre de Solos había escondido en sus cabañas. De hecho, cogí estas cuando estábamos en Atenas. Pensé que tal vez las necesitaríamos.

—Eres tan inteligente y organizado.

Mientras reía, se puso la suya y luego estiró sus brazos, agarrando los bordes de mi capucha para ponérmela.

—Tenemos que ocultar esa cara bonita que tienes.

Me sonrojé.

—Lo mismo va para ti.

—¿Tengo una cara bonita? —Aiden levantó su capucha, lo que creó sombras por

todo su rostro—. Creo que prefiero guapo en vez de bonito.

Guapo no era una palabra lo suficientemente fuerte, pero asentí. Acercó su mano a la mía y yo la cogí, reconfortándome con el fuerte pero cálido apretón.

—¿Estás lista? —me preguntó.

—Sí.

Juntos, avanzamos por la línea de piedras caídas y encontramos la abertura. Pasamos a través del lugar en el que un día hubo una puerta. No encontramos más advertencias o guardias, solo restos de cemento y maleza que había crecido con los años.

Esperamos.

Tras unos diez segundos, un escalofrío cargado de energía me recorrió la espalda. Aiden también lo sintió, pues su mano se apretó a la mía aún más fuerte. La energía se arremolinaba ansiosa en mi estómago, enviando espasmos de miedo e incluso algo de excitación.

Tenía la esperanza de que aquella vez mi visita al Inframundo fuera diferente.

En la parte trasera de la construcción, el aire se ondulaba como cuando el calor sale del asfalto en pleno verano, mientras el velo que separaba la verdad del mundo mortal simplemente se alejó.

—¿Lo ves? —pregunté.

Aiden apretó mi mano.

—Sí.

La puerta de hierro forjado cubierta de titanio era enorme, asegurada a algo que ninguno de los dos podíamos ver. En vez de barrotes, había lanzas de dos puntas adornadas con imágenes de toros negros y ovejas. Donde ambas puertas se unían, una réplica del casco invisible estaba grabada en el hierro. El olor a humedad se hizo más fuerte.

Con su mano libre, Aiden abrió la puerta, que cedió sin hacer ruido ni revelar nada más que oscuridad; no del tipo asociado con la noche, era un vacío negro. Un portal. Y juntos, de la mano, entramos por las puertas del Inframundo.

Capítulo 21

Nada más pasar por las puertas creía que nos estamparíamos de cara contra el suelo, pero el suelo seguía bajo nuestros pies mientras nos adentrábamos en las profundidades de la oscuridad, hasta toparnos con una densa y empalagosa niebla.

Echando un vistazo por encima de mi hombro, intenté encontrar la puerta antes de que la niebla nos tragara enteros, pero había desaparecido y cada vez se volvía más pesada. Me cogí de la mano de Aiden mientras zarcillos grises se deslizaban entre nosotros, envolviéndonos en un tipo de capa diferente. Ni siquiera podía verle... ni tampoco lo que estaba a tan solo unos centímetros de mí. Una punzada de pánico me acribilló el pecho.

—Estoy aquí, a tu lado. —La profunda voz de Aiden partió el velo y él apretó mi mano—. No me sueltes.

Durante un instante, consideré la idea de usar el elemento aire para dispersar la niebla, sin embargo, si estaba allí era por algo y no creía que fuera algo bueno hacerla desaparecer como si nada.

Cuanto más nos adentrábamos en la niebla, más extraña era la sensación de ceguera completa. Y de pronto escuché otro sonido aparte de los violentos latidos de mi corazón; el sonido de algo con moviéndose o arrastrándose sobre los pies y ropa ronzando a nuestro alrededor, y un zumbido parecido al aliento de alguien en sus últimas. Estaba segura de no querer saber la procedencia. Siguiendo el camino del brazo de Aiden, di un paso, acercándome a él, tan cerca que fue una sorpresa no haberle hecho tropezar.

Tras varios minutos de andar a ciegas entre la niebla y aquel terrible e interminable sonido, esta empezó a deshacerse hasta que el camino delante nuestro quedó a la vista.

Cogí aire con fuerza, incapaz de soltarme de su brazo. La pequeña parte del Inframundo que había visto antes no me había preparado para esto.

Cuando la niebla desapareció por completo, pudimos ver el cielo, del color de un sol que empezaba a desteñirse, un cruce entre rojo y naranja, pero ni rastro del sol. A nuestro alrededor estaba lleno de gente caminando sin objetivo alguno. Vestidos con harapos, se movían de aquí para allá. Muchos lo hacían en silencio; algunos gemían en voz baja, mientras que otros murmuraban entre dientes detrás de sus capas, pero todos miraban el suelo. Eran jóvenes y viejos, desde el niño más pequeño hasta el anciano más arrugado.

Aquel lugar se extendía más allá de lo que el ojo humano podía ver, hasta las puntas de las Montañas de las que Apolo nos había hablado. No entendía muy bien dónde estábamos. No era el limbo —estaba segura—, pues había estado allí antes.

Ninguna de las almas levantó la vista al pasar a su lado. No había guardias

subidos en caballos, como había visto en el limbo. Era como si aquellas personas hubieran sido puestas allí, abandonadas a su suerte y aburrimiento.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro.

Aiden entendió qué estaba preguntando.

—La mayoría de los muertos residen aquí. —Me condujo alrededor de un grupo de tres, reunidos en el barro—. Aquellos que han sido enterrados, pero no se han enfrentado a su juicio. Algunos de ellos han hecho algo en sus vidas que les hace temer ser juzgados. Otros están...

Una mujer se puso delante nuestro, su mirada pegada al suelo, mientras se frotaba las manos.

—¿Dónde está mi bebé? —murmuraba entre dientes una y otra vez.

—Algunos están confundidos —proseguí—. No saben que están muertos. — Aiden asintió solemnemente.

Y de la nada, la triste mujer simplemente desapareció, como si hubiera atravesado un portal invisible; un segundo estaba ahí y el siguiente ya no estaba.

Me detuve.

—¿Qué demo...?

—Te lo explicaré, pero tenemos que seguir. —Aiden tiró de mí para que continuara—. Las leyendas dicen que algunas de estas almas dejan el limbo y se convierten en sombras. Vuelven al mundo mortal y luego regresan aquí de nuevo. Creo que ni siquiera lo pueden controlar.

Tragué saliva.

—Son fantasmas.

—Pensé que no creías en los fantasmas. —El humor adornaba su tono.

Era un buen momento para cambiar de opinión. Mientras me asomaba tras la capucha observé algo espantoso en algunas almas, muchas de ellas se veían sólidas y por cómo se rozaban contra mí, sabía que tenían masa, pero otras tenían un aspecto algo raro y borroso. Y a medida que les prestaba más atención, más desaparecían.

Aquel lugar era espeluznante, como caminar por un laberinto de los desesperanzados y olvidados. Y ni siquiera habíamos llegado al Valle del Lamento. Oh sí, aquello iba a ser divertido.

Un repentino frío húmedo se adhirió al aire a nuestro alrededor. Levanté la cabeza, echándole un vistazo al cielo tostado anaranjado en el instante en que una gota de agua cayó, salpicando mi mejilla. Luego el cielo se abrió, empapándonos con la fría lluvia en tan solo unos segundos.

Suspiré.

—¿En serio? ¿Tenía que llover?

—Al menos no es ácido.

Así era Aiden, siempre buscando el lado positivo de las cosas. Tiré de la capucha lo más adelante posible. Las almas no le hacían caso a la fuerte lluvia. Tal vez estaban acostumbradas. Quería parar y gritarles, decirles que se enfrentaran a su

juicio, pues lo que fuera que les esperara no podía ser peor que aquello.

Especialmente para los pequeños que estaban solos; no era posible que hubieran hecho nada tan malo que justificara una eternidad en el Tártaro.

Un niño estaba sentado, solo, en un gran charco que la lluvia había creado. No tendría más de cuatro o cinco años. Movi6 sus gorditos dedos sobre el barro, dibujando un círculo y luego líneas serpenteantes por todo su alrededor.

El sol; estaba dibujando el sol.

Empecé a caminar hacia él, no tenía claro qué iba a hacer, pero tenía que hacer algo, tal vez convencerle de enfrentarse a su juicio. Solo los dioses sabían cuánto tiempo había estado allí. Puede que su familia ya estuviera en los Campos Elíseos.

—No —dijo Aiden suavemente.

—Pero...

—Recuerda lo que dijo Apolo. No podemos intervenir.

Me quedé mirando al niño, luchando contra las ganas de liberarlo.

—Está mal.

Aiden me apretó la mano más fuerte.

—Lo sé, pero no hay nada que podamos hacer.

El corazón me dolía mientras miraba al niño tallar una luna al lado del sol, sin darse cuenta de la lluvia o de las otras almas que por poco lo pisoteaban. Quería enfadarme, y lo estaba, incluso con Aiden, por tener razón. No podíamos hacer nada. Y habría más como aquel niño, más almas perdidas.

Peleando contra el ardor de las lágrimas aparté mi mano, liberándola de la de Aiden, pero no salí corriendo. Ajusté mi paso al suyo mientras dejábamos atrás al pobre niño, navegando en el interminable campo de almas que habían sido dejadas atrás o dejadas de lado.



Nos llevó horas atravesar los Campos de Asfodel. Para cuando los dejamos atrás, el barro ya nos llegaba hasta los tobillos y nuestras botas pisaban pequeños trozos de hierba; estábamos empapados y congelados, nuestras capas pesaban, colgando hasta tocar el suelo debido al peso del agua. No tenía ni idea de cómo había llegado el agua al interior de mi bota, pero con cada paso, notaba el chapoteo de mi pie en su interior. El agotamiento me perseguía y, seguramente, también a Aiden. Sin embargo, no nos quejamos. Haber viajado por el campo donde deambulaban todas las almas sirvió como recordatorio de que las cosas podrían ser peores.

La lluvia había cesado un poco, convirtiéndose en una constante y estable llovizna. Ahora el cielo estaba de un color naranja oscuro, señal de que la noche se acercaba. Las montañas verdes conducían a una gruesa, casi impenetrable, pared de piedra; iba a ser una subida empinada.

—¿Quieres descansar un momento? —Preguntó Aiden mientras examinaba las montañas—. Parece que aquí estamos bastante a salvo. Podemos tomarnos un...

—No. Estoy bien. —Pasé a su lado, escalando lentamente la primera montaña, ignorando el sordo dolor que iba alojándose en mis sienes—. Además, cuanto antes lleguemos y nos metamos en los túneles, más tiempo podremos descansar, ¿verdad? Allí estaremos más seguros, si queremos pasar la noche.

—Sí. —En solo un segundo, Aiden ya estaba de nuevo a mi lado. Sacó su mano de la capa y la deslizó dentro de mi capucha; sentí su palma, caliente, contra mi mejilla. El gesto fue breve y se terminó demasiado rápido.

Viajamos en silencio, sin embargo la preocupación no me dejaba en paz. El dolor de cabeza no era grave, nada como lo que había experimentado justo antes de que Seth se conectara conmigo, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo tardaría en empeorar. La única esperanza era llegar a algún lugar seguro —preferentemente seco—, donde pudiéramos quedarnos a pasar la noche. Necesitaba dormir, y cuanto antes mejor.

El extraño cielo se oscurecía más y más con cada montaña que escalábamos, forzándonos a caminar más rápido. Cruzamos un campo de narcisos que nos llegaban hasta las rodillas, con pétalos de un blanco luminoso que desprendían una esencia increíblemente dulce. La pared de piedra se veía más cerca a medida que las flores daban paso a los árboles, o al menos eso parecía. Llegaban hasta el cielo, la mayoría con las ramas desnudas, como dedos delgados tratando de alcanzar la creciente oscuridad. Alrededor de las ramas bajas, frutas rojas como el rubí colgaban en el aire. Granadas.

La curiosidad sobre el sabor que tendrían me llevó a intentar coger una.

La mano de Aiden tiró de la mía de forma casi dolorosa. Dejé escapar un grito sordo por el sobresalto.

—No —dijo severamente. Tras su capa, sus ojos brillaban plateados—. ¿No conoces nada sobre Perséfone?

Lo miré indignada.

—Sí, es la Reina del Inframundo. No soy estúpida.

—En ningún momento he dicho que seas estúpida. —Me aflojó la mano mientras me arrastraba a través de los árboles, hacia el último montículo—. Aunque estoy empezando a pensar que deberías haber perdido menos tiempo durmiendo en clase o haciendo lo que sea que hacías.

—Ja. Ja.

—Perséfone comió de estos árboles de granadas. Si comes algo de este mundo no puedes abandonarlo nunca.

Todas las posibles respuestas ingeniosas y arrogantes se desvanecieron. Dios, me sentí como una idiota por no recordarlo.

—Está bien, tal vez debería haber prestado más atención en clase.

Una suave risa salió de su boca, pero se esfumó al ver la montaña.

—Por todos los dioses...

Era empinada, con ciertas partes cubiertas de hierba, raíces expuestas, árboles con enormes frutas negras en forma de lágrimas colgando de sus ramas y unas cosas que esperaba que fueran fragmentos claros de roca —no huesos, como parecían ser—. En la cima había un saliente que llevaba hasta la gruesa pared de color gris.

Suspirando, adelanté a Aiden.

—Mejor empezamos.

Escalamos la montaña, usando las raíces para ayudarnos y seguir subiendo. No sé cómo Aiden lo logró; aunque cargaba la pesada mochila sobre su espalda, se movía mucho más rápido que yo.

A medio camino, antes de llegar a la cima, un extraño sonido se escuchó por encima de las copas de los árboles. Frené, levantando la cabeza. La pesada capucha se deslizó hacia atrás, mientras miraba a través de la llovizna, más allá de los árboles, hasta el cielo, que ahora era de un azul oscuro.

La noche había caído. En aquel instante, recordé la advertencia de Apolo.

—Vamos —alentó Aiden—. Tenemos que darnos prisa.

Agarrando una raíz, me empujé hacia arriba.

—Ese ruido... ¿lo has oído? —Aiden no dijo nada, simplemente siguió escalando.

Las ramas sobre nosotros empezaron a temblar, balanceando las frutas gigantes. El sonido se hizo más fuerte.

—Yo... creo... que el sonido viene de la fruta. —Sobre mí, una lágrima negra del tamaño de un puf de bolitas tembló, antes de estirarse y abrirse; una... una larga, negra y peluda pata apareció. El centro de la masa se movió y, luego, una hilera de ojos rojos como el rubí me miraron directamente.

—Oh, por los dioses... no son frutas. —Ahora entendía perfectamente por qué las almas no viajaban cerca de los túneles.

La araña gigante cayó del árbol, golpeando el suelo con seis de sus ocho patas. Su chillido convirtió mi sangre en hielo. Otro golpe sordo se escuchó sobre la hierba... y luego otro y otro. Su macabro coro ahogó cualquier otro sonido.

Aiden se deslizó por la montaña, arrastrando piedrecitas sueltas y huesos mientras corría hacia mí. Agarró mi mano en el instante justo en que una caía a nuestro lado, con los colmillos brillando, levantando dos de sus patas y chirriando como cuando alguien pasa las uñas por una pizarra.

Gritando, di un salto hacia atrás, golpeándome con Aiden, mientras la enorme araña corría por el suelo. Aiden me empujó hacia un lado y sacó una daga. Con un movimiento rápido la clavó hasta el mango en el estómago del animal.

Rodé hasta estar de rodillas y me levanté; pude observar la grotesca imagen de miles de patas negras corriendo precipitadamente por el suelo.

Algo pesado se estrelló sobre mi espalda, empujándome de cara contra el barro y la hierba húmeda. Un dolor punzante se apoderó de mi labio, mientras sentía el sabor

de la sangre en la boca, pero era el menor de mis problemas, teniendo en cuenta el espeluznante peso de la araña sobre mi espalda.

Sus patas intentaron cortar la capa mientras siseaba en mi oreja. Llamando al poder que descansaba dentro de mí, sentí... sentí... no sentí nada.

Mierda.

Clavando las rodillas en el suelo, me impulsé y lancé la araña hacia un lado. Aterrizó de espaldas a unos metros, con las patas sacudiéndose en el aire mientras siseaba.

—Por los dioses, *odio* las arañas.

Aiden se inclinó, enganchando su mano alrededor de mi brazo. Tiró de mí hasta estar de pie, instándome a continuar.

—Este sería un buen momento para usar akasha.

Cientos de pequeños ojos rojos nos miraban.

—No puedo. Creo que no funciona aquí abajo.

Con sus manos sobre mi espalda, empujó para que subiera la montaña, mientras maldecía en voz baja.

—Todavía puedo sentir el elemento fuego. ¿Tú puedes sentirlo?

Levantando mi mano cubierta de barro, me sorprendí y a la vez estuve aliviada, al sentir una pequeña chispa.

—Sí.

—Bien. A la de tres, despejaremos un camino hasta las rocas de delante. —Se quedó a medias mientras cortaba con el filo una araña que se había acercado demasiado—. ¿Ves la grieta en esa roca de ahí?

La vi. También vi unas cien arañas entre nosotros y la pequeña grieta.

—Ajá.

—A la de tres, lo enciendes y corres. No pares. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Uno... dos... ¡tres!

Concentrándome en el elemento fuego, extendí mi mano, al igual que Aiden.

Bolas de fuego de color violeta golpearon la tierra a ambos lados, propagándose rápidamente, mientras formaban una pared.

—¡Ve! —Ordenó Aiden, empujándome hacia arriba.

Trepé por el suelo. No me sorprendí cuando vi a algunas de las peludas arañas saltando sobre el fuego. Otras intentaban atravesarlo, pero caían hacia un lado, siseando de dolor. Aiden se agarró de mi brazo, mientras escalábamos la última de las montañas, resbaladiza por la lluvia. Detrás de nosotros, las arañas sobrepasaban las llamas. Sabía que el sonido de sus patas corriendo precipitadamente por el suelo me perseguiría hasta volverme loca. Alcanzando la cima del saliente, mis dedos sintieron una roca, casi lloro de alegría.

Uno de los monstruos más veloces se lanzó desde abajo, enganchándose en mi pierna. Mi mano se resbalaba. El golpeteo de mi corazón se hizo más fuerte, mientras

el peso de la araña y la pesada capa me arrastraban hacia el borde.

Se me escapo un grito ronco mientras mis dedos se seguían resbalando, pero de pronto apareció Aiden, rodeándome los brazos. Tiró de mí, mientras sus poderosos músculos se tensaban hasta subirme sobre el saliente, con araña y todo. Con la pierna libre, rodé hasta situarme de espaldas, estrellando el talón de mi bota en uno de los ojos de la araña. Dejando salir un siseo, la araña soltó la pierna y cayó por la ladera de la montaña, llevándose a algunas más en su camino.

Tambaleándonos, nos pusimos de pie y nos adentramos a través de la estrecha grieta, justo en el momento en que la masa de arañas llegaba al saliente y se golpeaban contra la pared.

Capítulo 22

Era como si hubiésemos estado viajando durante horas a través de un estrecho y apretado túnel, tan oscuro que hasta mis ojos tuvieron dificultades para ajustarse. Aiden lanzaba una pequeña bola de fuego cada varios minutos, pero ninguno de los dos queríamos arriesgarnos a alumbrar durante mucho tiempo; no sabíamos qué podía haber allí abajo. Aquellas arañas no cabían por las angostas grietas, pero con nuestra suerte, tal vez tuvieran bebés más que ansiosos por encontrarnos en el laberinto del túnel.

Exhaustos y empapados hasta los huesos, nos detuvimos donde el túnel se ensanchaba, dando camino a lo que parecía ser la entrada a una caverna. Aiden entró en ella lentamente, mirando de cerca a través de la oscuridad. Levantó su mano mientras me acercaba para echar un vistazo.

—Primero déjame ver qué hay, ¿vale? —Dijo.

Controlé el impulso de empujarlo a un lado y ayudar.

—Adelante. Si hay un oso del Inframundo, que te coma a ti primero.

Lanzándome una sonrisa irónica, sacudió su cabeza y entró daga en mano. La pequeña bola de fuego que lanzó fue tragada por la oscuridad. Quedarme fuera de la caverna consumió todo el autocontrol del que disponía.

Me apoyé contra la lodosa roca, entumecida por culpa de la ropa empapada. Ni siquiera estaba segura de conservar todos mis dedos. Por suerte, Aiden me amaba y podía ver más allá de mi apariencia. Sin duda, parecería la reina de la graduación a la mañana siguiente, después de la noche infernal que estábamos teniendo.

Aiden regresó con las dagas enfundadas.

—Todo bien. Esta noche estaremos a salvo.

Separándome de la pared de roca, lo seguí hacia el interior. Era estrecho durante unos cuantos pasos, pero luego se ampliaba, formando una habitación circular. Definitivamente estaba todo más seco allí dentro, lo que era una ventaja. El agua caía sobre el suelo de roca por unos pequeños agujeros en el techo, pero el resto estaba seco.

Sin embargo, allí dentro había algo más...

En la parte izquierda de la habitación había una especie de manantial natural. Bueno, no estaba segura de que lo fuera, pero lo parecía. Hasta donde yo sabía, podía ser un pozo de ácido, sin embargo olía a...

—Jazmín —dije.

—Lo sé. —Aiden apareció a mi lado.

Lentamente echó la capucha de mi capa hacia atrás y, con suavidad, pasó el pulgar por debajo de mi labio; ya no dolía.

—Extraño, ¿no?

—Todo es extraño aquí abajo. —Acercándome al manantial de agua perfumada, estire la mano. Calor cosquilleó en mi palma.

—Está caliente, pero no parece que queme. —Aiden se había quitado la capucha—. Dudo que tengamos tanta suerte como para poder darnos un baño...

—¡Álex, no!

Demasiado tarde. Ya me había arrodillado y cuidadosamente había introducido un dedo en el agua; perder un dedo no me haría nada. El agua siseó.

El aire se mezcló a mí alrededor cuando Aiden se lanzó hacia adelante, agarrándome de los hombros.

—Estoy bien —le dije.

A parte de las repentinas burbujas de espuma, el agua era ciertamente placentera; tan clara que podía ver el fondo de roca.

—Por todos los dioses, Álex, no puedes meter el dedo en cualquier lado.

—Arqueeé una ceja.

Puso los ojos en blanco.

—Tu mente me asusta.

Sonreí.

—Te encanta cómo funciona mi mente.

El calor instantáneo fundió la plata en sus ojos.

—Casi siempre. —Se relajó y soltó mis hombros—. No estoy seguro de si debemos hacer una fogata o no.

Enderezándome, observé la ropa húmeda que llevábamos y que ahora picaba. Maldición.

—Podría atraer atención indeseada.

—Arañas —susurré.

Aiden asintió.

Me estremecí.

—Eres fuerte. —Se paró delante mío, inclinando su cabeza hacia un lado mientras colocaba las puntas de sus dedos en mi barbilla—. Y valiente, sin embargo las arañas te vuelven loca.

—Esas arañas eran el doble del tamaño de un Rottweiler, Aiden. No eran arañas normales.

—Siguen siendo arañas —murmuró, bajando su cabeza. Sus labios rozaron los míos. El gentil toque fue fugaz, pero poderoso—, pero si te quitas la ropa, estoy seguro de que podría secarla.

Mis ojos se abrieron.

—Guau. ¿Intentas desnudarme?

Su mirada plateada se encontró con la mía.

—¿Realmente necesitas que responda a eso?

Un ardiente sonrojo coloreó mis mejillas. Cuando se ponía así —todo coqueto y completamente sexy—, yo me ponía tonta. No estaba acostumbrada a aquel lado

suyo, y creo que nunca lo haría, lo hacía aún más emocionante. Lo observé fijamente, atrapada entre las imágenes que estaban en mi cabeza y el verdadero *hombre* de pie ante mí.

Aiden rio.

—Deberías verte.

Regresando a la realidad y saliendo de mis pensamientos, tenía la esperanza de que me viera como Álex, la Diosa del Sexo y no como Álex, la Loca.

—¿Qué aspecto tengo?

Su sonrisa era suave, casi oculta.

—Hermosa.

—¿Hermosa?

—Ajá. —Se movió hacia la esquina de la caverna, buscando entre las sombras dios sabe qué—. Pero hablo en serio, si te quitas esa ropa, puedo secarla.

Estaría completamente desnuda. No tenía porque ser tímida con él, pero el hecho de que fuera allí...

Se quitó la capa y la mochila. Como si me leyera la mente, arqueó una ceja.

—He traído dos mantas. No es mucho, pero son suficientemente grandes como para cubrirte.

Mis labios se ensancharon, formando una sonrisa. Sí, Aiden pensaba en todo.

—Eres lo más de lo más.

La mirada que me lanzó por encima del hombro, me dijo que lo sabía.

—Sé que la ropa te molesta.

—No es verdad, ni de lejos. —Lo último que quería, era parecer débil y quejica delante de Aiden.

Bajó la vista.

—¿No te molesta?

—No... —Mi mirada siguió la suya hasta posarse en mi cadera, donde estaba rascándome. Me quede quieta—. Está bien, sí que me molesta.

—¿Piel delicada? —Se acercó, luego se arrodilló y abrió la mochila.

Me quede mirando fijamente sus oscuros rizos, ahora mojados, mientras rebuscaba en la mochila.

—Sí, tengo la piel sensible. ¿Has metido alguna crema?

—No —rio—, pero tengo un surtido de frutos secos.

—Qué rico.

—También tengo nueces.

—Doblemente rico.

—Y un poco de agua. —Inclinó su barbilla hacia arriba, con los ojos cargados de diversión—. Lo siento, no pude meterte un McDonald's.

—Bueno, nadie es perfecto.

Aiden rio de nuevo. Por todos los dioses, amaba aquel ronco y profundo sonido y nunca me cansaría de escucharlo. Tiempo atrás, Aiden no se reía lo suficiente, así que

cada vez que lo hacía, lo atesoraba como mi más preciada posesión.

Colocó la manta en un espacio seco y luego se levantó.

—Iré a revisar la entrada, solo para asegurarme de que estaremos bien durante la noche.

Asentí y él se dio la vuelta sin decir nada, desapareciendo de nuevo por la grieta de la pared.

Sintiéndome atontada, considerando el lugar en el que estaba, me giré hacia el manantial. Tan solo de pensar en meterme en el agua caliente, me daban escalofríos; toda mi piel sucia me lo pedía a gritos.

Pero Aiden no estaría de acuerdo.

Tras quitarme la capa de un tirón, me quite las botas, mirando el agua como si fuera un filete. Si fuera peligrosa me habría despellejado la piel del dedo o hubiera estado corriendo en círculos graznando como una gallina. Tomé una decisión. Me desvestí rápidamente y deslicé mis pies dentro del agua. Suspiré cuando el charco espumó y burbujeó. Cuidadosamente bajé por los escalones de piedra. El agua chocaba y siseaba contra mis caderas cuanto más adentro me metía. La calidez, embriagante y placentera, se filtró a través de mi piel hasta llegar a mis músculos. Los numerosos cortes y moratones no me ardían, al contrario, parecía que el agua los aliviaba. El suave y seductor aroma parecía aliviar el leve dolor en mi sien.

En el centro del manantial, el agua me llegaba bajo el pecho, pero mi presencia hacía que se moviera y la espuma blanca me alcanzaba la clavícula, burbujeando alrededor del talismán.

Cerrando los ojos, dejé escapar un suspiro. Era tan agradable. Podría quedarme allí toda la noche, sintiendo como las pequeñas burbujas me hacían cosquillas en los pies y subían por mis piernas.

Era el cielo en el Inframundo.

Sonreí, pensando que Hades tenía lo mejor en cuanto a *spas* y relajación.

—Álex...

La voz de Aiden me sacó de mi meditación. Lancé una mirada por encima de mi hombro, sonriendo inocentemente.

—No pude resistirme. Lo siento.

No parecía enfadado. Sorprendentemente, tampoco parecía estar exasperado. Bueno tampoco parecía feliz, pero...

Oh...

Aiden parecía hambriento.

Mi respiración se detuvo y me llevó más de un intento encontrar mi voz.

—¿Todo bien fuera de la caverna?

Con los ojos caídos, asintió.

Me mordí el labio. Por supuesto que estaba bien. Estaríamos a salvo durante la noche, pero no estaba pensando en descansar precisamente. Lo que estaba pensando, *era* completamente inapropiado; tenía mis prioridades completamente equivocadas,

pero estábamos haciendo frente a lo desconocido. Aquel viaje era peligroso y los dos podíamos salir heridos. Peor aún, Aiden podría morir.

Pánico en estado puro me golpeó el pecho ante el pensamiento de perderlo. No podría soportarlo. Quería darle al botón de pausa. Quería vivir, vivir en el momento y hacerlo con Aiden. Era algo mágico.

Respiré hondo.

—Por qué... ¿por qué no me acompañas?

Parte de mí estaba segura que iba a tener que rogarle durante un rato. Aiden estaba «trabajando», y yo estaba preparada para usar todas las técnicas que conocía: incluyendo lloriquear.

Cuando dio un paso atrás y se quitó las botas, me quedé totalmente sorprendida. El *shock* se esparció por todo mi cuerpo al ver como tiraba de la camiseta para sacársela de los pantalones.

Mi respiración se detuvo.

Su estómago era pura perfección, producto de años de riguroso entrenamiento. Era como si alguien hubiera colocado cuadraditos de chocolate debajo de su firme piel. Y su pecho...

Sí, no podía dejar de mirarlo.

Durante todo el proceso me observó con aquella intensa mirada cargada de plata hirviendo. Sentí el sonrojo regresar a mis mejillas y mi respiración acelerándose.

Cuando sus manos se acercaron a la parte superior de sus pantalones, miré hacia otro lado. Estaba segura de que me desmayaría y me ahogaría si seguía mirando; y eso, definitivamente, arruinaría el momento.

Su ropa golpeó el suelo de roca y, después de un segundo muy largo de silencio, el agua se agitó y burbujeó aún más. Con el pulso martilleándome por todos lados, me giré hacia él y perdí la respiración mientras el corazón se me paraba de nuevo.

Aiden estaba allí de pie, como un dios.

Mucho más alto que yo, el agua rozaba su ombligo. Espuma blanca chocaba contra la planicie de su estómago y, de golpe, me vino a la cabeza la imagen de Poseidón levantándose del océano.

Poseidón no tenía nada de especial en comparación con él.

Se deslizó a través del agua burbujeante, con las manos a los costados. Tuve que echar la cabeza atrás para encontrarme con su mirada.

—Hola —dije.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—Tengo el presentimiento de que, en apenas segundos, voy a estar muy distraído.

—Estiró su brazo, cogiendo la goma de pelo que lo mantenía atado—. En realidad, ya estoy distraído.

Mi corazón trataba de escapar del pecho.

—Pero aquí estamos a salvo, Apolo lo dijo.

—Lo estamos, pero... —Gentilmente, me soltó el pelo alrededor de los hombros, mientras parte de mi melena se hundía en el agua—. Sin embargo, debemos ser cuidadosos. Debería estar prestando atención.

Me situé dentro del círculo que sus brazos habían formado mientras jugueteaba con mi pelo. Puse mi mano sobre su pecho; me encantó la forma en que se estremeció y respiró profundamente.

—¿No puedes hacer más de una cosa a la vez? Yo sí.

Aiden tiró suavemente de un mechón de mi pelo húmedo, poniéndolo detrás de mi hombro y luego siguió con otro.

—Qué mentirosa eres. Tus habilidades multifuncionales apestan.

—No apestan. Además, no estamos hablando de mis habilidades multifuncionales. —Mi mano se deslizó hacia abajo, como si tuviera vida propia—. Creo que puedes hacer dos cosas a la vez.

Cogió todo mi pelo, enrollándolo en su puño.

—¿En serio? —Colocó un dedo sobre mi labio superior, trazando lentamente la curva que formaba. Sus pestañas bajaron aún más y solo una pequeña parte plateada de sus ojos brilló—. Deberías estar descansando.

—Lo haré. —Di un último paso hacia delante. Estirándome, puse mi brazo alrededor de su cuello—. Tú también deberías descansar.

Acercó su mano libre a mi cuello, por encima del hombro y, luego, puso su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome fuerte contra él; cada centímetro de nuestros cuerpos tocándose. Me volvía loca. Cuando sus labios rozaron la curva de mi mandíbula, los ojos se me cerraron suavemente. Cada músculo de mi cuerpo se tensó y pude sentir las marcas deslizándose por toda mi piel.

—Podemos hacer turnos —dijo Aiden contra mi barbilla para seguir por el otro lado de mi mandíbula—. Tú descansa primero, duerme un par de horas y luego yo te despertaré. —Se detuvo dándome un beso en la parte sensible debajo de mi oreja. Temblé—. ¿Te parece?

Le hubiera dicho que sí a cualquier cosa en aquel momento, pero simplemente asentí.

—Por la mañana continuaremos. —Aiden bajó la mano que envolvía firmemente mi pelo, arqueando mi espalda. El frío aire de la caverna me ponía la piel de gallina. Respire hondo cuando sus labios regresaron donde mi pulso latía, luego más abajo, sobre el ascenso de mi clavícula y aún más abajo.

Luego se echó hacia atrás, soltándome. Su pecho subía y bajaba de forma irregular mientras se dirigía hacia el borde del manantial.

—Deberías estar descansando. Esto...

—Deja de hablar. —Me moví, consciente de que cuanto más cerca estaba, más abajo me llegaba el agua, dejándome al descubierto.

Aiden también era consciente de ello. Un músculo se tensó en su mandíbula

mientras bajaba la vista.

—¿Acabas de mandarme callar?

—No. —Lo seguí mientras él seguía retrocediendo, hasta que ya no tuvo donde ir y su espalda chocó contra el borde rocoso del manantial; estaba atrapado. Colocando mis manos a cada lado de su cuerpo, levanté la cabeza para observarlo—. Está bien, sí, te he dicho que te calles, pero lo he hecho de forma agradable.

Respiró lenta y profundamente.

—Creo que podría perdonarte.

Floté hacia adelante, dejando que mis piernas se enredaran con las suyas.

—Para ser alguien que no habla mucho, lo haces demasiado cuando prefiero que no lo hagas.

La risa de Aiden sonó atragantada.

—Eso no tiene mucho sentido, Álex.

Con una pequeña sonrisa, me incliné y presioné mis labios en la firme curva de su mandíbula, repitiendo lo que él había hecho, hasta que mi pulso retumbaba por todo mi cuerpo.

—Tener sentido está sobrevalorado.

—Tú crees que muchas cosas están sobrevaloradas.

Aiden dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras los músculos de su cuerpo se tensaban al agarrarse a las piedras en las que estaba apoyado.

Durante un segundo, su imagen me congeló. Ver a Aiden así, completamente vulnerable ante alguien, no era algo que sucediera a menudo. Toqué su mejilla, queriendo recordar aquel momento. La enormidad de lo que nos esperaba era como una corriente fría sobre mi piel y una más profunda sobre mi alma. No había forma de saber qué me deparaba el futuro. Tantas cosas podían cambiar.

Las palabras de Apolo me vinieron a la mente. «Solo puede haber uno».

Me estremecí, comprendiendo lo que significaba, entendiéndolo mejor de lo que quería entenderlo. Hasta Seth lo había entendido. Pensé en el maldito sueño que tuve cuando veníamos.

Puede que no hubiese años para Aiden y para mí, quizá ni siquiera meses o semanas. Puede que ni siquiera tuviéramos días. Y el tiempo que nos quedaba, lo pasaríamos en constante peligro. La siguiente hora no estaba garantizada y no quería perder el tiempo.

Los ojos de Aiden se abrieron.

—¿Álex?

Parpadeé para deshacerme de las repentinas lágrimas.

—Te quiero. —Fue todo lo que pude decir.

Levantó su cabeza, sus ojos buscando los míos, y quizá vio lo que estaba pensando. Quizá él también sabía que al final se perderían más vidas —algunas casi imposibles de superar y seguir adelante—, pérdidas que nos quitarían una gran parte de nosotros. Aquel momento que estábamos compartiendo, era posible que no lo

tuviéramos de nuevo.

Dejó de hablar.

Se despegó tan rápido de la pared, que el agua reaccionó en un frenesí de burbujas. Él —nosotros—, éramos puro frenesí. Sus brazos me apretaron contra él, su boca pedía, repitiendo aquellas dos palabras una y otra vez sin decirlas en voz alta. Me levantó, enterrando una mano en mi pelo, la otra presionando la parte baja de mi espalda, ajustándonos el uno al otro. Nos dimos la vuelta y mi espalda quedó contra el borde. Él estaba en todos lados a la vez, robándome el aliento, el corazón y el alma. No había tiempo para separarse, para tomar aire, tampoco había control ni límites. No había vacilación. Los dos estábamos allí, sin pensarlo. En sus brazos, con la forma en que el agua burbujeaba y se movía con nuestros cuerpos, perdí la noción del tiempo, pero gané una pequeña parte de mí. Gané una parte de *él* que mantendría cerca durante el resto de mis días, no importaba lo largos o cortos que resultasen ser.

Capítulo 23

Mientras dormía, Aiden se las había arreglado para secar nuestra ropa sin tostarla. Si me lo hubiera dejado a mí, seguramente la hubiera transformado en una antorcha. Dormí poco más de cuatro horas, despertando antes de que él me despertara. Me cambié y me acomodé a su lado, en una de las dos mantas delgadas. Ambos olíamos a jazmín, mejor que el olor a humedad del Inframundo.

Aiden estaba echado de lado con su pesado brazo sobre mi cintura.

—Podrías haber dormido más tiempo.

Yo jugaba distraídamente con la mano que apoyaba en mi estómago.

—Estoy bien. Es tu turno. Yo me quedaré despierta y me aseguraré de que ninguna araña te lleve.

Presionó sus labios sobre mi mejilla y soltó una risita.

—Estoy preocupado de que, llegado el momento en el que tengas que escoger entre una araña y yo, salga mal parado.

—Me enfrentaría a una horda de arañas por ti, cariño. —Sonreí ante el sonido de su risa—. En serio.

—Eso es amor verdadero. Ya vamos hablando en serio —bromeó.

—Lo es.

Hubo una pausa y luego dijo:

—Mientras dormías, he estado pensando en lo que dijo Apolo acerca de que hay otro dios involucrado.

Mi curiosidad se despertó. Levanté la cabeza para poder ver su rostro.

—¿Sí?

—Sé que Seth no ha dado indicios de quién podría ser, pero Marcus jura que es Hermes y bueno, como sabemos que ayudó a Seth...

—Siempre es Hermes. Es como el saco de boxeo de los dioses. El gran tonto.

—Exacto. —Aiden apartó un mechón de pelo húmedo de mi frente—. Parece demasiado obvio que sea él. Y a pesar de que Hermes ha hecho ciertas cosas, sus acciones suelen ser relativamente inofensivas. Esto, lo que les están haciendo a todo el mundo, el Olimpo incluido, es más grande que él, como si fuera algo personal.

Tenía parte de razón.

—Apuesto que ser el centro de las burlas del Olimpo podría volverse algo personal después de miles de años.

—Cierto, pero no sé... —Bostezó—. Sigo pensando en Seth, en su personalidad.

—Oh vaya...

Una sonrisa cansada apareció en su rostro.

—Quieras admitirlo o no, tienes algunos de los rasgos de Apolo. Así que, lógicamente, Seth tendrá rasgos de su propio linaje.

Había cosas peores que ser comparada con Apolo.

—Seth es arrogante y petulante. Eso no reduce la lista. —Aiden asintió y, al verlo tan cansado, apretó su mano—. Vete a dormir. Ya hablamos de esto mañana.

Aiden insistió en que no estaba muy cansado, pero su respiración no tardó más de unos segundos en acompasarse. Me quedé en sus brazos, con mis ojos fijos en la entrada. Seguía estando cansada y el dolor de cabeza había regresado nada más despertarme, extendiéndose desde las sienes, pero era manejable.

Reflexionando sobre lo que Aiden había dicho, tuve que concederle el hecho de que parecía que había algo personal detrás de todo aquello, pero el único problema, era el hecho de que seguramente todos los dioses tenían una buena razón para causar discordia. Incluso Apolo había dicho que, después de miles de años de estar juntos, no tenían nada mejor que hacer que molestarse el uno al otro.

Debíamos averiguar quién estaba detrás de aquello, pero ¿qué podíamos hacer? Eliminar a un dios era algo absurdo. Incluso los Titanes habían sido sepultados, no asesinados. La pérdida de cualquier dios traería consecuencias cósmicas. El mundo no dejaría de girar, pero todos los dioses se debilitarían si uno caía. Seguramente aquella era la única cosa que les impedía matarse entre ellos, pero...

Los problemas de uno en uno...

Seth y Lucian eran nuestro problema más urgente. Con suerte encontraríamos a Solaris y ella sabría cómo detenerlo. Una parte de mí no había perdido la esperanza de poder salvar a Seth de alguna manera, de poder curarlo. Sinceramente creía que, sin Lucian y la influencia del éter, no habría hecho las cosas que hizo.

Pero ¿quién era yo para decir que aquello lo absolvía de sus pecados? Si un drogadicto mataba a alguien bajo la influencia de las drogas, seguía siendo culpable. Seth había hecho lo que había hecho y tenía la impresión de que no había vuelta atrás.

El dolor era algo sucio en mi interior, como si me estuviera compadeciendo de un asesino.

Aparté a Seth de mi mente, acariciando los dedos de Aiden. Me pregunté si alguna vez volvería a escucharle tocar la guitarra. Esperaba que sí. Tal vez incluso podría convencerlo de que cantara; tenía una voz preciosa.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero no podía ser más de una hora. El cielo que se asomaba a través de los agujeros en el techo de la caverna seguía siendo de un azul intenso y mi dolor de cabeza... seguía aumentando. Ahora palpitaba detrás de mis ojos.

Era absurdo intentar engañarme. Sabía qué significaba. Seth estaba al otro lado de la conexión intentando llegar a mí. Sentí una fuerte punzada de pánico. Aquel no era el mejor momento. Un maldito ejército de arañas podría atacarnos mientras yo estuviera con él. Peor aún, podríamos ser descubiertos por Hades.

Moviéndome con cuidado me liberé del abrazo de Aiden y me levanté del suelo, acercándome al manantial. Con ayuda de la mano, me eché algo de agua con olor a jazmín en la cara. Antes me había ayudado, pero parecía que no iba a repetirse.

Me senté, concentrándome en mi respiración. Podía sentir el cordón. Todavía dormía, pero el zumbido se volvía más fuerte, más potente. Me agarré la cabeza con las manos, cerré los ojos, apretándolos y esperé. Una parte de mí sabía que nada podía pararlo.

Seth era increíblemente fuerte y terriblemente cabezota cuando quería serlo.

Esperé que el dolor llegara, pero no lo hizo. En su lugar, el zumbido del cordón se hizo cada vez más intenso y fuerte, hasta que todo mi cuerpo vibró. Luego el blanco se apoderó y murmullos empezaron a hacerse inteligibles hasta que pude reconocerlos.

Me alegro de verte... o de escucharte de nuevo, Álex.

Seth.

Abrí los ojos de golpe y, a diferencia de la última vez, Hermes no me había transportado mentalmente a otro lugar. El manantial seguía allí. Podía oír la profunda respiración de Aiden y sentir el ligero frío del aire de la caverna.

Sé que puedes oírme, Álex. Puedo sentirlo.

Gruñí.

Estás empezando a cabrearme.

A través del cordón, pude sentir su petulancia. Era como antes, como cuando estábamos conectados. Sus emociones fluían a través de mí y viceversa. Estaba segura de que, si cerraba los ojos, podría verlo de pie ante mí, pero no estábamos conectados.

En el fondo te encanta, dijo él.

Um, no. Echándome el pelo mojado hacia atrás, dejé escapar un suspiro en voz baja. No entiendo cómo lo haces. No estamos conectados.

Después de mi última llamada cordial, es más fácil utilizar la conexión. Cada vez que te sientes muy agotada o tienes las emociones alteradas, puedo llegarte. Creo que sucedería lo mismo con el dolor. Hubo una pausa y juro que sentí un destello de preocupación. ¿Te duele algo?

Puse los ojos en blanco. Las buenas noticias eran que, seguramente, Apolo había tenido una pequeña charla con Hermes. *No, pero eres peor que un grano en el culo. ¿Eso cuenta?*

La risa de Seth todavía tenía aquella extraña sensación de calidez. *Al menos, de esta manera, no puedes pegarme.*

Pegarle a Seth seguía siendo una opción viable.

Ahora no tengo tiempo para esto.

La curiosidad se filtró a través de la conexión. *¿Qué estás haciendo en este momento, Álex?*

¿Qué estás haciendo TÚ en este momento, Seth?

Pude escuchar su risa de nuevo. Era una risa agradable. No tenía el mismo efecto que la de Aiden, pero era cálida e intensa y me recordaba a Seth.

Es decir, al Seth prematanzas.

Tú primero.

Sí, bueno, no pasará. Mirando por encima del hombro, vi a Aiden moverse un poco. Luego cerré los ojos y me concentre en la conexión. Ya que estaba allí, tal vez pudiera sacarle algo de información.

Una fracción de segundo más tarde, Seth tomo forma en mi mente. Por alguna razón, solo estaba medio vestido. No estaba segura si era yo la que lo hacía o si realmente estaba sin camiseta. De cualquier manera, era demasiada piel dorada expuesta. Pisando ligeramente probé la conexión y las emociones que podía recibir. No sabía si podría dejarme atrapar por él de aquella manera, así que procedí con mucha precaución.

La única cosa que sentí fue... tranquilidad, que en realidad era...

Un repentino escalofrío recorrió mi espalda y luego Seth dijo:

Lo que sea que estás buscando, no lo vas a encontrar.

¿Qué crees que estoy buscando?

Contigo, nunca puedo estar muy seguro.

Oh, el burro hablando de orejas.

La diversión fluyó a través de la conexión cuando Seth dijo: *O es el burro hablando de orejas con otro burro.*

Hice una mueca. *¿Qué?*

Seth rio. *Aunque no lo creas, lo he echado de menos, Alex.*

Abrí los ojos y resistí el impulso irracional de admitir que yo también echaba de menos sus bromas, las irritantes batallas en las cuales ninguno de los dos ganaba. La dinámica de mis relaciones con Seth y Aiden era extraña.

Aiden me complementaba, era el yin de mi yang. Pero Seth y yo éramos muy parecidos y, en cierto modo, realmente éramos la misma persona. Si permanecíamos juntos durante mucho tiempo, era probable que terminásemos matándonos el uno al otro.

Pero sí, una parte de mí echaba de menos aquello, le echaba de menos a él. *¿Por qué no has empezado a gritarme todavía?* Preguntó.

Me atraganté con una carcajada. *Solo tú me preguntarías eso. ¿Qué? ¿Quieres que te grite? Dudo que ayude. No te va a hacer cambiar.*

Pero eso nunca te impidió hacerlo. Incluso conociendo el resultado y sabiendo que no ayudaría en nada, lo hacías.

¿Al igual que ahora? Me mantengo lejos de ti por gusto.

La petulancia regresó, estableciéndose sobre mí como una segunda piel. *Completamente inútil.* Agregó.

Frustrada, cerré los ojos y suspiré. Tal vez no me conoces tan bien como tú crees. Sé que no te importa nadie más que tú, pero de verdad, me tengo que ir.

Pinchazos de irritación eclipsaban la calidez del entretenimiento y la arrogancia. *Quiero hablar.*

Abrí y cerré las manos, cautelosa ante su declaración. *¿De qué quieres hablar?*

De cuan equivocada estás.

Suerte que Hermes no apareció, porque mi mano se moría por aterrizar en su cara. *Oh, por los dioses... Seth, no puedo hacer esto...*

Sí, me importas, dijo sorprendiéndome.

Sacudí la cabeza, queriendo negarlo; quitarme la capacidad de tomar mis propias decisiones era una excelente manera de demostrar que le importaba, pero era la verdad. Recordé aquella noche, en casa de Telly, aquel momento en que había visto la indecisión en sus ojos, la vulnerabilidad. Él no quiso hacerme daño, pero creía que lo que él necesitaba sobrepasaba lo que él quería.

Lo sé, dije, porque en el fondo sabía que así era.

Aún más sorprendente, hubo una repentina brecha en la conexión. No es que pudiera leer los pensamientos de Seth, pero hubo una vulnerabilidad que no estuvo allí antes. No hubiéramos estado tan mal, incluso sin haber tenido la conexión. No hubiera sido horrible.

Sentía el pecho pesado y dolorido, pues había algo de certeza en lo que acababa de decir.

Pero nunca hubiera sido suficiente, añadió y, de una manera extraña, lo sentí cada vez más cerca, como si estuviera a mi lado. *Soy lo suficientemente hombre como para admitirlo. Aunque hubiese luchado por ti justamente —y créeme, Aiden no puede contra mí cuando estoy determinado a conseguir algo—, al final, lo que sentirías por mí solo hubiesen sido sobras. Nunca hubieses sido realmente mía. Siempre lo he sabido.*

Apreté mis manos hasta dolerme las articulaciones. *Entonces, ¿por qué querías estar conmigo? En Catskills, me pediste que te diera una oportunidad. ¿O formaba parte de tu plan maestro?*

¿Plan maestro? Seth se rio, pero sin humor. ¿Por qué no iba a pedírtelo? Me siento atraído por ti, Álex. No se necesita mucho para que cualquiera se dé cuenta. Y aún hay más. Me atraes desde la primera vez que te vi. Así son las cosas para nuestra especie.

Una lejana, casi triste sensación se deslizó a través de la conexión. *Esta atracción entre nosotros. No creo siquiera que lo entiendas. Tal vez ni siquiera lo has sentido, no tanto como yo. Pero bueno, como he dicho, me importas.*

Lo que había entre nosotros era algo físico, en parte debido a la unión Apollyon y también a nuestra propia atracción el uno por el otro. Era lo suficientemente adulta para admitir que aún estaba allí, pero débil en comparación con lo que sentía por Aiden. Sin embargo, aquello no cambiaba nada.

Me importas. Las palabras fueron un susurro y sonaron algo vacías.

Durante un instante, no dijimos nada. Era como estar en punto muerto, algo extraño, torpe y triste.

Por favor no hagas esto, Seth.

Él suspiro. *Álex...*

Yo puedo ayudarte.

Los pinchazos de irritación pasaron por la conexión.

No necesito ayuda.

Sí la necesitas. Respira hondo. Eres como un adicto el éter, cualquiera que sea el amor y aprobación que estás buscando en Lucian, necesitas ayuda para superarlo.

Supe al momento que me había pasado. La irritación se convirtió en ira y fue como estar demasiado cerca del fuego. No necesito tu ayuda, Álex. Lo que necesito es que entiendas que no puedes escapar del destino. Que todo será diferente —que será mejor—, si dejas que Lucian haga lo que tiene que hacer.

Seth...

Y necesito que entiendas, Álex, si puedes, que tal vez —y solo tal vez—, Lucian se preocupa realmente por mí, que valgo eso y que él quiere lo mejor para mí —para nosotros—. ¿Crees que puedes hacerlo?

Intentaba deshacerme del nudo que se había formado en mi garganta. Tú vales lo suficiente como para que alguien se preocupe por ti, pero...

¿Pero qué? Su voz fue como fuego ardiente, retándome a que dijera lo que él ya sabía que iba a decir.

Respiré hondo, pero de forma entrecortada. Pero yo no puedo hacer lo que me estas pidiendo. Tú lo vales —vales demasiado—, pero Lucian no. Él te está usando. Y será demasiado tarde...

No es demasiado tarde. Al final, de todos modos, tendré todo lo que quiero.

Y entonces retrocedió y cortó la conexión.

Capítulo 24

Cuando abrí los ojos de nuevo, Aiden seguía durmiendo y, aunque la cuerda aún zumbaba suavemente en mi estómago, Seth se había ido. Me levanté y escaneé la cueva rápidamente. Todo estaba igual, no era exactamente el Hotel Hilton, pero era segura.

Tragándome el nudo que se había quedado permanentemente en mi garganta, me arrastré lentamente hacia donde estaba Aiden y me senté a su lado, posicionando mis rodillas contra mi pecho. Por los dioses, no sabía qué era peor, si un Seth al que había perdido totalmente y no había esperanza para él o que hubiera alguna parte de él aún allí. De cualquier forma, pensar en aquello era inútil. En aquel momento estaba en una misión para descubrir una forma de destruirle. Lo demás no importaba, ¿verdad? A fin de cuentas, no podía permitirle transferir mi poder. Había demasiadas vidas en riesgo.

Aiden debía estar orgulloso de su reloj interno, porque cuando el cielo empezó a tornarse naranja más allá de los irregulares agujeros en el techo de la caverna, se estiró como un gato salvaje que se despertaba de una siesta.

Se sentó ágilmente y se inclinó, apoyando sus manos a cada lado de mis rodillas dobladas. Su pecho desnudo desprendía calor. Presionó sus labios sobre el sensible espacio debajo de mi oreja y murmuró:

—Buenos días.

—Buenos días.

—Supongo que no nos han invadido las arañas. —Aiden se levantó rápidamente y se estiró de nuevo, echando sus brazos atrás y arqueando su espalda.

—No.

Miró por encima de su hombro y luego se agachó, cogiendo su camisa de la mochila.

—¿Estás bien?

Asentí.

Mientras tomábamos un escueto desayuno y nos preparábamos para volver al túnel, me debatía conmigo misma sobre qué contarle a Aiden. No podía ocultarle el hecho de que había tenido, de nuevo, una especie de interacción con Seth, pero no sabía cómo poner lo que estaba sintiendo en palabras que alguien pudiese entender.

Cuando me entregó la capa, que seguía oliendo a humedad, por fin lo solté.

—Anoche vi a Seth.

Aiden se quedó quieto, con las manos apretando su capa.

—Ya...

Me concentré en su hombro.

—Sé que debería habértelo dicho antes.

—Sí. Deberías haberlo hecho.

Me sonrojé.

—Bueno, en realidad no lo vi. No como la última vez. Me habló a través de la conexión. No sabe qué estamos haciendo. Me lo preguntó, pero no le dije nada.

—Claro. —Se puso la capa con rápidos y rígidos movimientos—. ¿Qué quería? Trasladá mi peso de lado a lado incómodamente.

—Creo que solo quería... hablar.

—¿Hablar? —La incredulidad teñía su tono.

—Sí, él... creo que una parte de él sigue ahí. Es como que, una parte de él está confundida, pero cree ciegamente que Lucian se preocupa por él. —Mi voz fue apagándose, mientras negaba con la cabeza—. Da igual, no importa. ¿Estás listo?

Aiden me analizó durante un instante antes de asentir. Con nuestras capuchas de nuevo en su lugar, abandonamos el pequeño remanso de paz y nos aventuramos por los oscuros y estrechos túneles, recorriéndolos en silencio. Puesto que no podía verle la cara o los ojos, no estaba segura de que estaría pensando, pero estaba segura que tenía algo que ver con Seth. Aquello era lo que pensaba mientras andábamos en silencio.

Deseaba ver qué le estaba pasando a Seth antes de que fuera demasiado tarde, haberme dado cuenta de cómo el éter y akasha le estaban afectando. Sobre todo, deseaba haber visto lo desesperadamente que necesitaba a alguien —alguien que lo aceptara, incluso que lo amara—. Pero en vez de aquello, estuve tan envuelta en mis propios problemas que no había visto lo que todo le estaba causando.

Lo que yo le estaba causando.

De alguna forma, había fallado a Seth.

Tras dos horas caminando en la oscuridad sin detenernos, una pequeña mancha de luz naranja brilló a lo lejos y, cuanto más cerca estábamos, más grande se volvía, hasta que pudimos ver el mundo más allá de la caverna.

—Por fin —murmuró Aiden.

Se detuvo en la áspera e irregular abertura y se asomó por la ladera de la colina, que conducía a una espesa neblina que cubría el cielo anaranjado.

—El Valle del Lamento —dijo Aiden—. Estamos cerca de las Llanuras del Juicio.

—Esperemos que Apolo haya logrado avisar a Caleb. —Salí. La hierba gris crujió bajo mis pies—. No creo que tardemos mucho.

Y así fue, solo nos llevó media hora descender la colina y entrar en la neblina, que dio paso a un humo agitado, revelando el Valle.

El lugar era tan deprimente como su nombre.

Árboles desnudos salpicaban el paisaje. Sus ramas se curvaban hacia abajo en las puntas, como si pesaran por el sufrimiento que se filtraba por el aire. Losas de roca gris se levantaban sobre la hierba seca y un pequeño arroyo, de agua oscura y triste, dividía la llanura del Tribunal del Juicio.

Había gente por todos lados.

Algunos estaban junto al arroyo, echados de costado, apáticos. Sus dedos deslizándose por el agua, sus cuerpos estremeciéndose una y otra vez con profundos y pesados suspiros. Otros estaban sentados encima de rocas, sollozando, con las manos agarradas a sus pechos. Unos pocos se sentaban al pie de los árboles, haciéndose pequeñas bolas mientras lloraban desconsolados.

El Valle del Lamento era un pozo negro de angustia y sufrimiento, el último lugar de descanso para aquellos que murieron enamorados e infelices.

Quería alejarme lo más rápido posible de aquel lugar. Aunque nadie se nos acercó, ya que parecían totalmente perdidos en su miseria para siquiera notarnos, el nudo que había estado en mi garganta toda la mañana creció rápidamente. La depresión se respiraba en el aire. La pena llenaba el río. El dolor eran las raíces de los árboles muertos que los mantenían en su lugar.

Incluso los pasos de Aiden parecían pesados, como si estuviéramos caminando a través de los Campos de Asfodel empapados por la lluvia.

—No quiero estar aquí —dije finalmente, acercándome a él.

Aiden estiró su mano, encontrando la mía debajo de la capa.

—Lo sé. Ya casi estamos.

Un hombre levantó su cara, surcada por las lágrimas, hacia el cielo, dejando salir un llanto ronco. Cerca de él, una mujer colapsó, cayendo sobre la tierra, llorando histéricamente y escupiendo palabras ininteligibles que nadie escuchaba. Aquella era probablemente la peor parte del Valle. Todas aquellas almas estaban allí debido al amor infeliz, pero a nadie le importaba. Estaban solos en su miseria, como probablemente lo habían estado en vida.

Sin embargo, no éramos parte del Valle, por lo que seguimos caminando hacia adelante, capaces de hacer lo que aquellas pobres almas habían sido incapaces de hacer en la vida y en la muerte. Seguimos, más allá de los deseos y necesidades que nunca habían sido cumplidos, más allá del amor que había sido perdido o que nunca habían tenido.

Parte del peso se disipó con la neblina y delante de nosotros encontramos una carretera de adoquines que apareció de la nada mientras el cielo se aclaraba y volvía al raro naranja quemado. No estábamos solos. Cientos, si no miles de almas, recorrían el mismo camino que nosotros. Toda clase de gente —jóvenes y viejos, puros y mestizos—, viajaban hacia su Juicio. Diferenciar a los Centinelas y Guardias era fácil, aunque sus uniformes no estuvieran cubiertos de sangre como cuando estuve en el limbo. Aquellas almas habían sido enterradas.

Aiden y yo resaltábamos.

Muy pocas almas viajaban vestidas con capa, pues esa no era la moda en el mundo de arriba. Si alguno hubiese fallecido usando una capa, sentiría curiosidad de cómo y por qué la llevaba. La mayoría llevaba ropa de calle. Algunos incluso llevaba gorras de béisbol; tal vez deberíamos haber cogido algo parecido.

De todas formas, algo no iba bien.

Los guardias de Hades estaban apostados a lo largo del camino, montados en sus caballos de guerra negros. Mantenían a los viajeros en orden y se aseguraban que todos siguieran avanzando. Parecía un trabajo interminable y aburrido.

Nos movimos hacia el centro del grupo, esperando perdernos entre las masas de los altos Centinelas. Algunos de ellos nos miraban de reojo, pero nadie nos habló. Al escuchar el sonido de un bajo relincho y los cascos de los caballos acercándose, mi corazón se tropezó mientras ponía mi mano en la daga debajo de mi capa. Sentí que Aiden se movía para hacer lo mismo.

Pero el gran caballo de guerra pasó por nuestro lado con el guardián agachado, montado encima. La gente se hizo a un lado rápidamente; si no lo hacían, serían pisoteados.

La intranquilidad apareció en la boca de mi estómago, pero regresar no era una posibilidad.

Mientras nos acercábamos a las Llanuras del Juicio, era difícil no notar el brillo rojizo extendiéndose a lo largo del horizonte y, cuanto más lejos viajábamos, más se hacía el *fuego*.

Tártaro.

Guau, estaba segura de no querer estar cerca de aquel lugar. Esperaba que no nos capturasen y lanzasen al Tártaro.

Cuando entramos en las Llanuras del Juicio tenía el corazón en un puño. La masa de gente que estaba en el cruce era enorme y había guardias por todos lados, posicionados solo en caso de que alguien sentenciado al Tártaro tratara de huir.

Aiden se quedó a mi lado.

—¿Ves a Caleb?

Me reí mientras escaneaba a la gente. La multitud era tan densa que no tenía ni idea de cómo podría ver a alguien entre toda la muchedumbre. Además, era complicado no fijarse en el palacio, que ahora estaba tan cerca.

Más parecido a una fortaleza medieval que una casa, el palacio de Hades se levantaba como las montañas por las cuales habíamos viajado, proyectando una sombra oscura a través de las Llanuras del Juicio. Cuatro torres alcanzaban el anaranjado cielo, una en cada esquina de la fortaleza.

Aunque esperaba que los Campos Elíseos ofrecieran un mejor paisaje, no podía imaginar despertarme cada mañana y mirar por una de las muchas ventanas para ver... todo aquello.

Concentrándome en lo más importante, me uní a Aiden en la búsqueda de una cabeza rubia. Había bastantes rubios, pero ninguno de ellos era Caleb.

—¿Qué pasa si aún no le han avisado? —Le pregunté a Aiden, temerosa de decir el nombre de Apolo allí abajo.

—Tiene que saberlo —me aseguró, escaneando el montón creciente de personas—. Dioses, ¿a cuántas personas procesan al día?

Continuando, me di cuenta de que en realidad no estaba ayudando mucho en la

búsqueda de Caleb. Al ser tan baja, lo único que podía ver era la parte de atrás de las cabezas. Mi malestar creció incontrolablemente. Cuanto más tiempo permaneciéramos allí, más peligroso sería. Volví a pensar en el guardia que había pasado velozmente a nuestro lado. Mi boca se secó. Necesitábamos encontrar a Caleb y necesitábamos...

Una pesada mano cayó sobre mi hombro.

Inhalé un poco de aire bruscamente, mis dedos se movieron alrededor del mango de la daga mientras me daba la vuelta, lista para usar la daga si era necesario.

—Caray, no me apuñales. Creo que hemos pasado por esto demasiadas veces.

Me eché hacia atrás mientras la voz familiar penetraba en mis oídos. Vestía una gorra de béisbol, tapando casi toda su cara y la capucha de una sudadera encima, sin embargo, mechones de pelo rubio salían por los bordes. Una gigante sonrisa apareció bajo la sombra de su gorra.

—Caleb. —Mi voz sonó ronca.

A solo unos segundos de abrazarlo y tirarlo al suelo, Aiden me frenó, agarrándome del hombro.

—Sé que quieres hacerlo —dijo en voz baja—, pero llamaría la atención.

—Sí, tiene razón —asintió Caleb—, así que mantengamos los abrazos y el lloriqueo al mínimo.

Yo ya estaba al borde de las lágrimas, gracias a los dioses la capucha lo escondía. Alejándome de Aiden, me detuve frente de Caleb.

—Me alegra tanto verte de nuevo.

—Y yo me alegro de verte a ti... —Levantó su mano, como si fuera a tocarme, pero frenó—. También me alegro de que hayas vuelto a la normalidad.

No pude esconder una mueca de dolor.

—Sí, sobre eso... ¿Lo siento?

Caleb sonrió.

—Tranquila, todo bien por aquí. Vamos, tenemos que ser rápidos. —Hizo un gesto hacia el camino que conducía al palacio de Hades—. Me sorprende que hayáis llegado tan lejos sin ser capturados. El Inframundo entero es un manojo de nervios debido a lo que está pasando arriba.

—Supongo que por eso están tan ocupados aquí abajo —comentó Aiden.

—Sí. —Caleb metió sus manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros—. Montones de Centinelas y puros vienen a diario. En cierto modo, apesta.

Por lo que veía eran millones.

—Sí, apesta. ¿Entonces por qué...?

Sin ninguna advertencia, el suelo tembló violentamente y un gran y terrible rugido sonó a lo lejos, causando que hasta mis huesos temblaran.

Me di la vuelta, al igual que todos los demás, en dirección al Tártaro. El olor a azufre creció hasta ser espeso y asfixiante. El miedo hizo acto de presencia en mis entrañas. En apenas unos segundos Aiden se situó a mi lado con su mano

presionando mi espalda.

—¿Qué está pasando? —Pregunté.

—Ya verás —respondió Caleb, totalmente desconcertado.

Le lance una mirada, pero entonces una bola de fuego surgió sobrevolando el Tártaro, girando y retorciéndose, mientras rescoldos volaban por todos lados. El fuego cambió, tomando diferentes formas, mientras continuaba revolviéndose sobre el cielo.

La tripa de fuego que se había creado se mantuvo inmóvil durante un instante.

A cada lado, el fuego crecía, extendiéndose, formando alas gigantescas que parecían cubrir cada esquina del Inframundo. En el centro, apareció la cabeza de un dragón. La boca se abrió, emitiendo otro espeluznante y aterrador rugido, para luego caer en picado. El impacto sacudió el suelo mientras que la ardiente cola azotaba el aire.

Luego se calló.

—Santo Hades —murmuré.

—Es algo así como una fiesta de bienvenida para aquellos sentenciados al Tártaro —explicó Caleb—, ocurre cada vez que envían un grupo allí. Después de un tiempo te acostumbras.

—Qué demonios... —murmuré. Estaba segura que nunca me acostumbraría a ver *aquello*.

—Vamos, tenemos que irnos. —Caleb se puso delante nuestro—. Puede que les lleve años encontrar a Solaris, pero tengo en mente algo perfecto que...

Cuatro sementales negros separaron la multitud, sus jinetes altos e imponentes, vestidos con cuero. Espadas —*malditas espadas*—, colgaban a los lados. En cuestión de segundos nos rodearon, reuniéndonos hasta que nuestras espaldas quedaron unas contra otras.

Aiden estiró su mano para sacar su daga y terminó con la punta de una espada apuntando a su garganta. La mirada en el rostro del guardia mostraba que no estaba asustado y no se lo pensaría dos veces antes de usarla.

—Mierda —murmuré. Estábamos jodidos.

Capítulo 25

El brazo del guardia no tembló.

—Muévete y no volverás a hacerlo.

Aiden se congeló, al igual que su respiración. Estaba casi segura de que Caleb tampoco respiraba; bueno, él no lo necesitaba ya que estaba muerto, pero no se iría sin castigo. Nos habían encontrado. Le habían encontrado y lo único que era capaz de pensar era en el dragón que habíamos visto. La culpa me atravesó como fuego salvaje.

El guardia miró a Aiden, analizándolo.

—Levanta las manos.

—Me has dicho que no me mueva, así que no estoy seguro de cómo puedo levantar mis manos —fue la seca respuesta de Aiden.

Contuve la risa; no habría sido apreciada.

Nada feliz, el guardia deslizó la espada dentro de la capucha de Aiden. La espada se levantó, echando el material hacia atrás. El guardia sonrió al ver la cara de Aiden y cómo un hilillo de sangre corría por su mejilla.

Ardiente e intensa furia quemaba en mi interior, quería patearle el trasero y tirarlo del caballo, pero la espada estaba demasiado cerca de la piel del cuello de Aiden.

—Levanta las manos. —El guardia hervía en cólera.

Sus labios formaron una pequeña sonrisa mientras lentamente levantaba sus manos.

—¿Está bien así?

—Vosotros tres, venid con nosotros —anunció otro guardia mientras guardaba su espada—. Si no obedecen, tenemos permiso de usar cualquier método necesario. Y por favor, tened por seguro que una muerte en el Inframundo es lo mismo que una muerte en el mundo de arriba.

Los guardias dirigieron la vista detrás mío, hasta llegar a Caleb.

—Aquí hay cosas peores que la muerte, muchacho. Tendrías que haberlo pensado.

Caleb no dijo nada, pero teníamos que hacer algo. No podíamos dejar que nos llevaran donde tenían planeado llevarnos. El problema era que solo Caleb sabía cómo sacarnos del Inframundo y la verdad es que entonces no era un buen momento para preguntarle. No iba a dejar que Caleb se enfrentara a todo aquello solo.

Así que... sí, estábamos jodidos.

Un guardia a pie se interpuso entre los dos caballos y se dirigió directamente hacia mí. Aiden se movió solo una fracción de centímetro y la punta de una espada pinchó sobre su piel.

—Volvamos a la parte de no moverse. —El guardia sonrió con satisfacción—.

¿Te parece?

Aiden miró fijamente al guardia y de él emanó calor. Como respuesta, la sonrisa del guardia se hizo aún más grande.

El que estaba frente a mí agarró mi capucha con el puño y la echó hacia atrás. Sus ojos color azul hielo se estrecharon.

—Son ellos.

Mi corazón dejó de latir. Lo dijo como si alguien nos hubiera estado esperando y aquello no era nada bueno. Intenté que el pánico no se reflejara en mi cara, pero debió ser evidente, ya que el guardia rio mientras se daba la vuelta.

—Desarmadlos a todos —dijo, mientras se daba la vuelta—. Y luego tenemos que irnos.

La parte de desarmarnos, solo les llevó unos segundos. Nos quitaron nuestras capas y nuestras dagas, para luego requisarnos la mochila que llevaba Aiden. Le observé, pero él miraba al frente, con la mandíbula en una rígida línea. Mierda, aquello era realmente malo. Caleb parecía resignado, aunque sus hombros estaban caídos, como si conociera el castigo que venía.

Mientras observaba las espaldas de los guardias, me preguntaba cómo de rápido podía deshacerme de todos, así los tres podríamos escaparnos. Pero probablemente requeriría akasha y, ¿dónde podría ocultarse Caleb allí abajo? ¿A dónde iríamos? Y llegar hasta allí, ¿solo para perderlo todo? Ni siquiera podía hacerme la idea de que lo que estaba pasando era real. El miedo se asentó en mi estómago.

Con el temor aumentando más y más con cada paso, no podíamos hacer nada excepto seguir a los guardias hasta el palacio de Hades.

—Lo siento —le susurré a Caleb.

Él se encogió de hombros.

—Como en los viejos tiempos.

—Sí, pero esto es diferente. Hay un dragón de fuego que...

—Sin hablar. —El guardia al que le gustaba jugar con su espada cabalgó hasta llegar a nosotros—. O me aseguraré que ninguno pueda hablar de nuevo.

¿Cómo a mi padre? Dulce y ardiente ira explotó. Mi boca se abrió, pero una mirada de advertencia de Aiden la cerró. Nos llevaban en silencio hacia el palacio. Dos guardias, subidos a caballo, cabalgaban delante, otros dos detrás de nosotros y uno a pie hacían que fuese imposible escapar o hacer nada.

Y entonces las puertas del palacio comenzaron a abrirse, para ser guiados a través de un patio con poca vegetación. Todo ocurría muy rápido. El corazón me latía con violencia; el sudor salpicaba mi frente. Me sentía desnuda sin la maldita capa y había un maldito sabueso infernal dormido de espaldas en la entrada, meneando las patas en el aire mientras soñaba con las almas que perseguía o lo que fuera que los sabuesos infernales soñaban.

Los guardias desmontaron sus caballos y se dirigieron hacia la entrada, abriendo las puertas del palacio. Los chicos, a ambos lados, parecían llevar todo aquello

mucho mejor que yo, o simplemente, eran mejores fingiendo. Seguramente Caleb no estaba tan impresionado por el palacio de Hades como yo.

Bueno, él jugaba a la Wii con los dioses.

Pero el palacio de Hades era... opulento.

Oro y titanio cubrían todo, las paredes, el techo, los muebles e incluso el suelo. Los símbolos de Hades estaban por todas partes. El toro y el cetro de dos puntas grabado en el suelo, cosidos en los elegantes tapices. El terciopelo negro de los largos sillones llenaba el gran salón, pero fueron los tronos cubiertos que ocupaban el estrado los que capturaron y mantuvieron mi atención. Parecían dignos de un rey y una reina, también me asombré por lo que estaba cerca de ellos.

Dormitando a lado de los tronos había perros del infierno más pequeños —quizá cachorros—, sus múltiples cabezas descansaban sobre sus patas, y baba ácida se agrupaba bajo las lenguas colgantes.

Los guardias se detuvieron y, sin una palabra, cayeron sobre una rodilla y bajaron sus cabezas. Un segundo más tarde, las puertas completamente cubiertas de titanio y oro, situadas junto a los tronos, se abrieron. Sabía que Hades debía estar en el Olimpo, pero estaba segura de que el dios atravesaría aquella puerta, listo para lanzarnos a los tres a los hoyos ardientes del Tártaro.

Con las rodillas temblando y débiles, me obligué a mantener mis ojos fijos en la puerta. Los Centinelas no sentían miedo... teóricamente.

Pero a medida que la figura se acercaba, supe que no era Hades. Ni siquiera era un hombre. Era una mujer, y era una diosa.

Era hermosa; alta, maldición, medía casi dos metro. Olas de pelo rizado de color rojo caían hasta una cinturita imposiblemente estrecha. Sus ojos eran blancos, sus pómulos altos, sus labios rellenos y su nariz respingona.

Estaba prácticamente desnuda.

Su vestido era de gasa blanca y completamente transparente. Me haría una idea de la talla de su sujetador, bueno si lo llevara puesto, que no sucedía. En aquel lugar la ropa interior debía ser opcional.

Aiden se quedó mirándola fijamente. Caleb también, a pesar de que parecía más acostumbrado a ello. Diablos, hasta yo me quedé mirándola.

Cruzó el gran salón; sus largas piernas separando la gasa de su falda, jugando al escondite. Por los dioses, sentí que mis mejillas empezaban a arder, pero seguía sin poder apartar la mirada. Mientras se acercaba, sus ojos, totalmente blancos, brillaron y luego se atenuaron. Dos ojos brillantes, de color esmeralda, aparecieron.

Caleb se relajó a mi lado. Una lenta sonrisa se dibujó sobre su hermoso rostro, el rostro que tanto había echado de menos.

—Hola, Perséfone.

Mis ojos se abrieron mientras miraba a la hermosa diosa. Así que aquella era la infame Perséfone. Aunque estaba segura que me gustaban los chicos, podía ver por qué Hades se había enamorado de ella, yendo tan lejos como para secuestrarla y

traerla hasta el Inframundo.

El primer guardia, el que no había cortado a Aiden, levantó la cabeza.

—Los hemos capturado como nos has ordenado.

«Capturar» no era una palabra cálida o bonita.

—Vosotros tres, parecéis sorprendidos. —Los exuberantes labios de Perséfone se inclinaron con picardía—. Estos son mis guardias personales, han estado buscándoos. Os estaba esperando.

—¿Cómo? —Le pregunté, sorprendida.

Perséfone sonrió.

—Caleb y yo jugamos al Súper Mario Kart todos los días a la una y, cuando canceló, supe que algo pasaba.

Miré a Caleb lentamente.

Él se encogió de hombros.

—No es culpa mía que preste tanta atención a los detalles.

—Y que esté tan aburrida cuando mi esposo está en el Olimpo. Caleb me hace compañía.

Esperaba que fuera el tipo de compañía platónica, ya que no estaba en la naturaleza de Hades perdonar a los demás.

—Guardias, podéis iros ahora. —Cuando vacilaron, ella rio—. Estoy bien. Por favor, dejadnos y no le contéis a nadie sobre esto.

Uno por uno, se fueron de la habitación. El hombre de la espada miró a Aiden como si quisiera cortarle la otra mejilla. Aiden sostuvo su mirada mientras una sonrisa de satisfacción cruzaba sus labios. Hombres. Suspiré.

Una vez las puertas del palacio se cerraron tras ellos, Perséfone juntó sus manos.

—Le hice un par de preguntas a una pequeña ninfa que había entrado al Inframundo hace unos días, una de las ninfas de Apolo. Y no hace falta ser un meteorólogo para entender que tenía algo que ver con su linaje.

—Se dice «un ingeniero» —corrigió Caleb mientras bajaba su capucha y se quitaba la gorra.

Ella frunció el ceño.

—De todos modos, estaba casi segura que tenía algo que ver contigo... y tenía dos opciones. Llamar a mi esposo y que viniese corriendo a casa y aguantarlo hecho un manojo de nervios, algo que no soporto. O podía simplemente averiguar qué necesitáis. Estoy segura de que será muy interesante.

Aiden se situó a mi lado; estaba claro que todo aquello lo había pillado por sorpresa, igual que a mí. Le lancé una mirada a Caleb y le susurré:

—¿Podemos confiar en ella?

Caleb asintió.

—Sí, es buena gente, de hecho esto hace mi trabajo mucho más fácil.

La diosa levantó una delicada ceja.

—Decidme.

—Necesito ver las Aguas que Llaman.

¿Las Aguas que Llaman? Nunca había oído hablar de tal cosa y, por la expresión en la cara de Aiden, él tampoco.

—¿Y por qué necesitas utilizar las Aguas que Llaman? —Preguntó ella, cruzando sus delgados brazos debajo de sus pechos, como si necesitara que estos llamaran, aún más, la atención—. Caleb, si quieres ver a alguien, solo tienes que pedírmelo.

—Lo sé. —Dejó caer un brazo sobre mis hombros y el enorme agujero, que había estado allí desde que había muerto, se llenó—. Pero no es para mí. Es para ellos. Necesitan utilizarlas.

Perséfone se quedó callada durante un rato largo.

—¿A quién queréis llamar?

—Solaris —respondí. Las Aguas que Llaman de pronto tenían sentido; llamar a un alma—. Tenemos que hablar con Solaris.

—¿Por lo que está sucediendo en la superficie con el Primero? —Preguntó.

Asentí.

Su brillante mirada se deslizó hasta Caleb.

—¿Y qué planeabas hacer? ¿Hacer que entraran a escondidas para poder usarlo?

—Ese era el plan.

La diosa sacudió la cabeza.

—Si mi esposo estuviera en casa e hicierais algo tan imprudente, no sería capaz de defenderos. —Un escalofrío recorrió mi espalda. Lo último que quería era que Caleb se metiera en problemas, y mucho menos del tipo «castigo eterno».

—Lo sé —respondió Caleb, apretando mis hombros—, por ellos vale la pena correr el riesgo y Solaris puede tener información para detener al Primero. Eso es lo que quiere Hades, ¿verdad? ¿Es eso lo que los dioses quieren?

—La mayoría de ellos —murmuró ella, su mirada deslizándose hacia mí y luego a Aiden—. Pero no todos, al parecer.

Entonces me vino de golpe una idea.

—¿Sabes quién es el dios que está ayudando a Seth y Lucian?

Ella enrolló un rizo brillante de color rojo alrededor de uno de sus elegantes dedos.

—Si supiera tal cosa, ya me hubiera encargado de ese dios. Pero rara vez estoy en el Olimpo y tengo muy poco interés en la política de quién ha enfadado a quién lo suficiente como para acabar con el mundo tal como lo conocemos, bueno, el de ahora.

Aiden despejó su garganta.

—¿Esto sucede de vez en cuando, entonces?

Perséfone sonrió y, cuando lo hizo, hasta yo perdí el aliento.

—Más de lo que nunca sabrás. El mundo ha estado al borde de la destrucción total más de una vez, por una razón u otra. Pero ahora... es como cuando nos enfrentamos a los Titanes. Ha ido más allá de usar unas cuantas palabras bonitas para

arreglar las cosas. —Dejó escapar un pequeño suspiro—. Pero bueno, no tengo mucho que hacer y, si esta Solaris puede ser de alguna ayuda para vosotros, entonces también será de ayuda para mi esposo. Seguidme.

Cuando giró con gracia sobre sus talones, me quedé demasiado sorprendida para moverme. Que Perséfone nos estuviera ayudando no era algo que había planeado.

Aiden sonrió.

—Esto es genial.

—Buenísimo. —Me giré hacia Caleb—. Eres lo más de lo más.

—Lo sé. —Él me dio un rápido y fuerte abrazo—. Te he echado de menos.

Manteniéndolo cerca, me tragué las lágrimas de alegría.

—Yo también te he echado de menos. —Caleb besó mi frente, y luego se alejó—. Vamos. Que comience el espectáculo.

Los tres seguimos a la diosa. Pobre Aiden, intentaba mirar a todas partes excepto a ella, pero por encima de todo, era un hombre. Curiosamente, no estaba celosa, me estaba divirtiendo más que nada, pues él se esforzaba lo imposible por mantener su vista en otro lado.

Deslizando mi mano sobre la suya, apreté. Cuando su mirada se desvió encontrándose con la mía, le sonreí. Él esbozó una sonrisa de disculpa.

Mientras nos dirigíamos por un largo y oscuro pasillo, cubierto de tapices de terciopelo negro, Caleb nos observó y una mirada extraña cruzó su rostro.

—¿Qué? —Le pregunté.

Él sacudió su cabeza.

—¿De verdad lo estáis haciendo? ¿Estáis haciendo pública vuestra relación para que todos lo sepan?

La mano de Aiden apretó la mía más fuerte.

—Creo que en este momento el mundo tiene problemas más importantes que un puro y una mestiza enamorados.

Mi corazón hizo un pequeño baile de la felicidad al escuchar la última parte. Con tan solo oírle decir aquella palabra —«enamorados»—, podía ahuyentar todas las sombras oscuras y las malas expectativas.

La suave risa, un poco ronca, de Perséfone llegó hasta nosotros.

—¿No es la verdad? Además, no son los primeros, ni serán los últimos.

Los ojos celestes como el cielo de Caleb se asentaron en Aiden.

—¿Y no intentaréis ocultar la relación una vez todo vuelva a la normalidad?

El desafío en su voz me hizo sonreír.

—No, no ocultaré nuestra relación —le dijo Aiden—. No será fácil, pero encontraremos la forma.

—Qué bien. —Los ojos de Caleb se endurecieron—. Porque si le haces daño, te perseguiré hasta que mueras.

Me eché a reír al igual que Aiden, aunque ambos sabíamos que Caleb hablaba en serio. Soltando la mano de Aiden, envolví mi brazo alrededor de Caleb.

—No será necesario.

La diosa se detuvo frente a una puerta de bronce. Con un movimiento de su mano, se abrió de golpe. Menos mal que nos estaba ayudando, porque no tenía ni idea de cómo Caleb lo hubiera hecho.

Al sentir la corriente de aire frío, entramos a una cámara circular. Había numerosas armas en la pared —hachas, lanzas, espadas y picas—. También había algunos objetos algo más morbosos, como las cabezas de animales olvidados hace mucho tiempo, sacrificados en la caza y una sección entera dedicada a coletas de pelo cortadas.

Despejé mi garganta.

—Qué bonito... lugar.

—Es el cuarto de guerra de Hades.

Asombro llenó el tono de Aiden.

—Caramba.

—Las armas son de mi esposo, pero... —Perséfone dirigió una mirada desdeñosa alrededor del cuarto de guerra—. La mayoría de estos trofeos son de Ares, no son de mi amado. Hades tiene tendencia a oscilar un poco en el lado morboso, pero el pelo... —Señaló las coletas clavadas en la pared—. Esas pertenecen a Ares. Le gusta cortar el pelo de los que ha derrotado y luego lo cuelga para que todos lo vean. Perturba a la mayoría de los otros dioses, por eso las guarda aquí.

Las cejas de Caleb se levantaron.

—Un agradable toque decorativo, supongo.

Había algo extrañamente familiar en el pelo. No lo de cortarlo y colgarlo en las paredes, ya que, gracias a los dioses, aquello me parecía extraño. Había algo que intentaba hacerse hueco en mi memoria.

—Ya conocéis a Ares —dijo Perséfone, llevándonos más allá del cuarto de guerra—. Para él, todo gira entorno a la guerra y los despojos de la guerra. La paz prácticamente lo deja atontado. Cree que nunca hay que dar la espalda a la guerra... —Su voz se desvaneció poco a poco y delicadamente se encogió de hombros—. Seguramente está saltando de alegría, con todo lo que está pasando.

—Apuesto a que realmente es feliz —dijo Caleb, lanzándome una mirada de: «¿Pero qué demonios...?».

Me encogí de hombros, pero aquella extraña sensación seguía allí, molestándome. ¿Perséfone quería decir que nunca debíamos darle la espalda a Ares, alias «Sr. Guerra», o a la guerra en sí?

—Ya llegamos. —Se detuvo frente a un pedestal de mármol. Unas caras demoníacas estaban grabadas en la piedra de la pileta y agua de color rojo rubí la llenaba—. Lo único que tienes que hacer es pararte delante de la pileta y llamar el alma con la que desees hablar, cualquier alma, y será convocada.

—¿Cualquier alma? —Dejé de respirar, mientras una imagen de mi madre llenaba mi cabeza.

—Sí, pero solo puedo permitir que la utilices una vez. Así que elige sabiamente.
—Perséfone rio divertida—. Siento como si estuviera en Indian James y el Arca Perdida.

Aiden dirigió su mirada al suelo, apretando la mandíbula para ocultar su media sonrisa. Caleb puso los ojos en blanco.

—Es Indiana Jones y la Última Cruzada.

—Oh. —Se encogió de hombros—. Da lo mismo.

Mi mirada se centró en la pileta. El nombre de mi madre estaba en la punta de mi lengua y, sabía sin mirar a Aiden, que él también estaba pensando en sus padres. Ambos daríamos lo que fuera por verlos de nuevo, sobre todo después de lo mal que lo habíamos pasado con los espíritus en la puerta.

La mirada de Perséfone se volvió conocedora.

—Ah, la oportunidad de ver a un ser querido es algo difícil de pasar por alto.

—Lo dices por experiencia —dijo Aiden en voz baja.

Su sonrisa se desvaneció lentamente.

—Sí. Tal vez algunos piensan que soy egoísta por las decisiones que he tomado y el impacto que han tenido.

Recordando el mito de Perséfone, sacudí la cabeza.

—No. Fuiste inteligente. Te aseguraste de que ambos podrían tenerte, Hades y tu madre.

Si se sentía orgullosa por cómo había resuelto el problema con lo de dividirse el tiempo y el tema de las estaciones, no lo demostró, algo sorprendente, ya que los dioses no eran nada humildes.

Mirando de nuevo a la pileta, juntó sus manos.

—Es hora de que elijas, y luego deberéis marcharos.

Me giré para mirar a Aiden, él asintió. Había un toque de tristeza en sus ojos, reflejando lo que también irradiaban los míos. Caleb puso su mano sobre mi hombro. Por mucho que yo quisiera ver a mi madre y por mucho que quisiera regalarle a Aiden la oportunidad de ver a sus padres, ninguno de nosotros podía ser tan egoísta.

Acercándome a la pileta, me quedé mirando fijamente el agua roja que yacía inmóvil dentro; parecía sangre. En realidad, era espesa como la sangre y desprendía un leve olor metálico. Qué asco.

—Solaris —dije tras unos segundos.

Al principio no pasó nada, pero luego el agua formó pequeñas olas, como si hubiese soplado suavemente sobre ella. Una parte de mí esperaba que su rostro apareciera en la pileta, pero el agua se quedó quieta de nuevo. Un instante después, una repentina grieta de energía se arrastró por las paredes y los suelos. El vello se me erizó y todo mi cuerpo se estremeció. Hubo un pequeño suspiro ahogado de sorpresa y me volteé.

Solaris había llegado.

Capítulo 26

Cuando entré al Inframundo, la verdad es no sabía qué esperar. Lo mismo se podía decir de Solaris. Realmente no tenía ni idea y aun así me quedé asombrada.

Solaris se detuvo frente a Caleb. Tenía mejor aspecto de lo que esperaba. Por alguna razón, creía que ella y el Primero servirían en el Tártaro, pero su vestido blanco estaba impecable e intacto. Su pelo rubio casi plateado, largo y delicado, descansaba sobre sus delgados hombros. Era alta y esbelta, y sus ojos eran como los míos —brillantes como el ámbar—. Sus delicadas facciones de porcelana daban la impresión de una frágil flor exótica, lo cual no me esperaba. Tal vez mi ego estaba demasiado subido, pero creía que se parecería a mí.

Era exactamente lo opuesto a mí.

Solaris miró a su alrededor; sus pálidas cejas se levantaron, mientras asimilaba dónde estaba. Sorpresa y un poco de miedo aparecieron en su rostro, pero cuando sus ojos llegaron a mí, dejaron paso a la comprensión. Una sensación de familiaridad se apoderó de mí.

Caminando hacia adelante, Solaris se detuvo a solo unos centímetros de mí, con la cabeza inclinada inquisitivamente. Cuando por fin habló, su voz fue suave.

—Tú eres el Apollyon.

No había tiempo para averiguar cómo sabía lo que era.

—Soy uno de ellos.

Otro destello de asombro relució en su rostro, seguido rápidamente por la lastima.

—¿Entonces vuelve a haber dos? —Eché un vistazo sobre su hombro—. Y por lo que veo, ninguno de ellos es él. Uno está muerto. El otro es un puro.

Ignoré la ofendida mirada de Caleb.

—No. El Primero no está aquí.

Solaris se dio la vuelta y me miró fijamente con el ceño fruncido.

—Has Despertado. Puedo ver las marcas del Apollyon.

—¿Puedes verlas? —Bajé la mirada, sorprendida al encontrar que toda mi piel estaba marcada. Ni siquiera las había sentido.

—¿Cómo es posible que hayas Despertado y que no estés con el Primero? No estás muerta.

Aún.

—Es complicado. Es por eso que hemos venido a hablar contigo.

—Oh. —El dolor profundizó y sus pestañas bajaron rápidamente—. ¿Él es como el mío?

Todos en la habitación, incluso Perséfone, no dejaban de mirar a Solaris, pero ella parecía no haberse percatado de ellos, de momento. Respiré profundamente y sentí que la garganta se me cerraba. La pena que Solaris sentía era visible.

—Sí. —Mi voz sonaba ronca—. Es como el tuyo.

Dándonos la espalda, se abrazó, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma.

—Entonces no hay nada que pueda hacer por ti.

La miré fijamente.

—Pero todavía no hemos preguntado nada.

—Si él se ha perdido a sí mismo por el éter, por la llamada de akasha, no hay nada que se puedas hacer. —Su mentón bajó, haciendo que su pelo cayera hacia adelante, cubriendo su cara—. Y no hay nada que se pueda hacer por ti. Lo intenté... pero el poder se transfirió.

—Espera. —Acercándome, trate de calmar la frustración que crecía furiosa dentro de mí—. No le he transferido mi poder. Él es solo el Apollyon. No el Asesino de Dioses.

Solaris se puso tiesa.

—No es posible.

—Sí que lo es. No he estado cerca de él desde que Desperté. Akasha y el éter actúan de forma diferente en él, pero aún es solo el Apollyon. —Hice una pausa, respirando profundamente—. Necesito saber cómo parar la transferencia.

Ella permaneció callada.

—Creo... sé... que tú sabes cómo hacerlo.

Su cabeza se giró hacia mí.

—Es imposible. Yo bloqueé ese conocimiento para que ningún otro Apollyon pudiera aprenderlo.

—Bueno... vi algo cuando Desperté. Te volviste hacia él, trataste de detenerlo. Tú sabías cómo, pero la Orden te encontró primero.

Solaris soltó una seca y quebradiza risa.

—¿Es eso lo que la historia te cuenta?

Mire a la diosa, pensando que ella sabría, pero se veía tan confundida como yo.

—Pero yo lo vi...

—¿Ah, sí? El Despertar es lo que el Apollyon anterior desea que veas. A la hora de tu muerte, cuando llegue, tú implantarás tus memorias. Algunas de ellas serán como tú desearías que fuesen, pero no como realmente fueron.

Maldita sea. ¿Seth lo sabía?

—Entonces, ¿qué pasó?

Sus pestañas bajaron de nuevo.

—Al principio, cuando lo conocí, no era como lo que se volvió al final. Era un hombre bueno y hermoso, que simplemente resultó ser el Apollyon. —Una pequeña y triste sonrisa apareció en sus labios—. Nunca entendimos nada. Fuimos los primeros en existir en la misma generación. Él ni siquiera entendía por qué había ido a buscarme. Era como si se sintiese atraído y yo no entendía qué estaba pasando cuando Desperté. El dolor... pensé que estaba muriéndome.

Hice una mueca de dolor, incapaz de imaginar haber pasado por aquello sin Aiden

y sin ningún conocimiento de lo que estaba pasando.

—Pero cuando nos conocimos, era como si estuviese predestinado. Durante muchos meses pudimos... pudimos conocernos el uno al otro. Creo que ni los dioses sabían qué podía pasar. —Una mirada distante apareció en sus ojos, sin llegar a ocultar un dolor que aún no había sanado—. Él parecía volverse más poderoso a medida que pasábamos más tiempo juntos, pudiendo manejar akasha con el menor esfuerzo, y no se cansaba. Aunque se volvió más inestable. Nunca hacia mí, pero lo sabía... sabía que era por mi culpa. Hubo una situación...

Mi estómago se hundió mientras me fijaba en Aiden.

—Un gran grupo de daimons atacó uno de los Covenants y, durante la batalla, él... tomó mi poder. El poder que mostró fue inimaginable. El Consejo empezó a preocuparse y luego... luego conocí al oráculo.

Ah, el oráculo atacaba de nuevo.

—Me dijo qué pasaría. Que él me quitaría todo mi poder y que atacaría al Consejo. No le creí, porque sería una locura. —Solaris rio suavemente—. Pero ella insistía en que lo detuviera. Que si no encontraba en mi corazón la fuerza para matar lo que más amaba, entonces tendría que tomar el poder.

Me quedé sin aliento y las paredes parecieron moverse.

—Nunca pensé que él actuaría así, pero el Consejo fue contra nosotros. Querían separarnos y ninguno de los dos, en nuestro egoísmo ingenuo, podía concebir tal cosa. Dejamos la seguridad del Consejo y nos fuimos por nuestra propia cuenta. —Solaris sacudió su cabeza—. Nos siguieron, mandaron a sus mejores Centinelas. Al no obtener éxito, la Orden de Tánatos vino a por nosotros.

Tragó saliva con dificultad.

—Fue ahí que amenazó al Consejo y supe que todo lo que el oráculo había dicho se volvería realidad. Me había dado todo lo necesario para detenerlo, pero fue demasiado tarde.

Mordí mi labio.

—¿Qué hizo él?

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Nunca lo hubiera hecho si no hubiese sido por la atracción del poder, la atracción de un poder supremo, que lo consumió. Pero así fue. Antes de que pudiera detenerlo, tomó mi poder. Hubo un momento, inmediatamente después de que lo cogiera, un solo momento en el que aún no era capaz de canalizarlo. Como un talón de Aquiles, por así decirlo, y la Orden atacó. El resto... el resto es historia.

No sabía qué decir. Un sentimiento de pena pasó por mi cabeza. Era obvio que Solaris amó a su Primero, tanto que en ningún momento mencionó su verdadero nombre. No me atrevía a preguntar para saciar mi curiosidad porque sabía que decirlo solo le traería más dolor.

—Lo lamento. —Fue lo único que pude decir.

Solaris asintió.

—¿Qué está haciendo tu Primero?

Le conté todo —la destrucción, la inminente guerra y la esperanza que teníamos de impedir que la historia se repitiese—. Si estaba sorprendida, no lo demostró. Solaris simplemente camino hacia mí.

—Lo bloqueé de él y de los otros Apollyons. —Solaris repitió de nuevo—. No estoy segura de cómo pudiste verlo. ¿Tal vez la diosa del destino?

Oh, dios. Por primera vez, la diosa del destino no intentaba que me sacrificara por el equipo. Bonito cambio.

—Sí, tal vez.

—Es mucho más simple de lo que piensas. —Solaris se acercó, puso su fría mano sobre la mía—. Debes seguir el orden de las marcas según aparezcan. El orden original.

Solaris apretó mi mano derecha.

—«Θάρρος», Coraje.

Luego tomo mi mano izquierda.

—«Ισχύς», Fuerza.

Soltando mi mano, puso las suyas por debajo de mi tórax, sobre mi ombligo.

—«απόλυτη εξουσία», Poder Absoluto.

Finalmente, subió sus manos y cogió mi nuca.

—«αήττητο», Invencibilidad.

El aire escapó de mis pulmones y Solaris asintió.

—Tendrás que poner tu piel contra la suya y llamarás a cada marca por su verdadero nombre.

—Espera —dijo Aiden—. ¿Entonces Álex recibiría todos los poderes?

Yo ya lo sabía, por eso cuando Solaris se alejó, dándose la vuelta hacia Aiden, apenas pude mirarlo.

—Sí —dijo—. Tendrá que hacerlo antes de que él lo haga.

Aiden abrió la boca, pero no dijo nada. Aprendimos cómo transferir poder, que ya era algo, pero sería prácticamente imposible.

—¿Eso es todo? —Preguntó—. Deseo irme.

Perséfone aclaró su garganta.

—Eso creo.

Por un instante, los ojos de Solaris se encontraron con los míos y pensé que la volvería a ver. *Y mucho antes de lo que esperaba*. No tenía ni idea de dónde había venido aquel pensamiento, si era algo que pasaría o si solo era una paranoia.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —Preguntó, con la voz lo suficientemente baja para que solo yo la escuchara—. El poder del Asesino de Dioses se te transferirá. Y a pesar de sentirte fuerte y pensar que puedes controlarlo, también podría corromperte. —Con aspecto terriblemente triste, como si supiera un gran secreto, suspiró—. Sea para lo que sea que los dioses quieren usarte, una vez lo hagan, ¿acabarás en pie? Como el oráculo me advirtió, no puede haber dos de nuestra

especie en la misma generación.

Y entonces se fue, pero sus palabras de despedida permanecieron envolviéndose en mi corazón y mi alma. Sus palabras no eran una advertencia, sino la declaración de un hecho. Miré hacia abajo, a mi mano izquierda y sentí como mi destino había sido sellado antes de que incluso supiera qué era.

Exhalé un suspiro tembloroso.

—Bueno, ha sido deprimente. —Caleb pasó una mano por su pelo—. Si no estuviera muerto, me sentiría un poco suicida.

—Sin duda. —Perséfone murmuró—. Pero las personas muertas, sin ofender, suelen ser bastante pesimistas.

Caleb se encogió de hombros.

—No me has ofendido.

Caleb nunca pareció deprimido durante las ocasiones en que nos habíamos encontrado. Como si hubiese leído mi mente, justo en aquel instante, sonrió y recordé lo que dijo cuando estuve en el limbo.

—Tú me dijiste que aún había esperanza para él.

Caleb se acercó a mí, pareciendo tan vivo que era doloroso verlo. Puso sus brazos alrededor mío y me abrazó con fuerza.

—Siempre hay esperanza. Tal vez no el tipo de esperanza en la que estás pensando, pero sí esperanza.

No lo entendí al principio, así que me acurruque en su abrazo, sabiendo que nuestro tiempo se acercaba a su fin. Mientras inhalaba el fresco aroma de Caleb, me di cuenta que necesitaba saber algo que probablemente me dejaría hecha pedazos.

Alejándome, me giré hacia Perséfone.

—¿Dónde está su Primero?

Pasó todo un minuto antes de que respondiera.

—Está en Tártaro.

Me tapé la boca para contener el vómito. No era tanto el destino del Primero, sino lo que significaba. Si lo lograba y terminaba matando a Seth, su destino sería el mismo. Y el mío también.



Estuve pegada como un chicle a Caleb durante los siguientes quince minutos más o menos, mientras Aiden se dedicaba a estudiar las armas y Perséfone limaba sus uñas o lo que fuera que hiciera. Sentados en el cuarto de guerra con nuestras rodillas juntas, Caleb me contó qué hacía allí abajo para pasar el tiempo y yo le conté lo mucho que Olivia quería verlo. No hablamos de lo que pasaría después. Estaba segura de que Caleb estaba al tanto de todo lo que estaba pasando y ninguno de los dos quería arruinar aquellos preciosos minutos.

—¿Le dijiste lo que te pedí? —Preguntó.

Asentí.

—Lloró, pero creo que eran lágrimas de felicidad.

La sonrisa de Caleb era grande.

—La echo de menos, pero ¿puedes hacerme otro favor?

—Lo que sea. —Y lo decía en serio.

—No le digas a Olivia que me has visto.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? Ella...

—Quiero que siga adelante. —Caleb agarró mis manos y se levantó, poniéndome de pie—. Necesito que siga adelante y creo que oír hablar de mí se lo está impidiendo. Quiero que viva y no quiero ser una sombra en su vida, detrás de cada paso que dé.

Dios, odiaba la idea de mentirle a Olivia, pero entendía lo que Caleb quería decir. Olivia nunca seguiría adelante sabiendo que, en cierto modo, Caleb seguía consciente y vivo, hasta donde se lo permitían, en el Inframundo. Era como si él estuviese allí, inalcanzable, pero *allí*. Sabiendo eso, ¿cómo podría olvidarlo y seguir adelante?

Así que acepté. Prometí contarles a todos que había sido Perséfone la que nos había encontrado. A pesar de que Apolo sabría la verdad, no importaría siempre y cuando Olivia no lo supiera. En cierto modo, era un regalo de su parte para ella.

—Gracias —dijo Caleb y me abrazó una vez más. Parte de mí quería seguir en los brazos de Caleb; siempre que estaba a su lado, mantenía los pies sobre la tierra. Caleb era mi lado racional. Era más que eso, a parte de mi madre, él fue la primera persona a la que quise de verdad.

Caleb siempre sería mi mejor amigo.

—Ya es la hora —dijo Perséfone suavemente. Cuando me separé de Caleb y la observé, había simpatía en su mirada. Un dios que pudiese empatizar era una anormalidad.

Aiden regresó a mi lado, poniéndose la mochila sobre los hombros antes de entregarme las armas que los guardias me habían quitado, incluyendo mi asquerosa capa. Perséfone avanzó hasta el centro del cuarto de guerra y movió su mano. Un vacío oscuro apareció, completamente opaco.

—Esta puerta os conducirá hasta la que usasteis para entrar.

—Gracias —le dije a Perséfone.

Ella asintió con gracia.

Mientras decía adiós, mirando sobre mi hombro por última vez, sentí mi pecho hundirse mientras mis ojos se encontraban con los ojos azules de Caleb. Ahí fue cuando supe que la muerte podía detener muchas cosas, pero que nunca podría cortar el lazo de la amistad.

Caleb sonrió y se la devolví con una de mis sonrisas llorosas, antes de girarme hacia el vacío que nos esperaba. Entrelazando mis dedos con los de Aiden,

atravesamos el portal, armados con el conocimiento que necesitábamos, pero con la carga que significaba la necesidad de conseguir lo imposible.

Capítulo 27

El Hummer estaba donde lo habíamos dejado y, de acuerdo con el reloj en el tablero, solo habían pasado tres horas; tres horas para el reino mortal, cuarenta y ocho horas en el inframundo y toda una vida para Aiden y para mí.

Me ofrecí a conducir de vuelta, pero Aiden insistió en que estaba bien; comprendí que quería que durmiera y descansara. Sabía que debía hacerlo, para evitar que Seth usara la conexión, pero no me parecía justo. Seguramente estaba exhausto.

Sin embargo, era una batalla que aquella vez no iba a ganar. Me acurruqué en mi asiento y traté de dormir un poco. El único problema era que mi cerebro no se apagaba. Desde que estuve en el cuarto de guerra, algo giraba en mi cabeza y no sabía qué. Lo que había dicho Perséfone, las colas cortadas y luego colgadas en la pared, me resultaban familiares, pero no sabía por qué ni cómo. Y era algo más que eso. Las últimas palabras de Solaris fueron inquietantes y seguían dando vueltas en mi cabeza.

Lo que no podía entender, era por qué Apolo me había mantenido con vida, después de que Seth se hubiera vuelto loco con todo el tema del Consejo. O por qué Artemisa había detenido a Hades de llevarme al Inframundo. Los dioses —bueno, todos ellos excepto uno—, temían la transferencia de poder, porque si sucedía, no habría forma de detener a Seth. Deshacerse de mí antes de Despertar o eliminarme después, tenía sentido.

Pero mantenerme con vida, definitivamente, no lo tenía.

Entonces recordé lo que Artemisa había dicho en la tienda, mientras se enfrentaba a Hades. Las profecías pueden cambiar y no cuesta mucho saberlo, si me convertía en la Asesina de Dioses, la profecía cambiaría.

La intranquilidad se apoderó de mí. ¿Apolo y los demás sabían que era posible? Me sentía tonta por estar cuestionándolo todo. Los oráculos pertenecían a Apolo y, aunque no conocía todas sus visiones, la parte que el oráculo le había dicho a Solaris también podría haber sido compartida con Apolo. Algo que tendría sentido al ver lo entusiasmado que estaba de que bajara a ver a Solaris.

Una parte de mí era tan ingenua que esperaba que no fuera el caso, porque significaba que Apolo tenía muchas cosas que contarnos. La otra parte de mí era más analítica al respecto, más razonable. Apolo había dicho que necesitaban detener al dios que obviamente estaba trabajando con Lucian. Y, ¿cómo podrían detenerlo?

Necesitaban a una Asesina de Dioses.

Y lo más gracioso de toda aquella situación de mierda era que Lucian controlaba a Seth, y aquel dios —fuera quien fuera—, controlaba a Lucian. Por lo tanto él o ella controlaba a Seth y a todos los que seguían a Lucian. Así que, si Seth lograba transferirse toda mi energía, este dios controlaría al Asesino de Dioses. Un poco

arriesgado, ya que Seth podría traicionarlo, pero al final, una vez que el dios lograra que Seth hiciera lo que él quería, estaba segura de que sería suficientemente creativo como para encontrar alguna forma de mantenerlo bajo control, seguramente manteniendo algún miembro de la orden escondido y bajo su control.

Me tensé mientras intentaba entender todo aquello. Nada tenía buena pinta. Seth estaba siendo manipulado por muchas persona y no tenía ni idea. Mierda, hasta ella se negaba a creer que fuera el caso.

A medida que los kilómetros entre Kansas e Illinois desaparecían, no pude olvidarme de lo que Solaris había dicho; no entendía qué quería decir con que los dioses me estaban usando. Tampoco podía dejar de lado la sensación de que, al aprender cómo transferir su poder a mí, había sellado mi destino.

El repentino peso de la mano de Aiden sobre mi rodilla me llamó la atención. Sus ojos estaban fijos en la oscura carretera.

—No estás durmiendo.

Sonreí mientras ponía mi mano sobre la suya.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. —Me sonrió—. ¿En qué estás pensando?

Tenía todo en la punta de la lengua —mis sospechas, mi preocupación sobre lo que Solaris me había dicho y lo que sabía que Apolo estaba ocultando—, pero cuando Aiden me miró de nuevo, comprendí que no podía decírselo.

Él no había escuchado lo que Solaris me dijo al final y no quería preocuparle con más cosas; los dioses sabían que ya tenía suficientes preocupaciones. Si mis sospechas eran correctas, si todo estaba conduciendo a una cosa...

Respirando hondo, me concentré en las líneas blancas que partían la oscuridad.

—Pensaba en cómo poder acercarme lo suficiente a Seth para transferirme su poder. Parece imposible, ¿verdad?

—No me gusta, Álex. Seré honesto contigo, creo que es una locura. Para mí, es como acercarse por detrás a una cobra. No va a funcionar.

—Lo sé, pero ¿qué otra opción tenemos? Además, no solo tenemos que encontrar la manera de acercarme a él. También están todos los Centinelas y guardias que lo apoyan.

Aiden me apretó la mano.

—Vamos a necesitar un ejército.

Le miré lentamente.

—¿Y dónde vamos a encontrar a todo un ejército?

—Esa es una buena pregunta. —Soltó una breve carcajada—. Lo que tenemos que averiguar es exactamente cuántos tiene Lucian respaldándole...

—Le podría pedir a Dioniso que vaya a explorar. —La voz de Apolo tronó desde el asiento trasero.

Grité, saltando por el susto, golpeando mis rodillas contra la guantera. La mano de Aiden se movió, de forma involuntaria, debido al susto, girando el volante,

desviando el Hummer hacia el carril de la izquierda que, por suerte, estaba vacío.

Aiden maldijo en voz baja.

—Necesitas un maldito cascabel.

Me di la vuelta en el asiento, lista para borrarle aquella sonrisa de la cara. Ya estaba bastante enfadada con él antes del susto.

—¡Podrías haber provocado un accidente!

Apolo se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en la parte posterior de los asientos.

—Pero no lo hice. Aiden tiene los reflejos de un perro infernal.

Haciendo una mueca, sacudí la cabeza.

—¿Cómo... has podido entrar aquí?

Me miró con cara de: «¿No es obvio?». Parecía un niño y no un dios.

—Todas estas protecciones que lleváis, hacen invisible tu poder a otros dioses; pero no los mantienen fuera. Llevas mi linaje. Puedo encontrarte cuando quiera.

—Bueno, no es nada raro.

Aiden lanzó una mirada al espejo del retrovisor.

—¿Quieres que te contemos qué hemos averiguado? —Cuando Apolo asintió, Aiden frunció el ceño—. ¿No has podido esperar a que volviéramos a Apple River?

—Veamos... —Apolo dio un golpecito con su dedo sobre su barbilla—. Todo el mundo está al borde de un apocalipsis de dioses. ¿Y tú quieres que espere otras seis horas?

—Seis horas no van a cambiar nada —respondió Aiden, sus ojos cambiaron a un gris metálico.

—Espero que no. —Apolo volvió su mirada hacia mí—. ¿Qué has averiguado?

Me debatí conmigo misma sobre si decirle que no había aprendido nada, pero era inútil.

—Aprendí cómo transferirme su poder.

Apolo no mostró ninguna reacción, en aquel momento le odié.

—¿Y crees que puedes hacerlo?

Le lancé una mirada a Aiden.

—Solo hay un pequeño problema: cómo llegar a Seth.

—Como dije, puedo pedirle a Dioniso que explore un poco. Ver cómo de grande es su ejército y todo eso —respondió.

—Aún no tenemos un ejército. —Me di la vuelta en mi asiento, mirando hacia el frente y sintiéndome feliz conmigo misma, pero también como una perra.

—Bueno, en realidad...

Me negué a darme la vuelta. Sabía que aquello era lo que Apolo quería que hiciera.

—¿Qué?

Cuando él no respondió, Aiden gruñó.

—¿Qué, Apolo?

—Una hora después de que os fuerais, uno de los Centinelas que estuvo usando la cabaña de Solos antes de que lo echarais de forma no muy agradable, apareció. Trajo noticias.

Aiden estaba completamente quieto y me pregunté si estaba conduciendo en aquel estado.

—¿Y confías en ese Centinela?

El dios rio sombríamente.

—Digamos que me aseguré de que estuviera de nuestra parte.

Curiosa, empecé a preguntar cómo, pero Apolo me sonrió.

—Usa tu imaginación —dijo y mi imaginación flotó a lugares bastante extraños.

—De todas formas —continuó—. La mayoría de los puros están huyendo de los Covenants y de sus comunidades, todos se están yendo en dirección a la Universidad de Dakota del Sur. Los Guardias también. Tiene sentido, la ubicación de la Universidad es bastante remota y casi con toda seguridad no puede ser penetrada. Los Centinelas que no han caído en manos de Lucian han dejado sus funciones y se dirigen a la Universidad.

—¿Y los daimons? —Pregunté.

—¿Qué sucede? Irán donde vayan los puros y los puros estarán bien protegidos. Luego están los puros con los que Lucian está alimentando a los daimons. No hay nada que podamos hacer al respecto. —Apolo se echó hacia atrás, mirando el techo del Hummer, como si nunca hubiera visto uno. Golpeó la luz interna y esta se encendió, luego la apagó. Supongo que las cosas brillantes también son una distracción para los dioses. Lo hizo de nuevo, con el ceño fruncido.

—Apolo —le dije bruscamente.

Me miró.

—Es muy posible que Lucian y Seth derroten al Consejo de Nueva York, así que los miembros del Consejo y los Centinelas han sido evacuados en secreto del Covenant.

Mi corazón dio un vuelco.

—Mi...

—No sé si tu padre es uno de los que ya han llegado a la Universidad, si está en camino o si está vivo. Lo siento.

Mis hombros se hundieron.

—Entonces, ¿qué hacen? ¿Mueven la base de operaciones hacia allí?

—Sí. Así habrá cientos, si no miles, de Centinelas y Guardias allí. Aquellos que han visto a sus amigos y a otros Centinelas asesinados por los que están del lado de Lucian. Aquellos que solo quieren matarlo.

Aiden asintió lentamente.

—Un ejército; nuestro ejército.

—Marcus y Solos ya están haciendo planes para ir a la Universidad. Cuanto antes lleguéis allí, mejor.

Estaba lista para seguir aquel plan. Y sí, tenía una razón algo egoísta. Si existía una pequeña posibilidad de que mi padre estuviera allí, era suficiente para mí.

—Sería más seguro para Deacon y los demás —dijo Aiden—. Sería la mejor opción.

Me sentí como una idiota por pensar únicamente en lo que podía ganar.

—¿Cuándo podremos ir?

—Tan pronto como sea posible —respondió Apolo—. Una vez en la Universidad, podemos apelar a aquellos que desean ponerle fin a esto. Luego podremos actuar contra Lucian...

—¿Y el dios que está moviendo los hilos? —Dije, incapaz de detenerme—. Nos pondremos en contra de él o ella. ¿No?

Los vibrantes ojos azules de Apolo se encontraron con los míos y sostuvo mi mirada.

—Sí. Lo haremos.

Justo en aquel momento quise decirle lo que realmente pensaba, pero lo único que me detenía era Aiden... y esa parte de mí, la pequeña parte que Laadan había dicho que estaba creciendo, volviéndose más madura. Tenía razón.

—Tengo que hablar con Dioniso. —Apolo seguía mirándome, supe que le vería pronto—. Os veo más tarde.

Y se fue.

Aiden me dirigió una mirada de reojo.

—Hay veces que le odio con ganas.

—Créeme, yo también —murmuré.



Llegamos a Apple River cuando el cielo empezaba a pasar de negro a azul oscuro. La cabaña estaba a oscuras. Cuando nos bajamos del Hummer el canto lejano de las aves era el único sonido.

Aiden se estiró, arqueando su espalda. Se detuvo y me encontró mirándolo desde el otro lado del vehículo.

—Ven aquí.

Probablemente era la única persona que podía exigírmelo y yo le haría caso. Demasiado obediente, me dirigí por la parte delantera del Hummer y me detuve frente a él.

—¿Qué? —Le pregunté, reprimiendo un bostezo.

Aiden acurrucó mis mejillas entre sus manos e inclinó mi cabeza hacia atrás.

—No has dormido nada.

—Tú tampoco.

Una sonrisa cansada se dibujó en su rostro.

—Yo estaba conduciendo.

Puse mis manos sobre sus muñecas. Nuestros ojos se encontraron.

—No puedo creer que fuéramos al Inframundo y saliéramos con vida.

—Yo tampoco. —Sus pulgares trazaron una línea a lo largo de la curva de mis pómulos—. Estuviste perfecta.

—Excepto por las arañas...

Inclinó la cabeza y su nariz rozó la mía.

—Yo no hablaba de las arañas.

—¿Ah, no?

Aiden se rio y su aliento me rozó, cálido y tentador.

—No, estaba pensando en lo que pasó después de las arañas.

—Oh... oh. —Tomé una bocanada de aire, sintiendo mis piernas como si fueran de gelatina—. *Eso*.

—Sí. —Sus labios rozaron los míos—. *Eso*.

Empecé a sonreír, porque en realidad fue perfecto, pero Aiden me besó y me derretí en sus brazos. Hubo fuerza en aquel beso, junto con amor y el sabor de cómo sería mi futuro a su lado. Adoraba que, en medio de todo aquello, pudiéramos tener momentos como ese. Cuando éramos solo nosotros y no había ningún muro en medio. El beso se hizo más profundo, su lengua se deslizó sobre mis labios, mientras me aferraba a sus muñecas. Un sensual y profundo gruñido salió de Aiden y quise...

—Deberíais buscaros una habitación —dijo Apolo saliendo de la nada—. Mis pobres ojos...

Gruñí. Siempre llegaba en los mejores momentos.

—Dios. —Escupió Aiden. Se echó hacia atrás, lanzándole una mirada furiosa por encima de mi cabeza—. ¿Te pone acercarte por detrás y sorprendernos?

—Creo que no quieres saber qué es lo que me pone.

Hice una mueca.

—Aj, qué asco.

Aiden besó mi frente, mientras sus manos se deslizaban sobre mis mejillas.

Dejó caer un brazo alrededor de mis hombros y me metió en el refugio de su cuerpo. Yo me dejé hacer, apoyando mi mejilla contra su pecho.

—¿Ya has hablado con Dioniso?

Apolo se apoyó contra el parachoques.

—Sí. Está en ello en este mismo instante.

—¿Y cómo podemos saber que Dioniso no es el dios que está detrás de todo esto? —Reprimí otro bostezo—. ¿Y que no nos está mintiendo?

—A Dioniso no le gusta la guerra y no tiene ningún motivo para hacer algo como esto.

—¿Cuánto tiempo tardará en decirnos algo? —Preguntó Aiden.

—Seguramente al final del día nos dirá algo. —La mirada de Apolo se deslizó sobre el profundo cielo azul—. Casi ha amanecido. Deberíais descansar.

Aiden bajó su mirada para observarme.

—Entremos.

Me aparté, mirando a Apolo.

—En un segundo entro. Quiero hablar con Apolo.

Aiden dudó, lanzándome una mirada confundida. Odiaba no decirle esto, pero no había otra manera. Si Aiden lo sabía, se aseguraría de pararlo y el mundo se iría a la mierda.

—No te preocupes —sonreí—. En seguida entro.

Aiden miró a Apolo y dejó escapar un largo suspiro.

—Está bien. Iré... a despertar a Deacon o algo.

—Estoy segura que eso le gustará —le dije.

Apareció una breve sonrisa.

—Cierto.

Al escuchar la puerta cerrándose detrás de Aiden, miré a Apolo y sentí cómo la máscara que había estado usando caía.

Nuestras miradas se encontraron y Apolo suspiró.

—Alexandria...

—Sabía que estabas ocultándome algo. Que había una razón más grande para que todos quisierais mantenerme con vida cuando sería mucho más fácil matarme. Arreglaría el problema con Seth, así que no entendía por qué corríais el riesgo.

Parecía no saber qué decir. Bien, había dejado a un Dios sin palabras. Un punto para mí. Y aquí iba a por el punto número dos.

—Necesitáis a una Asesina de Dioses.

Los minutos pasaron antes de que respondiera.

—Tenemos que evitar que vuelva a suceder.

—Me necesitáis para que mate al dios responsable. —La ira creció dentro de mí, pero también sentía crecer el dolor, y ese dolor estuvo ahí pudriéndose desde que salimos del Inframundo. No sabía por qué. Era cierto que estaba emparentada con Apolo, pero él era un dios y no tenía empatía, sin embargo dolía como nunca, atravesándome el corazón.

A fin de cuentas, yo era el león y el cordero; mataría y luego me matarían a mí. Apolo no lo dijo, pero lo vi al mantenerse en silencio.

—No podemos correr el riesgo de que estos extremos de destrucción ocurran otra vez, Alexandria. Miles de personas inocentes han muerto y habrá más muertes. E incluso deteniendo al Primero, volverá a suceder.

Puso su mano sobre mi hombro; era pesada.

—No nos podemos matar entre nosotros. Necesitamos lo único que nos puede matar. Necesitamos a la Asesina de Dioses, te necesitamos a ti.

Le miré fijamente, estupefacta.

—Entonces, no quieres que mate a Seth.

Él resopló.

—Casi todos los días, pero debes hacerte con su poder y él tiene que estar vivo para que eso suceda. Necesito que seas capaz de derrotarlo y transferirte su poder.

Mis manos formaron dos puños y me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no arrancarle sus preciosos mechones de pelo dorado.

—Me has estado mintiendo todo este tiempo.

—No lo he hecho. —Ni siquiera parpadeó.

—¡Mentiroso! ¡Me dijiste que querías que matara a Seth! ¿Te acuerdas cuando estábamos tomando zumo de uva y el pastel de Spiderman?

—Quiero que mates a Seth, pero no es lo que *necesito*.

Mi boca se abrió de par en par.

—¡Eso ni siquiera tiene sentido!

—En aquel momento no sabía a ciencia cierta si había alguna forma de transferirte su poder —argumentó con calma—. Tenía mis sospechas, al igual que mi hermana, pero no podíamos estar seguros. De todas formas, no puede hacerse con tu poder. Si no puedes derrotarlo y quitarle su poder, debes matarlo.

Apolo hacía que todo sonara muy simple, como si estuviera pidiéndome que fuera a la tienda a comprar un paquete de galletas de vainilla y si no tenían, que trajera de chocolate. Demencial.

—No quiero que termine como tú crees, pero no hay mucho que pueda hacer para defenderte.

—Sí, porque después de eliminar a este dios, si averiguamos quién es, es muy probable que los dioses se vuelvan contra mí, por ser una amenaza para ellos. Y me apuesto lo que sea a que tienen un miembro de la Orden por ahí escondido, ¿verdad? Incluso si no hago nada, ¿vais a actuar como jueces y a culparme por un crimen que no habré cometido?

De nuevo una maldita pausa y luego dijo:

—Todo el mundo muere, pero al final del día, la pregunta es, ¿por qué están dispuestos a morir, Alexandria?

Dios, había una parte de mí —una gran parte de mí—, que lo único que quería era darle una patada en los huevos, pero en realidad, lo entendía. Aunque lo que había dicho era una locura total, entendía lo que intentaba decirme. Tal vez era ese el motivo de no estar gritándole en aquel momento. La pérdida de una vida, tal vez dos, valía la seguridad de miles de millones. Podía entenderlo y, si lo miraba de forma objetiva —como si no estuviera hablando de mí—, seguramente lo apoyaría.

Pero se trataba de mí.

Sería yo.

Era mucha información a la vez. No era capaz de procesarla todavía. Me sentía demasiado egoísta, sin embargo, sabía qué se debía hacer.

Por todos los dioses, no era suficientemente mayor o madura para tomar aquel tipo de decisiones.

El silencio que se estableció entre nosotros duró tanto que lo único que se

escuchaba era el viento moviendo las ramas a nuestro alrededor. Si no tuviera la habilidad de detectar a un dios, pensaría que se había marchado. Pero seguía allí, esperando.

—¿Y no hay otra manera? —Pregunté.

Él no respondió y tomé su silencio como un no.

Con gran tristeza, levanté la cabeza.

—¿Qué pasará si muero?

Apolo no respondió inmediatamente.

—Tendrás la muerte de un guerrero. Es algo que te dará orgullo y no te faltará de nada.

Nada excepto vivir, pero supongo que eso ya no era un punto discutible.

—¿Te asegurarás de que... de que Aiden esté bien?

Los ojos del dios se encontraron con los míos y asintió.

Con la garganta cerrándose por momentos ante todo el dolor que estaba sintiendo, me concentré en las piedras del suelo.

—Él... él tuvo que ver a sus padres una vez muertos, Apolo. No quiero que me vea, ¿de acuerdo? ¿Puedes asegurarte que no me vea?

—Si es lo que deseas.

Apreté los labios, aliviada al ahorrarle a Aiden aquel dolor, tal vez no todo el dolor, pero sería mejor así.

—¿Y podrías asegurarte de que Marcus y el resto estén bien?

—Sí.

—Está bien. —Tragué saliva, pero la sensación seguía siendo la de alguien que se esta ahogando—. ¿Podrías dejarme un rato sola?

—Álex...

Levanté la vista, encontrándome con sus ojos.

—Por favor, vete.

Fue a decir algo, pero luego asintió y se desvaneció. No sé por cuánto tiempo estuve allí de pie. Luego me dirigí hacia el porche y me senté en los escalones.

El aire de la noche todavía era frío. Las lágrimas quemaban en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer. Llorar no serviría de nada. No cambiaría lo que iba a suceder. Si de alguna manera lograba llegar a Seth, transferirme su poder antes de que él lo hiciese y pudiese destruir al misterioso dios, me matarían como si fuera un animal rabioso. Seguramente también matarían a Seth, aunque ya no fuera un peligro. Tal vez si no estaba viva para influenciarlo, mejoraría. Solo habría un Apollyon, como debía ser.

Me froté los ojos hasta dolerme.

¿Qué día era? ¿Algún día de abril? En poco más de un mes se suponía debía graduarme en el Covenant. Eso, obviamente, no iba a suceder. Mucho había cambiado y muchas cosas nunca serían las mismas. Me preguntaba si también había cambiado mi destino o si aquello siempre había sido parte de él y nadie me había

avisado.

Se me ocurrió una idea. Era una locura, pero me planteé volver a hablar con Seth a través de nuestra conexión, pues mi estado de ánimo lo permitía. El dolor de cabeza estaba allí. Tal vez podría decirle lo que sabía. Tal vez una parte de él a la que aún le importaba lo suficiente, me escucharía.

Negando, bajé la cabeza, entrelazando mis manos.

Era probable que lo utilizara como motivo para que acudiera a su lado.

Respire hondo varias veces, sacando a Seth de mi cabeza y, por alguna razón, me puse a pensar en mi padre. Su temperamento se había vuelto más brusco debido a una vida dura. Pómulos amplios y una barbilla fuerte mostraban la cara de un guerrero. En realidad no nos parecíamos mucho, pero sus ojos... sus ojos eran igual que los míos.

Traté de no pensar en él. Tal vez no era correcto estar allí sentada mientras él podía estar en los Catskills. Y aún era más difícil saber que no existía la posibilidad de llegarnos a conocer, prácticamente se había esfumado.

Pensé en el sacrificio que había hecho —y seguía haciendo—, durante tantos años. Seguramente quería estar conmigo, pero tenía trabajo que hacer. Mi padre era un centinela de los pies a la cabeza, y lo respetaba por ello.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero no pasó mucho hasta que la puerta tras de mí se abriera. La madera crujió a medida que los pasos se acercaban.

Aiden se sentó a mi lado; seguía llevando su uniforme de Centinela. Miró al frente y no dijo nada. Le observé. Tenía el pelo desordenado, sus rizos apuntaban en todas direcciones. Una ligera sombra se estaba formando en su mandíbula.

—¿No has despertado a Deacon? —Le pregunté.

—No. Si lo hiciera, no nos dejaría dormir. Necesitará que lo entretengamos, ya sabes como es. —Aiden inclinó su cabeza hacia mí—. ¿Cuánto hace que Apolo se ha ido?

—Hace un rato.

Durante un instante, se quedó callado.

—¿Hay algo que deba saber? —Mi corazón dejó de latir.

—No.

Sus ojos se encontraron con los míos y no supe si me había creído, pero extendió su brazo. Me acerqué, encajando con su cuerpo, mientras cerraba sus brazos alrededor de mí. Apoyó su mejilla contra mi pelo y pude sentir su aliento.

Pasaron algunos minutos y luego dijo:

—Estamos juntos en esto, Álex. Nunca lo olvides. Estamos juntos, hasta el final.

Capítulo 28

Cuando Apolo reapareció más tarde, todavía no lo había asimilado. Es decir, ¿cómo podía asimilarlo todo? Tener que pasar por todo aquello, enfrentándome a dios sabe qué, sabiendo que había un 99% de probabilidades de que muriera de todas formas no ayudaba a motivarse, por lo que decidí hacer lo único que era capaz de hacer.

Olvidarme del resultado final.

No era lo más sabio, pero era la única manera de poder hacerlo y mantener la cordura, porque en aquel momento no tenía ni idea de cómo cambiarlo.

Apolo no vino solo. Cuando apareció de la nada en medio de la sala, Dioniso le acompañaba. Era la primera vez que veía al dios. Parecía un chico de fraternidad con su camisa hawaiana y pantalones cortos.

Dioniso se dejó caer en el sofá en una perezosa, arrogante y desgarbada postura. Con los párpados pesados miró a cada una de las mujeres en la sala, haciéndoles un repaso de arriba abajo como si de un folleto con el menú se tratara. Cuando sus extraños ojos se posaron en mí, arqueé una ceja.

Él sonrió.

—Así que esta es la Apollyon.

—Esa soy yo.

—Por alguna razón, esperaba que fueras más alta.

¿Pero qué demonios...? Me crucé de brazos, lanzándole una mirada de desprecio.

—No sé por qué seguís diciendo eso.

Aiden se apoyó contra la mesa en la que estaba sentada.

—Bueno, algo pequeña si que eres.

Mi altura no era nuestro mayor problema. Por suerte, Marcus tiró de las riendas de la conversación, dirigiéndola de nuevo a cosas más importantes.

—¿Tienes noticias de Lucian?

El dios se estiró, cruzando sus brazos detrás de su cabeza.

—Bueno, me acerqué todo lo que pude. Pero esta vez era algo diferente.

Apolo frunció el ceño. No me gustaba ver a un dios frunciendo el ceño; por norma general significaba que esto era algo malo, muy malo.

—¿A qué te refieres?

—Solo pude acercarme un poco. Algo me impedía acercarme más. No pudieron ni mis ninfas. —Movié los dedos de los pies—. Ningún tipo de protección ni guardia puede hacer eso. Solo otro dios.

—No lo entiendo —dije—. ¿Cómo puede otro dios bloquearte?

—Uno poderoso, pequeña Apollyon. —Dioniso me guiñó uno de sus espeluznantes y completamente blancos ojos—. Sería como golpearse contra una

pared invisible. El Primero y el puro están bien protegidos.

—¿Hermes? —Dijo Marcus, frotándose pensativamente la mandíbula.

Dioniso resopló.

—Hermes no podría hacer algo así.

—¿Quién podría hacerlo? —Preguntó Solos, con una mirada astuta.

—Uno del núcleo —respondió Dioniso con una media sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —Luke se inclinó hacia delante en su silla, dejando caer sus brazos sobre sus rodillas—. ¿Uno del núcleo?

El dios le lanzó una breve mirada.

—Hay una estructura social... o política, en el Olimpo, una escala de poder.

Al otro lado de la sala, Laadan despejó su garganta. A su lado, Olivia se quedó quieta. No había hablado desde que preguntó por Caleb. Y yo cumplí su promesa, por más que apestara.

—¿Nos puedes dar algunos detalles más? —Preguntó Laadan cortésmente—. Creo que es algo que no conocemos.

—En realidad no lo desconocéis —respondió Apolo—. Creasteis el Consejo usando el Olimpo como modelo, cada consejo tiene un líder, por así decirlo. En el Olimpo es lo mismo.

Mi curiosidad aumentó.

—Entonces, ¿quién está en el núcleo?

Dioniso no tenía pupilas, pero estaba bastante segura de que, cuando su cabeza se giró hacia mí, me miraba las tetas. Y estaba segura de que Aiden pensó lo mismo, por la forma en que todo su cuerpo se puso rígido.

—Zeus y Hera, seguido por el cada vez más popular Apolo y su hermana, Artemisa, luego Ares y Atenea —respondió Dioniso—, y por último, pero no menos importante, Hades y Poseidón. Estos son los dioses más poderosos y los únicos que podrían lograr hacer algo así.

—Bueno, no es Hades. Él quería llevarme al Inframundo. Y dudo que sea Poseidón, está demasiado ocupado cargándose Deity Island.

Aiden miró a Apolo.

Los ojos del dios sol se estrecharon.

—Claro, ahora seré yo.

—En realidad podría ser cualquiera de ellos —dijo Dioniso y luego bostezó ruidosamente—. Está tomando por tonto a todo el mundo, por lo que puede que incluso nos haya tomado por tontos a nosotros también. —Se encogió de hombros como si nada de aquello fuera un gran problema—. Las cosas son como son.

—¿Pudiste sentir algo? —Las manos de Apolo se cerraron en puños cuando Dioniso sacudió la cabeza—. ¿Viste *algo* que pueda decirnos quién es el dios? ¿Algo?

—Bueno, no era a eso a lo que iba. Tú me dijiste que averiguara cuántos tenía de su lado ese puro idiota, y eso hice.

Un musculo saltó en la mandíbula de Apolo, que estaba a punto de soltar un gruñido.

—Entonces, ¿qué viste?

—Nada bueno.

—Detalles —dijo Apolo, exhalando por la nariz—. Detalles.

Me pregunté si Dioniso estaba borracho o drogado. Mi mirada se encontró con la de Deacon en el otro extremo del sofá, y estuve segura que él pensaba lo mismo. Incluso Lea, sentada al lado de Deacon, miraba a Dioniso con cara de «qué demonios está pasando».

—Tiene cerca de un millar de Centinelas y Guardias mestizos, quizás más. A parte de eso, está rodeado por una especie de círculo interno formado por otros puros. Y aún se pone mejor. —Hizo una pausa, supe que era para darle un efecto dramático—. Había mortales con él.

Mi boca se abrió.

—¿Qué?

—Soldados —respondió Dioniso—. Soldados mortales como los «todo por la patria», esa clase de soldados. Había más o menos unos quinientos.

Casi me caigo de la mesa.

—¿Eso es posible? —Exigió Lea. Entonces apretó sus ojos con fuerza, con las facciones tensas—. Está usando una compulsión.

—No. —Marcus negó, mientras se daba la vuelta hacia Apolo—. Ningún puro podría controlar tantos mortales. Ni siquiera si tuviera a cien puros rodeándolo.

—Es el dios. —Apolo parecía enfadado.

Mi estómago se revolvió ante la idea. Usar mortales de aquella manera estaba mal en muchas formas. Nunca sobrevivirían a una lucha contra un Centinela o un Guardia, no importaba cuántas armas tuvieran. Nosotros éramos mucho más rápidos y estábamos mejor capacitados. Los mortales serían carne de cañón y nada más. Era repugnante.

La ira llenó la habitación, tan densa que prácticamente podía saborearla.

—No lo entiendo. —Deacon se pasó una mano por el pelo, apretando la parte posterior de su cuello—. ¿Cómo es que el mundo de los mortales no se ha dado cuenta que algo está sucediendo?

—Uno de los mortales debe ser un alto rango en el ejército, alguien que pueda tomar ese tipo de decisiones y dar algún tipo de razón. —Apolo apretó sus labios—. O al menos eso es lo que yo haría.

—Puede haberles dicho que estamos en estado de emergencia —añadió Marcus—. Ninguna parte de los EEUU está ilesa, y estoy empezando a preguntarme si a este dios le importa ser descubierto.

Aiden se aferró al borde de la mesa.

—Creo que es evidente que el riesgo de ser descubierto o descubierta, no es importante. Demonios, tal vez forme parte de su plan.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Pensadlo. ¿Por qué otro motivo estaría haciendo todo esto un Dios? O, ¿por qué le haría caso a Lucian? —Preguntó Aiden—. Para vencer a los demás dioses y luego que, ¿gobernar el Olimpo? O, ¿gobernar el Olimpo y el reino de los mortales?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Ni mi superdotada imaginación era capaz de imaginar cómo sería si aquello sucediera, y sobre todo, si el mundo terminaba siendo gobernado por uno dios.

—No podemos permitir que suceda —dije.

Los ojos de Apolo se posaron en los míos.

—No. No podemos.

Aparté la mirada. En aquel momento no quería pensar en que era necesario para detener a aquel dios. Despejé mi garganta.

—Me pregunto si Lucian y Seth lo saben.

—¿Acaso importa? —Pregunto Lea, arrogante como siempre.

Mis labios se torcieron ante su tono.

—Supongo que no, pero hay que preguntarse quién está usando a quién. Y qué pasará con ellos si el dios triunfa. ¿Planea mantenerlos vivos o deshacerse de ellos? ¿Ellos lo saben?

Era evidente que a la mayoría de las personas en la habitación no les importaba, pero Marcus se acercó a donde yo estaba sentada y se apoyó contra el escritorio al otro lado.

—Dudo que sepan algo. En cierto modo, aun siendo responsables de cosas terribles, es trágico.

—Sera trágico si tienen éxito. —Dioniso se levantó y estiró sus brazos por encima de su cabeza—. Bueno, me voy.

Apolo asintió y Dioniso hizo una reverencia a la habitación, barriendo los brazos a ambos lados con un ademán. Luego se fue.

Sacudí la cabeza.

—Y bueno... ¿Quién más cree que estaba totalmente drogado? —Casi todos levantaron la mano y yo sonreí.

—Entonces, ¿nos vamos mañana por la mañana hacia la Universidad? —Preguntó Olivia mientras tiraba de uno de sus rizos—. ¿No creéis que, si este dios es tan astuto e inteligente, sabrá que Álex se dirige hacia allí? Es decir, aunque esté utilizando a Lucian y a Seth para sus malvados planes, todavía necesita a Álex, ¿verdad? Porque seguramente está controlando a Seth, o quiere hacerlo.

Todos se quedaron callados y me sentí como una pequeña hormiga bajo una lupa.

Le lancé una mirada a Apolo, pero él miraba el globo sobre la mesa.

—Cualquier movimiento será igual de peligroso que quedarnos aquí —dijo Marcus finalmente—, pero en Dakota del Sur, estaremos más seguros.

—Álex estará más segura allí, también —murmuró Luke, mirando fijamente sus manos.

Abrí la boca, pero Lea habló antes.

—Bueno, creo que nuestro trabajo es asegurarnos de que Seth y este dios no lleguen hasta Álex.

Abrí la boca de par en par.

Ella me obsequió con una sonrisa de suficiencia.

—No podemos permitir que te vuelvas la Álex psicópata de nuevo y que termine el mundo tal y como lo conocemos.

—Tiene razón —sonrió Deacon.

Estreché los ojos.

—Esperad. Chicos, no quiero...

—¿Qué? —Aiden me dio un codazo—. ¿No quieres que te ayudemos?

—No es eso. —Miré a Apolo, pero él seguía fascinado por el globo—. Si vais a enfrentaros a un dios solo por salvarme el trasero...

—Es un bonito trasero —murmuró Aiden mientras estudiaba la punta de sus botas. Una pequeña sonrisita se dibujó en su rostro.

Lo miré durante un instante.

—Además, Seth me esta buscando, esto... esto va a ser muy peligroso. No quiero que arriesguéis vuestras vidas por mí.

Lea resopló.

—Maldita sea, Álex, tu ego esta fuera de control. Me conoces. En cualquier otra situación te arrojaría frente a un daimon, pero mantenerte lejos de ellos significa salvar millones de vidas, por lo que eso me pone en tu equipo. Esto va más allá de ti.

—Sé que es algo más grande. —Mis mejillas ardían y la sonrisa idiota de Deacon no ayudaba—. Y sé que me tirarías frente a un daimon, pero no quiero veros salir heridos en el proceso.

—Todos los que estamos aquí conocemos los riesgos, Álex. —La voz de Marcus era severa, me recordaba a los días en el Covenant, cuando se pasaba la mayor parte de su tiempo gritándome—. Nadie está obligado a hacerlo.

—Y ninguno de nosotros elegiría otra cosa. —Olivia ofreció una sonrisa vacilante—. Todos hemos perdido a alguien por culpa de lo que está pasando. Todos tenemos razones por las cuales queremos que se detenga y no vuelva a ocurrir.

—Hasta yo —dijo Deacon—. No he dormido mis necesarias doce horas desde que todo empezó y eso sí que es trágico.

Aiden puso los ojos en blanco.

—Estamos listos para luchar. —Laadan cruzó la sala sonriendo, mientras se colocaba junto a Marcus—. Esta no es solo tu batalla.

—Nunca ha sido solo tuya —corrigió Solos.

—En otras palabras —dijo Marcus, mientras sus ojos color jade se encontraban con los míos—, no estarás sola. Nunca lo has estado.

—Y nunca lo estarás —terminó Aiden tranquilamente.

Guau. Creo que amaba a todos los que estaban en aquella habitación, incluso a

Lea. Las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos; me incliné hacia adelante para que nadie pudiera verlas. Desde el momento en que comprendí como podía terminar todo —de cómo probablemente terminaría—, me sentí totalmente sola. Pero allí sentada, escuchándolos...

—Es hora de un abrazo grupal —sugirió Deacon.

—Cállate —le dije, pero me reí.

Aiden deslizó un brazo alrededor de mis hombros y me atrajo hacia él. En frente de toda la habitación, llena de mestizos, puros y un dios, me beso en la frente.

—Vas a tener que aceptar que no lo vas a hacer sola. Vamos a hacerlo juntos, todos.

Levanté la cabeza y los miré a todos, sin saber qué decir. Luke sonrió.

—Lo sé. Somos lo más de lo más.

Me reí de nuevo.

—Y hemos nacido para esto —dijo Olivia, encogiéndose de hombros—. De todos modos, estaríamos haciéndolo en menos de un mes. Estamos listos.

Lea le lanzó a Olivia una sonrisa que decía que ella estaba más que lista.

—Hagámoslo.

Capítulo 29

Apenas había dormido un par de horas cuando el sol hizo su aparición. Escucharles decir que estaban listos para enfrentarse a lo que fuera... incluso horas más tarde, no encontraba las palabras adecuadas para describir cuánto significaba para mí. Sin embargo, un peso invisible se instaló en mis hombros y creció durante la noche, empujándome hacia abajo a través del colchón. No podía detenerlos —y no haría, igual que ninguno de ellos me detendría a mí—, pero mi cabeza bullía ante tanto lío.

Lo que más me preocupaba era que alguno perdiera la vida. Muchos habían muerto y no importaba cuán optimista intentara ser, en el fondo, en lo más profundo de mi alma, sabía que algo terrible, algo violento, nos esperaba. La Muerte había llegado mucho antes de que ellos se comprometieran con todo aquello, y estaba al otro lado de la puerta, o en otro estado, esperando pacientemente, porque nada era tan inquebrantable como La Muerte. Probablemente tenía todo el tiempo del mundo.

A pesar de saber qué les esperaba —lo que nos esperaba a todos— en el Inframundo, no podía soportar la idea de ver caer a alguno de ellos. Si pudiera, los encerraría a todos en una jaula, incluso a Aiden. Sabía que no funcionaría, pero entre lo que Apolo necesitaba de mí, lo que Solaris me había advertido y lo lejos que Seth había ido, aquello acabaría en desastre.

Hice una mueca cuando Aiden se movió a mi lado y dejó caer un brazo sobre mi cintura.

—Lo siento.

Se acercó aún más.

—¿Por qué?

—Esta noche te he despertado varias veces. —Me presioné contra él, mirándolo por encima de mi hombro. Dos ojos grises me miraban a través de un revoltijo de pelo oscuro—. Me di cuenta.

—No tantas. —Aiden se levantó sobre un brazo. Su cuerpo estaba relajado, pero la preocupación teñía su mirada—. ¿Cuánto has dormido?

Pensé en mentirle, pero lo deseché y negué con la cabeza mientras me estiraba sobre la espalda.

—Nos vamos en unas horas.

Aiden asintió, sus ojos buscaron los míos.

Torciendo mis dedos, traté de sonreír.

—¿Cuánto dura el camino?

—Alrededor de diez horas.

Uff.

—¿Deacon viene con nosotros?

—Sí, con Luke y Marcus. Solos llevará a las chicas.

Algo se revolvió en la boca de mi estómago. No quería aceptar qué era.

—¿Crees que estarán bien?

Aiden puso su mano sobre la mía, tranquilizadora.

—Olivia y Lea son muy buenas. Lo sabes.

Era cierto. Especialmente Lea, era como She-Ra, La princesa del poder. Solos y Marcus salieron más pronto para comprar dos teléfonos desechables con los que mantenernos en contacto.

—Además, sabes que Solos nunca dejaría que algo les pasase. Y tampoco Laadan. —Mientras hablaba, separó mis manos y entrelazó sus dedos con los míos—. Tenemos que atravesar novecientos kilómetros de tierra deshabitada. Estaremos bien.

Mi estómago volvió a dar un vuelco.

—No estoy asustada.

—No he dicho que lo estés.

Entrecerré los ojos.

Aiden esbozó una sonrisa.

—Pero lo estás.

—Yo...

—¿Tengo que encontrar una cámara de privación sensorial de nuevo? —Cuando mis mejillas se enrojecieron por el recuerdo, su media sonrisa cambió a una completa. Profundos hoyuelos aparecieron y aquella vez fue mi corazón el que dio un vuelco.

—Está bien, Álex.

—¿Qué está bien? —Mi voz sonaba terriblemente frágil y, en otra situación, lo habría odiado, sobre todo teniendo en cuenta que supuestamente era el gran Apollyon, pero con Aiden no necesitaba fingir. Sin embargo, muchas veces lo olvidaba.

—Tener miedo, Álex. Está bien. Vamos a enfrentarnos a algo malditamente aterrador.

Sonreí.

—Maldijiste.

—Pues sí.

Mi sonrisa se desvaneció rápidamente, era cierto que íbamos a enfrentarnos a algo realmente aterrador, y Aiden solo sabía una parte de toda aquella mierda.

—¿Tienes miedo? —Durante un instante, no respondió. Lo único que se oía era el lento y constante tic-tac del reloj antiguo de pared y el canto lejano de las aves que estaban fuera.

—Sí.

Oírle admitir aquello fue un alivio, aunque también aterrador.

—Tú nunca tienes miedo.

Aiden negó con la cabeza, su sonrisa se convirtió en una sonrisa irónica.

—Sabes que no es cierto. Hay un montón de cosas que me aterran, Álex.

Le miré a los ojos.

—Cuéntamelo.

Estirándose a mi lado, me colocó de forma que mi mejilla quedara sobre su pecho.

—Tengo miedo de que Deacon salga herido... o algo peor. Tengo miedo de perder a más personas. —Hubo una pausa, sus latidos aumentaron bajo mi mejilla—. Estoy aterrorizado por lo que vas a tener que enfrentar, lo que *tendrás* que hacer y cómo te va a afectar.

Un respiro detuvo mi resignación y agarré con los dedos un trozo de sábana a la altura de su cadera.

—Estaré bien. —Cada palabra fue un toque amargo sobre mi lengua.

Su pecho aumentó bruscamente.

—No quiero que estés bien.

Levanté mi cabeza para poder verle los ojos. Eran de un color gris oscuro y sombrío. Intentó sonreír, pero al igual que mi sonrisa anterior, se notaba fingida.

—Quiero que estés más que bien. —Aiden acurrucó mi mejilla con su mano—. No quiero que tengas pesadillas durante el resto de tu vida y que veas la cara de Seth en vez de la de tu madre. No quiero que *esto* te persiga.

De pronto, todo pareció demasiado real, y muy cercano. Me senté, poniendo algo de espacio entre nosotros, pero seguía sintiéndome sofocada.

—Sé lo que debo hacer.

Y también sabía lo que significaría para mí.

Me siguió, deshaciendo la distancia que yo acababa de crear entre nosotros. Su rostro, aquellos hermosos labios, estaban a tan solo unos centímetros de los míos.

—Lo sé, Álex. También sé que lo vas a lograr, porque no puedo pensar, ni por un segundo, que vas a fracasar. No puedes. No lo harás.

Ante el dolor y la determinación en su voz, apreté mis labios. Fallar o tener éxito tendrían un final parecido.

—Mírame —ordenó.

No me había dado cuenta de que había apartado la mirada, sentí su mano en mi mejilla. Guio mi barbilla hasta que nuestras miradas se encontraron y no pude moverme.

—Pero también sé que matar a Seth no será fácil, y no me refiero solo a nivel físico. Sé que en el fondo te importa. Tal vez una parte de ti aún le quiere.

Horrorizada por lo que pensaba; por haber dado justo en el clavo, sacudí mi cabeza.

—Aiden...

—Lo entiendo. —La pequeña sonrisa que se dibujó en sus labios no era fingida—. Sé que no es lo mismo que lo que sientes por mí, pero eso no lo hace menos fuerte o menos importante.

—Él... —No sabía qué decir. Aiden tenía razón. Una parte de mí aún quería a

Seth, y no de la forma en que amaba a Aiden. Aunque no era menos real o poderoso. Incluso después de todo lo que había hecho Seth, no podía olvidar todo lo que había hecho *antes*. Sucedió lo mismo con mi madre, pero al final, le quité la vida como si hubiese estado escrito desde el principio.

«Matarás a aquellos que amas»...

Aiden presionó su frente contra la mía.

—Seth estuvo ahí cuando necesitabas a alguien. Compartís ese vínculo que... que es más que una conexión. Hemos roto la conexión, pero hay algo más profundo. Él es parte de ti.

Respiré, sorprendida.

—Él... ha hecho cosas horribles.

—Es cierto. —Aiden me besó en la sien—. Pero también ha hecho cosas buenas, y sé que no puedes olvidar cómo era antes. Sé que nada de esto será fácil para ti.

Matar a Seth sería romper una parte de mí. No importaba cuanto tiempo viviera después, no podían arreglarme. Él era una parte de mí —una parte algo loca—, pero lo era. Me cambiaría de una manera inimaginable. De la misma forma que cambié al enfrentarme a mi madre. Pero aquella vez era diferente.

Apolo no quería que matara a Seth; quería que le quitara todo su poder. Conociendo a Seth, probablemente prefiriera morir. Y, si averiguaba lo que estaba planeando, vendría a por mí. Tendría que detenerlo y matarlo. Matar a Seth sería la única manera de salir de aquello con vida.

—¿Álex? —Susurró Aiden—. Háblame, *agapi mou*.

—No tengas miedo. —Mi voz salió ronca—. Estaré bien.

Su mano se aferró a mi nuca y me sostuvo como si pudiera mantenerme así para siempre.

—Me dirás que estás bien. Y actuarás como si lo estuvieras, pero...

Cerré los ojos con fuerza. No iba a poder engañar a Aiden, él me conocía. Pasamos unos segundos en silencio. La verdad estaba en la punta de mi lengua, me quemaba desde dentro. Quería decirle qué podía suceder —sentía que tenía que contárselo—, pero echarle aquella carga encima no era justo. El tiempo se alargó, pero no fue suficiente.

—Matarás a aquellos a los que amas. —Mi risa fue seca y quebradiza—. Odio a ese maldito oráculo.

Los dedos de Aiden se extendieron sobre mi mejilla.

—Si pudiese cambiarlo, lo haría. Haría lo que fuera por salvarte.

—Lo sé. —Incliné mi cabeza hacia un lado y lo besé suavemente—. Pero el destino es muy perro.

—Un bastardo —dijo tranquilamente.

Me reí, porque cada vez que Aiden maldecía, no podía evitarlo. Era raro oírlo salir de su boca, pero aun así, en cierta forma sonaba elegante. Como un británico maldiciendo. No podía seguir hablando de aquello. Ni siquiera quería seguir

pensándolo, necesitaría un lavado de cerebro para arreglarlo.

Inclinándome hacia delante, puse mis brazos alrededor de su cuello, por poco me subí a su regazo.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Aiden fue a discutir, pero asintió.

Mirándolo fijamente a los ojos, me acordé de los días en los que solía aparecer para verme entrenar. Aquello me hizo sonreír.

—Solía pensar que eras la fuente de mis fracasos.

—¿Qué? —Arqueó una ceja mientras envolvía sus brazos en mi cintura.

—Nada me salía bien cuando estabas observándome, especialmente cuando estaba en clase. —Me encogí de hombros—. Quería ser perfecta a tus ojos. Quería que estuvieras orgulloso de mí.

—Lo estoy.

Le sonreí, haciéndolo de verdad desde que la conversación había empezado.

—Pero eras más como mi fuente de fuerza y energía, incluso cuando no podía concentrarme por tu culpa.

Aiden inclinó su cabeza hacia un lado, rozando mi mejilla con sus labios.

—Entonces teníamos el mismo problema.

—Lo dudo.

—No tienes ni idea de lo difícil que fue. —Aiden suspiró contra mis labios—. Entrenarte, estar tan cerca de ti, cuando lo único que quería...

Un revoloteo se instaló en mi pecho.

—¿Qué era lo que querías?

Se inclinó hacia mí, su cálido aliento convirtiéndose en mi mundo.

—¿Qué tal si te lo enseño?

Me gustaba el camino que estábamos cogiendo. Mucho mejor que la fatalidad y el pesimismo que me hundía y a Aiden conmigo.

—Me parece perfecto.

Riendo suavemente, eliminó la poca distancia que quedaba entre nosotros y dejé escapar un suspiro. Si él me besara así cada par de horas, alejaría toda la oscuridad de mi vida. Destruiría todo lo que más temía y lo que probablemente lamentaría. Mi mundo sería casi perfecto.

Alguien llamó a la puerta y nos separamos un instante antes de que la puerta se abriera y la cabeza de Deacon se asomara. Aiden gruñó, pero sus ojos se iluminaron unos cuantos tonos.

—¡Buenos días! —Demasiada alegría resonó en su voz para ser tan temprano por la mañana.

Mis mejillas ardían mientras murmuraba.

—Buenos días.

Antes de que alguno de los dos dijéramos una palabra, Deacon vino corriendo desde la puerta y se lanzó sobre la cama, volando por el aire como un proyectil

humano. Me moví a un lado en apenas una fracción de segundo. Aterrizó con sus piernas sobre su hermano y con su cuerpo entre nosotros.

Deacon puso los brazos detrás de su cabeza, cruzándolos, mientras sonreía.

—Como cachorros amontonados.

—¿Cachorros amontonados? —Aiden arqueó una ceja—. Eres demasiado raro.

—Lo que tú digas. —Los ojos grises de Deacon se posaron sobre mí—.

¿Interrumpo algo?

Aiden puso los ojos en blanco e intentó no sonreír.

—Para nada, hermano.

—Genial, será mejor que empecéis a mover esos traseros. Salimos en una hora.

—Deacon cruzó sus tobillos, contento, dejando escapar un suspiro—. Es hora de marcharnos.

Me eché el pelo hacia atrás, preguntándome cuánto café habría tomado para estar despierto tan pronto y tan hiperactivo.

—Cuánta energía, no parece lo normal.

—Estoy emocionado —respondió—. Estoy esperando que este viaje sea como el juego de la Ruta de Oregón, solo que en la vida real.

Levanté mis cejas.

—¿Vas a coger la fiebre tifoidea?

—En realidad, estaba pensando en romperme una pierna o ahogarme.

—También podrías morirte de hambre. —Mis labios se separaron formando una pequeña sonrisa—. O puedes conseguir que te secuestren unos indios.

Los ojos de Deacon se abrieron dramáticamente.

—Solo harían por mis preciosos rizos rubios.

—Ya es hora de que alguien te corte el pelo. —Aiden despeinó los ya revueltos rizos y luego apartó las mantas—. Voy a ducharme. —La mirada que Aiden me lanzó me decía que no tenía planeado ducharse solo. Mi estómago dio una voltereta, y, que cruzara la habitación con el torso totalmente desnudo, no era de gran ayuda. El calor que corría por mis venas era difícil de negar, pero al parecer Deacon no iría a ninguna parte.

Esperé hasta que Aiden cerrara la puerta y escuché el sonido de la ducha antes de mirar a su hermano menor.

—¿Qué?

Sus labios se inclinaron hacia un lado.

—Tenemos que hablar.

No tenía ni idea de lo que estaba a punto de decirme, pero estaba segura que sería algo entretenido. Acomodándome, me tendí junto a él.

—Está bien, ¿de qué quieres hablar?

—Tienes que mantenerte con vida.

De acuerdo, no era lo que esperaba.

—No pienso suicidarme, Deacon.

—No, pero tienes esa mirada de alguien que está enfrentándose a la muerte y, de hecho, parece que la estés esperando. —Deacon hizo una pausa dirigiendo su mirada a las vigas del techo—. Sé cómo es. Lo he visto en el espejo durante mucho tiempo.

Abrí la boca, pero no supe que decir. Me había dejado sin palabras.

Rio secamente.

—Odiaba vivir después de haber visto lo que le paso a mis padres y a toda esa gente. Si no hubiera sido por Aiden, no hubiera sobrevivido. No debería haber sobrevivido. Tampoco él. —Se encogió de hombros—. Supongo que sentí la culpa del superviviente. Cada vez que bebía o me drogaba, deseaba haberme excedido, ¿sabes?

A medida que sus palabras se hundían, note un dolor en el pecho. Estiré mi mano colocándola sobre su brazo.

—Deacon...

—Ahora estoy bien. Bueno, creo que estoy bien. ¿Pero sabes porque nunca me fui? —Deacon se giró hacia mí y supe lo que iba a decirme—. No me asustaba la muerte, me asustaba lo que mi muerte le haría a él.

Deacon hizo un gesto hacia la puerta del baño y seguí su mirada. No podía ver a Aiden y sabía que no podía escucharnos, pero mi corazón latía como si fuera a salirse de mi pecho.

—No hubiera podido soportar tu pérdida —le dije, tragando saliva.

—Es muy fuerte, pero...

—Lo mataría. Lo sé. Perderte lo mataría.

Una escalofriante sensación se apoderó de mí. Sentándome rápidamente, me aparté el pelo de la cara.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Tienes el mismo semblante desde que regresaste del Inframundo. —Hubo una pausa y me miró con la seriedad que nadie creía que él pudiera tener. En aquel momento me recordó mucho a Aiden—. Hagas lo que hagas, no le rompas el corazón a mi hermano. Tú eres su mundo. Y si lo dejas, lo destruirás.

Capítulo 30

Nuestro Hummer era el mejor, el de la fiesta. O eso creía. El viaje de diez horas a las tierras salvajes de Dakota del Sur no estuvo tan mal gracias a la compañía de Luke y Deacon. El pobre Marcus parecía estar a punto de matarlos después de escuchar durante dos horas varios resúmenes de la serie *Sobrenatural*. Yo no me quejaba. Después, Luke empezó a hablarnos sobre una serie nueva sobre tronos y dragones, intento explicársela a Aiden, pero considerando que Aiden era fan de las series en blanco y negro, Luke no logró explicarle mucho.

Marcus parecía padecer un fuerte dolor de cabeza, lo cual reflejaba como me sentía yo. No tenía ni la más mínima idea sobre lo que comentaba y tampoco interés alguno en los absurdos juegos que se empeñaron en poner en marcha. Además, estaba bastante segura que, si Deacon volvía a darle un toque en el brazo a Aiden al ver otro escarabajo, detendría el coche y lo estrangularía, y seguramente Marcus lo sujetaría.

Tras cuatro horas empecé a sentirme inquieta. A pocos segundos de convertirme en uno de esos niños que sacan de sus casillas a sus padres durante un viaje largo, decidí que lo mejor era intentar descansar un rato, ya que el paisaje no era muy interesante. Muchos campos. Después muchas colinas. Luego un montón de árboles. El aburrimiento caló hondo en mis huesos mientras miraba los jeroglíficos que habían sido pintados con sangre de Titanes a lo largo de todo el coche, para impedir que los dioses me encontraran. Sin embargo, estar atrapada dentro de aquel coche durante tantas horas, no era lo peor. El aumento de los latidos en mis sienes me puso muy nerviosa.

Era Seth, estaba allí, molestando, esperando el momento preciso para meterse y tener una charla. Una parte de mí quería hablar con él, porque por lo menos me daría algo que hacer, pero la otra sabía que era estúpido. Hablar con Seth no ayudaría en nada. Él estaba en un lado de la valla y yo estaba, claramente, en el otro.

No quería pensar en nada.

Doblándome en el asiento, me encontré con la mirada de mi tío. Me sonrió mientras señalaba a Deacon. El puro finalmente se había quedado dormido, con su mejilla aplastada contra la ventana. A su lado, Luke miraba por la ventana con la boca cerrada.

Sin querer despertar a la bestia habladora, callé y me di la vuelta. La punta de mi pie se deslizó sobre la daga apoyada en el suelo. Estábamos tan seguros y bien armados como cuando fuimos a Kansas.

Me acomodé en el asiento, estirando las piernas, cuando en realidad lo que quería era moverlas. Por el rabillo del ojo, vislumbré la sonrisa entretenida de Aiden. Le hice un gesto y él rio.

El tiempo transcurrió a paso de tortuga. Cada vez que miraba el reloj del

salpicadero pensaba que pasaban varias horas, pero apenas eran veinte minutos. A medio camino, Solos llamó a Aiden. Necesitaban repostar gasolina.

A Aiden no le hizo mucha gracia.

—Estamos demasiado cerca de Minneapolis.

En otras palabras, estábamos muy cerca de un área bastante poblada. Prácticamente todas las ciudades grandes de los Estados Unidos tenían comunidades de puros a las afueras. Donde había puros, había daimons. Eso quería decir que habría Centinelas y Guardias y que estos podían estar del lado de Lucian.

Sin embargo, no teníamos otra opción. Los dos coches tenían poca gasolina, y era parar ahora o quedarnos sin gasolina en medio de la nada para ser devorados por coyotes y osos.

Nos detuvimos en un área decentemente grande e inmediatamente fui a coger la manija de la puerta.

—Prefiero que te quedes en el coche —dijo Aiden desabrochándose el cinturón.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? Tengo el talismán.

—Lo sé. —Me lanzó una mirada—. Pero con la suerte que tenemos, alguien te reconocerá.

—Necesito ir al baño.

—Aguanta —dijo Luke, abriendo la puerta del coche—. Te traeré algo para picar y un poco de agua.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—Eso es cruel.

Todos abandonaron el Hummer, excepto yo. Me eché hacia atrás con los brazos cruzados. Entendía que aquello evitaría otra pelea con otro dios en medio de una gasolinera, pero maldita sea...

Aiden se dirigió hacia el otro Hummer, mientras Marcus le echaba gasolina al coche. Y yo, la maldita Apollyon, ni siquiera podía bajarse para comprarse un paquete de patatas fritas. Uff.

Tras unos minutos, Aiden se acercó a mi lado del coche. Me debatí entre dejar la ventana cerrada o abrirla, al final la bajé. Él se apoyó, descansando sobre su antebrazo.

—Hey —dijo, sonriendo.

Sabía que el enfado se reflejaba en mi cara, pero es que apenas sentía mi trasero.

—Olivia y Lea están revisando el baño. Parece que está fuera, en la parte de atrás.

—Oh, gracias a dios. —Me hundí en mi asiento.

Su sonrisa se extendió.

—Me aseguraré de que Luke te traiga algo más que agua.

—Eres el mejor. —Asomé la cabeza por la ventana y lo besé rápidamente—. Lo digo en serio.

Cuando Marcus pasó a nuestro lado sus ojos se estrecharon.

—Creo que voy a tener que separaros.

Las mejillas de Aiden enrojecieron mientras se echaba hacia atrás y aclaraba su garganta. Marcus se detuvo a su lado, cruzando sus brazos.

—Especialmente el tema de dormir. No soy tan ingenuo como...

—¡Detente! —Interrumpí—. No es un tema en el que esté dispuesta a profundizar.

Marcus me dirigió una mirada algo severa.

—Eres mi sobrina y yo tu tutor...

—Tengo dieciocho años.

—Y aun así eres demasiado...

—¡Olivia! ¡Es hora de que vayamos al baño! —Abrí la puerta del tirón, casi golpeando a Marcus. Lanzándole a mi tío una pequeña sonrisa, pasé a su lado.

Aiden me cogió del brazo.

—Ten cuidado.

—Por supuesto. Dejando a un lado que pueda morir por culpa del olor o vomitar, es solo otro baño más, normal y corriente.

Era obvio que preferiría escoltarme hasta la puerta, pero Marcus miraba a Aiden como si quisiera pegarle otra vez. Aiden me soltó y yo alcancé a las chicas.

—¿Qué pasa? —Preguntó Olivia. Miré sobre mis hombros. La boca de Marcus estaba volando a mil por hora y Aiden estaba de pie, rígido y silencioso. Hice una mueca.

—Créeme, mejor que no lo sepas.

—Seguro que tiene algo que ver con el hecho de que tú y Aiden os estéis acostando —anunció Lea, cruzándose de brazos.

Abrí la boca asombrada.

—Así me gusta. —Olivia le dio un codazo—. Tú sí que sabes cómo empezar una conversación.

Lea se encogió de hombros.

—Oye, las cosas son como son. Está bueno. Yo estaría haciéndolo cada cinco minutos.

—Bueno, gracias por compartir esa información.

Olivia miró a la otra mestiza.

—Hablando de tener sexo como conejas en celo, ¿sabes algo de Jackson? No estaba en el Covenant cuando... —Miró a su alrededor y bajó la voz—. No estaba allí cuando Poseidón se volvió loco.

—No. Mi teléfono está muerto y no tengo cargador. —Sus ojos se estrecharon sobre el cielo nublado—. No sé qué estará haciendo. No teníamos la relación que vosotras creéis. Bueno, no hablábamos mucho.

Olivia resopló.

—No creo que esté con Seth y Lucian —dije mientras rodeábamos el edificio de cemento.

—¿Por qué? —Olivia puso un rizo detrás de su ojera.

—¿Os acordáis cuando alguien le dio una paliza a Jackson? —Nos detuvimos frente a la puerta del baño y pude sentir el olor del lugar. Las chicas asintieron—. Estoy casi segura que fue Seth.

—Mierda —murmuró Olivia mientras deslizaba la llave en la cerradura de la puerta—. ¿Por lo que Jackson te hizo en clase?

Asentí. Al plantar su bota en mi cara, Jackson se pasó de la raya cuando estuvimos entrenando —aún conservaba una pequeña cicatriz—, y estaba segura que todo aquello fue idea del Instructor Romvi. Mientras entraba en el baño y buscaba uno decentemente limpio, me pregunté si Romvi aún estaría vivo.

Había desaparecido después de que Linard le diera el ultimátum de Telly, y Seth mandó buscar a los miembros de la Orden, ya que eran nuestra verdadera amenaza. Sonaba terrible, pero si Romvi estaba muerto, era algo que no me entristecía. Nunca me soportó.

El viaje al baño se saldó sin incidentes, si no contaba los cientos de enfermedades contagiosas que podría haber pillado.

De vuelta en el Hummer, con mi regazo lleno de M&M's y diversas golosinas, me sorprendió que Medusa no hubiera aparecido en el baño y hubiera intentado comerme. Quizás aquel viaje no sería tan malo después de todo.

Me giré y observé a Luke y Deacon compartiendo unos nachos. Los brazos de Marcus estaban extendidos a lo largo del último asiento. Su mirada estaba enfocada en la parte trasera de la cabeza de Aiden como si pudiera agujerearla de alguna manera.

Vale. Quizás aquel viaje no sería tan malo *para mí*. Pero el viaje de Aiden no se parecía mucho al mío...

Inclinándome hacia adelante, miré a Aiden y le ofrecí una empática sonrisa.

—¿M&M's?

—Sí por favor. —Puse unos cuantos en su palma abierta, luego cogí los verdes. Aiden me lanzó una sonrisa—. ¿Sabes que no me gustan los verdes? —Encogiéndome de hombros, me los comí.

—Las pocas veces que te he visto comiendo, las has apartado.

Deacon metió su cabeza entre nuestros asientos.

—Eso si que es amor verdadero.

—Es cierto. —La mirada de Aiden volvió a la carretera.

Me ruboricé como una colegiala, centrándome en los dulces que quedaban hasta que Deacon se volvió a sentar hacia atrás. Le di todos los rojos a Aiden.

Un par de horas después, tras dejar atrás el atasco en Sioux Falls, el cielo, que estaba despejado, comenzó a oscurecerse con la noche en apenas minutos. Faltaba poco para llegar a la Universidad y, cuanto más lo pensaba, más nudos se formaban en mi estómago. Eran algo más de cuatro horas, pero no tenía punto de comparación con todo el tiempo que habíamos pasado ya en el coche.

La Universidad estaba metida en las Colinas Negras de Dakota del Sur. No quedaba cerca del Monte Rushmore, sino en la parte conocida como las Colinas del Norte. Era como un bosque bien protegido, solo era posible acercarse en coches como el que llevábamos. Era necesario conocer el camino para ver la entrada de la Universidad.

Nunca había estado en persona, pero sabía que era como estar en Grecia. Como todos los Covenants, los mortales creían que la Universidad era parte de una élite, un sistema de educación solo con invitación. Aunque estaba un poco emocionada por verla, mis nervios zumbaban por una razón diferente.

Mi padre podría estar allí o llegando.

La esperanza recorrió mi pecho y me sentí mareada. No tenía ni idea de qué haría o cómo reaccionaría si lo veía; probablemente correría y me lanzaría sobre él, solo esperaba poder controlarme y no llorar como un bebé.

Sabía que no debía hacerme esperanzas. Mi padre quizá ni siquiera estuviera allí. Tal vez no iría nunca. Podría estar muerto.

Me hundí mientras las ganas de vomitar hacían acto de presencia.

La verdad era que no sabía nada. Tampoco había razón para preocuparse por aquello, de momento. Tenía cosas más importantes en las que concentrarme, por ejemplo, en cómo narices iba a convencer a un grupo de Centinelas y Guardias, de arriesgar sus vidas para luchar contra Seth y un dios.

El móvil de Aiden sonó y la expresión que se dibujó en su rostro mientras escuchaba no fue buena.

—¿Qué? —Pregunté, sintiendo como se me encogía el estomago de nuevo.

—Entiendo —dijo, y luego lo cerró—. Nos están siguiendo.

Rápidamente me di la vuelta, seguida por Marcus y Luke. Las luces del Hummer de Solos estaban detrás nuestro. Cerré un poco los ojos para protegerlos de la luz. Unos metros más atrás, había otro par de luces. No era una experta, pero se parecía mucho a otro Hummer.

Los Centinelas y los Guardias disfrutaban conduciendo Hummers. Cuanto más grande mejor y todo eso. Los mortales también conducían Hummers, pero todos mis instintos me decían que tenía que ver con el Covenant y que no eran amigos.

Mierda.

—¿Desde hace cuánto? —Pregunté.

—Desde que pasamos Sioux Falls —respondió Aiden, sus ojos miraban por el espejo retrovisor.

—Hay una salida cerca, ve por ahí. Tenemos que salir de la carretera principal. —Marcus maldijo mientras se echó hacia atrás para sacar una pistola—. Las buenas noticias son que no habrá mortales en la carretera. Las malas, que las carreteras estarán vacías.

No habría nadie, la preocupación de ser expuestos desaparecería, aunque dudaba que a ellos les preocupara.

—Dile a Solos que nos siga —dijo Marcus—. Y que se acerque a nosotros.

Mientras Aiden hablaba con Solos, mantuve los ojos pegados en la carretera que dejábamos atrás. Aceleramos sobre el oscuro y negro camino. Y entonces vi lo que Aiden no había dicho y lo que seguramente Marcus había visto cuando Solos se movió hacia el otro lado. No era un Hummer; eran dos, y estaba segura que ambos estaban cargados. Doble mierda.

Luke se estiraba para poder ver mejor.

—No podemos dejar que informen a los demás, chicos. Si es que aún no lo han hecho. Estamos demasiado cerca de la Universidad.

—¿En serio crees que son de los de Lucian? —Preguntó Deacon, agarrando el respaldo de mi asiento.

Aiden asintió.

—Tranquilos, todo va bien, nos estamos encargando.

La fuerza en sus palabras —la determinación de tranquilizar y cuidar de todos—, era tan propio de él. Sin importar qué, él siempre mantenía la calma. Quizás a veces se tambaleaba, pero resistía todos los golpes y nunca se daba por vencido. No conmigo. Ni con su hermano. Y nunca con la vida. Por los dioses, con razón estaba enamorada de aquel hombre.

Mientras lo miraba y veía la dura resolución en las líneas de su llamativo rostro, me di cuenta de algo. Bueno en realidad fue como ser golpeada por un camión de siete toneladas.

Necesitaba ponerme mis bragas de chica grande y debía hacerlo en aquel instante.

Deacon tenía razón. Una parte de mí había aceptado que mi muerte era inevitable desde que salí del Inframundo, que al final, el destino encontraría una forma de ganar. Realmente lo creí. ¿Yo? La chica que mandaba prácticamente todo a la mierda, especialmente al destino.

Demonios...

Algo sorprendida, me di la vuelta y miré hacia adelante. Yo era mejor que todo aquello, mejor que estar sentada dándome lastima a mí misma. Maldita sea, era mucho mejor. Yo no hubiera dejado que el destino me controlara. No era débil. Nunca me había rendido. Nací para ser La Guerrera. Si alguien podía salir ilesa de aquella situación, esa era yo.

Sería yo.

Porque era una luchadora. Porque no me daba por vencida. Porque era fuerte. Mientras la parte delantera del Hummer de Solos alcanzaba la mitad del nuestro, escuchamos un repentino *boom*, y el coche viró rápidamente a la izquierda.

—Mierda —dijo Deacon, conteniendo la respiración—. Les están disparando...

Nuestro vidrio trasero explotó, dejando caer cristales por todos lados. Me di la vuelta y vi que Luke tenía a Deacon aplastado contra el asiento. No veía a mi tío.

—¿Marcus?

—Estoy bien —dijo en voz alta.

—Álex, agáchate. —Aiden mantuvo una mano fuertemente sujeta sobre el volante y con la otra cogió mi brazo y tiró de mi hacia abajo. Marcus se levantó y rápidamente empezó a dispararles. Las llantas chirriaron; el Hummer que estaba a nuestro lado se apartó y con un acelerón volvió a situarse a nuestro lado. No podía creer que estuvieran disparándonos. Y entonces lo entendí. No les importaban las personas que estaban en el coche. Sabían que, de una forma u otra, yo sobreviviría al choque. Seguirían disparando hasta estrellarnos. Escuchamos otro *boom* y la ventana del lado de Aiden explotó. Fragmentos de vidrios salieron volando, bañándonos a Aiden y a mí. Él hizo una mueca, tratando de evitarlos, me harté.

—Detén el coche —dije.

—¿Qué? —La mano de Aiden empujaba mi espalda mientras aceleraba, intentando poner un poco de distancia entre nosotros y el vehículo lleno de psicópatas.

Luché para levantarme.

—¡Para el coche!

Él me miró y solo los dioses sabrán qué vio en mis ojos, pero maldijo en voz baja y se desvió hacia un costado. Los otros pasaron volando a nuestro lado, hasta escuchar el sonido de un frenazo.

Antes de que Aiden pudiera detenerme, abrí la puerta bruscamente. Maldijo de nuevo y escuché a Marcus gritar.

—¿Pero qué diablos?

Salí del Hummer, manteniéndome agachada. Llevaba una daga atada a mi muslo, pero no era lo que necesitaba.

Aiden salió por el lado del pasajero, con los ojos fijos en mí. Tenía un arma en una mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Buena pregunta. —Luke empujó a Deacon sobre el terraplén—. Detenerse no parece lo más inteligente.

—No puedo creer que nos estén disparando. —Deacon empezó a levantarse—. ¿Qué pasa...?

—¡Mantente agachado! —Aiden se giró, apuntando a Luke—. Manténlo vivo o...

—Lo sé. —Luke tiró de Deacon hacia abajo y lo puso detrás de él—. No le pasará nada.

Solos se detuvo más adelante y salieron del coche, manteniéndose en el lado del pasajero. Suspiré aliviada antes de moverme a la parte delantera del Hummer.

—¡Álex! —Aiden me siguió agachado—. ¿Qué estás...?

Los dos vehículos habían dado la vuelta y estaban cerca. No había tiempo para pensar en lo que iba a hacer. Usando la velocidad que todos los mestizos tenían y el empuje extra del Apollyon, rodeé el parachoques y me paré en el centro de la carretera.

Aiden maldijo de nuevo.

Las luces me apuntaron mientras alzaba mi mano, invocando al elemento del aire. Fue como desbloquear una puerta dentro de mí. El poder se precipitó desde mi interior y se extendió, deslizándose sobre mi piel. El aire barrió la carretera, soplando más allá de mí, más rápido y más fuerte de lo que un puro podría. Los vientos huracanados se estrellaron contra el primer Hummer.

Se levantó sobre dos ruedas mientras las luces atravesaban el cielo oscuro. El Hummer se sostuvo un segundo antes de caer hacia atrás. Dio vueltas en el aire mientras algo salía disparado por una ventana, quizás una persona.

Los cinturones salvan vidas.

El primer Hummer cayó sobre su techo. El metal crujió antes de ceder cedió. El que venía detrás, tuvo que dar un volantazo a la derecha para evitar colisionar con él. Chispas de color ámbar volaron a su alrededor.

Las puertas del segundo se abrieron y conté seis Centinelas vestidos de negro. Eran mestizos, jugando en el equipo equivocado.

Uno de ellos se dirigió hacia mí y lo lancé contra los gruesos olmos que cubrían el camino con tan solo un giro de mi muñeca. Se escuchó un horrible crujido, era obvio que aquel imbécil iba a estar fuera de servicio durante un tiempo.

Un segundo centinela sacó dos dagas del Covenant mientras se dirigía directamente hacia mí.

—Ven con nosotros y no mataremos a tus amigos.

Incliné mi cabeza hacia un lado y sonreí.

—¿No crees que esa frase ya está demasiado trillada? ¿Qué tal esto: Vete, y quizá te deje vivir?

Creo que el Centinela no me entendió, porque se lanzó hacia mí. Me moví hacia un lado, estirándome y agarrándolo del brazo. Tiré de su brazo y subí mi rodilla, haciendo contacto justo sobre el codo. Los huesos se rompieron y el Centinela gritó. Con un movimiento rápido, cogí su otro brazo y lo torcí. Se inclinó sobre su espalda y la daga cayó al suelo.

Marcus apareció frente a nosotros. Sin parpadear, clavó una daga en el pecho del Centinela. El hombre ni siquiera gritó.

Lo solté y su cuerpo cayó sobre el cemento.

Mis ojos encontraron los de mi tío. Un segundo después tenía su pistola lista y apuntando. Estaba tan cerca que vi la pequeña chispa mientras apretaba el gatillo. Respirando hondo, me di la vuelta.

La bala atravesó a una Centinela entre ceja y ceja.

—Caray —dije, retrocediendo.

—Saben que no pueden matarte. —Marcus agarró mi brazo y me empujó hacia el Hummer—. Pero creo que quieren llevarte, no importa cuál sea tu condición.

—Me acabo de dar cuenta.

Solos y Aiden estaban ocupados con dos Centinelas. Detrás de mí, vi que Olivia y Lea tenían arrinconados a dos más. Mi atención regresó al Hummer destruido.

Había mestizos dentro del coche y, como sospechaba, aún seguían vivos. Otros seis estaban fuera, uno encima de otro. Sintiendo el impulso de la adrenalina envolviendo el cordón, corrí hacia adelante con Marcus siguiéndome.

Alcancé a un Centinela, tomando la daga con mi mano derecha. Él se lanzó hacia mí, pero me agaché bajo su brazo más rápido de lo que los ojos del mestizo pudieron moverse. Dirigiéndome a su costado, le di en la espalda con mi bota, cayendo sobre la rodilla. Algo en mi interior se apagó mientras echaba su cabeza hacia atrás. No eran Centinelas, eran enemigos, como los daimons. No podía pensar en ellos de otra forma. Empujé la daga con un golpe limpio y rápido.

Escuché unos pasos detrás de mí justo a tiempo para apartarme y no recibir un puñetazo en toda la cara. Dando un salto, giré y le mandé una desagradable patada, esperaba que alguien hubiese visto mi estupenda patada giratoria.

El Centinela cayó al suelo, agarrándose la mandíbula rota. Dándole la vuelta a la daga, me dirigí hacia él. Dios, como echaba de menos pelear con Apolo.

Sentí unas manos agarrarme del hombro y tirar de mí hacia atrás. Al golpearme contra el suelo con la espalda, un dolor agudo me recorrió la columna. Levanté la vista asombrada.

Un centinela de piel oscura me observaba desde arriba.

—Tú podrías hacer que esto... —Se ahogó en sus palabras. Algo húmedo y tibio llovió por encima mío. Su cuerpo cayó hacia un lado y su cabeza voló en otra dirección.

Me puse de rodillas, cerrando la boca con fuerza para no vomitar.

Olivia dio un paso atrás, su mirada iba de mí a la daga.

—Eso... Eso no se parece en nada a un entrenamiento.

Levantándome, sacudí la cabeza. ¿Era la primera vez que Olivia luchaba? Su primera víctima fue otro Centinela... no sabía qué decirle, y no teníamos tiempo para una sesión de terapia.

El centinela con la mandíbula rota se estaba levantando. Se dio la vuelta moviendo su daga en mi dirección. Sentí la hoja afilada rozar mi estómago, pero solo rozó la ropa, no llegó a cortarme.

Aiden apareció detrás de él, situando sus manos a ambos lados de su cabeza. Dio un giro rápido, luego se escuchó un sonido que, seguramente, me perseguiría el resto de mi vida, y el Centinela cayó.

Cuando Aiden encontró mi mirada, sus ojos tenían el color del acero.

—Aunque tu demostración de poder haya sido muy sexy, la próxima vez intenta no correr hacia el tráfico.

Empecé a responder, pero una sombra se deslizó detrás de él. Mi corazón se detuvo.

—¡Aiden!

Antes de que pudiera siquiera levantar la mano, giró más rápido que el viento, soltando la daga. Esta se enterró en el pecho del guardia vestido de blanco. Corriendo

para agarrar la daga, la lanzó hacia otro guardia que tenía a Solos acorralado.

Mierda. Aiden era un maldito ninja.

En apenas unos minutos, parecía que la suerte nos estaba acompañando, pero las luces que se acercaban nos advertían de que esta se había acabado.

—Olivia, trae a Lea y meteros en el coche.

Miró hacia el Centinela tirado en el suelo y asintió, marchándose. Cogió a Lea del brazo y se dirigió donde Luke y Deacon comenzaban a salir del terraplén.

Un sedán se detuvo detrás del Hummer destrozado. Ocultando la daga, troté hacia el coche mientras alguien bajaba la ventanilla. Un mortal de mediana edad observó la escena con creciente horror.

—Oh, Dios mío —dijo, cogiendo un teléfono—, puedo llamar a alguien... ¿Eso es un cuerpo?

Me agaché, forzando al mortal a que me mirara.

—No hay nada que ver. No verás nada mientras te alejas. Te irás a casa y besarás a tu esposa o lo que sea.

El mortal parpadeó lentamente y luego asintió.

—No estoy casado.

Ops.

—Em, ¿tienes novia?

Él asintió con sus ojos fijos en los míos.

—Vale... Entonces la besarás y le dirás... ¿que la amas? —Dioses, era malísima con las compulsiones—. Da igual, solo vete. Aquí no pasa nada. Continúa.

Mientras el coche pasaba, me giré y vi que Solos me observaba.

—¿Qué? —Exigí.

—¿Le has hecho un truco Jedi? —Una gran sonrisa apareció en mi rostro.

—Siempre he querido decirlo.

—Por todos los dioses —murmuró mientras regresaba.

Encogiéndome de hombros, lo seguí y me acerqué a Aiden. Se detuvo en cada cuerpo, situando los dedos sobre sus frentes. Vi como las chispas salían de sus dedos y se movían sobre sus cuerpos a una velocidad imposible. Unas llamas violetas cubrieron los cuerpos que, en apenas unos segundos, quedaron carbonizados.

El aire se llenó con el aroma picante de la sangre y la carne quemada.

Dakota del Sur jamás había olido tan mal.

Cuando Aiden se dirigió hacia los dos Hummer, me di cuenta de que había un cuerpo en la parte trasera de nuestro coche. Tragando el amargo sabor que subía por mi garganta, me dirigí hacia el Centinela y me arrodillé a su lado. Sabía que era un signo de debilidad, pero fui incapaz de mirarlo mientras pasaba mi mano por su hombro. Al instante, se convirtió en cenizas.

Con el corazón pesado, me levanté.

—Lo siento.

Aiden regresó, cogiéndome de la mano.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Tú?

—Sí. —Su mirada se movió hacia la pila de cenizas y su mano apretó la mía más fuerte.

—Tenemos que irnos.

Al otro lado del Hummer, dos Centinelas estaban arrodillados ante Solos. Reconocí a uno de ellos como el que me había arrojado contra los árboles. Ambos estaban magullados y ensangrentados.

—¿Qué dios anda tras esto? —Exigió Solos.

Uno alzó la cabeza y escupió un chorro de sangre. El del árbol rio.

—¿He dicho algo gracioso? —Solos se agachó ante ellos—. No creo. Preguntaré una vez más. ¿Qué dios anda tras esto?

—Mátanos ahora, porque no vamos a hablar. —El del árbol levantó la cabeza fijando su mirada en mí—. No podéis ganar. Van a cambiar el mundo y, si os interponéis, os destruirán.

Di un paso hacia adelante.

—¿Por «ellos» quieres decir Seth, Lucian y el dios? ¿Te das cuenta de que a ninguno de ellos le importa un bledo los mestizos?

El chico del árbol rio otra vez, con un sonido roto y astillado.

—¿Y tú, te das cuenta de que no podrás esconderte, Apollyon?

La irá apareció.

—Creo que estoy haciendo un buen trabajo.

El otro Centinela arqueó una ceja.

—¿Crees que hablamos del Primero? —Él rio—. No tienes ni idea de donde estás metida, niña. Esto es más grande que tú y el Primero, más grande que un simple puesto en el Consejo.

Un escalofrío corrió por mi espalda e involuntariamente di un paso hacia atrás.

—¿Entonces?

Ninguno respondió. No dijeron nada mientras Solos les preguntaba sobre los planes de Lucian. Luego intervino Marcus, usando una compulsión, pero se mantuvieron callados.

—No van a hablar —dijo Marcus, apretando las manos en un puño—. O es una compulsión más fuerte que la de un puro o su lealtad es ciega. De cualquier forma, estamos perdiendo un tiempo preciado y arriesgándonos demasiado.

—No podemos dejarlos marchar —dijo Aiden quedamente.

Aun sabiendo que si les dábamos oportunidad le cortarían el cuello a cualquiera de mis amigos, mi corazón se hundió un poco más. Eran jóvenes, quizá unos años más que yo, demasiado jóvenes para estar allí, a punto de morir. Pero Aiden tenía razón; no podíamos dejarlos ir.

Marcus se reunió rápidamente con Deacon y los demás, llevándolos a la parte

trasera del Hummer destrozado que Solos había conducido hasta ese momento. Todavía podía conducirse, pero llamaría la atención si lo hacíamos durante el día.

Poniendo mi mano sobre el brazo de Aiden, me giré hacia él.

—Yo puedo...

—No. —Usó aquel tono de voz que había llegado a detestar y respetar, el tono de «ni siquiera intentes discutirlo»—. No lo harás.

Laadan, que se había mantenido apartada de la pelea con Deacon, se fue.

Podía hacerlo, pero una ejecución era lo último que quería ver, cuando Aiden se apartó de mi lado y se dirigió hacia ellos, me obligué a quedarme quieta. Si tenía que hacerlo, entonces yo debía verlo. Era lo mínimo que podía hacer.

Aiden se movió tan rápido como un relámpago. Las muertes fueron limpias y rápidas. Ni lo sintieron. Sus cuerpos cayeron hacia adelante, separados de sus cabezas. No importaba cuán rápido e indoloro lo hubiera hecho, sabía que llevaría aquello clavado en el alma durante mucho tiempo.

Capítulo 31

Al volver a la carretera, intenté que el helado viento que golpeaba mi cara no me molestara mucho. Las cosas podrían ser peor. Gente que me importaba podría haber muerto. Podrían haber terminado como aquellas desafortunadas almas que habíamos matado como si fueran perros rabiosos.

Por ahora todo iba bastante bien, a excepción de la espeluznante advertencia que el Centinela nos había dado, o bueno, me había dado.

Mirando a Aiden por enésima vez desde que volvimos al coche, me mordí el labio inferior.

—Si me dices en qué estás pensando no me enfadaré —dijo, sin apartar la vista de la carretera.

Respiré hondo.

—Sabemos que el dios es un «él» y, aparentemente, no sé dónde me estoy metiendo.

—¿Realmente alguno de nosotros sabe dónde se está metiendo? —Comentó Luke secamente.

—No, creo que no —dije, observando la oscura y larga carretera—. ¿Mi cabeza me esta jugando una mala pasada o eran leales al dios y no a Lucian y a Seth?

—Eso me ha parecido a mí también —dijo Aiden.

—A no ser que su lealtad provenga de una compulsión. —Marcus parecía cansado—. Pero eso no importa. La lealtad es igual de mala que la compulsión. El resultado final es el mismo.

Asentí.

—Me pregunto si Lucian o Seth lo saben. Sé que no importa, pero Seth y Lucian tiene egos del tamaño de un dios. Si creen que tiene el control completo sobre su ejército y todo eso, pero luego se dan cuenta que en verdad no lo tienen. Puede que no sea muy bonito ver su reacción.

—¿Quién sabe cuánto sabrán en realidad? —Aiden agarró el volante tan fuerte que sus nudillos se aclararon—. Este dios tal vez le está prometiendo a Lucian el poder del Consejo o dios sabe qué otra cosa. Y Seth, bueno, él... él podrá tener todo lo que quiera.

Sentí mis tripas retorcerse. Seth había dicho lo mismo, pero lo que él quería — amor y aceptación—, nunca lo conseguiría de aquella forma. Tan solo sería un reflejo de la realidad. Era posible que se diera cuenta en algún momento, pero sería demasiado tarde para todos nosotros.

Y por los dioses, él se merecía algo mejor que aquello. Sabía que no debería pensar así, pero no podía controlar mis pensamientos.

Dejando escapar un lento suspiro, incliné mi cabeza hacia la ventana del pasajero

y observé el borrón que formaban los oscuros árboles. La mayoría de Dakota del Sur era una pradera, pero las Black Hills eran otra cosa, algo completamente diferente. Los árboles apiñados, tan densos que nadie podría ver qué había detrás de ellos. En algún punto de aquel bosque, en una de las praderas más grandes, se encontraba la Universidad.

—¿Creéis que Apolo nos esta contando todo lo que él y los otros dioses saben?
—La voz de Deacon rompió el silencio.

Resoplé.

—Creo que Apolo nos dice lo que él cree que necesitamos saber y cuando quiere que lo sepamos.

—Los dioses son imbéciles —murmuró Deacon, echándose hacia atrás en su asiento.

Marcus rio y pensé que el mundo estaba llegando a su fin.

—Son arrogantes —dijo—, ese es el problema. Con la arrogancia viene una gran ceguera.

Era gracioso escuchar aquello, pues me vinieron a la mente tres ratoncitos ciegos, pero era cierto. Todas las partes involucradas eran bastante arrogantes. Yo conocía aquella arrogancia de primera mano.

—No creen que nadie, ni siquiera uno de ellos, sea capaz de confrontarlos. — Marcus suspiró—. Su arrogancia los ha llevado a esto.

Tras aquellas palabras, nos mantuvimos en silencio, perdidos en nuestros pensamientos. Estaba haciendo una lista mental de todos los dioses, intentando descifrar quién ganaría el premio al más arrogante. Podría ser cualquiera de los dioses: Hades, Poseidón, Zeus, Ares e incluso Apolo. También era posible que no fuera uno de los grandes, sino una deidad menor cansada de ser pisoteada por el resto. Era como buscar al más borracho en una fiesta llena de borrachos; imposible. Las buenas noticias eran que sabíamos que era un hombre, a no ser que el centinela intentara engañarnos.

Cerrando los ojos, exhalé lentamente e hice una mueca de dolor. La cabeza me dolía de forma violenta. Era como tener un dolor de muela distribuido por toda la cara y no sabía cuanto tiempo transcurriría antes de tener otra charla con Seth.

En aquel instante, observé algo con la boca abierta.

—Santa...

—Mierda —susurró Deacon sobre mi hombro.

Hubo un silencio denso y pesado mientras todos en el coche nos sentábamos y mirábamos con asombro. Sabía que estaba sucediendo lo mismo en el otro Hummer. Ninguno sabía qué decir.

El horror me devoró. No esperábamos ver aquello.

Una hora antes, Aiden había encontrado el estrecho carril, parecido a un camino de acceso para incendios, pero en realidad era la larga entrada que llevaba a la Universidad. Subimos por el camino rocoso durante un kilómetro aproximadamente,

cuando de pronto, el paisaje cambió, pasando de los árboles a... una escena sacada de una película de terror.

Las luces de los coches mostraban una escena absolutamente horrorosa. Hummers incinerados a ambos lados de la carretera, descansando contra árboles igualmente carbonizados y el suelo quemado. Había tantos... media docena de esqueletos crujientes de autos. Desde aquella distancia no podíamos ver si había cuerpos dentro.

Tragué saliva.

—Aiden...

Puso una mano sobre mi brazo.

—Puede que fueran Centinelas que intentaron entrar en la Universidad.

Parpadeando rápidamente, sacudí mi cabeza. Tenía un horrible presentimiento. Llamadlo sentido arácnido o lo que fuera, pero aquello no era nada bueno.

—¿Podemos, no sé, llamar para asegurarnos? —dijo Deacon en un susurro—. Nos están esperando, ¿verdad?

—Sí, saben que estamos de camino. —Aiden echó un vistazo a su hermano menor—. Está bien. Lo prometo. No pasará nada.

—No tengo nada de cobertura. —Marcus miró su móvil como si deseara lanzarlo al Tártaro—. Ni una raya. —Levantó la vista con la mirada cargada de enfado—. ¿Alguno de vosotros tiene?

Aiden miró su móvil.

—No.

Mojé mis labios mientras miraba de nuevo los esqueletos calcinados a nuestro alrededor. El corazón me latía con fuerza y la cabeza iba a estallarme.

—Seguramente hay un montón de puros pirómanos por ahí...

—Eso creo —murmuró Aiden, levantando las cejas.

Solos apareció por el costado de Aiden. En las sombras, su cicatriz era menos visible.

—¿Crees que lo ha hecho el Covenant? —Señaló hacia los vehículos—. ¿Es esta su versión de seguridad?

—Es posible —replicó Aiden, pero no estaba segura de si realmente lo creía.

—No puedo comunicarme con ellos, asumo que tú tampoco, ¿no? —Cuando Aiden asintió, Solos cruzó sus manos detrás de la cabeza y las estiró tanto que su espalda se arqueó—. Supongo que tendremos que atravesar todo esto.

—Por lo que veo, sí, tendremos que hacerlo. —Aiden se echó hacia atrás, pasando las manos por encima del volante—. Tendremos que ir poco a poco.

Mientras los observaba, supe que no querían hacerlo. Estábamos a ciegas ante lo que se avecinaba. Podía ser una banda asesina de osos pardos o una legión de Centinelas listos para convertirnos en malvaviscos carbonizados. No lo sabíamos.

Solos suspiró y dejó caer los brazos.

—Bueno, pues a por ello.

—No tenemos otra opción. —Aiden cambió las marchas, listos para avanzar—.

Vamos allá.

Con un brusco asentimiento, Solos regresó a su vehículo. Me retorcí en mi asiento mientras el Hummer se ponía en marcha. Conducir poco a poco, evitando los coches calcinados, no fue fácil. Gracias a los dioses que conducía Aiden, porque yo hubiera chocado contra todo, a la primera curva complicada.

Cada varios metros nos encontrábamos otro coche calcinado y, con cada uno que pasábamos, las marcas de quemaduras parecían más recientes y el olor acre más denso, como si cada vez que alguien intentaba llegar a la Universidad, lograra avanzar un poco más que el grupo anterior. A lo lejos, unas llamas naranjas brillaban sobre el capó de un Hummer.

Aquello no era bueno, nada bueno.

—¿Cómo sabrán que somos amigos? —preguntó Deacon, pensando lo mismo que yo. Se inclinó entre los dos asientos, con la cara pálida—. Aiden, deberíamos parar...

Aiden frenó de golpe, pero no por lo que Deacon estaba diciendo. Varios escombros obstruían la carretera. Se trataba de varios coches quemados, muchos de ellos seguían ardiendo, brillando en un tono rojo infernal, en la oscuridad previa al amanecer. El paisaje apocalíptico era algo sacado de una de nuestras pesadillas.

—Por todos los dioses —murmuró Aiden.

Se me retorció el estómago mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Esto no es bueno.

Nadie dijo nada durante unos instantes, hasta que Marcus habló.

—A partir de aquí tendremos que caminar.

—¿Cuántos kilómetros? —pregunté.

—Faltan unos cinco kilómetros. —Aiden apagó el motor, dejando las luces encendidas.

Salimos del Hummer, observando todos los coches quemados que nos rodeaban, sintiéndonos como si nuestros coches llevaran un neón como aviso de que allí estábamos.

Rápidamente, nos armamos con dagas, hojas de hoz y pistolas. Mientras me ajustaba una pistola, miré por encima del hombro y vi que el grupo de Solos estaba haciendo lo mismo.

Era como si nos estuviéramos preparando para una guerra. En cierta forma, así era, lo habíamos estado haciendo durante los últimos meses. Estábamos en guerra.

Un repentino escalofrío recorrió mi cuerpo. Nos situamos en un círculo, silenciosos, a excepción del tintineo del titanio y las dagas. Éramos nueve. Pero de alguna forma —y no podía explicar de qué forma—, supe que no íbamos a regresar los nueve. Ante aquel descubrimiento, miré las caras de los que me rodeaban. A algunos apenas los conocía hasta hacía poco, otros habían sido enemigos y la mayoría habían sido amigos míos de toda la vida.

Y Aiden.

Cogí aire, intentando olvidar la fatídica sensación que se había apoderado de mi cuerpo. Sin embargo, al mirar las sombrías caras de aquellos que me rodeaban, me di cuenta que no era la única que estaba pensando en eso.

Como si fuéramos uno, nos dimos la vuelta. Espantosas y trémulas llamas iluminaban la carretera frente a nosotros. El peso de las dagas y pistolas era aleccionador, obligándome a mantener los pies sobre la tierra. No teníamos ni idea de lo que se avecinaba, únicamente una gran incógnita sobre qué tendríamos que enfrentar. La gravedad de aquello me estaba matando.

Levanté la vista.

—¡Liberad al Kraken!

Un montón de ojos se giraron para mirarme.

—¿Qué? —Me encogí de hombros—. Siempre he querido gritar esa frase desde que vi la película. Me ha parecido el momento perfecto.

Aiden rio.

—¿Veis? Por eso le quiero —les dije al grupo—. Se ríe de las estupideces que salen de mi boca.

En respuesta, Aiden se inclinó y presionó sus labios contra mi sien.

—Si sigues diciendo lo mucho que me amas —murmuró—, vamos a traumarlos de por vida.

Me ruboricé.

Alguien se aclaró la garganta, otro gimió, mientras, yo sonreía y levantaba la vista hacia la carretera. Dejando a un lado las bromas, todos esperaban que alguien diera el primer paso, así que lo di, el resto me siguió.

Nuestros ojos se adaptaron a la oscuridad, sin embargo, me mantuve cerca de Aiden, que estaba pegado a Deacon y Luke. Andamos rodeando las carcasas de los coches, pero no miré dentro; me negaba a hacerlo, por el hedor que se olía en el aire.

La noche era espeluznantemente silenciosa, a excepción de nuestros pasos. Estábamos en Dakota del Sur, esperaba escuchar el ruido de los movimientos de diminutas criaturas y el graznido de las aves, pero no había nada.

Estaba todo en absoluto silencio.

El miedo que sentía no desapareció, ni siquiera tras haber avanzado la mitad del camino. Los coches destruidos, esparcidos a lo largo de la carretera no ayudaban mucho. Había muchos.

—Por todos los dioses —susurró Lea, parando al lado de una de las pilas carbonizadas—. Oh, dios...

Me dije a mí misma que no mirara lo que la había horrorizado, pero obviamente, no escuché la voz de mi sentido común. Me di la vuelta y casi perdí la cordura.

Detrás del volante carbonizado de un Hummer había un cuerpo... o lo que quedaba de uno. Unos ennegrecidos dedos seguían agarrados al volante. No podía distinguirse nada más. Podría ser un hombre, una mujer o una hidra. Y no estaba solo. Había restos carbonizados en el asiento del pasajero... y en los asientos traseros.

Alguien cogió aire sollozando un grito.

—Las matrículas están quemadas, pero son de Nueva York.

—Por todos los dioses —dijo alguien más.

Algunos retrocedieron, verificando las matrículas de los coches menos dañados, pero yo lo supe en mi interior. No eran Centinelas de Lucian que habían venido a pelear. Eran personas —puros y mestizos inocentes—, buscando refugio.

En el asiento más lejano del Hummer, se veía algo de ropa, apenas unos pedacitos chamuscados de un color verde oscuro. La toga del Consejo.

La maldita toga de los del Consejo.

De pronto, comprendí que salir de los Hummers había sido la mejor idea; aquellas personas habían quedado atrapadas. Y toda aquella carretera no era más que un cementerio.

—Tenemos que marcharnos de aquí, ahora —ordenó Aiden, y el corazón se me hundió—. Tenemos que irnos ya.

Lea se dio la vuelta.

—Pero ¿a dónde vamos a ir? Esto tiene...

A lo lejos, una bola de ardiente luz rompió la oscuridad, provocando un escalofriante brillo sobre los escombros y la tierra. Pasó muy cerca del coche que estaba a mi lado, chocando contra un pequeño enebro, envolviéndolo en llamas y humo.

Salté.

—Santo...

Todo sucedió muy rápido. Las bolas de fuego caían sobre nosotros como si de lluvia se tratara. Nos dispersamos, dividiéndonos en pequeños grupos mientras corríamos para salir de la carretera y nos metíamos dentro del terreno irregular. Una mano encontró la mía —Aiden—, y empecé a correr junto a Deacon. Luke estaba detrás nuestro. En tan solo unos segundos, perdí de vista a todos los demás.

Capítulo 32

Estábamos huyendo.

El fuego seguía cayendo, salpicando la tierra y haciendo temblar el suelo. Fue un caos; intentábamos subir unas pequeñas colinas, agachándonos cada vez que el cielo se iluminaba y otra lluvia de fuego llenaba el aire.

¿Dónde diablos estaba Apolo —aparezco-cuando-menos-te-lo-esperas—, cuando más lo necesitábamos? Claro, podía aparecer cuando estaba a punto de besar a Aiden, pero no cuando de verdad lo *necesitábamos*.

Empecé a trepar, pero Aiden me agarró.

—¡Tengo que encontrar a Marcus! ¡Y a Olivia! ¡Laadan...!

—No. —Me agarró más fuerte—. ¡No saldrás corriendo en medio de todo esto!

A mi lado, Luke gimió.

—Creo que... me estoy quemando el brazo.

—¿Qué? —Me di la vuelta hacia él, agarrando la parte trasera de su camisa, consciente de que Deacon intentaba trepar más rápido. Poniéndolo de espaldas, salté al escuchar otra explosión demasiado cerca—. Oh dios...

Su brazo derecho tenía un brillo rojizo que abarcaba desde su codo hasta la muñeca. Ciertas partes empezaban a tener ampollas. Me dedicó una sonrisa temblorosa.

—Hacía tiempo que quería tomar algo el sol.

Me quedé observándolo, hasta que Deacon se acercó a nosotros, agarrando la parte delantera de la camisa de Luke. Antes de que el mestizo de pelo oscuro pudiera pronunciar una palabra, Deacon le dio un puñetazo. Me aparté, cogiendo aire.

Finalmente, Deacon levantó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—No vuelvas a asustarme de esta manera, ¿vale?

Luke asintió lentamente.

—No sé qué tendrán los hermanos St. Delphi y su atracción por los mestizos —gruñó Solos, apareciendo a nuestro lado. Laadan estaba con él, su pelo caía suelto donde antes había llevado su clásico moño. Sus pantalones estaban sucios y chamuscados—. No me malinterpretéis —continuó—. Siendo mestizo, estoy a favor de apoyar la igualdad en temas de amor, igualdad de derechos, quitar la Orden de Razas, etc.

—Es que tenemos buen gusto —replicó Aiden, mientras miraba por encima de su hombro al Centinela mestizo—, a diferencia de algunos...

Solos resopló.

—¿Sabes dónde están Marcus y las chicas? —pregunté, observando el cielo, que por ahora estaba tranquilo—. ¿Los has visto?

Él asintió.

—Están al otro lado de la carretera, en una zanja. Están bien. —Solos miró a Laadan—. Me ha salvado el trasero, ¿sabéis? Una bola de fuego se dirigía directamente hacia mi cabeza y la ha desviado con el aire.

Laadan sacudió la cabeza.

—No ha sido nada.

—Créeme, lo ha sido...

Un profundo grito rompió el aire, parecido a un coro de batalla. Un sonido que nunca antes había escuchado. No era humano; no era animal, pero sí una mezcla retorcida y repugnante de ambos. De pronto fue más que evidente lo que se avecinaba.

Autómatas de Hefesto.

No tenía sentido. Se suponía que debían proteger los Covenants. ¿Nos consideraban una amenaza? Bueno, obviamente sí, ya que intentaban convertirnos en bocadillos crujientes. Pero aquella gente en los coches... Era imposible que primero atacaran y luego preguntaran. Destruía el propósito de tenerlos allí y mover a los miembros del Consejo a la Universidad a menos que...

Miré a Aiden.

—El dios... ¿es Hefesto?

Aiden abrió la boca, pero el suelo tembló bajo el peso de la tormenta que se acercaba. Sobre la cima de la colina, a poco más de unos metros de distancia, altas e imponentes sombras salieron de detrás de la hilera de árboles. Cuando la luz de la luna los alumbró ahogué un grito de terror.

Santo culo de daimon...

Sus piernas, gruesas como troncos de árbol, y sus grandes cascos, estaban hechos de titanio. Oscuro y enmarañado pelo cubría sus amplios pechos y sus musculosos brazos. Cada cabeza era como la de un toro; dos cuernos y un hocico largo y plano que descendía en una boca llena de dientes y mandíbulas fuertes.

—Por todos los dioses. —Oí a Laadan susurrar.

Había más de una docena, formando una línea inquebrantable entre nosotros y la Universidad, dudaba que actuaran como guardias, como se suponía debían ser.

Uno de los más grandes abrió la boca y resopló con fuerza.

—Apuesto a que su aliento apesta —murmuré.

Deacon asintió.

—Yo también lo creo.

Luego abrió su boca una vez más y una corriente de fuego salió de ella. Se formó una bola, dirigiéndose directamente hacia la zanja, al otro lado de la carretera. Las chicas se dispersaron por la colina.

El primer disparo dirigido a la monstruosidad, provino de Solos. Luego Marcus se puso en pie y Aiden le siguió. Balas de titanio rasgaron el aire, estallando contra los autómatas, pero haciendo poco para detenerlos.

El fuego se dirigía hacia nuestro grupo y nos separamos. Mi mano estaba sobre el

gatillo, disparando sistemáticamente a todo lo que parecía una versión rara de un minotauro. Y ellos respondieron al fuego con... fuego.

Las llamas se propagaban por el suelo mientras corríamos alrededor del incendio. Los autómatas se dirigían hacia nosotros, escupiendo fuego y, finalmente, luchando.

El primero alcanzó a Marcus, golpeándolo en uno de sus brazos. Marcus voló varios metros hacia atrás y aterrizó hecho un trapo, gimiendo. Otro apareció frente a mí y me agaché antes de que su brazo me enviara lejos. Saltando hacia arriba, situé la pistola en la parte posterior de la cabeza del autómata y disparé. La sangre de color plateado y los sesos salpicaron los arbustos cuando el autómata cayó y se convirtió en polvo.

Bueno, aquella era una de las formas de acabar con ellos. Eran parecidos a los zombis...

Me di la vuelta, comprendiendo que las dagas eran inútiles y las pistolas solo servían si estabas lo suficientemente cerca y detrás. Con el corazón latiéndome apresurado, me agaché al ver una bola de fuego acercándose a mí. Mierda. Aquello era malo, más que malo. Era como estar en una pesadilla. Completamente horrorizada, me quedé congelada durante un instante en el seco y quemado suelo. Diminutas piedras se clavaban en mi estómago. Curiosamente, sentía cada una de ellas como si fuera un cuchillo caliente.

Lo vi todo a cámara lenta, mientras el aire se quedaba atrapado en mis pulmones.

Marcus estaba en pie de nuevo, defendiéndose espalda contra espalda con Lea, lanzándose hacia adelante con su hoz, quitándole un brazo a uno de los autómatas. Pero la cosa seguía acercándose a ellos. Solos intentaba mantener a Laadan fuera de la línea de fuego. Hollín cubría las mejillas rojas de Aiden mientras enviaba una ráfaga de fuego a las criaturas. Deacon tenía un arma en la mano mientras permanecía cerca de Luke. Olivia estaba acorralada cerca de unos árboles.

En aquel instante, recordé la premonición que había tenido momentos antes. Iban a morir, íbamos a morir todos, como aquellos cuerpos carbonizados en los coches; todos serían incinerados y ese sería su fin.

Algo se apoderó de mí, algo primitivo y absoluto. El poder corrió a través de mí y la piel se estremeció con la aparición de las marcas. De pronto, el sombrío campo de batalla estaba teñido con tonos ámbar. Recibí la, casi extraña, ola de energía, a pesar de sentirla como un veneno en mis venas. Mi cerebro se apagó y ya no era Álex.

Era el *Apollyon*. Yo era el comienzo y el fin.

Varios mechones de pelo empezaron a elevarse y juraría que, por un momento, el tiempo se detuvo mientras me levantaba. La hoja de hoz y la daga cayeron al suelo mientras cerraba las manos formando dos puños.

Parecía Donkey Kong.

Volé sobre la tierra árida hacia Olivia, mientras ella intentaba defenderse de la cosa. Me arrastré bajo las piernas del autómata, apareciendo entre él y Olivia, justo antes de estrellar mi pie en su peludo estómago. Cayó sobre una rodilla, sacudiendo

los árboles próximos.

Poder absoluto, implacable y duro, tan puro como letal, corría por mis venas. Me eché hacia atrás, convocando el quinto y último elemento. Una intensa luz azul brotó de mi palma.

El akasha destelló sobre mi cuerpo, arqueándose en el aire como una tormenta, encontrando y cayendo sobre su objetivo. El cielo crujió y se calentó. Un segundo antes, el autómatas estaba de rodillas y al siguiente no era más que un montón de polvo brillante.

—Por todos los dioses —dijo Olivia en un ronco susurro.

Otro autómatas ocupó el lugar del que había matado con la boca abierta llena de fuego. Me giré, agarrando la parte ancha de su brazo y torciéndola. El ronco grito de dolor se perdió en el choque de metal y el trueno de las balas encontrando a otro autómatas.

Levantó su cara de toro y chasqueó sus enormes mandíbulas hacia mí.

—Por favor... —exhalé mientras colocaba mi mano sobre su frente.

La luz azul se desplazó por su cabeza y su cuerpo, encendiendo el cráneo metálico y la estructura ósea. Por un momento, fue como una bonita radiografía o una medusa, una medusa realmente perturbadora y luego, una luz de color cobalto inundó sus ojos. Hubo una implosión justo antes de derrumbarse, convirtiéndose en polvo.

Y luego las cosas fueron de mal a peor.

Los autómatas —todos y cada uno de los malditos toros—, se volvieron hacia mí. Se movían rápido. El fuego salía de sus bocas como una triste versión de un dragón. Venían de todas las direcciones, como misiles con una única misión: matar a Álex.

Fuego salió de ellos, deslumbrante e intenso. No existía nada, solo las llamas. Ningún sonido. Ninguna visión. El lugar estaba teñido en color rojo y naranja...

Y mi mundo de color ámbar.

¿Álex? Su voz llegó a través de la conexión.

Lo ignoré a él y la forma en que su conciencia se deslizó junto a la mía.

¿Qué haces?

Seguí ignorando el tirón del Primero. Un instinto, profundo y antiguo, algo con lo que no estaba familiarizada, se apoderó de mí. Las marcas del Apollyon fluyeron a través de mi piel mientras levantaba mis manos. El fuego se detuvo a centímetros de mí, formando un círculo de llamas. El calor flotó a mi alrededor, pero no me quemó. Soplé suave y lentamente hasta que el fuego simplemente desapareció.

Los autómatas se detuvieron en seco, jadeando y resoplando ruidosamente.

Levanté los brazos, con los dedos extendidos. El aire vibraba ante el poder y la anticipación. La luz azul crepitaba sobre las puntas de mis dedos, esperando... queriendo...

Uno de los autómatas, el más grande de los que quedaban, se lanzó hacia mí. Al oír el oscuro rugido, akasha salió disparado, estrechándose a medida que se movía, al igual que la unión entre Seth y yo.

Lo solté.

La explosión de energía emanó de mí, golpeando al autómatas que estaba más cerca. La luz azul salía, en forma de llamas, por las cuencas de sus ojos. Un segundo más tarde, se derrumbó. La corriente se estrelló contra cuatro más, derrotándolos antes de que la emisión de akasha se aflojara.

A medida que el polvo brillante caía sobre la tierra seca, el agotamiento inundó mi cuerpo. La conexión con Seth seguía abierta, a pesar de haber vuelto a los tonos grises y azules del mundo real. Al ser la primera vez que usaba akasha como matamoscas, no estaba preparada para el agotamiento posterior. Las piernas me temblaban mientras luchaba por mantenerme en pie. Busqué mis dagas, pero comprendí que las había lanzado en un momento en el que mi ego se había apoderado de mí, creyendo que akasha era lo único que necesitaba.

Por suerte, los demás aún tenían sus armas y los autómatas estaban distraídos lidiando conmigo. Marcus mató a uno de un tiro directo a la nuca. Aiden blandió su espada como un verdugo, cortándole la cabeza a otro.

Uno de los autómatas intentó cogerme y yo me aparté —más bien tropecé—, a un lado y caí de culo contra el suelo. Una vez allí, simplemente no quise levantarme. Me sentía como un bebé que había tenido un día largo y quería dormir. Patético.

El autómatas profirió un gruñido gutural.

Caminé hacia atrás como un cangrejo, poniendo muy poca distancia entre nosotros. Justo cuando estaba segura de que me faltaba poco para tener un bonito bronceado, Lea salió de la nada, clavando la punta de su daga en la parte posterior del cuello del autómatas y moviéndola hasta cortarle la cabeza.

Mis ojos se agrandaron mientras el polvo brillante caía cerca de la punta de mis botas.

—Guau.

Lea inclinó su cabeza hacia un lado mientras fruncía el ceño al observar la sangre que goteaba de la hoja de la daga.

—Ha sido asqueroso.

—Sí —dije lentamente, mirando a nuestro alrededor. Conté ocho y luego a Lea. Nueve. Seguían todos vivos. Heridos y agotados, pero todavía estábamos vivos. Dejé escapar una risa débil—. Por los dioses.

El sonido del crujido del metal, junto con el húmedo y carnoso sonido de huesos y músculos, continuó, mientras el resto de los autómatas eran aniquilados de formas menos explosivas.

Lea se agachó y movió los dedos.

—¿Piensas sentarte ahí el resto de la noche o vas a levantarte? Porque te aseguro que no voy a llevarte auestas. Seguro que pesas una tonelada.

Sonriendo débilmente, levanté la mano en el momento en que una oscura sombra apareció detrás de Lea. El corazón se me paró mientras el miedo se apoderaba de mi cuerpo. Un estallido de emoción extrema me inundó y Seth se sintió confundido y

nervioso; me di cuenta de que estaba prestando mucha atención, a pesar de estar ignorándolo.

—¡Lea! —Grité, mientras mis dedos rozaban los suyos.

Se dio la vuelta, respirando profundamente.

Buscando una reserva de energía, me levanté lo más rápido que pude. *¡Oh, dios!* Era demasiado tarde. Invoqué akasha, pero fue como sacar agua de un pozo seco. No quedaba nada. Era la Apollyon, debía haber algo que pudiera hacer, tenía que haber algo, sin embargo, antes de que pudiera utilizar el elemento aire para apartar a Lea, sucedió.

El autómatas agarró la cabeza de Lea y la retorció. El crujido de los huesos fue ensordecedor, como si de un trueno se tratara. Sus dedos se relajaron, dejando caer la daga. El sonido inundó todo mi cuerpo, robándome el aliento y retorciendo mi interior en crudos y dolorosos nudos. Aquel sonido permanecería conmigo para siempre.

Lea estaba en el suelo, tirada a mis pies; un montón inmóvil de nada más que carne. Mi cerebro no podía conciliar lo que acababa de suceder. Al igual que con Caleb, la negación apareció.

Alguien se acercó por detrás del autómatas, que terminó en una explosión brillante de polvo, pero no sabía quién era, ni me importaba. En aquel momento, podían llovernos autómatas y no me importaría.

Fuimos nueve...

Mi corazón se rompió y luego se aceleró. El mundo giraba a mí alrededor, un caleidoscopio de tonos apagados con destellos de color ámbar intenso. Alguien estaba gritando mi nombre. La voz profunda y casi frenética se mezclaba con el zumbido de Seth.

Quería que se callaran, porque aquello no era real. No podía serlo. En un momento de dolorosa realidad, lo entendí. Como si no hubiera estado esperando a la muerte. Como si la muerte no nos pudiese tocar. ¿Cómo podía estar tan sorprendida? Todos y cada uno de ellos se había unido aún sabiendo que cada momento podía ser el último. Es más, varios kilómetros más atrás, supe que la muerte había llegado.

Caí de rodillas, con las manos temblorosas mientras las apoyaba sobre el hombro de Lea y suavemente la ponía de espaldas, observando el ángulo extraño de su cabeza, el pálido color de su piel siempre bronceada y sus ojos ya vacíos.

Mis dedos temblaban mientras despejaba su fría frente cubierta ahora por su pelo cobrizo. Por los dioses, ¿cómo podía su cuerpo enfriarse tan rápido? No parecía posible o correcto. Definitivamente no era justo.

Los hermosos ojos color amatista de Lea —ojos que había envidiado cuando era niña—, estaban fijos en el oscuro cielo. No brillaban, ni tenían esa luz interior. Estaban completamente vacíos.

Lea se había ido, igual que Caleb y mi madre, igual que todas las personas que iban en esos coches. Ella estaba... No podía terminar la frase. Esa pequeña palabra,

una vez la decía, lo hacía todo más real.

Aparté mis manos, doblándolas bajo mi barbilla. Algunos se acercaban. Alguien lloraba silenciosamente. Las voces se hicieron cada vez más fuertes, pronunciando negaciones y luego llegó el silencio. Mi respiración se detuvo de nuevo.

Alguien se arrodilló al otro lado de Lea. Una daga del Covenant fue colocada con cuidado en el suelo y suaves palabras fueron pronunciadas en griego antiguo. Una oración por la muerte de una guerrera, un himno cantado durante un entierro.

Levanté la mirada y mis ojos se encontraron con otros grises, oscuros y tormentosos. El rostro de Aiden estaba pálido, el horror grabado en su cara reflejaba el mío. Sus ojos estaban secos, pero la ira y la tristeza ardían en ellos. Sentí mis pestañas humedecerse.

No podía quedarme allí sentada. No podía.

Levantándome, caminé lentamente hasta llegar donde estaban Marcus y Olivia. Pasé a Luke y Deacon, y seguí caminando más allá de donde Laadan y Solos se encontraban. Seguí caminando, sin tener ni idea de a dónde iba ni qué iba a hacer.

¿Álex?

Mis manos se cerraron en dos puños al escuchar la voz de Seth. La ira rugió a través de mí como un tren descarrilado. Él no le había roto el cuello a Lea como si no fuera nada más que una rama, pero sus manos estaban manchadas de sangre. *No quiero hablar contigo ahora.*

Hubo silencio.

Se me revolvió el estómago mientras las lágrimas se derramaban por mis mejillas. Podía sonar estúpido, pero una parte de mí seguía en estado de *shock*. Estábamos vivos los nueve. Todos de pie. Me había reído. Y luego Lea se había ido. Como si nada, sin advertencia alguna.

Dios, Lea y yo estábamos lejos de ser mejores amigas, pero habíamos llegado lejos. La respetaba, probablemente mucho antes de darme cuenta, y lo mismo se podía decir de ella. Había tantas cosas entre nosotras, cosas de las que aún teníamos que hablar, cosas que tenían que ser arregladas, pero ya no había más tiempo. Y, a pesar de haber pasado la mayor parte de nuestras vidas odiándonos la una a la otra, cuando llegó el momento estuvo a mi lado y me ayudó.

Darme cuenta de aquello, dolió tanto que se pareció mucho al dolor de la pérdida de Caleb.

—Álex —dijo Aiden detrás de mí.

Sacudí la cabeza.

—No puedo... no puedo hacer esto ahora. —Mi voz se quebró—. Dame unos minutos.

Vaciló y luego sentí su mano sobre mi hombro. La sacudí y me marché. Intentaba respirar hondo, aunque parecía que no llegaba suficiente aire a mis pulmones. Debía tranquilizarme, no podía darme el lujo de ponerme como había estado tras la muerte de Caleb. No podía desconectar del mundo. Tenía que enfrentarlo, pero...

Maldita sea. Me agaché, apoyando las manos sobre las rodillas. Las ganas de vomitar eran fuertes, pero mi estómago estaba vacío.

¿Me había disculpado con ella por tratarla tan mal cuando éramos niñas? No lo creía. Cerré los ojos con fuerza y vi su cuerpo tendido en el suelo.

¿Alex? Hubo una pausa y el vínculo se tensó. *¿Qué está pasando?*

Me senté —aunque creo que me caí—, por segunda vez aquella noche. Con los ojos aún cerrados, mantuve los escudos, pero seguí el vínculo hasta llegar a Seth. No sabía qué pensar o cómo sentirme con lo que acababa de hacer. Tal vez no podía sentir nada más, pues todo el espacio lo ocupaba la ira. *¿Es esto lo que querías?* Le pregunté.

Seth no respondió inmediatamente. *No estoy seguro de qué quieres decir. Puedo sentir tus emociones. Ha pasado algo.*

¡Cállate! No estaba segura de qué fue lo que causó que reaccionara así; el tono casi sincero que escuché en su voz o el hecho de que él había matado a la hermana de Lea y mi madre había matado a su familia, o que Seth y yo éramos responsables de que hubiera perdido la vida. Me rompí en un instante. *¡Cállate! ¡Cállate! ¿Estás feliz, Seth? ¿Era esto lo que querías?*

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, rápidas y furiosas. Mis brazos temblaban —todo mi cuerpo temblaba—, intentando mantener los escudos. No podía bajarlos, no cuando Seth estaba dentro de mi cabeza. Sabría dónde estaba y eso solo causaría más muertes.

Eché mi cabeza hacia atrás y no hubo palabras, solo tristeza, culpa y rabia, saliendo de mí en un grito silencioso.

Detente, dijo Seth y sentí una presión alrededor de mí, como si Seth estuviera envolviendo sus brazos alrededor mío, sosteniéndome. *¿Tienes que calmarte, porque estás quemando gran parte de mis neuronas! Respira hondo. Cálmate, ¿de acuerdo?*

Tras varios minutos se me hizo más fácil respirar. Estaba sentada, con los ojos cerrados, sin ver nada y sin sentir nada. Nada parecía real.

¿Quién ha muerto? Preguntó Seth y, por su tono, me di cuenta que esperaba lo peor.

Lea. Hasta la voz dentro de mi cabeza sonaba adormecida. *Está muerta, como toda su familia.*

Seth no dijo nada. Tal vez lo entendía. Después de todo, cuando estuvimos conectados vio muchas cosas de mi pasado, y seguramente sabía que no tenía ni idea de cómo lidiar con aquello. Tal vez hasta pensaba lo mismo que yo, que nuestro vínculo le había quitado todo a Lea, incluyendo su vida. Pero aunque hubiera estado pensando aquello, no habría diferencia alguna. Seth seguiría haciendo lo que estaba haciendo. Y yo también lo haría. Él no dijo nada mientras presionaba mis piernas contra mi pecho y me hacía un ovillo, deseando desesperadamente no sentir el dolor de la pérdida de nuevo.

Éramos enemigos, ahora más que nunca, pero mi pérdida era la de él. Cuando yo

sufría, él sufría. Así habíamos sido diseñados e incluso la muerte que indirectamente había causado, no podía romper o destruir lo que había entre nosotros.

Nada podría romper aquello.

Capítulo 33

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentada, pero cuando volví a abrir los ojos, el cielo aún seguía oscuro y la presencia de Seth había desaparecido. En algún momento, sentí que se apartaba lentamente. Pensé que había susurrado algo antes de que la conexión se desvaneciera, pero debía estar volviéndome loca, no podía ser cierto.

Pensé que le había oído decir que lo sentía.

Obviamente estaba perdiendo la cabeza. Seth casi nunca se disculpaba y, teniendo en cuenta que su necesidad de poder y aceptación eran lo que lo había conducido hasta aquí, dudaba que sintiera remordimiento.

Respiré hondo y casi me atraganté con los amargos restos de humo. Sabía qué tenía que hacer; levantarme y seguir adelante. Quedarme sentada allí al aire libre esperando a que más autómatas vinieran no era seguro.

Me levanté y me di la vuelta, sacudiendo la suciedad de mis pantalones. El grupo todavía estaba alrededor del cuerpo de Lea. Olivia estaba sentada junto a la mestiza con su cabeza entre sus manos. Deacon y Luke a su lado, aguantando su brazo herido.

Limpiándome las mejillas, me detuve al lado de Aiden.

Olivia levantó la vista, sus ojos brillaban bajo la luz de la luna.

—No le dolió, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—No. No lo creo.

Ella asintió y luego recogió la daga de Lea, sosteniéndola cerca mientras se levantaba.

—¿Qué haremos... qué haremos ahora?

Solos hablé.

—Hay que moverse rápido. No hay forma de saber si vendrán más, y aquí somos un blanco fácil.

—¿Sigues pensando que la Universidad es un lugar seguro? —preguntó Marcus, frotándose la barbilla. La palma de su mano tenía un tono rojizo; estaba sangrando.

Me dirigí hacia Marcus, pero él me paró.

—Estoy bien. Es solo un rasguño —dijo bruscamente—. ¿Cómo sabremos si la Universidad sigue ahí? Los autómatas podrían haberla incendiado y...

Mi cabeza daba vueltas mientras miraba a Lea. Alguien le había cerrado sus ojos. Los míos ardían.

—Tenemos que averiguarlo. —Aiden pasó su mano por su pelo—. Estamos más o menos a un kilómetro del campus.

Luke sacudió la cabeza.

—Podría haber más. Demonios, podría haber una docena o más detrás de la

maldita colina y estaríamos yendo directos a ellos, a ciegas.

—O podría estar completamente vacía y con nada más que la maldita Universidad —respondió Aiden, con la mandíbula rígida—. No lo sabemos. Puede que estos autómatas hayan estado aquí para que nadie llegue al campus... o tal vez evitando que la gente se vaya.

—O tal vez la Universidad ya no existe. —Deacon retrocedió.

Solos dio un paso hacia adelante, poniendo una mano sobre el hombro de Deacon.

—No creo que toda la Universidad haya desaparecido.

—Con todos esos autómatas, todo es posible. —Luke enderezó su brazo herido mientras miraba en dirección a la Universidad—. Pero debemos ir a ver qué pasa. Ya hemos llegado hasta...

—¡Esperad! —La voz de Olivia se elevó por encima de la de los chicos—. No estaba preguntando si ir a la Universidad o no. Quería saber qué íbamos a hacer con Lea.

El silencio se instaló de nuevo y miré a Aiden.

—No podemos dejarla aquí. —Dolor brilló en esos profundos ojos grises. Él se estiró, alargando su mano, y me acerqué, presionándome contra su costado. Mis dedos se clavaron en su polo chamuscado, encontrando pequeños agujeros quemados en el material—. No podemos —susurré.

Me abrazó más fuerte.

—Lo sé.

—No podemos... llevarla con nosotros —dijo Solos—. No tenemos ni idea de a qué nos vamos a enfrentar.

Olivia estalló como una bomba nuclear, sosteniendo la daga como si estuviera a punto de hundirla entre los ojos de Solos.

—No podemos dejarla aquí de esta manera. No está bien, es tan horrible que ni siquiera tengo que explicarlo.

La compasión brilló en la cara llena de cicatrices de Solos.

—Lo sé, pero...

—Enterramos a nuestros muertos, nuestros guerreros. —El labio inferior de Olivia tembló—. No los dejamos donde sea para que se pudran.

Laadan colocó una pálida mano en el brazo de Olivia, pero ella estaba exaltada.

—¡No me importa lo que tengamos que enfrentar o lo que nos espera! No podemos dejarla aquí. —Su mirada se volvió hacia mí—. Tenemos que enterrarla.

—¿Con qué? —preguntó Solos suavemente—. No tenemos palas y el suelo está tan duro como piedra.

Olivia respiró hondo y se dio la vuelta. Sus delgados hombros temblaban mientras Luke envolvía su brazo alrededor suyo.

—Aiden, tenemos que hacer algo —suplicó Deacon—. No sé el qué, pero tenemos que hacer algo.

Apartándome de Aiden, miré mis manos. No estaba segura de cuanta energía me

quedaba, o si podía usar el elemento tierra para crear... para crear una tumba, pero lo intentaría. No dejaríamos a Lea allí, en medio de la nada.

—No sé si funcionará.

Las cejas de Aiden descendieron rápidamente, mientras la preocupación se encendía en sus ojos.

—¿Estas segura de que quieres intentarlo?

Asentí.

—¿Dónde crees que deberíamos hacerlo, Olivia?

Le llevó un par de segundos alejarse de Luke y procesar lo que le estaba preguntando. Miró a su alrededor y se dio cuenta que en realidad no había ningún lugar adecuado. Empezó a caminar y yo la seguí. Nos detuvimos cerca de dos árboles de enebro que permanecieron ilesos al fuego y a la batalla, su dulce aroma, tan en desacuerdo con los olores ácidos y metálicos del aire llamaron mi atención.

—Supongo que aquí estará bien —dijo, despejando su garganta—. No es mucho, pero los árboles... a ella le gustarían los árboles.

Olivia se giró lentamente hacia mí y soltó una ahogada risa ronca.

—Está bien. A Lea no le gustaba mucho la naturaleza.

—Cierto —sonreí y me *dolió*—. Seguramente ahora mismo está diciendo «¿Pero qué demonios...?».

Ella parpadeó.

—¿Tú crees?

—Sí, es decir, cuando estuve allí abajo esperando, no sabía qué sucedía aquí arriba, pero tal vez sea diferente para ella. —Pensé en el oráculo que había conocido y luego en la anciana—. Parece que es diferente para cada persona.

Olivia asintió lentamente.

—Me he dado cuenta de que así es la muerte. Nosotros sentimos que se han ido, pero en realidad no, ¿me entiendes? Existe vida después de la muerte, solo que es una vida diferente. —Hubo una pausa—. Me hubiera gustado ser amiga suya antes de que todo esto sucediera. Lea... era bastante genial cuando la conocías.

Sentí un vacío inmenso en mi pecho.

—Me hubiera gustado no haberla tratado tan mal.

—¿Qué?

Sacudiendo la cabeza, bajé mi mirada.

—Es una larga historia.

Olivia me miró como si quisiera seguir preguntando, pero no lo hizo.

—Verá a su familia de nuevo.

—Sí. —Los ojos empezaron a arderme de nuevo y supe que, si dejaba que las lágrimas cayeran una vez más, no se detendrían y sería completamente inútil—. Está bien. Puedo hacerlo.

Respirando profundamente, me arrodillé y puse mis manos sobre la tierra. Cerré los ojos, moviendo los dedos dentro de la hojarasca hasta que encontré la primera

capa de tierra. Anteriormente ya había hecho que la tierra se moviera, cuando peleé con Aiden, así que estaba casi segura que podía hacerlo.

Imaginé que la tierra se aflojaba, volviéndose manejable bajo mis dedos. El suelo tembló ligeramente y mi confianza aumentó. En mi mente, creé una imagen del suelo abriéndose profundamente, lo suficientemente profundo como para un entierro decente. En mi cabeza, la tierra era más oscura —un marrón vivo— cuanto más profundo se hacía. Inhalando, pude oler la humedad.

Cuando abrí los ojos, el suelo se había abierto. Montículos de tierra fresca descansaban a cada lado del hueco circular de seis metros de profundidad. Al ver que era lo suficientemente profundo, me senté y limpié mis manos temblorosas con los pantalones. Me sentía seca por dentro y un poco frágil. Definitivamente, no iba a poder ponerme de pie en un rato.

Todos ayudaron con algo. Alguien encontró una manta en una de nuestras mochilas y la envolvieron. Cuando pusieron su cuerpo en la tumba, Marcus me ayudó a levantarme. Me dio una botella de agua, junto con las dagas que se me habían caído.

—Gracias —murmuré, tomando un largo trago de agua antes de guardar mis dagas. Y entonces una idea me vino de golpe—. Esperad. ¿Alguien tiene unas monedas?

Aiden palpó sus bolsillos, al igual que el resto de los chicos. Tenían las manos vacías y mi estómago se hundió.

—Enterrarla no marca la diferencia —dije—. Eso es para nosotros. Pero ella necesita el dinero para Caronte o se quedará atrapada allí.

—Podemos regresar y traer monedas —sugirió Solos.

—No. —El pánico se apoderó de mí—. Algo tendremos. Creedme, necesita las monedas.

Laadan dio un paso hacia adelante, tocándose el cuello.

—Tengo esto —dijo ella, desabrochándose un collar—. Los adornos son monedas de oro, monedas antiguas. Serán más que suficientes.

Mis músculos se relajaron, llenos de alivio.

—Gracias.

Ella sonrió mientras le entregaba el collar a Marcus, que desprendió dos de las monedas de oro. Separando la manta, las puso en las manos de Lea.

Tomé aire, tratando de aliviar el ardor y el nudo que se hacía cada vez más grande en mi garganta. Aiden se acercó, envolviéndome entre sus brazos. Me giré hacia él y apoyé mi mejilla contra su pecho; el sube y baja de su respiración logró calmarme.

Solos había encontrado dos gruesas ramas, situándolas sobre la tumba que Laadan y Marcus habían cerrado con la tierra. Deacon y Luke habían reunido unas cuantas rocas, que colocaron alrededor de las ramas. No era una lápida de verdad, pero tendría que valer.

Nos situamos alrededor de la improvisada tumba mientras Laadan murmuraba

una oración en una lengua antigua. No me di cuenta que estaba llorando hasta que sentí el pulgar de Aiden secar mis lágrimas. No podía dejar de preguntarme cuántas veces tendríamos que hacer aquello antes de que todo terminara, y quién le secaría las lágrimas a Aiden si fuera mi tumba.



El sol estaba saliendo cuando llegamos a la pared exterior del campus de la Universidad, proyectando un destello de luz anaranjada que se extendía a través de la pradera de la montaña. Pasamos el último tramo del viaje en un silencio solemne. Nadie habló, no hubo conversaciones, ni bromas o risas. Hablar parecía inapropiado después de la pérdida que todos habíamos sufrido. Sabía que no era la única convenciéndose de que Lea estaba, o estaría, en un lugar mucho mejor, donde se reuniría con sus seres queridos.

Aquello me ayudó un poco.

Al ver el muro, me convencí de que las cosas no pintaba bien.

Secciones enteras de la estructura, cubierta de mármol, habían desaparecido por completo o estaban en proceso de derrumbarse. Era como si hubieran traído una bola de demolición y hubieran jugado con ella como si de un yo-yo se tratara.

—Oh dios —murmuró Marcus—. Esto puede ser un problema.

Arqué una ceja.

—¿En serio?

La parte más espeluznante de todo aquello, eran los cientos de árboles, justo detrás de la pared exterior. Estaban volcados a la altura de los troncos, con las ramas extendiéndose por el suelo, las raíces expuestas y ceniza blanca sobre ellas, como si hubieran sucumbido a un poderoso viento.

—Nunca había visto algo así —dijo Laadan, moviendo la cabeza lentamente de lado a lado—. Es como si una gran mano invisible los hubiera forzado a caer.

Me acerqué, colocando mi mano sobre uno. Esperé a que el árbol se cayera, pero era estable.

—Qué raro. —Me giré hacia Aiden—. ¿Alguna idea de qué puede haber causado esto?

—Ni idea. —Frunció el ceño ante el sol naciente—. Pero espero conseguir respuestas. Tenemos que seguir.

Seguimos caminando. Estábamos cansados y esperábamos desesperadamente que la Universidad fuera segura y estuviera de una sola pieza. Tal vez pedía demasiado.

La segunda pared estaba mejor. Ciertas partes parecían dañadas, pero las verjas seguían en pie y cerradas. Buenas noticias, supuse. Pero ¿cómo demonios se suponía que debíamos trepar un muro de seis metros?

Crucé mis doloridos brazos.

—Antes de que tengáis la brillante idea, no voy a poder abrir un hueco.

Aiden me lanzó una sonrisita sarcástica por encima de su hombro mientras se unía a Marcus y Solos, que se acercaban a las puertas de titanio. Los afilados picos a lo largo de la parte superior me llamaron la atención y mi imaginación colocó cabezas decapitadas en aquellas cosas.

Me estremecí.

Luke dejó caer un brazo sobre mis hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, claro que sí.

Sus cejas se levantaron.

—Has estado funcionando como un pequeño Apollyon Duracell.

Casi me reí.

—Con suerte, todos podremos recargarnos pronto. ¿Cómo está tu brazo?

—Está mejor de lo que pensaba. —Luke apretó mis hombros y me soltó—. Creo que a Deacon le saldrán ampollas en los pies.

Al oír su nombre, Deacon frunció el ceño.

—Mis pies ya están cubiertos de ampollas.

—Tus pobres y delicados pies —se burló Luke.

Desde la puerta, Solos levantó su mano, silenciándonos. Mi corazón se aceleró mientras agarraba las dagas atadas a mis muslos. Luke puso a Laadan y Deacon detrás nuestro mientras me adelantaba dos pasos.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz baja.

El amanecer aún no despejaba la oscuridad más allá de la puerta y lo único que pudimos ver, fueron las sombras de más árboles retorcidos.

Marcus despejó su garganta.

—¡Hola! —dijo en voz alta—. Venimos... venimos en son de paz.

Puse los ojos en blanco y murmuré:

—Wow.

Mi tío me lanzó una mirada sombría y luego continuó.

—Soy Marcus Andros, el decano del Covenant de Deity Island. Vengo con varios centinelas y la...

Se escuchó el sonido de varias armas cargándose. El sonido hizo callar a Marcus y probablemente detuvo el corazón del resto. Ni una sombra se había movido más allá de las rejas.

—Daros la vuelta y bajad las armas, ahora —dijo una voz oscura y dura detrás nuestro.

Oh, mierda.

Levanté la vista, encontrando la mirada de Aiden durante un breve instante, y luego me di la vuelta. Esperaba no haber utilizado todo mi poder; no tenía ganas de que me cosieran a balazos.

Dos Centinelas estaban detrás de Deacon y Laadan, con las armas apuntando sus

pálidas mejillas. Sin embargo, eran más de dos. Una docena nos rodeaba, formando un semicírculo. Todos llevaban armas y parecían más que dispuestos a usarlas.

Estábamos rodeados.

Capítulo 34

—Bajad las armas —dijo, de nuevo, el Centinela. Era alto y viejo, tendría más o menos unos cuarenta años y, al parecer, estaba acostumbrado a que le hicieran caso. ¿Era posible que esto fuera a peor? Aiden fue el primero en bajar sus dagas, colocándolas en el suelo junto a sus pies. Luego se levantó lentamente, levantando las manos. Sabía que siempre llevaba más armas y esperé que los hombres no se dieran cuenta. Siguiendo su ejemplo, me deshice de mis dagas, pero dejé la pistola metida en la parte trasera de mi cintura, por si acaso.

El Centinela que estaba a cargo, dio un paso hacia adelante, manteniendo su arma nivelada y apuntando a Solos, lo que me pareció un poco chistoso. De los cuatro, debería ser a mí a la que apuntara con el arma.

Me di cuenta de que no sabía quién era. Una parte de mí se relajó, porque si hubieran estado en el Equipo Malvado, mi cara estaría pegada en carteles por todas partes.

Marcus se preparó para hablar de nuevo, pero los ojos del Centinela se estrecharon como si estuvieran amenazándolo.

—Te he escuchado y has dicho que venís en son de paz, pero dime, ¿por qué debemos creerte?

Buena pregunta. Le lancé una mirada a mi tío con las cejas levantadas.

—Formamos parte del grupo que escapó de Deity Island —dijo Marcus.

—Bueno, eso es obvio —respondió el Centinela.

Me caía bien aquel tío, a pesar de tener su arma apuntándonos. Un músculo se flexionó en la mandíbula de Marcus.

—No estamos trabajando con Lucian ni el Primero. No estoy seguro de cómo demostrártelo, pero hemos viajado mucho para llegar hasta aquí y perdimos a uno de los nuestros, cortesía de los autómatas que protegen este lugar. No somos enemigos. Queremos lo mismo, detener a Lucian y al Primero. El Centinela Mathias debería haber venido para avisaros.

—Si debía llegar durante las últimas veinticuatro horas, debe estar entre las pobres almas de los que habéis encontrado por el camino. —El líder nos miró uno por uno—. Nadie ha logrado vencerlos, por lo que siento curiosidad por saber cómo lo habéis conseguido vosotros.

No conocía al Centinela que llegó mientras Aiden y yo estábamos en el Inframundo, pero me sabía mal que fuera uno de los que habían muerto calcinados.

—¿Ya no os protegen? —preguntó Aiden con calma—. Entonces, ¿no estaban custodiando el campus?

Al principio no creía que el mestizo fuera a responder, pero lo hizo.

—Los autómatas custodiaban el campus hasta hace un día, luego empezaron a

disparar a todos los que buscaban refugio. Intentamos detenerlos y terminamos perdiendo la mitad de la primera pared y muchas vidas. Así que, siento curiosidad por saber cómo un grupo formado por adolescentes y dos puros sin entrenamiento pudieron llegar hasta aquí.

—Yo soy el Apollyon —dije, cuadrándome de hombros—. Puede que tenga algo que ver.

Cada maldita arma me apuntó y me pregunté si tal vez no debería haberlo dicho. Por el rabillo del ojo, vi que Aiden empezaba a moverse hacia mí.

—Está bien —añadí rápidamente, manteniendo mis manos a la vista de todos—. Soy la Apollyon buena, no quiero eliminar al Consejo ni matar a los dioses.

El Centinela que estaba a cargo no parecía aliviado ni impresionado. En vez de eso, parecía molesto, como si quisiera dispararme entre los ojos, lo cual no era bueno, porque estaba bastante segura de que Aiden estaba calculando el tiempo que le llevaría sacar su arma y eliminarlo.

Iban a volar balas, justo cuando el sol empezaba a salir, qué forma de echar a perder un bonito amanecer.

—La mitad de los Centinelas y Guardias que están del lado del Primero están buscándote, ¿y vienes aquí? —La ira brilló en los ojos del Centinela—. ¿Deseas morir?

Menos mal que no había mencionado que Seth y yo aún seguíamos conectados de alguna manera.

—En realidad no tengo ganas de morir. Y puedes dispararme si eso te hace sentir mejor, pero no me matará.

Parecía a punto de averiguarlo.

Respiré hondo, intentando calmarme y controlarme.

»Mira, entiendo tu poca hospitalidad y por qué no quieres dejarme entrar. Lo entiendo, pero me necesitáis, *nos* necesitáis, porque hemos podido destruir a esos autómatas y podemos protegeros. Y eso sin mencionar que soy la única que puede detener todo esto. Así que, si nos arrojáis a los lobos, estáis sellando vuestro propio destino.

El Centinela se puso rígido, pero no dijo nada.

»Además, debéis comprender que no se trata de un puro en busca de todo el poder. Va más allá. Solo un dios pudo convertir a los autómatas. No fue Lucian y tampoco el Primero. Y creedme, ese dios destruirá a cualquiera que se interponga en su camino.

Les mostré mi mejor sonrisa, la que solía sacarme de apuros, o fastidiaba a los que la recibían.

»Y ese dios no es el único del que debéis preocuparos. Hay otro llamado Apolo, sí, *ese* Apolo, y va a estar bastante molesto si no nos dejáis entrar. Somos algo así como familia y le caigo bien.

Alguien maldijo en voz baja.

Mi sonrisa creció aún más.

»Solo una cosa más, si le hacéis daño a cualquiera de mis amigos, lamentaréis haberlo hecho. ¿Me entiendes? Así que, mejor tranquilicémonos y nos convertiremos en buenos amigos.

—Creo que deberíamos dejarlos entrar —dijo uno de los Centinelas.

—Buena idea. —Un humor oscuro tiñó la voz de Aiden—. Y tal vez también quieras apartar tu pistola de la cara de mi hermano.

Nadie se movió. Esperaba que no me pillara, pues no me creía capaz de hacer mucho ahora mismo; no tenía energía. Por suerte, levantó una mano y todos bajaron sus armas.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Espero no arrepentirme de esto —dijo el Centinela, guardando su pistola. Luego extendió su mano, sorprendiéndome—. Mi nombre es Dominic Hyperion.

Mis cejas se levantaron mientras le daba la mano. Tenía fuerza.

—¿Hyperion? —dijo Marcus—. Interesante apellido.

Dominic sonrió con ironía.

—Supongo que alguien tenía un gran sentido del humor y usó el apellido de un Titán.

—Supongo que sí —murmuré, aliviada al ver que ya no había armas apuntando a las cabezas de mis amigos.

Pasando a mi lado, Dominic se detuvo ante la puerta.

—¿De verdad habéis eliminado a los autómatas?

—A no ser que envíen más, no volverán a molestar —contestó Solos.

—Genial. —El mestizo hizo una pausa—. ¿Me habéis dicho que habéis perdido a alguien?

Olivia despejó su garganta.

—Sí. Solo tenía dieciocho años, estaba entrenando para ser Centinela. Se llamaba Lea.

La barbilla de Dominic se inclinó hacia abajo.

—Siento todo lo que habéis perdido. Solo los dioses saben que podemos simpatizar con lo que estáis sintiendo. —Dicho esto, se volvió hacia la puerta—. Por favor, seguidme.

—¿De verdad podéis detener al primero? —preguntó otro Centinela. Era más joven que Dominic, tenía más o menos la edad de Aiden. Cierta brillo llenó sus ojos cuando asentí—. Estoy seguro de que muchos se alegrarán al escucharlo.

—¿Ah, sí? —dijo Aiden, que estaba de nuevo a mi lado. Pasó un brazo sobre mis hombros y le lancé una mirada curiosa.

Al Centinela casi se le salen los ojos cuando vio la forma posesiva en que Aiden pasó su brazo sobre mí.

—Eres un... y ella es un...

Oh, dios.

Aiden sonrió, con sus ojos de un gris oscuro.

—¿Somos qué?

—No. No. Es solo que... —El Centinela miró a los mestizos que estaban igualmente atónitos. Nadie lo ayudó—. No es nada. No importa. Tenemos problemas mayores, ¿no?

—Sí, problemas mayores... —Hubo una clara y fría advertencia en la voz de Aiden mientras me conducía hacia la entrada.

Las rejas se abrieron mientras el brazo de Aiden se deslizó por mi hombro, bajando por mi espalda, dejando una ola de temblores en su estela. Dominic entró primero, seguido por Marcus y luego Solos.

Me detuve, girándome de nuevo, miré al Centinela de los ojos saltones.

—Dijiste que los demás estarían felices de saber que podía... detener al Primero. ¿Quiénes son los demás?

Por todos los dioses, miró a Aiden antes de contestar.

—Antes de que los autómatas se volvieran locos, varios grupos llegaron desde otros lugares, incluyendo los Catskills.

Mi corazón se detuvo.

—¿Los miembros del Consejo y los Centinelas?

Cuando asintió, estuve a punto de saltar como una rana. No había querido pensar que mi padre pudiera ser uno de los muchos quemados que encontramos en el camino, pero saber que algunos habían llegado a la Universidad encendió un pequeño destello de esperanza en mi pecho. No iba a aliviar el dolor de la pérdida de Lea, pero era algo.

Era algo y eso era mejor que nada.



Cuando el alba se deslizó a través de la pradera exuberante, arrojando luz sobre las diminutas flores silvestres de color azul, llegamos a nuestro destino. El campus de la Universidad era grande, entre dos montañas, como su propio pueblo en una hamaca. Me imaginaba que era como cualquier otra Universidad en cuanto al tamaño y la atmósfera, pero ahí era donde terminaban las similitudes.

La luz de la mañana se reflejaba en los grandes edificios de piedra arenisca construidos igual que los antiguos coliseos. Los patios estaban llenos de todas las flores y árboles habidos y por haber, perfumando el ambiente. Las estatuas de las musas custodiaban un edificio académico, mientras que las esculturas de los doce olímpicos se alineaban en la pista. Los dormitorios parecían minirascacielos, se veían al fondo, con viviendas para miles de estudiantes.

Se parecía un poco a Deity Island, pero mucho más grande.

En el centro del campus estaba lo que yo supuse era el edificio del Consejo, y allí

nos dirigíamos. Los músculos de mis piernas me dolían y en mi cabeza tenía visiones de camas bailando, pero me obligué a seguir, en vez de sentarme en medio de la pista y quedarme dormida.

Bustos de los doce olímpicos habían sido tallados en la estructura de mármol y piedra arenisca. Era circular, como un anfiteatro interior y un escalofrío recorrió mi espalda. No sabía por qué, pero los edificios del Consejo siempre me asustaban.

Mientras subíamos por las escaleras, vi la estatua de Temis y casi me reí. La balanza que cargaba estaba en equilibrio, pero ¿a favor de quién?

Mientras nos adentrábamos en el vestíbulo iluminado, fue como si allí no hubiera nadie más. Los estudiantes seguirían dormidos, si es que aún seguían yendo a clase. Diablos, ni siquiera sabía qué día era. Podría ser fin de semana y yo ni idea.

Dominic nos dirigió alrededor de otro montón de estatuas —me estaba aburriendo un poco ya, de ver tantas—, y claro tuvimos que subir un tramo interminable de escaleras. Ni siquiera la maldita Universidad había invertido algo de dinero en un ascensor.

Al entrar en un ancho pasillo vi a los guardias de pie ante las puertas dobles forradas de titanio y supe a dónde íbamos.

—La oficina del Decano —dije.

Dominic les hizo un gesto con la cabeza a los Guardias y se movieron a la vez, abriendo las pesadas puertas. Mi primera vista de la oficina me recordó mucho al Covenant. Era casi idéntica a la de Marcus. Iluminada. Amplia. Toneladas de muebles de cuero que parecían caros, entre ellos un gran escritorio antiguo que probablemente hacía que alguien se sintiera poderoso y más que especial. Incluso había un acuario construido en la pared detrás del escritorio, con peces brillantes, nadando por todos lados.

Le lancé una mirada a Marcus y vi que su cara estaba impresionantemente blanca. Meses atrás, hubiera creído que Marcus no sentía nada, pero ahora sabía la verdad. Ver aquella oficina le trajo buenos recuerdos y, seguramente, algunos malos; me sentía mal por él.

Se abrió una puerta a nuestra izquierda y un hombre alto, de pelo rubio casi blanco y ojos azules, entró a la habitación. Iba vestido como Marcus lo hacía antes, como un de esos hombres de los pósteres del Club de Golf. Detrás de él, entró una figura más pequeña y abrí la boca asombrada.

—Diana. —Marcus se quedó sin aliento y, rápidamente, se lanzó hacia ella.

Una amplia y hermosa sonrisa se dibujó en la cara de la mujer. La conocí mientras estuve en el Covenant de Catskills. Había sido la que se opuso a Telly; votó en contra de que me llevaran a la servidumbre.

Así que, sí, me caía bien aquella mujer.

Marcus cogió sus manos entre las suyas, parecía que quería hacer más que solo coger sus manos, tal vez alzarla y ponerla entre sus brazos, abrazarla... besarla como el hombre que pensaba que no volvería a verla.

—Estoy tan... agradecido de ver que has llegado aquí a salvo. —La voz de Marcus era dura y cargada por la emoción que no expresaba. Era obvio que le gustaba aquella mujer—. Estoy tan agradecido.

Las mejillas de la mujer se tiñeron de rosa.

—Al igual que yo, me alegra verte aquí.

El Decano despejó su garganta.

—No sabía que conocía a mi hermana, Decano Andros.

¿Hermana? Oh... oh, qué incómodo todo.

Marcus soltó las manos de Diana y se giró hacia el hombre.

—Nosotros somos... amigos, Decano Elders. Es una mujer encantadora, pero por mucho que me gustaría enumerar sus brillantes cualidades, no es por eso que estamos aquí.

Mis cejas se elevaron.

Los labios del Decano se movieron como si quisiera sonreír.

—También me alegro de ver que has llegado aquí sano y salvo. Pocos han tenido esa suerte.

—Eso hemos visto, y oído. —Marcus cruzó las manos detrás de su espalda, trayéndome recuerdos de él en una oficina muy similar a aquella, donde estaría a punto de regañarme por alguna estupidez que hubiera cometido.

Nos introdujo a todos rápidamente. El Decano pareció sorprendido cuando Marcus anunció el nombre de Aiden. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

—He escuchado ese nombre antes, ¿un puro que utiliza una compulsión contra otro puro para proteger a un mestizo?

Mierda. Con todo lo que estaba pasando, nos habíamos olvidado de que Aiden era Enemigo Público Número Dos.

Mis dedos alcanzaron mis dagas, pero Aiden habló con voz severa pero tranquila.

—Ese soy yo. Y no se equivoque, si busca remordimiento o culpa, no tengo ninguna. Lo haría de nuevo.

El Decano sonrió.

—Tranquilízate, Centinela. En este momento, me importa un bledo lo que has hecho. No es un problema... ahora. Y estoy seguro que la mayoría de los miembros del Consejo estarían de acuerdo.

La forma en que dijo «ahora» no me hizo muy feliz.

—Gracias por su hospitalidad —dijo Marcus, obviamente, tratando de disminuir la tensión que se había creado—. Espero que podamos compensárselo de alguna forma.

Mi tío era tan diplomático.

El decano de la Universidad asintió.

—Por favor, empezad por explicarnos cómo escapasteis de los autómatas.

Marcus y Dominic le contaron al Decano y a Diana casi todo. La conversación cambió rápidamente cuando Dominic anunció que yo podía parar al Primero.

Me moví inquieta, sorprendida de estar tan incómoda al tener a todo el mundo observándome. Por lo general, me encantaba ser el centro de atención. No tenía ni idea de cuándo había cambiado.

—Puedo detener a Seth —dije finalmente—. No será fácil, pero sé cómo hacerlo.

—¿Y cómo podrás detenerlo? —preguntó el Decano—. Por lo que nuestra historia nos enseña, el Primero tiene control total sobre el segundo. En segundo lugar, si vosotros dos os juntáis, él puede transferirse tu poder y, por lo tanto, convertirse en el Asesino de Dioses.

Cruzándome de brazos, me encontré con la mirada curiosa del Decano.

—Bueno, es obvio que el Primero no tiene el control total sobre mí. Existe una forma de que no pueda transferirse mis poderes y no se convierta en el Asesino de Dioses. Y, si él no es el Asesino de Dioses, entonces Lucian no tiene un arma que lo proteja.

Diana se apoyó en la mesa de roble, con sus cejas enarcadas.

—Pero tendrías que estar cerca de él para hacer todo eso, ¿verdad?

Asentí.

—Sí. Hemos venido aquí esperando que hubiera otros dispuestos a... a luchar. No hay forma de que podamos vencer al ejército de Lucian, para que yo pueda llegar a Seth. Necesitamos nuestro propio ejército.

Los Decanos miraron a Dominic, que se encogió de hombros.

—Tenemos a muchos Centinelas y Guardias aquí, además de mestizos que están recibiendo entrenamiento avanzado. Todos queremos lo mismo. Esto tiene que parar antes de que muera más gente inocente. Podréis formar un ejército con todos los que quieran acompañaros.

Bueno, fue sorprendentemente fácil.

—Habrá algunos, quizá sean muchos —continuó el Decano—, pero ninguno se verá obligado a unirse a la causa, Apollyon.

Me pareció gracioso, teniendo en cuenta que una raza entera de mestizos se había visto obligada o a tener una vida de servidumbre o una muerte temprana, pero en algún momento en el transcurso de aquellos meses, había aprendido a mantener la boca cerrada. O eso creía.

—Entendido —le dije—. Siendo mestiza, nunca forzaría a la gente a algo que pondría en riesgo sus vidas.

Las cejas del decano se levantaron.

—Te entiendo. —Miró al resto de mi grupo—. Me imagino que os gustaría reuniros con los Centinelas y los Guardias tan pronto como sea posible, pero por lo que veo, primero necesitáis unas duchas, alimentos y camas limpias. Mientras descansáis, el Centinela Hyperion y yo organizaremos algo.

—Está bien —dije, preguntándome cuando el que yo estuviera de acuerdo o no, había empezado a importar. Quería hablar con los Centinelas, pero sabía que si lo hacía, también lo harían Aiden y los otros. Necesitábamos descansar, apenas

conseguíamos caminar—. Eso estaría genial.

—Hay muchas habitaciones disponibles en las que podréis descansar —dijo el Decano—. Hyperion os las mostrará.

Sin poder aguantar la pregunta por más tiempo, me volví hacia Diana.

—Los Centinelas que han llegado de las Catskills... ¿conoces alguno de los nombres?

—Sí, conozco a algunos —dijo ella.

Entonces se me ocurrió. Seguramente mi padre no fuera conocido como Centinela, al menos no ahora.

—¿Y los sirvientes?

Por la expresión de dolor de Diana no tuve claro si sabía a dónde quería llegar con todo aquello o si era consciente de que mi padre fue sirviente en las Catskills.

—Era un auténtico caos cuando nos marchamos de allí. Algunos sirvientes vinieron con nosotros, y los que ya no parecían estar bajo la influencia del Elixir escaparon al bosque. Algunos se quedaron. Podrían estar en cualquier parte.

—Oh —susurré. Podrían estar en cualquier parte, mi padre podría estar en cualquier lugar. Sentí la mano de Laadan sobre mi espalda y cogí aire—. ¿Cómo estaba el Covenant cuando te fuiste?

Una sombra oscura cruzó el rostro de Diana.

—Las paredes fueron penetradas, pero era cuestión de tiempo. Lucian y el Primero quieren apoderarse de las Catskills. No importa que el Consejo ya no resida ahí. Es la sede del poder y el que está sentado en el trono gobierna nuestra sociedad. Es la ley.

Era una ley increíblemente estúpida que no significaba absolutamente nada para mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Diana. Cuando asentí, ella continuó—. Si tienes éxito en la transferencia del poder de él a ti, ¿qué pasará?

Ante la pregunta inesperada, parpadeé.

—¿Qué le pasaría a Seth? Que seguiría vivo. Supongo que seguiría siendo el Apollyon, solo que más débil. Las cosas cambiarían. Las profecías... —sacudí la cabeza—. Las profecías cambiarían.

—¿Y qué te haría eso a ti?

Podía sentir todos los ojos fijos en mí otra vez, sobre todo los de Aiden.

—Me convertiría en la Asesina de Dioses.

Su ceño se frunció ante la confusión.

—Por favor, no te ofendas, pero no creo que los dioses quieran a una Asesina de Dioses.

—En realidad sí, a excepción del dios que está trabajando con Lucian. Ese dios obviamente quiere al Asesino de Dioses para su propio beneficio. Hablando de eso, seguramente es Hefesto, considerando que creó los autómatas —dije, esperando que el tema cambiara—. Aunque no sé por qué lo haría. Es decir, me ayudó a mantenerme

lejos del Primero, ¿verdad?

Aiden asintió.

—Así es.

—No tiene sentido, pero ¿desde cuando lo que hacen los dioses tiene algún sentido? —Forcé una sonrisa—. Creo que estaba cansado de ser conocido como el cojo.

—Pero ¿y los otros dioses? —insistió ella—. No creo que estén muy contentos con la idea.

Al no ver forma de evitarlo, a menos que ignorara su pregunta, suspiré.

—Es lo que Apolo quiere. Y es lo que los demás dioses quieren.

Aiden se giró hacia mí, al igual que el resto de la habitación. Sentí que estaba a punto de escabullirme debajo del escritorio.

—Después de convertirme en la Asesina de Dioses, querrán que elimine al dios responsable. —Levanté la vista, clavándola sobre un busto de mármol de Zeus—. Los Olímpicos quieren que mate a uno de los suyos.

Capítulo 35

La explicación cayó como el Titánic. Todo el mundo se sorprendió. Escuché a Aiden y a Marcus maldecir, y algunas exclamaciones de sorpresa del resto del gallinero.

Todos mostraban sus caras de susto o sorpresa. Los dioses luchaban cada varios miles de años, pero nunca quisieron matarse en serio, no desde que cayeron los Titanes. Sin embargo, las cosas eran diferentes. Aquel dios, del cual sorprendentemente nadie había sospechado, había ido demasiado lejos. Aunque muchos mortales habían muerto, los dioses estaban más preocupados por el hecho de que Hefesto quisiera al Asesino de Dioses para enfrentarse a ellos.

Así que, sí, las cosas eran diferentes.

Una vez se hubieron calmado, Dominic nos llevó a los dormitorios más cercanos y nos mostró el interior. No eran como los que habían en Deity Island. Aquellas habitaciones eran suites, dos estancias unidas por una sala de estar y un baño.

Nos dejaron compartir como quisimos. Antes de que Marcus pudiera ponerse en tono paternal, Aiden cogió una de las suites para nosotros dos y, prácticamente, me arrastró dentro. Antes de haber siquiera cerrado la puerta, se inclinó para que nuestros rostros estuvieran a pocos centímetros de distancia. Sabía que estaba molesto —sus ojos color acero nubloso, la línea rígida de la mandíbula y sus movimientos lo delataban—. Aquello y el hecho de que ni siquiera me había mirado desde que habíamos salido de la oficina del Decano.

—Date una ducha y luego hablaremos —dijo, con voz grave, sin dar lugar a protestas.

Desapareció en su habitación antes de que pudiera decir algo.

Olivia frunció los labios.

—Alguien no está muy feliz con todo esto.

—¿Puedo compartir cama contigo? —dije en broma.

Se apoyó contra la puerta de la suite frente a la mía, con una leve sonrisa. Los rizos le caían alrededor de la cara.

—Mi habitación es tu habitación, pero en serio, tenéis que hablar. Es obvio que no sabía lo que te habían pedido que hicieras. Nadie lo sabía.

Me froté la mejilla sucia.

—Yo... yo ni siquiera estaba segura de poder decirlo.

—¿Eso importa?

—Supongo que no. No quería que nadie se preocupara.

—Lo entiendo. Estoy segura de que él tampoco quiere que te preocupes, pero hay cosas que no debes esconderle a los que te quieren. —Olivia giró, abriendo su puerta—. Habla con él.

Tampoco tenía otra opción.

—Gracias.

Ella asintió y se metió en su habitación. Dejando escapar un fuerte e irritado suspiro, me metí en mi habitación. Mi mirada se dirigió inmediatamente a la cama de matrimonio y gemí.

—Ducha primero. Épica sesión de pelea segundo, sincera disculpa tercero y luego dormir.



Recién duchada, me sentí feliz al ver que alguien me había encontrado algo de ropa limpia. Lo más probable era que Aiden fuese a buscarla mientras yo usaba toda el agua caliente. Así era él, aun estando cabreado conmigo, hacía aquellas cosas. Durante un instante, me senté en la cama y crucé las piernas. Las paredes de la habitación eran una agradable sombra beige amarillento, mientras que los marcos de las puertas y ventanas estaban adornados con titanio, al igual que la cabecera de la cama y la mesita de noche. En la pared del fondo, una foto de Artemisa cazando con su arco y flechas, también enmarcada en titanio.

Era como si esperaran que los daimons salieran de debajo de las mesas.

Pero analizar la decoración no era el motivo de estar sentada en la cama como un Buda barato. Desde la aparición de Seth, después de la muerte de Lea, había estado extrañamente callado. Como si ya no estuviera allí. El cordón aún seguía allí, pero su inconfundible presencia había desaparecido. Al igual que antes de haber Despertado, cuando mi cabeza y cuerpo habían sido solo míos.

Cerré los ojos y me concentré en el cordón. Estaba allí, zumbando en voz baja y apenas discernible.

Pero Seth no estaba.

Me concentré en ello. Aquella estúpida llamada interna a larga distancia debía funcionar en ambos sentidos. Tal vez estaba loca por estar iniciando el contacto, pero un Seth callado provocaba una Álex muy nerviosa. Él no era así. Estaba tramando algo. Tenía que ser eso.

¿Seth? Le llamé una y otra vez. En algún momento, escuché un suave siseo de la ducha y luego se paró. El sonido sordo de una puerta al cerrarse lo siguió minutos después. Había sido un auténtico fracaso.

La puerta de la sala se abrió y Aiden entró con un plato de frutas y rebanadas de pavo asado.

—Traigo regalos en forma de alimentos, ¿qué estás haciendo?

—Nada. —Me sonrojé e hice un pequeño gesto para que viniera a sentarse a mi lado—. Me muero de hambre. Gracias. —Me sorprendió que me trajera comida.

Aiden se sentó a mi lado, colocando el plato entre nosotros. Olía a jabón y

especias. Movi6 algunas rebanadas y encontr6 una gruesa pieza de carne oscura.

—Aiden...

—Primero come.

Fruncí el ceño, pero puso la rebanada de pavo demasiado cerca y mi boca se hizo agua. Pasamos los próximos minutos hartándonos de carne y fruta. Mientras perseguía una fresa madura, se inclinó y colocó un mechón húmedo de pelo detrás de mi oreja. Alcé la vista y nuestros ojos se encontraron. Todo el aire escapó de mis pulmones. Seguro que estaba a punto de estrangularme, pero aquella mirada en sus ojos plateados... guau, simplemente guau.

Aiden se echó hacia atrás mientras me observaba, estudiando el rubor que sabía que se estaba extendiendo como una fiebre por mis mejillas.

—Antes de que vaya más lejos, quiero decirte que lo que hiciste con los autómatas fue realmente increíble. No había tenido la oportunidad de decírtelo, pero quería que lo supieras.

Parpadeé.

—¿En serio?

—Sí. Ese tipo de poder... Fue épico y elegante. Fue bastante increíble.

Mi mirada se posó en el plato vacío.

—Si no hubiera usado todo el poder, podría haber salvado a Lea.

Sus dedos encontraron mi barbilla, inclinándola hacia arriba.

—No te culpes por lo que le pasó. Su muerte no fue culpa tuya. Y si no hubieras usado tu poder, habríamos muerto todos.

Asentí. Aquellas palabras eran más fácil de decir que de creer.

—¿Has terminado? —Aiden hizo un gesto señalando el plato. Los colocó sobre la mesa cuando asentí. Un silencio le siguió hasta que me moví. Suspiró—. ¿Por qué no me lo dijiste, Álex?

—No quería que te preocuparas —dije, sin convicción.

Sus ojos se estrecharon.

—Eso es mentira, Álex.

Abrí los ojos de par en par.

—Estamos en esta... esta jodida situación juntos, ¿verdad? Ambos haríamos lo que fuera el uno por el otro, ¿no es así? —No me dio tiempo a contestar. No creía que fuera a parar—. Nos amamos. Y, si quieres, dime que soy estúpido o anticuado, pero creo que eso significa que no guardamos secretos, especialmente secretos que son potencialmente peligrosos y que la otra parte debe saber.

Ahora me ardían las mejillas por una razón completamente diferente. Todo lo que decía era verdad. Lo había hecho con mis mejores intenciones, pero estuvo mal.

—Lo siento y lo digo en serio. Debería habértelo dicho cuando lo descubrí.

—¿Cuándo te diste cuenta? Espera. Mientras estábamos en el Inframundo, ¿no? Estabas diferente cuando volvimos.

Maldición. Lo había averiguado.

—Fue al hablar con Solaris. Todo encajó, y luego me enfrenté a Apolo. Él me confirmó que los dioses querían que fuera la Asesina de Dioses para detener al dios responsable.

Aiden maldijo entre dientes.

—A veces quiero pegar a ese bastardo.

—Bienvenido al club.

Se quedó en silencio durante un par de segundos.

—Quieren que luches contra Seth y que te transfieras su poder. ¿Y luego quieren que luches contra este dios?

Asentí.

—No me gusta, no quiero que lo hagas. —La ira ardía en su mirada—. Es demasiado peligroso, cada parte del plan es peligrosa. A parte del hecho de que Seth podría transferirse tu poder, ningún dios es fácil de vencer. Es una locura.

Lo era, pero ¿desde cuando mi vida tenía algo de racional? Me acerqué más a él.

—Pero debo hacerlo, Aiden. Aunque lográramos detener a Lucian y Seth, el dios intentará otra cosa. Mira todas las personas que han muerto.

—No me... —dejó de hablar.

—¿No qué?

Levantó la vista, todas sus facciones rígidas.

—Iba a decir que no me importa. No si tú puedes morir haciéndolo. No me importa.

No tenía ni idea de cómo responder a eso y sabía que para Aiden había sido difícil admitirlo. Demonios, sería difícil para cualquier persona. Pero era la verdad, y a veces la verdad no era bonita o ética o justa. Simplemente era la verdad.

Aiden echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—¿Y si te pidiera que no lo hicieras?

Mi boca se abrió ante la sorpresa, pero no salió ninguna palabra.

Sacudió la cabeza.

—Sé que no puedo pedirte eso. Sé que es muy egoísta. No contestes, ¿de acuerdo?

Las lágrimas se situaron en la parte posterior de mi garganta con tanta rapidez que no creí que fuera capaz de contenerlas. Sin embargo, por algún milagro, lo conseguí. Sabía que tenía que decirle que era muy probable que al final no sobreviviera a todo aquello. No estaba rindiéndome; Deacon ya me había dado el empujón que necesitaba, pero aquello no cambiaba la realidad.

Aiden lanzó un sonido ahogado y me agarró. Me acerqué, poniéndome sobre su regazo. A medida que sus brazos me rodearon, me apretó tan fuerte contra él que pude sentir sus latidos. No podía decírselo ahora. No creía que fuera capaz nunca.

Y eso es lo que sucede con las verdades y los secretos. A veces la verdad no necesita conocerse. La mentira es más saludable y, aunque algunos secretos podían liberar a las personas, otros secretos podrían destruirlas.

Mientras cerraba los ojos me sentía mal por no contárselo. La culpa se asentó en mi estómago como un puñado de piedras afiladas, pero aquel secreto no se podía compartir.

Al final, el abrazo de Aiden se aflojó y sus manos se movieron hacia mis hombros. Me abrazó de nuevo mientras su mirada buscaba mi rostro.

—¿Has tenido dolores de cabeza últimamente?

Agradecida por el cambio de tema, negué con la cabeza.

—No desde que... Lea murió. Seth estaba ahí, pero se ha ido. Es decir, todavía puedo sentir el cordón, pero es raro. Es como si estuviera de vacaciones.

Aiden arqueó una ceja.

—Está tramando algo.

Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro.

—Eso mismo estaba pensando.

—Las grandes mentes piensan igual. —Con una mano, pasó su pulgar por mi labio inferior—. Debes estar agotada.

Me encogí de hombros.

—Tú también.

—Tenemos que descansar un poco. —Su mano bajó por mi hombro—. A Marcus no le gustará que duermas aquí.

—Lo sé. —Él se apoyó contra el cabecero de la cama, con los ojos entornados.

—Creo que vamos a tener que dejar de dormir juntos.

Hice un puchero.

Aiden soltó una risita.

—He dicho dormir juntos, Álex. Lo que tengo en mente no implica dormir.

—Oh. —Sentí la calidez propagándose a través de mí como si estuviera en la ducha, de nuevo bajo el agua caliente—. *Oh*.

Una lenta sonrisa apareció en su rostro mientras sus manos bajaban por mis brazos hasta mis caderas. Aquel calor mareante penetró todos mis huesos.

—Estamos algo lentos, ¿eh?

Me eché a reír y me sentí... bien. Inclinandome hacia adelante, presioné mi frente contra la suya.

—Lo siento. Yo no tengo la mente sucia, al igual que la de algunas personas que podría nombrar.

—Eso es lo que tú dices. —Sus manos me apretaron contra él—. Pero tendríamos que averiguarlo.

Aiden se movió rápido. Un segundo antes estaba sobre su regazo y, al siguiente, me tenía de espaldas y él sobre mí. Bajó la cabeza para que sus labios rozaran suavemente los míos. Aquel toque tan fugaz casi me deshizo.

—Te quiero —dijo, y aquellas fueron las únicas palabras pronunciadas durante un buen rato.

Capítulo 36

Al despertarme, Aiden seguía en mi cama, por lo que supuse que el plan de no dormir juntos, no iba a empezar todavía. No es que estuviera quejándome. Después de... «no dormir», y dormir durante varias horas, y un poco más de «no dormir», alguien llamó a la puerta. Intercambiamos una mirada rápida.

—Debería ser yo la que abriera la puerta, puesto que es mi habitación, ¿no?

Aiden asintió y empecé a levantarme, pero me agarró del brazo.

—Tal vez quieras ponerte algo de ropa primero.

—Oh. Sí. —Me reí mientras empezaba a buscar mi ropa—. Buena idea.

—Ajá.

Saltando por la habitación, metí las piernas dentro de unos vaqueros.

—¡Ya voy!

Estaba segura de que Aiden estaba entretenido con las vistas y de que mi cara estaba roja como la sangre al llegar a la puerta. Abriéndola lo suficiente para asomar la cara, vi a Dominic.

—Hola —dije, con la esperanza de no llevar unos pelos de loca que dejaran claro qué había estado haciendo en la cama.

Su expresión seguía seria.

—Siento haberte despertado, pero han llegado más personas. Uno de ellos, creo que fue instructor en Deity Island.

—¿En serio? Guau. ¿Dónde están?

—Con el Decano —contestó—. Tu tío ya está enterado. Pasé por la habitación del Centinela St. Delphi, pero...

—Oh. Sí, bueno... —Estaba bastante segura de tener la cara a juego con el color de la ropa de un bombero—. Tiene el sueño pesado.

—Por supuesto. —Dominic dio un paso hacia atrás—. Si deseas unirme a tu tío, estaré esperando afuera. Tendrás tiempo de sobra para ponerte a punto, al parecer, tu tío también tiene... el sueño muy pesado.

Guau... y entonces lo entendí. Puaj. Puaj. Puaj.

Rápidamente me metí en la habitación, cerré la puerta y me apoyé sobre ella.

—Oh dios, qué incómodo. ¿Lo has oído?

Aiden estaba de pie junto a la cama, abrochándose los pantalones. Me fijé en sus dedos y subí por su estómago.

—Sí. ¿No ha dicho quién era?

Tenía la boca seca y no de sed.

—No. Solo que era un instructor. ¿Crees que deberíamos ir a averiguarlo?

—Sí, vamos. —Sus músculos se tensaron al pasarse el polo sobre la cabeza—. Estará bien ver una cara conocida.

Yo pensé que mucho mejor si se quitaba la camiseta, pero qué sabría yo. Tras pasarme un cepillo por el pelo, cogí una delgada daga, la guardé en el bolsillo trasero y me puse un jersey.

Dagas. Nunca salgas de casa sin ellas.

Era bien entrada la noche y el aire parecía inusualmente frío cuando nos unimos a Dominic y a mi tío. Sabía que estábamos en medio de las montañas, pero también estaba bastante segura de estar a principios de mayo. Tomé nota mental: tenía que conseguir un calendario.

—Quién será —dije, algo nerviosa.

—No lo sé —dijo Marcus.

Anduve más rápido para mantenerme a su ritmo.

—¿Sabes si algún instructor escapó?

—Muchos no estaban en el campus cuando Poseidón atacó.

—Es verdad. Estaban de vacaciones. —Metí las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. Entonces podría ser cualquiera.

Marcus me miró, con una ceja arqueada.

—Podría ser.

Saqué de nuevo las manos de mis bolsillos antes de preguntar.

—¿Por qué no ha venido Diana? —Mi tío me lanzó una mirada y sonreí—. De todos modos, espero que sea alguien que conozca. —Empecé a meterlas de nuevo, pero Aiden me agarró la muñeca frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué quieres decir?

—Estas moviéndote como una loca.

Liberé mi mano.

—No lo sé. Solo estoy hiperactiva.

—Oh, genial —murmuró Marcus.

Le lancé un mirada, intentando contener mis movimientos todo lo que fui capaz. No era hiperactividad. Más bien nerviosismo, pero no tenía ninguna razón para estar nerviosa. Bueno, aparte de lo obvio, pero esto era diferente. Las marcas del Apollyon serpenteaban sobre mi piel, moviéndose lentamente, formando glifos.

Las escaleras no me parecieron tan horribles en aquella ocasión. Como siempre, dos Guardias estaban apostados al final del pasillo, frente a las puertas del Decano. Se hicieron a un lado mientras abrían la puerta y entramos. En algún punto, en medio de las escaleras, la curiosidad sustituyó al nerviosismo.

Observé la habitación. Primero vi al Decano Elders, y luego, al otro lado de la habitación, situado junto a la ventana ovalada, una figura nos daba la espalda.

Aiden y yo nos quedamos atrás mientras Marcus se acercaba a la mesa. No estaba segura si el Decano Elders realmente nos quería allí.

—Decano Andros —dijo el Decano Elders, inclinándose ligeramente—. Gracias por estar con nosotros. Nuestros nuevos invitados se alegraron al escuchar que

algunos de sus colegas del Covenant de Deity Island habían llegado a nuestro campus.

El hombre de la ventana se dio la vuelta lentamente y reconocí el cabello oscuro, el tono de piel aceitunada y los ojos casi del color obsidiana. Abrí la boca de par en par.

—Mierda, debe ser una broma —dije.

El instructor Romvi sonrió.

—Yo también me alegro de verla, señorita Andros.

Al parecer, mi sospechas eran ciertas; algunos miembros de la orden había escapado de Seth y Lucian. Uno de ellos estaba en aquel momento frente a mí.

Aiden y Marcus se movieron hacia mí, sacando sus dagas. El pobre Decano parecía a punto de sufrir un infarto.

—¡Guardias! —gritó, situándose detrás de su escritorio, como si aquello fuera a protegerle de algo.

Las puertas se abrieron de golpe detrás nuestro, dejando pasar a los guardias, que rápidamente vieron qué sucedía en la habitación. Dominic sostenía una daga en la mano.

—¿Qué diablos está pasando?

No era necesario. Ya no era una estudiante en su clase. Era la Apollyon y tenía las pilas cargadas. A la que Romvi intentara algo, lo sacaría por la ventana de una patada en el culo.

—Es un miembro de la Orden de Tánatos; intentó matar a Álex. —Los ojos de Aiden destellaban furia. Estaba segura de que algo empezaría a arder—. Digamos que no lo consideramos un amigo.

El instructor Romvi se cruzó de brazos.

—Si no recuerdo mal, no fui yo quien lo hizo. Y ya que hablamos de esto, añadiré que fue todo un éxito.

No debería haber dicho aquello.

La cara de Aiden decía que estaba a punto de cargárselo.

—Así es, pero tú eres un miembro de la Orden y tú...

—¿Tengo la capacidad de matar al Apollyon? —Interrumpió Romvi—. Sí. La tengo. Soy muchas cosas, pero estúpido no es una de ellas. Al parecer, la señorita Andros tiene a muchos dioses de su lado y la verdadera misión de la Orden es servir a los dioses.

—¿Y en aquel momento significaba matarme? —le dije, cruzándome de brazos.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—En aquel momento sí.

—¿Y ya no? ¿Se supone que debemos creerte?

Romvi inclinó su cabeza hacia un lado.

—Estamos del mismo lado, señorita Andros.

Aquella sensación de nervios y demasiada cafeína seguía estando allí,

revolviéndome el estómago. Las runas se estaban volviendo locas.

—¿Y qué lado es ese, Romvi?

—El único lado que hay —respondió él—. En la guerra, solo hay un bando en el que estar, y es el ganador. No se equivoque, señorita Andros, ya estamos en guerra.

—Nunca has tenido pinta de filósofo —dijo Aiden.

La sonrisa de Romvi no desapareció.

—Seguro que nunca te parecí importante, St. Delphi.

Aiden respondió, pero no estaba escuchando. Volvía a tener aquella extraña sensación que experimenté en el cuarto de guerra de Hades. Aquella extraña sensación que no me dejaba en paz, como si hubiera algo que debía recordar. Era mucho más fuerte ahora.

—En tiempos como estos, tenemos que dejar de lado nuestro desagrado mutuo. —Romvi no se había acercado aún, pero me sentí ahogada por su presencia—. Tenemos que trabajar juntos.

—Siempre hemos estado en guerra —murmuré, sintiéndome muy, pero que muy extraña.

Romvi arqueó una ceja.

—Te acuerdas de mis enseñanzas. Eso me complace.

Y entonces algo muy extraño me vino a la mente. Entrenando con Romvi me había dicho algo, ¿qué era? Que debía cortarme el pelo. Algo relacionado con la vanidad, aquello me recordó al cuarto de guerra de Hades y a algo que había dicho Perséfone.

«Le gusta cortarle el pelo a los que ha vencido y luego lo cuelga para que todos lo vean».

Descrucé mis brazos lentamente, mientras el corazón se aceleraba. Romvi me observaba con curiosidad, como si estuviera esperando algo. Los recuerdos de lo que había dicho Perséfone volvieron rápidamente. «Para él, todo gira entorno a la guerra y sus despojos...». ¿Qué era lo que había dicho después? Sin la guerra, no había nada.

—Uno nunca debe darle la espalda a la guerra —dije, llevando mi mano a la espalda—. También recuerdo haberte oído decir eso.

Y también recuerdo que Perséfone había dicho aquello de...

La mirada de Romvi bajó.

—No. Uno nunca debe darle la espalda a la guerra. Es por eso que estamos donde estamos hoy. Los tontos le han dado la espalda, a pesar de que siempre ha existido.

De pronto, aquella sensación extraña y las marcas cobraron sentido. No era nerviosismo o hiperactividad. Nada de eso. Y los autómatas. Había otros dios que podía ejercer control sobre ellos, eran criaturas creadas para *luchar*. Al igual que los ejércitos de mortales de Lucian. Ahora todo tenía sentido.

Hijo de daimon.

Moviéndome más rápido que un rayo, saqué la daga Covenant de mi bolsillo

trasero. Con la velocidad y la precisión perfecta, la lancé a través de la habitación.

El extremo puntiagudo se incrustó en el pecho de Romvi antes de que pudiera coger aire.

—¿Pero qué demonios? —explotó Marcus, girándose hacia mí—. ¿Qué te pasa? Aiden me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Mierda... ¿Álex...?

El Decano de la Universidad se dirigió hacia Romvi, pero se detuvo en seco. Marcus y Aiden se quedaron callados, porque Romvi seguía en pie.

Y se estaba riendo.

Marcus dio un paso atrás.

—¿Qué dem...?

Los Guardias y Dominic se miraron y luego se acercaron al Decano, rodeándolo antes de dirigirse hacia la puerta.

La risa de Romvi se desvaneció.

—Estaba empezando a pensar que no eras tan inteligente como creía, señorita Andros.

Luego, un brillante resplandor azul rodeó el cuerpo de Romvi, arremolinándose a su alrededor hasta no verse nada del hombre detrás del misterioso resplandor. Finalmente se desvaneció, revelando qué se ocultaba detrás.

Ares era impresionante.

Media más de dos metros. Tenía más músculos que un luchador profesional, como Apolo, pero con esteroides. Llevaba pantalones de cuero y una túnica con un agujero provocado por la daga del Covenant que seguía clavada en su pecho. Bandas, que parecían serpientes, rodeaban sus bíceps, sin embargo, al levantar un brazo, me di cuenta de que no eran bandas.

Eran serpientes de bronce deslizándose por sus brazos.

—Mierda —susurré.

Cogió la daga, envolviéndola con una mano y tiró de ella. Se convirtió en polvo entre sus manos.

—No ha estado bien, señorita Andros. Los dioses y el Consejo temen al Primero, pero ¿quién es la que lanza dagas hacia un dios?

Decir que no tenía miedo sería mentir descaradamente. Ares era el dios de la guerra y la discordia. Ejércitos temblaban a sus pies y naciones habían caído bajo su ira. Sus hijos eran los dioses del terror y la miseria. No había una sola cosa de él que no provocara un temblor en mi cuerpo o asustara a cualquier otro ser vivo o criatura.

Aquel debía ser el dios del que Seth formaba parte a través de su linaje, el que había estado trabajando con Lucian.

Estábamos jodidos.

Ahora entendía porque Romvi siempre me vencía, día y noche, y hasta en domingos. Estuve entrenando con Ares. Oh dios...

Su fría y apática mirada estaba fija en nosotros.

—¿Silencio? ¿Nadie va a acobardarse? ¿Rogar misericordia al igual que miles han hecho antes? Qué decepcionante. Ya habrá tiempo para eso en el futuro.

—¿Cómo? —dijo Marcus con voz ahogada.

—¿Cómo, qué? —Las oscuras cejas de Ares se levantaron—. ¿Cómo he estado delante de vuestras narices durante tanto tiempo? Del mismo modo que Apolo lo hizo. Lo evitaba siempre que estaba cerca, así que no me percibió. El chico de oro tenía sus sospechas, estoy seguro, pero... bueno, no es muy inteligente, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —Estaba orgullosa de que la voz no me temblara.

Ares se sacudió el polvo de la mano.

—Oh, ya lo sabes. Simplemente... lo quiero todo. Y para conseguirlo, necesito que te unas al Primero.

Consciente de que Marcus y Aiden se movían detrás mío, levanté la cabeza.

—No sucederá.

Suspiró.

—Estaba esperando no tener que agregar el cliché del «o ya verás» a esa frase, pero veo que será necesario. Puede ser fácil e indoloro. Sabes lo que soy y de qué soy capaz. Apollyon o no, ni en sueños podrías derrotarme. Soy el dios de la guerra. Únete al Primero o lo lamentarás.

Me mantuve firme.

—¿Y si no lo hago, qué? ¿Vas a quedarte ahí de pie, con mala cara, esperando a que muera? No puedes matarme. Y no puedes obligarme a que me una al Primero.

La sonrisa que se formó en sus labios heló mi cuerpo.

—Tienes razón y no tienes razón. Es posible que no pueda matarte, pero puedo doblegar tu voluntad y puedo hacer que desees la muerte. Puedo matar a todos los que amas.

Ares levantó el brazo y varias cosas sucedieron en apenas unos segundos. El Guardia que se encontraba más cerca fue arrojado al otro lado de la habitación, precipitándose por la ventana por la que había querido que Romvi/Ares cayera. El segundo Guardia se acercó y Ares cerró su puño. El Guardia cayó al suelo sangrando por la boca, la nariz y los oídos. Dominic era el siguiente. Lo echó hacia atrás, retorciéndolo en el aire hasta romperle todos los huesos. Al caer, no era más que un saco mutilado. Finalmente se volvió hacia el Decano de la Universidad y, con un giro de muñeca, la cabeza del hombre se torció, mientras el crujido de los huesos resonaba en la habitación.

Aiden se movió a mi alrededor y todo el aire en mis pulmones desapareció. En un instante de horror, lo vi ocupando el lugar de Dominic y luego a Marcus. Ares los mataría. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y no podía permitir que aquello ocurriera.

Hice lo único que podía hacer.

Lancé mi brazo hacia la puerta, convoqué el elemento aire y lo usé contra Aiden y Marcus. La ráfaga de viento fue tan fuerte que no pudieron detenerse.

Un segundo antes de cerrarse la puerta, mis ojos encontraron los de Aiden y vi el horror reflejado en ellos. No me lo perdonaría nunca.

Las pesadas puertas se cerraron con llave por dentro.

—Eres una aguafiestas —dijo Ares, riendo suavemente—. Tenía muchas ganas de arrancarle el corazón a St. Delphi delante tuyo. Pero ya tendremos ocasión.

Me di la vuelta lentamente, con la respiración entrecortada.

Ares me guiñó un ojo.

—Ahora estamos solos, tú y yo.

—Bueno, tampoco es tan extraño.

—Ah, tan típico de ti. Bromear cuando tienes miedo. —Sus grandes botas golpearon el suelo mientras daba un paso al frente—. ¿Cómo se dice? Eres sarcástica.

Sentí el pecho arder al escuchar los fuertes golpes en la puerta, amortiguados por el titanio.

—Eso dicen.

—Hmm... —Ares inclinó la cabeza, con las cejas levantadas—. ¿Sabes qué pienso sobre el hecho de que uses el sarcasmo? Es un miserable intento de enmascarar que las cosas te afectan. ¿Qué? —Sonrió—. Pareces sorprendida. ¿Crees que no te conozco? ¿Que no te he vigilado durante tanto tiempo como lo ha hecho Apolo? Soy más inteligente que él. Después de todo, soy un gran estratega.

—¿El dios de la guerra me ha estado acechando? Guau, me siento especial. Por norma general, son los otros dioses los que hacen estas cosas, ¿pero tú? Guau.

Rio de nuevo; un sonido profundo pero seco.

—Eres divertida. Muy guapa, también. Entiendo por qué Seth te tiene tanto cariño.

—Supongo, ya que estás aquí, que Seth no debe estar muy lejos. —Ares se limitó a sonreír mientras seguíamos escuchando los golpes en la puerta.

—¿Por cierto... cómo me has encontrado? —le pregunté para ganar un poco de tiempo. ¿Tiempo para qué? Aún no estaba segura.

—Oh, tengo camaradas en todas partes, niña. Formas de evitar que un estúpido talismán me pare. —Un paso más y estaría a solo dos metros de mí—. Estás temblando —susurró.

¿Lo estaba?

—Fuiste al Inframundo hace poco. ¿Puedo saber para qué?

Sentí como se me cerraba la garganta.

—Si no lo sabes es porque no tienes camaradas en *todas partes*.

Ares sonrió.

—Encantador. Me dices qué estabas haciendo allí o acabarás sin voz. Tú decides. —Me negué a retractarme de lo que ya había dicho, a pesar de que todos mis instintos me gritaban que lo hiciera.

—Pensaba que el fin de todo esto era tenerme a mí suplicando por mi muerte, ¿cómo voy a hacerlo si no puedo hablar?

Rio de nuevo.

—Eres tan inocente, niña. Hay otras formas de suplicar por tu muerte sin tener que hablar.

—¿Las hay? —Mi voz se quebró un poco e hice una mueca.

Sus ojos, totalmente blancos, brillaron.

—He visto de todo en las batallas. La forma en que el cuerpo se retuerce cuando suplica por su muerte. Existe el grito silencioso de liberación. También hablan los ojos aun sin tener voz. Y luego está el alma, que se pudre tanto que cuando quiere la muerte, pero no se la dan, desprende un olor nauseabundo.

La sangre se heló en mis venas. En aquel momento supe que, por mucho que luchara contra aquello, no iba a acabar bien.

—Así que, a menos que quieras experimentar esas cosas tú misma, me dirás por qué estabas en el Inframundo y te someterás a mí.

Tragué saliva, haciendo una mueca de dolor al escuchar los puños golpeando la puerta detrás de mí.

—No soy muy fan de la sumisión.

—Tal vez quieras reconsiderarlo. —Sonaba tan civilizado como sus palabras—. Piénsalo bien, niñita. Lo único que te pido es que te unas a Seth. Deja que haga lo que tiene que hacer. Eso es todo. Él te cuidara. Lo sabes. No puede ser tan malo.

—Me despojará de lo que soy.

—¿Y qué? Estarás feliz y viva. No necesitarás nada más. —Inclinó la barbilla—. Incluso dejaré a tus seres queridos vivos. Ambos ganamos.

—A excepción de los dioses a los que quieres matar y los miles, si no millones, de personas que van a morir.

Se encogió de hombros.

—Las consecuencias de una guerra.

—Repugnante —dije.

—Es la verdad.

Se me revolvió el estómago.

—¿Por qué... por qué haces esto?

—¿Por qué no? —Se tocó la barbilla con un dedo—. Durante demasiado tiempo, los Olímpicos se han sentado en sus sillas sin hacer nada. Dejando que el mundo sea gobernado por hijos de los semidioses y mortales, mientras que nosotros estamos aislados en el Monte Olimpo. El mundo debe ser nuestro.

Negué.

—El mundo le pertenece a la humanidad.

—¡El mundo le pertenece a los dioses! —rugió, sus ojos chispeaban—. Para mí y para cualquier otro dios que vea la verdad. El mundo le pertenece a los dioses.

Mis dedos se cerraron sin poder hacer nada.

—¿Por qué no me llevas con Seth? ¿Por qué intentas convencerme?

—No puedo sacarte de aquí por arte de magia.

—No lo pensaste, ¿verdad? —Forcé una carcajada—. Podrías simplemente noquearme y meterme en un coche. ¿Por qué no evitarnos todo esto?

Sus cejas bajaron tan rápido como una guillotina y un músculo se movió en su mandíbula.

—Pasa algo. *No puedes* obligarme a ir contigo. —Mi pulso se aceleró—. ¿O sí? El dios estaba furioso.

—Eres el Apollyon. No puedo obligarte, pero ten algo claro, niña. Puedo y voy a hacerte daño.

—Esta niña no lo cree. —El coraje alimentó mi valentía; por norma general, una mala combinación—. A no ser que quieras darme un discurso largo y aburrido. Siempre creí que eras un dios más de acción que de palabras.

Los labios de Ares se separaron.

—No tienes ni idea. Las normas que protegen al Apollyon son como todas las cosas en la naturaleza; equilibradas. No podrán obligarte con una compulsión o por la fuerza, pero sí puedes ser persuadida mediante otros medios.

—Apesta como vendedor, no me estás persuadiendo una mierda.

Dejó escapar un profundo gruñido.

—Sométete o te arrepentirás.

Miré directamente sus espeluznantes ojos blancos.

—Vete al infierno.

Por un momento, pareció decepcionado, como cuando los padres piensan que su hijo es demasiado tonto como para entender algo, pero luego mostró una gran sonrisa.

—No creo que a Seth le vaya a gustar, pero bueno.

—¿A qué te re...?

Ares dio un paso al frente y en milésimas de segundo se situó frente a mí. Dejé de pensar en Seth y convoqué akasha por instinto. Sabía que no iba a matarlo, pero tenía la esperanza de que lo enviara de vuelta al Olimpo con el rabo entre las piernas, sin embargo no sucedió.

Me agarró la muñeca y la apretó con apenas presión, sin embargo el dolor que sentí me hizo perder la concentración.

—No te gustará mi forma de persuadirte, niña.

Luego me empujó, lanzándome contra la puerta; el golpe me dejó sin aliento. Por desgracia, su discurso de Dr. Maligno no fue un farol. Sin embargo, si podía hacerme daño, yo podía soportarlo. No me sometería. Había demasiado en juego. Demasiadas vidas. Podía soportarlo, solo esperaba que se hubiera olvidado de Aiden y Marcus al terminar o que se hubieran marchado.

Puedo soportarlo.

Tomando impulso, di media vuelta y extendí el brazo, pero donde antes estuvo su pecho, no había nada. Me tropecé.

—Ni me has rozado.

Me di la vuelta, encontrándolo detrás de mí. Bajando, barrí mi pierna a su... pero

de nuevo nada.

—Puedes seguir, si quieres.

Levanté la vista. Estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados. Estaba empezando a hartarme. Me puse de pie rápidamente, cogí impulso y salté, con una perfecta patada mariposa que...

Dos brazos me agarraron por detrás y solté un grito ahogado por la sorpresa.

Me levantó como si fuera un saco de arroz.

—Soy el dios de la guerra, niña. No hay movimiento que sepas, forma de luchar o maniobra que no conozca.

Mierda.

—Siempre estaré un paso por delante. Siempre pensaré más rápido que tú. No puedes luchar contra mí.

Eché mi cabeza hacia atrás golpeándole el hombro. Luego giré las piernas, pero Ares me dejó caer. Tambaleándome, me levanté, pero ya no estaba delante mío.

Mierda.

Me giré, dándole una patada a la nada, pero al voltearme de nuevo, una mano apareció de la nada y me cogió por la garganta, levantándome del suelo mientras le daba patadas y arañaba, presa del pánico y demasiado distraída para convocar akasha.

—Desearás la muerte cuando termine contigo. —Sus dedos se clavaron hondo en mi garganta, dejándome sin aire—. Rogarás de todas las formas que te he dicho antes. Has podido elegir. Te has divertido. Ahora se ha acabado el juego.

Durante un terrorífico instante, pensé que me había aplastado la tráquea, sin embargo me repetí que podía soportarlo. Pero fue a más. En aquel instante me lanzó contra el acuario y estalló; los trozos de cristal afilados me provocaron varios cortes en la espalda mientras el agua y los peces se derramaban por la habitación.

Caí al suelo de costado. Cogí aire dolorida, me apoyé sobre una mano e intenté levantarme. Gruñí al notar un cristal clavándose en mi mano. La sangre se mezcló con el agua.

Podía soportarlo.

Me puse en pie, respirando entrecortadamente mientras levantaba la cabeza.

Ares se situó delante mío. Sin una sola palabra me dio un puñetazo. Destellos inundaron mi visión, como si una docena de fuegos artificiales estallaran a la vez. Me estrellé contra el sillón de cuero de detrás del escritorio, notando como la sangre se acumulaba en mi boca. Me había hecho un corte: ¿la mejilla? ¿Toda la cara? No tenía ni idea. Por encima del dolor, escuché los golpes en la puerta.

Podía soportarlo.

Cogí el teclado y lo giré, apuntando a su cabeza. Ares lo cogió, tirando de él antes de partirlo en dos como si fuera una ramita.

Tropecé de nuevo, buscando algo a ciegas, lo que fuera. Varias dagas y espadas colgaban de la pared, pero antes de poder mover ni un dedo lo tuve sobre mí. Me levantó como si no fuera más que un gatito indefenso y, antes de que pudiera

liberarme; antes siquiera de saborear el temor que empezaba a aparecer, me dio la vuelta y me lanzó contra el escritorio boca abajo, golpeándome la espalda con una de las esquinas.

Escuché y sentí un crujido. Un dolor agudo me recorrió a la velocidad de la luz. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo se disparó de inmediato. Mis sentidos se sobrecargaron mientras me dejaba caer contra el suelo, con los ojos fijos en el techo.

Algo se había roto dentro de mí. Podía sentirlo. Un dolor punzante como el disparo de una bala. Sentí algo húmedo y cálido deslizarse en mi interior, y supe que si no fuera el Apollyon, si hubiera sido una mestiza o una mortal, estaría muerta en aquel instante.

Sin embargo, no iba a morir y tampoco podía moverme. Algo importante se había roto. Sentía los dedos de las manos entumecidos y, aunque no notaba los de los pies, sentía todo el dolor que recorría mi cuerpo. Comprendí que si alguien sabía el lugar preciso por el que romper la columna e inmovilizar a alguien, asegurándose de que aún pudiera sentirlo todo, aquel era Ares.

Puedo soportarlo. Oh, dios, puedo soportarlo.

Se inclinó sobre mí, sonriendo, con los ojos completamente blancos.

—Puedo hacer que termine todo, niña. Solo tienes que decir las palabras.

Sentía la lengua pesada pero aún podía hablar. Me costó un mundo pronunciar las palabras.

—Pudre... te...

La sonrisa se desvaneció de su rostro y se movió tan rápido como un rayo. Dolor... pude sentirlo por todas partes. Otro hueso crujió, tal vez la pierna o una rótula, no podía estar segura. Abrí la boca para gritar, pero en su lugar solo salió un húmedo y cálido gemido.

Yo... puedo soportarlo. Tenía que... Tenía que hacerlo.

Cuando me rompió la otra pierna y, posteriormente, cada una de mis costillas, de una en una, el dolor se convirtió en lo único que existía. No había forma de escapar de él —no podía escaparme ni esconderme—. No podría mantener la consciencia durante mucho más tiempo, sentí que me desvanecía luchando contra la neblina, pues sabía que cuando terminara conmigo, si es que llegaba a hacerlo, iría a por Aiden y Marcus; iría tras toda la Universidad. Era el dios de la guerra, iba a arrasar con todo.

Sin embargo, el dolor me estaba pudriendo por dentro. Se adentró en la parte de mí que aún era Álex, inundándola. No podía soportarlo. No podía soportar el dolor. Mis escudos cayeron y el cordón rugió, pero el zumbido, que cada vez se hacía más fuerte, fueron sustituidos por el terrible dolor que sentía y la desesperanza creciente, adentrándose, como garras afiladas, en lo más profundo de mi ser.

No era tan fuerte como creía, o simplemente había llegado al límite; quería que parara... quería morir. No había orgullo en todo aquello. No tenía ningún propósito. Tenía el alma fragmentada y había terminado por romperme.

Ares me agarró por el brazo roto, arrastrándome hacia el centro de la sala, sobre

los cristales rotos y los peces muertos, junto con la sangre de los que ya habían muerto allí. Aquel nuevo estallido de dolor no podía compararse con nada más. Por el raballo del ojo, lo vi coger una daga.

Se arrodilló sobre mí con una sonrisa macabra. Llevaba una daga en la mano; aquello iba a ponerse mucho peor.

—Di las palabras.

Estaba destrozada y débil. Había ganado; quería morir, pero no podía. Grité al sentir la primera puñalada hundiéndose en mi cuerpo.

Al segundo corte, el ámbar apareció en mi visión, apenas unos segundos antes de aparecer, pero algo... había algo diferente. Una extraña sensación recorrió todos los huesos rotos. No era yo, pero era una parte de mí. Era fría como el acero; era furia oscura e infinita.

No era yo, porque la pequeña parte de mí que quedaba se había acurrucado en un rincón, rezando, a la espera de que todo terminara. Se había dado por vencida, acobardándose ante el dolor, como un perro maltratado. Quería que aquello terminara. Quería saborear la tranquilidad de la muerte.

Pero aquella furia crecía y, cuando Ares se inclinó sobre mí sosteniendo la daga ensangrentada, supe que la ira se filtraba a través de la conexión entre el Primero y yo.

Era Seth.

¿Estaba enfadado por no haber ido con Ares? ¿Era por estar tan débil como para desear la muerte? ¿O era otra cosa, algo más profundo? Porque Seth... Seth tenía que estar sintiéndolo todo. Tenía que saberlo. Aquel último y pequeño fragmento de mi ser se negaba a creer que aguantara aquello. Yo sufría, así que él también sufriría.

El dios rio con frialdad.

—Y yo me pregunto, si se corta la cabeza de la Apollyon, ¿volverá a crecer? Supongo que podríamos averiguarlo, ¿no? Seguro que te gusta.

Una parte de mí murió aquel mismo instante, tal vez no una muerte física, pero sí a nivel mental y emocional; estaba totalmente muerta. Cuando todo aquello terminara, no sería la misma.

Madera y metal se astillaron y supe que la puerta se había roto. Cuando el dios bajó la daga, un cuerpo se estrelló contra él. La hoja atravesó el suelo al lado de mi cuello. Antes de poder coger aire, los tres se movieron a mi lado en un enfermo y macabro tipo de baile. Ares. Aiden. Marcus. Se movían demasiado rápido como para seguirlos. Estaban demasiado juntos.

Una luz explotó, llenando la habitación de luz tan blanca como la del sol. La presencia de otro dios llenó la habitación y me cegó. Intenté coger aire, pero no pude. Algo mojado y caliente se extendía a lo largo del lado izquierdo de mi cuerpo, formando un charco en el suelo. ¿Mi sangre? ¿La de alguien más? Dioses... Los dioses no sangran como nosotros.

Hubo un rugido inhumano y Ares se dio la vuelta, toda su atención en lo que

estaba sucediendo detrás mío. En apenas unos segundos, el dios de la guerra estiró el brazo, desencadenando una onda sísmica que destruyó la habitación. Trozos de madera y muebles volaron por los aires, junto a varios cuerpos sin vida... Marcus y Aiden.

Alguien dijo mi nombre, pero sonaba lejano. Luché, intentando sentarme para ver a Aiden y Marcus, para ver si estaban bien, pero no pude moverme, ni siquiera respirar. Unas manos se posaron sobre mí, pero ya no sentía la piel. Escuché gritos de fondo; solo quería que se callaran. Sentí mi cuerpo resbaladizo mientras me levantaban.

¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban Aiden y Marcus?

El horror creciente fue más grande que el dolor, mezclándose con la rabia de Seth. Las marcas se extendieron sobre mi piel y el cordón vibró violentamente. Escuché voces, muchas voces, pero una llegó muy clara. No supe si me hablaba en voz alta o a través de mis pensamientos.

—Déjate ir, Álex.

Y luego la nada.

Capítulo 37

No había nada y luego el dolor regresó, empezando con los huesos rotos de los dedos de mis pies, trepando dolorosamente por mis piernas hasta mis rodillas, asediando paulatinamente mi pelvis pulverizada en una ola de dolor ardiente. Cuando el fuego llegó a mi cabeza, intenté gritar, pero mi mandíbula no se movió. El grito corrió a través de mí, silencioso, pero lleno de ira con sabor a sangre.

Muerte... oh dios, rogaba por ella una y otra vez. Recé como pude para que algún dios se apiadara de mí y terminara con aquel suplicio.

Pero el dolor no disminuía. Quemaba. Pudriéndome por dentro hasta obligarme a abrir los ojos.

Al principio no conseguí enfocar. Solo veía un borrón azul, pero cuando mi vista se aclaró, no entendía qué era lo que estaba viendo.

Tal vez había perdido la cabeza.

Veía el cielo azul, el azul más brillante que jamás hubiese visto. Como el agua más profunda del océano, pura e incorrupta. Ningún cielo era de aquel color, y yo estaba en la oficina del decano, donde Ares... donde el...

No podía pensar en aquello. No podía pensar en nada.

El aire olía a jazmín, igual que... igual que el manantial del Inframundo en el que había estado con Aiden.

Aiden...

Oh dios, no sabía qué le había ocurrido, si Ares había conseguido herirle. No sabía dónde estaba o cómo había llegado allí. Lo único que sentía era el dolor. Lo sentía en cada fibra de mis músculos, en cada hueso destrozado, pero eso no era todo. Había una cosa que sí sabía.

El cordón —la conexión entre Seth y yo—, no estaba.

Ya no notaba el zumbido. Ni la ira. Tampoco una presencia extraña mezclándose con la mía. Oh dios, no había absolutamente nada más que dolor.

—Alexandria.

No me había percatado de que mis ojos estaban cerrados hasta que los volví abrir al escuchar aquella voz vagamente familiar. Al principio no lo vi; no vi nada excepto aquel hermoso cielo irreal.

Una sombra cayó sobre mí y, momentos después, una forma apareció, bloqueando el cielo. Segundos después, vi que era un hombre alto, grande, con la cabeza llena de pelo color miel; tenía la cara de un ángel.

Por el amor de dios, no podía descansar ni siquiera un segundo. Tánatos.

El dios sonrió, como si supiera qué estaba pensando, y fue ahí cuando pensé que en realidad estaba muerta. Alguien me había mentido sobre todo aquello del Apollyon y la muerte, porque estaba frente al dios de la muerte sin violencia.

En cualquier caso, mi muerte había sido de todo menos poco violenta. ¿Había venido a responder a mis plegarias? ¿A llevarse el dolor?

Moviéndose con cuidado, se inclinó agachándose a mi lado.

—¿Puedes escucharme?

Intenté abrir la boca, pero no pude.

—Pestañea si es que si —dijo con sorprendente delicadeza.

Pestañeé.

—Fuimos enemigos en el pasado, pero no estoy aquí para hacerte daño. Estoy cuidándote hasta que Apolo regrese con su hijo, Asclepio.

¿Apolo? ¿Su hijo? La confusión se apoderó de mí. Suspiré, y me arrepentí inmediatamente. El dolor se acrecentó en mi pecho.

Tánatos se movió para poner su mano sobre mi frente, pero se detuvo.

—Está bien. Estás en el Olimpo.

¿Olimpo? ¿En qué mundo podría estar bien?

—Bueno justo a las afueras del Olimpo, siendo específicos. —Miró por encima de su hombro, suspirando suavemente—. Lo que has hecho, enfrentarte a Ares, no muchos lo habrían hecho, ni mortal ni un semidiós, ni siquiera el Apollyon. Podrías haberte rendido. Te hubieras ahorrado muchísimo dolor.

Tánatos se inclinó más, mirándome con sus pupilas blancas sin iris.

—Mantuviste tu posición, es respetable e incluso admirable.

Si no sintiera el cuerpo roto en mil pedazos, me hubiera sentido orgullosa de aquel comentario. El aroma a jazmín se intensificó y dos nuevas sombras se acercaron donde estaba, tumbada sobre la hierba. Tenía la espalda empapada y no era lo suficientemente optimista como para pensar que era el rocío en vez de mi sangre... o la de otra persona. No podía ser de otro, si así fuera, significaría que Aiden o Marcus...

Apolo apareció de una de las sombras y, en vez de mostrar aquellos ojos raros de dios, me miró fijamente con unos que parecían del mismo color del cielo. Una pequeña, casi triste sonrisa apareció en sus labios, lo cual me pareció extraño ya que era raro que Apolo mostrara emoción alguna.

Apolo se puso en mi campo de visión y, en vez de mostrar sus ojos blancos de dios, me observó con unos ojos azules como el cielo. Una pequeña, casi triste, sonrisa apareció en sus labios, algo extraño, pues era raro que mostrara emoción alguna.

—Era imposible curarte en el mundo de los mortales. El daño era demasiado —dijo y, por primera vez, fue al grano—. Tuve que traerte aquí, lo más cercano posible al Olimpo. Todo el éter que envuelve mi casa ayudará a Asclepio.

Quería preguntarle por Aiden y Marcus, pero cuando finalmente pude abrir mi boca, un gemido fue lo único que salió de ella.

—No intentes hablar —dijo Apolo. Se echó hacia atrás para dejarle espacio al otro dios—. Mi hijo te curará. —Una sonrisa torcida apareció en sus labios—. Sé que, si pudieras, me preguntarías cuántos hijos tengo y yo respondería que muchos.

Sí, tenía curiosidad, y también me pregunté si aquello significaba que Asclepio estaba emparentado conmigo de alguna manera, pero lo que en realidad quería saber era qué le había sucedido a Aiden o a Marcus.

Asclepio se situó donde antes había estado Tánatos. Apenas se parecía a Apolo. Una gran barba le cubría la cara. Era difícil adivinar su edad, sin embargo, las delgadas líneas que rodeaban sus blancos ojos, lo hacían parecer mayor que Apolo. Volví a mirarle, sintiéndome aliviada de que aún siguiera allí. No me había abandonado con Tánatos y un extraño.

Finalmente se apiadó de mí.

—La última vez que vi a Aiden y Marcus, estaban bien. Pero no he vuelto desde que te traje aquí.

Cerré los ojos tragando saliva. No estaba segura al cien por cien de que estuvieran bien, pero era algo a lo que podía agarrarme.

—¿Conoces la historia de mi hijo? —preguntó Apolo.

Al no decir nada, Asclepio rio.

—Le encanta contar esa historia.

—Su madre mortal murió durante el parto y, mientras estaba en la pira funeraria, corté su vientre y lo saqué. —Mientras Apolo hablaba, su hijo observaba las heridas con una mezcla entre asco y desafío—. Se lo entregué al centauro Chiron, que lo crio en el arte de la medicina. Obviamente, teniendo mis genes, la sanación ya era una de sus habilidades.

Por supuesto.

—Pero mi hermana le pidió a Asclepio que le devolviera la vida a Hipólito. Hades se enfadó y Afrodita se quejó, así que Zeus mató a mi hijo con un rayo. —Un musculo vibró en la mandíbula de Apolo—. Así que maté a Cíclope, asegurándome de que Zeus no tuviera más rayos.

Uhm...

—Al final, me expulsaron del Olimpo durante un año —continuó Apolo alegremente—. Finalmente, Zeus resucitó a mi hijo para asegurarse de que no hubiera futuras contiendas conmigo. —Hizo una pausa—. Te estarás preguntando ¿cuál es la moraleja en esta historia? Yo siempre encuentro una forma de cuidar a mi familia.

Antes de que pudiera procesar lo que aquello significaba, su hijo puso sus manos sobre mi pecho. En circunstancias normales, no me habría entusiasmado la idea de ser manoseada, pero una increíble calidez me recorrió. Desde las puntas de mis lastimados dedos hasta la cima de mi fracturado cráneo, una maravillosa calidez invadió cada poro de mi ser.

El dios cerró los ojos.

—Esto puede doler.

¿Qué? ¡No! Quería gritar. No podía soportar nada más, pero entonces, la calidez empezó a arder y no pude más.

El fuego se extendió, fuera de control, incendiando cada célula de mi cuerpo.

La cara de Asclepio se arrugó, frunciendo el ceño.

—Hay algo más aquí...

Por segunda vez, en quién sabía cuántos minutos, perdí la consciencia.



Cuando abrí los ojos, tenía la vista clara. Me habían llevado a una habitación. Encima de una tarima pude ver una mesa y sobre ella, una jarra llena de un líquido color miel. De los postes de la cama colgaban unas cortinas blancas.

¿Una cama? Obviamente era algo mejor que estar echada sobre la hierba, pero la confusión hizo acto de presencia. Me levanté con los codos, encogiéndome cuando un dolor agudo atravesó mi cuerpo.

Me habían curado, pero...

Algunos recuerdos iban encajando; Tánatos, Apolo y su hijo. Mierda, estaba cerca del Olimpo.

Nunca en mi vida creí que respiraría el aire enriquecido de éter de los Dioses, pero allí estaba. Un escalofrío de emoción me recorrió. Quería saltar de la cama e ir a investigar. Se rumoreaba que el Olimpo era el lugar más hermoso que existía, incluso más que los Campos Elíseos. Criaturas míticas vagaban libremente y plantas que ya no florecían en el reino mortal crecían a asombrosas alturas en el Olimpo. Aquella era una oportunidad única en la vida...

La emoción dio paso a la inquietud. No estaba de vacaciones. Apolo no me haría un tour guiado con souvenir incluido. Aquello no era Disney World, yo estaba allí por Ares...

Muy dentro de mí, algo oscuro y desagradable había nacido y echado raíces, una frialdad que ningún aire caliente sería capaz de suprimir. Mis pensamientos se centraron en Ares. Puro terror apareció en el fondo de mi garganta, mezclándose con el sabor de la bilis.

Pero no solo era Ares y la idea de tener que enfrentarme de nuevo a él. Era el dolor, que me había roto y podrido, el dolor que me había destrozado en pedazos hasta hacerme rogar a la muerte. Aunque no dije las palabras en voz alta, supe que Ares las había sentido. Mis ojos hablaron, mi alma estuvo al descubierto.

Ares lo sabía.

Seth lo sabía.

Vergüenza y algo oscuro floreció dentro de mí, retorciéndose y ahogándose como si de una hierba venenosa se tratara.

Había suplicado deseando morir.

Yo. Álex. El todopoderoso Apollyon. La chica que caía solo para levantarse de nuevo y pedir más. Había sido entrenada para ser Centinela, una guerrera criada para ignorar el miedo. Conocí el dolor mucho antes que aquello sucediera, tanto físico

como mental.

Pero Ares me había roto completamente.

La vulnerabilidad apareció dentro de mí. Sintiéndome enferma, me cubrí entera. Dios, me sentía... me sentía como una impostora en mi propia piel. ¿Qué pensaría Aiden si se enterara? Él nunca se habría rendido o habría rogado como yo lo había hecho. Oh dios, ¿y si Aiden no estaba bien? ¿Y si Apolo me había mentido?

Empecé a destaparme, pero me detuve. La indecisión me dio una bofetada. ¿Qué estaba haciendo? ¿A quién le iba a pedir respuestas?

No podía moverme.

Estaba congelada por... ¿por qué? Miedo. Aflicción. Vergüenza. Confusión. Ansiedad. Más o menos unas cien emociones arremolinaban dentro de mí como un tornado F-5. Mi respiración entraba y salía de forma dolorosa. La presión aumentó en mi ya dolorido pecho. Aquello era peor que Gatlinburg, mucho peor.

Imágenes de la pelea en la oficina del Decano pasaron por mi cabeza como un perverso álbum de fotos. Mis movimientos, siempre lentos. Las patadas y los golpes que nunca llegaron a tocarle. Cómo me había levantado y me había lanzado como si no pesara nada. Mi columna vertebral rompiéndose, luego el resto de los huesos y finalmente el cuchillo...

El sonido de Aiden y Marcus aporreando la puerta, intentando entrar a toda costa; aquel sonido me torturaba. Muchos más recuerdos de Ares vencíendome de todas las formas posibles me fueron llegando. ¿Cómo pude pensar que podía vencer a Ares, el Dios de la Guerra? ¿Cómo podíamos haberlo creído?

Había suplicado por mi muerte.

No podía respirar.

La presión me oprimió el pecho. Tambaleándome salí de la cama, cayendo sobre el helado granito de rodillas. Presioné mi frente contra la piedra.

No sé cuánto tiempo me quede así —minutos u horas—, pero el suelo tenía la maravillosa habilidad de tranquilizarme. Un agotamiento, parecido al que siente un guerrero tras la batalla final, cuando está a punto de entregar su espada y desvanecerse en la eternidad, se apoderó de mí.

En algún momento, se abrió una puerta. No levanté la cabeza ni traté de sentarme. Sabía cómo me vería cualquier persona que entrara en la habitación: como un perro apaleado en una esquina.

—¿Lexie?

Mi corazón se detuvo.

—¿Lexie? Oh, dioses, cariño.

Estaba congelada de nuevo, demasiado asustada como para levantar la vista y descubrir que aquella voz realmente no era la de mi madre, que solo era una ilusión. Un tipo diferente de presión se asentó en mi pecho.

Unos brazos cálidos me rodearon en un gentil y dolorosamente familiar abrazo. Cogiendo aire con dificultad, olí su aroma. Vainilla.

Levantando la cabeza, miré a través de los mechones de pelo y me quedé sin aliento y sin la habilidad de pronunciar nada coherente.

No podía respirar.

Ella sonrió, poniendo sus manos en mis mejillas. Era ella —la cara ovalada y la piel algo más oscura que la mía, labios que formaban una preciosa sonrisa y ojos del color verde más brillante que había visto nunca—. Estaba como la última vez que la había visto en Miami, la noche antes del ataque daimon que la había convertido en un monstruo adicto al éter, antes de que yo la matara.

—Nena, soy yo, soy realmente yo. —Su voz era como la recordaba, suave y melodiosa—. Estoy aquí.

La miré fijamente. Parte de mí no podía permitirse aceptar aquel regalo, porque si no era real, sería demasiado cruel. Los espíritus que custodiaban las puertas del Inframundo casi me habían engañado.

Pero sus manos eran cálidas y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Olía como ella y sonaba como ella. Incluso su cabello negro caía en ondas sobre sus hombros, al igual que antes.

Se arrodilló, presionando su frente contra la mía. Su voz estaba cargada por las lágrimas.

—¿Recuerdas qué te dije aquella noche?

Luché para poder decir las palabras.

—¿Que me amabas?

—Sí. —Su sonrisa era cálida—. Te dije que, con o sin un propósito, eras una chica muy especial.

Oh, dioses...

—Y tú me dijiste que, como tu madre, estaba obligada a decírtelo. —Rio, y fue como si su risa se quedara atrapada en su garganta—. Ni siquiera yo sabía cuán especial eras en realidad.

Era ella, realmente era ella.

Intentando levantarme, me lancé sobre ella, abrazándola. Con una suave sonrisa, me envolvió en un fuerte abrazo, el abrazo que había echado de menos y había necesitado tantas veces. Mi madre daba los mejores abrazos del mundo.

Me apretó con fuerza y yo me aferré aún más. Las lágrimas brotaban de mis ojos de forma incontrolable. Sentí que el corazón me iba a explotar de la emoción. Había esperado aquel momento durante lo que parecía una eternidad y no quería soltarla.

—¿Cómo es posible? —Mi voz era ronca y ahogada—. No lo entiendo.

—Apolo pensó que esto te ayudaría después de lo que has pasado. —Se apartó un poco. Lágrimas brillaban en sus ojos. Odiaba verla llorar—. Se lo pidió a Hades a cambio de un favor que le debía.

Apolo debía tener muchos favores a su disposición.

—Te he echado tanto de menos. —Puso su mano en mi mejilla y sonrió—. Desearía haber estado ahí cuando perdiste a Caleb y cuando te enfrentaste al Consejo,

más que cualquier otra cosa.

—Lo sé mamá, yo... Yo lo siento tanto. Yo...

—No, cariño, no te atrevas a disculparte por algo que me sucedió a mí. Nada de aquello fue culpa tuya.

Pero sí que lo fue. No la convertí en un daimon, pero dejamos la seguridad de Deity Island por lo que yo era. Ella sacrificó todo —*su vida*— por mí. Y aún así, me conecté a Seth cuando Desperté, desencadenando horriblos y catastróficos eventos a lo largo del planeta, cuando los dioses contraatacaron. ¿Cómo no iba a ser culpa mía?

—Escúchame —dijo, sujetando ambos lados de mi cara y forzándome a levantar la mirada—. Lo que me pasó en Miami no fue culpa tuya, Lexie. Hiciste lo correcto en Gatlinburg. Me diste paz.

Matándola; a mi propia madre.

Cogió aire.

—No puedes aferrarte a ese tipo de culpa. No es tuya, no te pertenece. Y lo que te pasó después de Despertar no era algo que pudieras controlar. Al final rompiste la conexión. Eso es lo que importa.

Sus palabras eran tan sinceras que casi me convencieron, sin embargo, no quería perder aquel tiempo con ella hablando de todo lo malo que había sucedido. Después de todo lo que había pasado, solo quería que me abrazara.

Apartar la culpa era como intentar quitarse unos pantalones muy ajustados. Podía respirar de nuevo, pero las marcas seguían grabadas a fuego en mi piel.

—¿Eres feliz? —le pregunté, acercándome a ella.

Mamá me abrazó de nuevo, descansando su barbilla sobre mi cabeza. Cerré los ojos, imaginando que estábamos en casa y que su corazón latía debajo de mi mejilla.

—Te echo de menos, y también echo de menos otras cosas, pero soy feliz. —Haciendo una pausa, puso un mechón de mi pelo detrás de la oreja—. Hay paz, Lexie. Del tipo que elimina todas las cosas negativas y las convierte en algo fácil de enfrentar.

En cierta forma envidiaba aquel tipo de paz.

—Te observo y te cuido cada vez que puedo —dijo, besándome—. No es algo que nos sugieran hacer, pero siempre que puedo intento observarte... ¿Quieres contarme cosas sobre este puro?

Abrí los ojos de par en par mientras enrojecía.

—¡Mamá!

Rio suavemente.

—Se preocupa tanto por ti, Lexie.

—Lo sé. —Se me apretó el corazón mientras levantaba la cabeza—. Le quiero.

Sus ojos se encendieron.

—No tienes ni idea de lo feliz que me hace saber que has encontrado el amor a pesar de toda esta...

Tragedia, terminé silenciosamente. Envolviendo mis manos alrededor de sus

delgadas muñecas, observé la ventana. Varias ramas se mecían con la brisa. Las observé durante unos minutos antes de hablar.

—A veces me pregunto si está bien, ya sabes, si debería sentir felicidad y amor cuando todos los demás están sufriendo.

—Pero tú también has sufrido. —Guió mi mirada de nuevo a la suya—. Todos, no importa lo que pase a su alrededor, merecen la clase de amor que ese hombre siente por ti, especialmente tú.

Ruborizándome de nuevo, me pregunté qué tanto habría visto mi madre.

—Esa clase de amor es más importante que cualquier otra cosa en este momento, Lexie. Va a mantenerte cuerda. Siempre va a recordarte quien eres realmente.

Intenté respirar, pero se atascó en mi garganta.

—Muchas gente ha muerto, mamá.

—Y más que morirán, cariño, y no habrá nada que puedas hacer al respecto. —Presionó sus labios sobre mi frente—. No puedes salvarlos a todos. No se espera que lo hagas.

No estaba segura de cómo sentirme acerca de aquello. ¿Ser el Apollyon consistía en crear muerte y destrucción o en salvar vidas?

—¿Puedes levantarte? —me preguntó.

Asintiendo me impulsé, haciendo una mueca de dolor ante los pinchazos en varios huesos. La preocupación apareció en el rostro de mi madre, pero le quité importancia.

—Estoy bien.

Se levantó, sujetándome por el codo.

—Deberías sentarte. Apolo dijo que te llevaría algo de tiempo volver a sentirte... normal.

Sentirme normal no era posible, era muy probable que nunca más lo sintiera, sin embargo, me senté en el borde de la cama y observé a mi madre dirigiéndose a la mesa sobre la tarima. Mi madre tenía una gracia innata con la que siempre deseé haber nacido. Yo, por mi parte, parecía una vaca pisando hierba.

Levantó la jarra y la copa que había la lado.

—Quiere que te bebas esto.

Levanté las cejas con recelo. Si algo había aprendido durante aquellos dieciocho años, era que beber o comer algo proveniente de los Dioses no era nada seguro.

—¿Qué es?

Sirvió el contenido en una copa de cristal que parecía antigua y se dirigió nuevamente a la cama. Sentándose me lo pasó.

—Es un néctar curativo que el hijo de Apolo ha preparado para ayudarte con el proceso de sanación. No puedes quedarte aquí hasta estar completamente curada. Pero esto ayudará. Incluso para ti, hay mucho éter en el aire. Te sofocará.

Aquello sonaba genial, pero lo observé con precaución.

—Está bien, Lexie. Entiendo tu preocupación, pero no es una trampa.

Con gran inquietud, cogí la copa y lo olí. El aroma era una mezcla entre miel y alguna hierba. El hecho de que fuera mi madre y de ver que estaba diciéndome la verdad, me impulsaron a bebérmelo. Me sentí aliviada al ver que no tenía un sabor horrible, era dulce.

—Bébelo, despacio —me advirtió mi madre—. Te dará sueño.

—¿Lo hará? —Fruncí el ceño mirando el cáliz.

—Cuando despiertes estarás de vuelta en el mundo mortal.

Una fría brisa inundó mi pecho.

—¿Esto no es un sueño, verdad?

—No. —Mi madre sonrió mientras cogía aquel mechón de pelo que siempre caía hacia delante, poniéndomelo detrás de la oreja—. Esto no es un sueño.

Con un suspiro, tomé otro sorbo. Había tanto que quería decirle. En muchas ocasiones, desde su muerte, había fantaseado con verla otra vez y había creado una lista enorme de cosas que quería decirle, empezando por todas las disculpas por escaparme, maldecir, pelear y ser una molestia en general. Luego le diría la maravillosa madre que había sido. Pero en aquel momento sucedió algo extraño. Cuando abrí mi boca la emoción apartó aquella lista, borrándola por completo. Las palabras que dije fueron:

—Te echo tanto de menos.

—Yo también te echo de menos, pero estoy contigo tanto como puedo estarlo. — Me miró mientras me bebía el néctar curativo—. Quiero que me prometas algo.

—Lo que sea —dije, y lo decía en serio.

Una pequeña sonrisa se formó en su rostro.

—No importa lo que pase ni lo que tengas que hacer, quiero que te absuelvas a ti misma de la culpa.

Me quede observándola.

—Yo...

—No, Lexie. Necesitas dejar ir la culpa y necesitas olvidar lo que Ares hizo.

Bajando el vaso, miré en otra dirección. Olvidar como Ares me había roto, cómo había suplicado por mi muerte. Imposible.

—¿Lo viste?

—No. —Puso su mano sobre la mía y la apretó—. Pero Apolo me lo contó.

Solté una risa amarga.

—Por supuesto que lo hizo. Y a todo esto, ¿dónde estaba Apolo cuando me estaban destrozando?

Una mirada de dolor cruzó su cara e inmediatamente me arrepentí de haber dicho aquello.

—Lo siento —susurré—. Seguramente estaba haciendo alguna cosa importante de dioses. O persiguiendo a ninfas.

—No te preocupes. —Su mano se deslizó por mi mejilla. Me sorprendió ver que ya no me dolía la cara—. Apolo está muy preocupado por ti y yo también.

—Estoy bien. —La mentira sonó absolutamente falsa.

Inclinó su cabeza hacia un lado y suspiró.

—No quería esta vida para ti, quería evitarte esta oscuridad.

—Lo sé. —Mirándola, me empapé en sus facciones. Dioses, mi madre era hermosa. Era más que buen ADN de Dios. Era por fuera lo mismo que por dentro: bondad, amor y todo lo bueno que quisiera ser. En mis ojos, ella brillaba. Y su vida había terminado demasiado pronto. Se merecía mucho más y yo deseaba poder dárselo. Pero no podía, así que le di la única cosa que era capaz de darle.

—Te lo prometo —dije—. Te prometo que lo olvidaré.

Una sonrisa apareció en su cara.

—Quiero matar a Ares por lo que te hizo.

Me atraganté con mi bebida. Nunca había escuchado a mi madre diciendo que quería matar a alguien, excepto después de convertirse en un Daimon. Cuando aquello ocurrió, quiso matarnos a todos. Un dolor diferente me inundó. No queriendo pensar en aquello, me deshice de los pensamientos oscuros.

Ahogando un bostezo, terminé lo que me quedaba de la dulce bebida. Mi madre cogió la copa de entre mis manos y se levantó, poniéndola nuevamente sobre la mesa. Para cuando se dio la vuelta, ya estaba tumbada de espaldas en la cama.

—Demonios —murmuré—. Esa cosa... es fuerte.

Acercándose a la cama, se sentó a mi lado.

—Lo es. Desearía tener más tiempo, cariño.

—¿No podemos? —Intenté levantar mi brazo pero lo sentía demasiado pesado. El pánico se apoderó de mí. No estaba lista para dejarla marchar. No era justo. La necesitaba ahora más que nunca. Había algo dentro de mí que me asustaba—. Hay tantas... cosas que todavía tengo que decirte, que quiero preguntarte.

Con una sonrisa que estrujó mi pecho, sostuvo mi mejilla.

—Habrà tiempo.

—Pero no estoy lista. No quiero dejarte. Por favor... —Algo extraño sucedió. Olvidé lo que estaba diciendo. Por lo visto había bebido el néctar del SDA.

Mientras mis párpados se volvían demasiados pesados para mantenerlos abiertos, la escuché decir:

—Estoy tan orgullosa de ti, Lexie. Siempre recuerda que estoy orgullosa de ti y que te quiero. —Hubo una pausa y luego su dulce voz dijo, segundos antes de que desvaneciera—. Nunca pierdas la esperanza, cariño. El paraíso te está esperando al final.



JENNIFER L. ARMENTROUT. Nació en Martinsburg, Virginia Occidental en 1980.

Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental (EEUU) con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes. Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.